



*P*asado
*P*erdido

Anna Crenwood

Pasado Perdido

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Memorias Perdidas](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPITULO I:](#)

[CAPITULO II:](#)

[CAPITULO III:](#)

[CAPITULO IV:](#)

[CAPITULO V:](#)

[CAPITULO VI:](#)

[CAPITULO VII:](#)

[CAPITULO VIII:](#)

[CAPITULO IX:](#)

[CAPITULO X:](#)

[CAPITULO XI:](#)

[CAPITULO XII:](#)

[CAPITULO XIII:](#)

[CAPITULO XIV:](#)

[CAPITULO XV:](#)

[CAPITULO XVI:](#)

[CAPITULO XVII:](#)

[CAPITULO XVIII:](#)

[CAPITULO XIX](#)

[CAPITULO XX](#)

[CAPITULO XXI](#)

[CAPITULO XXII](#)

[CAPITULO XXIII](#)

[CAPITULO XXIV](#)

[CAPITULO XXV](#)

[CAPITULO XXVI](#)

[CAPITULO XXVII](#)

[CAPITULO XXVIII](#)

[CAPITULO XXIX](#)

[CAPITULO XXX](#)

[CAPITULO XXXI](#)

[CAPITULO XXXII](#)
[CAPITULO XXXIII](#)
[CAPITULO XXXIV](#)
[CAPITULO XXXV](#)
[CAPITULO XXXVI](#)
[CAPITULO XXXVII](#)
[CAPITULO XXXVIII](#)
[CAPITULO XXXIX](#)
[CAPITULO XL](#)
[CAPITULO XLI](#)
[CAPITULO XLII](#)
[CAPITULO XLIII](#)
[CAPITULO XLIV](#)
[CAPITULO XLV](#)
[CAPITULO XLVI](#)
[CAPITULO XLVII](#)
[CAPITULO XLVIII](#)
[CAPITULO XLIX](#)
[CAPITULO L](#)
[CAPITULO LI](#)
[CAPITULO LII](#)
[CAPITULO LIII](#)
[CAPITULO LIV](#)
[CAPITULO LV](#)
[CAPITULO LVI](#)
[CAPITULO LVII](#)
[CAPITULO LVIII](#)
[CAPITULO LIX](#)
[CAPITULO LX](#)
[CAPITULO LXI](#)
[CAPITULO LXII](#)
[CAPITULO LXIII](#)
[CAPITULO LXIV](#)
[CAPITULO LXV](#)
[CAPITULO LXVI](#)
[CAPITULO LXVII](#)
[CAPITULO LXVIII](#)

[CAPITULO LXIX](#)
[CAPITULO LXX](#)
[CAPITULO LXXI](#)
[CAPITULO LXXII](#)
[CAPITULO LXXIII](#)
[CAPITULO LXXIV](#)
[CAPITULO LXXV](#)
[CAPITULO LXXVI](#)
[CAPITULO LXXVII](#)
[CAPITULO LXXVIII](#)
[CAPITULO LXXIX](#)
[CAPITULO LXXX](#)
[EPÍLOGO](#)

Anna Crenwood

Titulo Original: Pasado Perdido.
© 2013, Anna Crenwood
©De los textos: Anna Crenwood
Ilustración de portada: Joel Vergara
Revisión de estilo: Saul Rios
1ª edición

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*Si cruzas mis sentimientos
y anudas mis anhelos,
si habitas en mis sueños
y resides en mis deseos,
si sabes que te amo,
y sabiéndolo eres feliz,
si sabes que eres todo para mí.*

PRÓLOGO

Las olas la golpeaban violentamente. La gente a su alrededor gritaba y manoteaba en un intento desesperado por agarrarse de algo que pudiera salvarles la vida. Un poco más lejos, el barco desaparecía en las profundidades oscuras, dejando a la deriva a cientos de almas que probablemente no lograrían sobrepasar aquella noche.

Juliana luchaba con todas sus fuerzas para conservar la vida que aún le quedaba por delante. No era justo, pensaba para sí misma; tener tan solo diecinueve años y tener que terminar de aquella forma. No era para nada justo. Ella, que una semana atrás estaba disfrutando de los lujos, de la diversión, que tenía tanto por recorrer, tanto por vivir; no podía tan solo desaparecer en el fondo del mar sin que nadie pudiera hacer nada para ayudarla.

Resuelta a no dejarse vencer, levantó un poco más la cabeza del agua dispuesta a dar una braceada, cuando en ese momento una mano se apoyó en ella, y la llevó muy al fondo, sin permitirle salir, presionándola con todo el cuerpo, aplastándola para lograr permanecer en la superficie. Juliana luchó, pateó, hasta que en su último intento desesperado logró asirse de la pierna de su agresor, y pellizcarlo fuertemente; éste se soltó con gestos de dolor, y ella logró salir a la superficie, tomando bocanadas desesperadas de aire, pensando que sus pulmones iban a estallar. Estaba al límite de su resistencia, pero sabía que bien valía la pena luchar un poco más.

Se apartó con movimientos ágiles y rápidos, y logró alejarse un poco de la multitud que se apiñaba para poder flotar. Ya sola en la oscuridad, tiritando de frío, y con las piernas casi acalambradas, trató de serenarse un poco para poder pensar.

Empezaba a notar las consecuencias del agua helada. Casi no sentía los dedos de los pies, y sentía los labios hinchados, probablemente violetas; pensó para sí. La madrugada estaba llegando, y con ella los primeros atisbos de sol; ya podía ver el caos en el que estaba inmersa. Los ojos le pesaban terriblemente, los músculos le dolían y no creía poder permanecer mucho tiempo más en ese movimiento constante para poder flotar. La luz se le iba haciendo cada vez más lejana, los gritos le llegaban cada vez más suaves, el ruido del agua parecía adormecerla. En su estupor logró ver una tabla que

flotaba sola, al parecer en el descuido de los demás se había alejado del tumulto. Una parte de una mesa del barco, quizás; o la puerta de un armario. No pudo distinguir bien qué era, pero reunió las últimas fuerzas que le quedaban y se acercó a ella. Trepó gran parte de su cuerpo y se encaramó sobre la tabla, aferrándose al único objeto que podía ser su salvación. El sol había salido y le quemaba el rostro. La combinación de sol y agua salada le reseca la garganta, le partía los labios; su conciencia quería descansar, partir hacia un lugar más tranquilo, más suave.

El mar estaba un poco más calmo, el movimiento del oleaje la llevaba a un estupor peligroso, pero era tan fácil dejarse vencer y sucumbir a aquella sensación tan placentera. Miró al horizonte; y a lo lejos, muy a lo lejos, distinguió unas vagas figuras de árboles, muy pequeños por la distancia. Distinguió una playa borrosa, de arena donde le gustaría descansar. “Estoy en el paraíso”, pensó. Siguió las imágenes que se hacían cada vez más oscuras, la poca luz que quedaba en su conciencia se apagó como una débil llama, y Juliana sucumbió a la inconsciencia.

CAPITULO I:

Nicolas cabalgaba por la playa disfrutando del paisaje, sintiendo el viento despeinar su negro cabello, recibiendo el sol en su ya demasiado bronceada piel. El día era perfecto, ni una sola nube arruinaba el cielo, la brisa era suave, y el canto de las gaviotas le daba un toque soberbio. Pensó que hubiera debido traer una cesta con comida y pasar el día solo en la playa, disfrutando de esa soledad tan buscada en casa.

Mientras sus pensamientos vagaban por diversos manjares que le gustaría saborear a la orilla del mar, su mirada captó un bulto que estaba tumbado medio en el agua, medio en la arena; un bulto de ropas mojadas y cabellos rubios color oro desparramados y sucios sobre la arena. Estaba inmóvil.

Su primer pensamiento fue levantar a la chica y llevarla urgente a un lugar seguro, pero pensándoselo mejor decidió que no era prudente, ya que no sabía el estado en el que se encontraba; ni que le había pasado. No, lo mejor era cerciorarse de que estuviera bien antes de hacer cualquier cosa. Se bajó del caballo y caminó lentamente hacia ella, temiendo que si hacía algún movimiento brusco desaparecería de su vista. Al llegar junto a ella, se acuclilló a su lado y empezó a examinarla con la mirada. Buscaba heridas. La cara no mostraba ninguna marca violenta, ningún golpe; solo una palidez extrema, mortuoria más bien; y los labios extremadamente secos y resquebrajados, debido al mar, el viento y el sol. Con la yema de los dedos buscó el pulso en la garganta de la joven; sintió unos débiles latidos, apenas perceptibles. Le apartó el enmarañado cabello de la frente y la descubrió sucia de arena. Las pestañas eran tan largas que casi le rozaban las mejillas y unas oscuras ojeras se asomaban impidiéndole ver la belleza de la chica en su totalidad.

Le miró detenidamente el cuerpo, y olvidando el decoro y las buenas costumbres le tocó con delicadeza las costillas, las piernas, los tobillos, los brazos; y por ultimo los pies, cuidando de no apretar demasiado, pero lo suficiente como para descubrir probables huesos rotos. Decidió que todo estaba bien. Pero la muchacha se veía débil e indefensa, sucia, y helada, por sobre todo helada. No se había percatado hasta ahora del frío que hacía, a pesar de ser ese un día estupendo, y añadir a eso un vestido empapado en un cuerpo débil era como un arma mortal. Instintivamente se sacó la capa de

cuero que llevaba para cubrir con ella a la muchacha. Un frío lacerante le atravesó la delgada camisa, pero se mordió los labios e hizo caso omiso de él.

Levantó a la chica en sus brazos con suma delicadeza; su piel estaba helada, sus labios ligeramente azulados, y su cuerpo estaba flojo por la inconciencia. La arropó con la capa y la sostuvo unos instantes en sus brazos, dándole calor, frotándole brazos y piernas para infundirle un poco de vida a ese cuerpo inerte que sostenía. Mientras hacía esto, se puso a pensar cuán corta puede ser la vida. No sabía que le había pasado a esta muchacha, pero era demasiado joven para morir, tenía toda la vida por delante. Seguramente un futuro maravilloso esperaba por ella. Paseó su mirada por la playa. Estaba desierta. Miró un poco más allá, en el mar; tampoco se veían atisbos de un barco, un bote o algo parecido. Su mirada fue a parar a ella, a su rostro. Aun así sucia, despeinada y magullada como estaba, se dio cuenta de que era hermosa. Sus rasgos eran suaves y delicados. Su cara con forma de corazón tenía pómulos elevados, una nariz pequeña y perfecta y unos labios que estaban hechos para besar; unos labios que de encontrarse sanos y no afectados por las penurias que seguramente habían pasado, serían los más hermosos que hubiera visto en su vida.

Sumido en sus pensamientos seguía acunándola y mirando sin mirar su bien estudiado rostro; cuando algo captó su atención. Fijó la mirada en ella sin respirar y vio un suave revoloteo de pestañas. Con gran pesar, la chica abrió los ojos apenas unos imperceptibles segundos, y los volvió a cerrar, como si ese leve gesto hubiera agotado las pocas energías que le quedaban.

Eran los ojos más impactantes que hubiera visto.

Al verlos los comparó con el mar, pero no con el mar común de todos los días; sino con un mar tumultuoso por la tormenta, un mar agitado y oscuro. El azul de su mirada le quedó gravado en el alma.

Sin perder más tiempo, se levantó sin dejar de apretarla contra sí, la subió cuidadosamente a su caballo, y se sentó con ella en su regazo. Se fijó que la capa la siguiera cubriendo y que no se colara el viento en su ya helado cuerpo, y comenzó a andar, a un trote no demasiado violento pero lo bastante veloz como para llegar rápido a su castillo.

—Tranquila, todo va a estar bien, yo cuidaré de ti —le dijo en un ronco susurro que se lo llevó el viento, más para convencerse el mismo que para ella.

Y siguió cabalgando en silencio.

CAPITULO II:

“¡Un ángel!”, pensó Juliana al ver aquel rostro que la miraba desde lo alto, bañado por la luz, con esa mirada gris tan intensa.

“Morí y definitivamente estoy en el cielo entre ángeles.” Los pensamientos de Juliana tocaban lo irracional. Incluso en su estupor podía darse cuenta de eso.

Volvió a cerrar los ojos y se dejó arrastrar al mundo donde no podía sentir dolor, ni frío, ni tanta pero tanta sed. Aflojó su cuerpo y se dejó llevar, sintió como se despegaba de la arena mojada y creyó que flotaba.

Y era una sensación tan placentera.

Cuando despertó se sintió perdida. No conocía nada de lo que la rodeaba. La habitación estaba delicadamente decorada. Cortinas color durazno, ribeteadas de delicadas puntillas doradas, enmarcaban las ventanas de vidrios cuidadosamente limpios. El tocador, todo pintado de blanco, era sublime, con su pequeño banco acolchonado al frente y un enorme espejo. Las alfombras cubrían el suelo en su totalidad y eran mullidas, para no dejarle paso al frío. Se percató de que tenía puesto un camisón blanco con cuello alto y una hilera de pequeños botones que lo cerraban casi hasta su mentón, y se sintió un poco ahogada. Siguió mirando. El dosel de la cama estaba descorrido; era de tul de un suave color rosa transparente y estaba atado a los costados de la cama, con cintas de un rosa más intenso. Miró hacia la chimenea donde ardía un fuego que calentaba la habitación, y en el mullido sillón que había adelante vio la figura de una mujer regordeta y tirando a la vejez que tejía alegremente un par de medias.

Trató de incorporarse en la cama, y de repente todo se volvió negro y el mareo que le sobrevino la tiró de nuevo sobre las almohadas. Soltó un jadeo, y la mujer que tejía se levantó sobresaltada y corrió a su lado.

—No tan rápido pequeña —le dijo— aun no tienes las fuerzas suficientes para andar. ¿Cómo te sientes? —Su voz era cariñosa, y Juliana pudo ver todas las arruguitas que surcaban el rostro amable de la mujer.

—No me siento muy bien, el mareo es insoportable. Pero la verdad tengo hambre, y sed; mucha, mucha sed. —La voz le salía rasposa, ronca; no podía creer que era ella la que hablaba con aquella voz extraña. —Quiero saber donde estoy.

La mujer la miró con lastima, pero había infinita ternura en sus ojos color miel.

—Estás en el castillo de Duncan, Juliana. ¿Te llamas así no es verdad?

Ella la miró desconcertada.

De repente recordó el barco hundiéndose, y recordó los gritos desesperados, y el mar; las violentas olas. Y por último un trozo de madera flotando. Pero no pudo recordar nada que viniera antes de eso. ¿Quién era? No podía ser una extraña para sí misma. Sencillamente no podía creerlo.

Después de beber ávidamente del vaso de agua que le tendía la mujer, logró aclararse la garganta y decir, con apenas un hilillo de voz:

—Yo... Yo no... Yo no se quien soy... —La voz se le quebró y ya no pudo seguir. Los ojos se le llenaron de lágrimas y luchó valientemente por contenerlas.

—¿Pero cómo que no sabes quien eres niña? —La mirada de compasión que le dirigía la mujer, terminó por romper las barreras de Juliana.

—Yo... No puedo recordar nada de mi vida, no puedo recordar quien soy, ni de donde vengo; y tampoco sé que hago aquí, quien es usted ni donde estoy —dijo entre sollozos—. Sencillamente no puedo recordar nada.

—Déjame hablar con ella Emma.

La voz resonó en la habitación como un gruñido. Miró hacia la puerta y vio una figura alta, oscura. Nunca había visto una espalda tan ancha, unos brazos tan musculosos. El cabello negro estaba despeinado, y su cara era irresistible de una manera peligrosa. Sin embargo, aquella mirada, aquella mirada gris...

Sintió como una ráfaga de luz que atravesaba la habitación y se cubrió la cara con las dos manos en un acto reflejo. Esa mirada era la que había visto en las alturas, iluminada como por una luz mágica, esa mirada gris era la que pensó que pertenecía a su ángel guardián; y sin embargo ahí estaba ahora su ángel, de carne y hueso, mirándola de la misma manera.

—Esta bien señor, pero Juliana necesita descansar.

—Solo será un momento —dijo el, y la mujer se retiró silenciosamente.

—Hola Juliana, me alegra ver que estés despierta. No quiero angustiarte, pero ¿podrías decirme que te pasó? —Su voz era extrañamente suave, como si temiera asustarla con su presencia.

—Yo... en verdad no lo sé. Ni siquiera se porque me llaman Juliana —dijo eso con total desconcierto, y sus profundos ojos azules mostraban una desolación que el no había visto jamás.

—Nosotros te llamamos Juliana por la cadena.

—¿Qué cadena? No entiendo...—Estaba cada vez más agotada, y este hombre la estaba confundiendo.

—La cadena que llevabas puesta. Cuando te traje aquí, Emma te puso el camisón, y al cambiarte la ropa vio que llevabas colgada en el cuello una cadena con el nombre Juliana grabado.

La muchacha miraba sin mirar, trataba de entender, de reaccionar. ¿Cómo podía ser que no recordara nada?

—¿Me podría mostrar la cadena, por favor señor...?

—Duncan. Nicolás Duncan —su voz sonó segura y autoritaria—. Si por supuesto, es tuya. Ahora la traigo.

Vio que se dirigía al tocador, y de un cofre sacaba una larga cadena; la observaba unos segundos a la luz del fuego, y se dirigía nuevamente hacia la cama.

Juliana miró la cadena una y otra vez, no podía reconocerla. La sopesó en sus manos, la miró más detenidamente. Los pequeños eslabones estaban delicadamente unidos, y el medallón que colgaba de ella tenía gravado con letras intrincadamente enlazadas el nombre Juliana.

No podía recordar. La frustración que sentía hacía aflorar lágrimas a sus ojos, que le escocían, y al no poder hacer nada más, pasó la cadena por su cuello y la dejó descansar en el valle entre sus pechos.

Una luz cegadora inundó la habitación, y Juliana se transportó a otro lugar.

CAPITULO III:

Se veía a si misma en un salón de baile girando y riendo, rodeada de gente. Bailaba con un señor mayor, pero no podía verle la cara, y nadie le resultaba familiar. Solamente sabía que había sido un momento feliz. La visión se esfumó y Juliana volvió a estar en la habitación del castillo de Duncan.

Levantó la vista y lo miró directamente a los ojos.

“¡Esos ojos podrían matarme!”, pensó él para sí mismo. Seguían asombrándole su profundidad y su color tormentoso.

—Señor —comenzó ella—, yo no se quien soy, no puedo recordar nada de mi vida, más que un barco que se hundía, gritos y alboroto; que luché desesperadamente para no ahogarme y un trozo de madera. El trozo de madera es el último recuerdo que tengo —mentía. El último recuerdo que tenía era una mirada gris de quien pensaba que era su ángel guardián, pero se cuidó de no pronunciar eso. —Pero si traía la cadena puesta, supongo que mi nombre es Juliana, y no puedo decirle nada más sobre mí.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y rompió en un llanto silencioso.

El se sentó a su lado y le ofreció un pañuelo. Luego le pasó un brazo por el hombro y atrajo la cabeza de ella para que descansara en su hombro. Por este simple contacto, Juliana se sintió reconfortada y pudo recuperar la compostura.

—Le ruego me perdone, pero no puedo creer que no se nada de mi vida. No se quien soy ni de donde vengo —le temblaron los labios y se los mordió para no romper a llorar nuevamente.

En el instante que se mordió, soltó un grito desgarrador, y se llevó la mano a la boca. Tocó unos labios agrietados y resecos, demasiados lastimados.

Nicolás le alcanzó un pote de ungüento con olor a hierbas.

—Ponte un poco sobre los labios, ayudará a sanarlos —sin siquiera preguntárselo, él hundió un dedo en el pote, y sacó un poco de ungüento que luego desparramaba con ternura sobre los labios de la joven.

Ella sintió que esos dedos le quemaban, su contacto era tan cálido, que la reconfortó.

—Gracias —musitó suavemente—. ¿Puede decirme como llegué aquí?

—Yo estaba cabalgando por la playa el día de ayer —¡el día de ayer! Pensó ella ¿Cuánto había dormido?—, y la encontré tirada en la orilla, empapada, sucia y extremadamente helada. La abrigué con mi capa y la traje rápidamente al castillo —se salteó la parte de que había examinado su cuerpo para encontrar posibles huesos rotos por temor a ofenderla—. Una vez aquí, Emma cuidó de usted, la aseó lo mejor que pudo, le puso ropas limpias, y la acomodó en la cama para que estuviera caliente. Y esa es toda la historia.

Juliana lo miraba atónita, los ojos agrandados por el asombro. ¿Todo eso había pasado y ella no había sentido nada? ¿Apenas una sensación de flotar, y después nada mas? Estaba realmente pasmada.

—Bien...—dijo cansinamente— no logro recordar nada de eso tampoco...

La voz se le iba apagando y los ojos le pesaban exageradamente. El cansancio de todo lo vivido, y la debilidad por su lucha contra el mar, comenzaban a hacer mella en su cuerpo y en su espíritu.

—No lo recuerdas porque estabas inconsciente —la miró con dulzura, parecía tan solo una niña así acurrucada bajo las mantas como estaba, y luchando por mantener los ojos abiertos—. Ahora descansa, podremos seguir hablando mas tarde.

Cuando se disponía a levantarse, una pequeña mano pálida se apoyo sobre la suya. Miró asombrado a Juliana, y ésta, ya con los ojos cerrados y las pestañas salpicadas por las lágrimas del llanto de unos instantes atrás, le dijo con voz débil:

—Gracias señor Duncan, yo no hubiera...

Pero no logró terminar la frase, su mano languideció y se sumió en las profundidades del sueño.

CAPITULO IV:

Una intensa actividad en la habitación la sacó de su descanso.

Unos cuantos hombres entraban con cubos de agua humeante, y los vaciaban en una bañera colocada al frente de la chimenea. Emma vertió dentro de ella unas gotas de un frasco, y de golpe la habitación se llenó de un agradable aroma a rosas.

Soñolienta pregunto:

—¿Qué sucede Emma?

—¡Oh niña has despertado! No quisimos hacer tanto alboroto, pero ya que estás despierta, mira lo que estoy preparando para ti —su sonrisa era tan ancha y sincera que Juliana no pudo evitar sonreír también.

—Gracias —musitó—. La verdad que creo que descansé bastante, y un baño no me vendría mal.

Se levantó despacio, por si le venía un mareo; y al ver que la habitación no daba vueltas, apoyó los pies en el suelo, y caminó pausadamente hacia la bañera.

Emma se le acercó y la ayudó a quitarse el camisón y meterse dentro. Una sensación de placer recorrió el cuerpo de Juliana una vez que sintió el agua caliente sobre ella. Dejó a su cuerpo que se relajara, y apoyó la cabeza en el borde de la bañera cerrando los ojos y aspirando el perfume de rosas.

—Voy a lavarte el cabello Juliana, todavía tienes un poco de arena en él, ya que no pude asearte demasiado cuando llegaste —le vertió agua con una jarra suavemente en la cabeza, y pasó a enjabonárselo con un liquido gelatinoso con un fuerte olor floral—. Este jabón te va a dejar el cabello sedoso y reluciente, ya verás —dicho esto, comenzó a masajearle el cuero cabelludo con deliciosos movimientos circulares.

Mientras disfrutaba de esa sensación de bienestar, lavaba su cuerpo con una esponja y pensaba en los acontecimientos pasados.

Juliana.

Lo único que sabía de su pasado era su nombre. Apretó la esponja y dejó que el agua jabonosa resbalara por su espalda con pesar.

—Bien —dijo de repente, sobresaltando a Emma que lavaba su cabello con una concentración infinita—. Un accidente no me hará perder todo mi pasado. Voy a recordar, Emma. Voy a recordar el resto de mi vida, no puedo

rendirme —lo dijo con una convicción tan fuerte, que terminó convenciéndose aún más—. Lo he decidido.

—Pero claro que vas a recordar muchacha, esto es solo temporal; la gente no pierde sus recuerdos así como así. Solo deben estar escondidos en un rincón de tu mente —la miraba con compasión, y a pesar de lo que le había dicho, no estaba segura de que Juliana pudiera volver a recordar algún día su vida pasada.

Terminó de bañarse y salió del agua para envolverse en una mullida toalla que le tendía Emma. Se secó y se arropó con una abrigada bata color rosa que habían preparado para ella.

Miró la habitación de nuevo, y luego miró la bata. Todo combinaba perfectamente, los colores de las cortinas, de los muebles, de la alfombra; incluso combinaban con el de la bata. Todo demostraba una exquisita delicadeza, pensó que no sería casualidad que todo fuera tan femenino, y decidió que luego preguntaría por ello. Pero luego, ahora su mirada se concentraba en la bandeja que había sobre la mesita al frente de los acolchados sillones.

Una taza de chocolate caliente dominaba la escena. Tostadas, miel, jaleas de frutas, y manteca completaban el cuadro. Se relamió los labios y se acercó deprisa. Se sentó frente a la mesa, y comenzó a devorar todo ávidamente.

—Espacio niña, que vas a atragantarte justo ahora que te pusiste bien, y no queremos que eso pase —Emma le sonreía desde el otro extremo de la habitación, donde se encontraba ordenando la cama.

—Tenía tanta hambre, ahora siento que las fuerzas vuelven a mi cuerpo.

—Que bien niña, que bien...

Unos golpes suaves sonaron en la puerta, y cuando Emma indicó que se podía pasar, Nicolas asomó su cabeza despeinada por el viento.

Se veía tan magnífico. Traía la ropa manchada de barro, la chaqueta en la mano; y la camisa iba desprendida hasta el pecho. Juliana vio asomar una mata de vellos oscuros en ese pecho que parecía de acero. Suspiró. Tenía la cara reluciente, como si hubiera disfrutado de algo realmente revitalizador.

En sus ojos se apreciaba una fuerza que ella no había visto la noche anterior, cuando vio en él profunda ternura.

—¡Oh Nicolas! ¡Donde te has metido, mira tu aspecto! No es correcto que te presentes de ese modo frente a la muchacha —Emma mostraba irritación, su sentido del decoro herido; se acercó a él con los brazos en jarras,

y Nicolás pareció divertido, ya que en sus labios asomaba una sonrisa apenas perceptible.

Claro, la sonrisa no era para nada perceptible. Sólo alguien que lo estuviera estudiando como lo hacía Juliana en esos momentos lo hubiera notado. Dándose cuenta de su escrutinio descarado, bajó la vista hacia la taza, con las mejillas coloradas; agradecida de que nadie lo hubiera notado.

—Pido perdón a Juliana por mi aspecto, realmente no estoy acostumbrado a tener una señorita en la casa, y solamente hice lo que hubiera hecho de haber estado solo: andar por ahí como se me ocurre —soltó una carcajada. Juliana sonrió. Era verdaderamente hermoso cuando sonreía, sus rasgos se convertían totalmente. Con una mano en el corazón miró solemnemente a Emma y le dijo—: Te prometo que no volverá a suceder. Aunque tu ya estés acostumbrada a esto —y le hizo un guiño.

—Me alegro —dijo Emma, y dándole unas palmaditas en la espalda, salió de la habitación.

Juliana había permanecido callada hasta el momento, y decidió que ese era el instante en que debía decir algo.

—A mi no me molesta que ande así señor Duncan. En realidad esta es su casa, y puede andar como le plazca. Yo solo soy una extraña aquí. De verdad, no me molesta para nada —bajó la vista sintiéndose intimidada por ese cuerpo grande y musculoso, y luego miró hacia la ventana—. Es un día hermoso el de hoy, supongo que estuvo dando un paseo.

Nicolas la miraba fijamente.

—Más que paseos, los días como hoy me gusta dar cabalgadas furiosas. De esas que no dejan nada a su paso. En las que me siento tan libre como se siente el caballo cuando corre conmigo. No se como explicarlo.

—Lo entiendo. No se decirle por qué, porque como ya sabe, no se ni siquiera quien soy; pero lo entiendo —y sus ojos reflejaban sincero entendimiento.

CAPITULO V:

Se quedó allí parado, mirándola. Esa mañana estaba que quitaba la respiración. Envuelta en la bata rosa, sus cabellos rubios parecían doradas cascadas que caían sobre sus hombros; y su rostro había recuperado el brillo que seguramente había tenido alguna vez. Sus mejillas estaban sonrosadas, y sus labios, aunque no estaban del todo curados, comenzaban a recuperar la suavidad.

Salió de su estupor con el sonido de la taza chocando contra el platillo, entonces se acercó y se sentó en el sillón que estaba vacío.

—Veo que estás mejor hoy —dijo mirándola serio—. Me alegro.

—Si mucho mejor, gracias —se veía inquieta—. Yo... No se como voy a pagarle todo esto señor...

—Por favor llámame Nicolas —la cortó el.

—Bueno. No se como voy a pagarte todo esto Nicolas. No tengo dinero, y como ya sabes no se de donde sacarlo, y tengo que pensar a donde voy a quedarme ahora...

Él la miraba incrédulo. ¿Pensaba que la dejaría irse? ¿Así sola, sin recuerdos, y sin saber a donde ir? ¿Sola en un mundo tan peligroso, y lleno de gente que querría abusar de su inocencia? No. Estaba loca si pensaba que iba a irse.

—Juliana, no tienes que pagarme nada. Y no te vas a ir a ningún lado, no puedo permitir que andes a la deriva sin saber quien eres. Yo voy a cuidar de ti, por lo menos hasta que puedas recordar —Juliana lo observaba hablar, y en su mirada notó preocupación. Preocupación por ella.

Nicolas sentía la necesidad de protegerla, de cuidar de ella. No solo porque estuviera sola, y porque no conociera nada de sí misma; sino porque él la había encontrado tan débil y desprotegida, que la sola idea de que pudiera llegar a estar así de nuevo le rompía el corazón.

Nunca había sentido nada semejante, esa necesidad tan grande de cuidar de alguien a quien apenas conocía. De cuidar de una mujer, mejor dicho. Había estado con muchas mujeres, ellas caían rendidas a sus pies; pero ninguna había podido capturar la atención de Nicolas.

Para él solo se trataba de complacer su apetito sexual, y una vez satisfecho, no sentía amor, ni siquiera cariño.

Con Juliana era distinto. Le tocaba algo muy adentro, aún sin conocer nada de ella, que nunca nadie había tocado antes.

—Cuéntame de tu vida, ya que yo no puedo contarte mucho de la mía — la voz de ella lo sacó de sus pensamientos. La miró, y ella esbozaba una sonrisa triste—. Cuéntame de tus padres, si tienes hermanos, si trabajas...

—Vivo solo en esta gran casa, —empezó él— como ya verás, sólo somos el personal, que es bastante, y yo. Mi padre era un hombre común, pero un hombre que sin título y sin herencia alguna, logró hacer riqueza por mérito propio, por eso tengo esta gran casa y todos los lujos que ves aquí.

—¿Y como hizo esa riqueza? ¿Cómo se llama él? —estaba absolutamente concentrada en la historia de Nicolás. Tanto que había pasado por alto el hecho de que él no hablaba de su padre en tiempo presente, sino que se refería a él como un recuerdo del pasado.

—Caballos —dijo con orgullo—. Se dedicó a la venta de caballos. Los mejores caballos de Escocia; los exportaba a Inglaterra y le pagaban fortunas. Empezó con unos pocos caballos capturados en las montañas, los cuidó, hizo que se reprodujeran, y se los ofreció a un conde inglés para que los probara.

Juliana estaba embelesada.

Oía el relato de Nicolás con los codos apoyados en el brazo del sillón, y la cara entre sus manos. El fuego se reflejaba en su rubia melena, y le hacía lanzar destellos dorados. Sus ojos estaban más profundos que nunca, de ese color azul como el mar tormentoso que solo ella podía tener. Y por su cabeza, por su imaginación, vivía la historia en imágenes. Veía los caballos, las montañas y su vegetación, al padre de Nicolás. Aunque no lo conocía, se lo imaginaba parecido a él.

Incluso imaginó al conde inglés como un hombrecillo bajo y canoso, de figura rellena.

Sonrió. Ese hombre con una simple historia lograba cambiarle el humor, y olvidar un poco el problema por el que atravesaba.

—Al conde le gustaron mucho los caballos, tanto en su hermosura como en su potencia, en su brío; que le pidió que le consiguiera una manada completa y que pusiera el precio que él creyera conveniente —se iba perdiendo cada vez más en su historia. Continuó—. Claro, el dinero no era un problema para aquel hombre, era un conde; poseía tierras, propiedades, y una herencia fastuosa en dinero y joyas. Así que mi padre consiguió lo que le pedía, y se encargó personalmente de llevar los caballos hasta Inglaterra. Fijó un precio alto, poniendo como excusa que los caballos lo valían, y que no

encontraría ejemplares como esos en ninguna otra parte del mundo. El conde no puso objeciones, y pagó lo que mi padre había pedido.

Paseó la mirada por la habitación con melancolía, miró la bandeja con la taza vacía y las tostadas ya frías.

—Voy a pedir que nos traigan te, y luego seguiré contándote la historia.
Se levantó, le dirigió una sonrisa y salió de la habitación.

CAPITULO VI:

Juliana se quedó mirándolo, y siguió con la vista clavada en la puerta mucho después de que él había salido.

Se imaginó a ese hombre, tan valiente, que se había enfrentado solo al mundo y había hecho su propia riqueza. Lo admiró por ello.

Se acercó a la ventana y observó el campo verde que se extendía mucho más allá de su vista. Vio el mar, y las montañas que se recortaban a lo lejos.

Sintió que Nicolás regresaba a la habitación, y se dirigió de nuevo al sillón donde estaba sentada. Una muchacha entraba atrás de él, con una bandeja con dos tazas, una delicada tetera y buñuelos dulces. La chica dejó la bandeja en la mesita, y salió por donde había entrado.

Juliana sirvió el te, y se sentó mirando ansiosa a Nicolás, mientras revolvía su taza, a la espera de que continuara su historia.

—Bien, ¿Dónde estaba? —preguntó él.

—En que el conde pagó el precio que tu padre pedía por los caballos.

—¡Ah si! —tomó un sorbo de te—. Mi padre regresó a Escocia con mucho dinero en sus bolsillos, eso le sirvió para construir un establo en su pequeña casa y así poder criar mas caballos —mordió un buñuelo, tomó otro sorbo de te y siguió hablando—. La fama de sus caballos pronto se extendió por toda Inglaterra gracias a la propaganda que le estaba haciendo el duque, que los exhibía orgulloso por todos lados; y los pedidos comenzaron a crecer.

—Que maravilloso, que haya podido hacer todo eso él solo...—Juliana estaba fascinada.

El ignoró su comentario y siguió hablando como si ella no hubiera dicho nada.

—Su vida estaba repartida entre Escocia e Inglaterra, ya que prefería negociar en persona cada vez que aparecía un comprador nuevo. Con el dinero que iba ganando, compró tierras y construyó este castillo —miró a su alrededor, como queriendo abarcar el castillo con la mirada.

Luego se detuvo y la miró a ella, con ternura en sus ojos grises. Le sonrió, y se alargó hasta la mesita para tomar otro buñuelo.

—En todos esos viajes que mi padre hacía a Inglaterra, conoció a una chica. Era la hija de un duque —bajó la vista y meneó la cabeza con una sonrisa en los labios—. Se enamoraron a primera vista. Los padres de ella no

aprobaban ese amor, porque ella debía casarse con alguien de posición elevada, con títulos y todas esas estupideces —hizo un gesto con la mano como para restarle importancia.

Juliana lo miraba como atontada; tan maravillada estaba con la historia, que hasta había olvidado su te, y éste se había enfriado en la taza.

—A ellos no les importó ese impedimento, nadie iba a poder separarlos. Se fugaron una noche, y se casaron aquí en Escocia. Su familia la desheredó y la repudió por lo que había hecho, pero ella estaba enamorada; perder su herencia no le importó, ya que mi padre podía ofrecerle todo lo que ella deseara. Perder a su familia fue otra cosa, sufrió durante mucho tiempo. Pero al enterarse de que estaba embarazada, dejó todo eso atrás y se concentró en su nuevo futuro.

—Y ese hijo que venía en camino, ¿eras tú? —preguntó con los ojos humedecidos por la emoción del relato.

—Sí, era yo... y siete años después vino una niña. Una hermosa niña de rizos oscuros y unos increíbles ojos verdes. Aunque solo era siete años mayor que ella, me sentía su protector, y ¿te cuento un secreto?, ella era mi consentida —su risa resonó en la habitación, y su mirada se volvió triste, pero Juliana no lo notó.

—¡Tienes una hermana! Que hermoso, me pregunto si yo tendré hermanos o hermanas, o si tendré familia. Debe ser hermoso tener una familia tan feliz...

Su mirada la paró de golpe. Era fría, distante. Era una mirada de hielo.

—Tenía —dijo—. Ya no tengo una hermana, ni tengo padres. Por eso vivo solo en esta casa tan grande, solo con mis perros que me hacen compañía.

Una expresión de sorpresa se apoderó del rostro de Juliana. Ella no sabía, ¿Cómo podía saberlo? Durante toda la historia pensó que el resto de la familia vivía feliz en algún otro lugar, en Inglaterra quizás. Pero nunca se imaginó que no estuvieran más.

—Yo... lo siento mucho, yo no sabía... perdóname...no quise...—sus ojos se llenaron de lágrimas, y se tapó la cara con las dos manos, avergonzada, y furiosa por su metida de pata.

Sintió unos brazos alrededor de su hombro, y sintió como se hundía el sillón con el peso de otra persona. Nicolas la atrajo más cerca de él y la abrazó, queriendo consolarla, sin saber porque. La miró a la cara, y le secó una lágrima que se deslizaba por su mejilla con el pulgar; ella cerró los ojos

con ese suave contacto, y él vio esas largas pestañas tan maravillosamente arqueadas.

Y cuando abrió los ojos, pudo ver en las profundidades de esos ojos asombrosamente azules, y sintió que algo se apoderaba de él, una sensación extraña. Ella estaba mirándolo fijamente, como esperando que él hiciera un movimiento, que dijera algo.

Y entonces él la besó. Un beso suave y corto en los labios. Pero ese beso tan casto, le hizo enloquecer. Más de lo que le habían hecho enloquecer todas las mujeres con las que se había acostado.

En el medio de un suspiro volvió a hablar.

—Perdóname. Yo no te dije desde un principio que mi familia estaba muerta, ha sido mi culpa. Por favor, no te sientas mal. Te contaré el resto de la historia si me prometes no llorar.

Ella asintió, pero no separó sus manos de las de él, que las tenía posesivamente tomadas.

CAPITULO VII:

Su contacto era cálido, y aquello la reconfortaba.

—Muy bien. En medio de aquella felicidad mis padres estaban más enamorados que nunca. Hace tres años, cuando yo tenía veinticuatro años, y mi hermana diecisiete; mis padres decidieron hacer un viaje. Querían conocer un lugar exótico. A mi padre le encantaba la aventura, y mamá lo seguiría hasta la luna de ser posible. Así que se embarcaron a la India —su mirada se volvió distante, como recordando cosas que preferiría olvidar—. En India, en una de sus excursiones para conocer el país, un grupo de nativos atacó el carruaje donde ellos viajaban. Los hombres de la escolta, el guía, y mi padre lucharon salvajemente contra aquellos incivilizados, pero los superaban en número y nada pudieron hacer para salvarse. Así es que mis padres perecieron en el viaje que debería haber sido una aventura romántica para recordar sus primeros años de amor.

Juliana lo miraba horrorizada, no podía creer que la historia se había convertido en algo tan triste, cuando al comienzo la había hecho transportarse hacia un lugar imaginario asombrosamente feliz.

—Oh, cuanto lo siento Nicolás, habrá sido un golpe muy fuerte para ti...

—Si lo fue —la cortó él—, pero no tanto como para mi hermana. Cuando llegó la carta que me avisaba que habían encontrado a mis padres muertos, sentí que el mundo se me venía abajo. Lloré amargamente —esbozó una sonrisa triste—, pero mi primer pensamiento fue Georgina, mi hermana. Debía protegerla de aquel sufrimiento. Entonces escondí la carta en mi habitación y no le dije nada.

Se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes, como si recordar aquello le causara un malestar enorme. Luego volvió a tomar las manos de Juliana entre las suyas y prosiguió.

—Le escondí el secreto a Georgina durante meses, y trataba de mostrarme lo más normal posible, para que ella no notara mi tristeza y se angustiara. Pero un día la mandé a buscar unos papeles en mi habitación, olvidándome que la carta se encontraba guardada allí. Y ella la encontró. Y nunca podré olvidar la mirada que me dirigió cuando vio la fecha de la carta.

Nicolás tendría grabada esa imagen por siempre en su memoria. Los ojos verdes de su hermana echaban chispas, le temblaba el cuerpo, y profería

insultos y exclamaciones a los cuatro vientos. El peinado se le había desarmado por el movimiento violento de su cuerpo y las ondas azabaches caían en cascada por su espalda. Él le explicó como pudo, que lo hizo para protegerla, pero ella no lo escuchó, y las últimas palabras que le dirigió fueron:

—Jamás te perdonaré que me hayas escondido esto.

Y dicho eso, salió de la habitación y nunca más le volvió a hablar.

A esa parte de la historia la contó en voz baja, susurrando. No para que no escucharan las demás personas de la casa, pues la mayoría habían sido testigos de aquella pelea; sino solamente porque la voz no le salía de otra manera.

—Pero eso no fue lo peor. Después del enojo, Georgina se sumió en una profunda depresión. No hablaba con nadie, no comía, y rara vez salía de su habitación. Y cada vez que me miraba, no veía odio en sus ojos, sino un vacío enorme, como si su alma ya no habitara su cuerpo —suspiró—. Georgina ya no quería vivir, se estaba dejando morir Juliana, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Se llevó una mano a los ojos y bajó la cabeza un poco, como queriendo esconder su frustración. Juliana le apoyó una mano cálida en la mejilla, y eso fue todo lo que necesitó para reponerse y seguir hablando.

—Mi luz, mi sol, mi hermanita consentida; ya no era lo que solía ser, era una desconocida, se había apagado. Su estado empeoró, y el médico dijo que no aguantaría mucho más si no comía. Entonces tratamos de hacerla comer por la fuerza, pero nada funcionaba, y un año después ella dejó de sufrir. Vi a mi hermana dejarse morir. Morir de tristeza; sin siquiera decirme otra palabra después de las palabras de odio que me había lanzado un año atrás. Georgina murió odiándome.

—Estoy segura que no —lo tranquilizó ella—, estoy segura de que ella al final entendió y pudo perdonarte, solo que no tuvo las fuerzas suficientes para decírtelo.

Se incorporó y la miró. Esa muchacha desconocida hasta para ella misma lo estaba consolando mejor de lo que nunca lo había podido hacer nadie. Con solo contarle su historia y oír sus palabras de aliento, se sintió un poco mejor. Era algo increíble.

La atrajo hacia sí, y la abrazó con fuerzas unos minutos, sintiendo que ella le devolvía el abrazo. Luego se separó y le tomó la cara entre las manos,

mirándola fijamente a los ojos, diciéndole mil palabras con la mirada. Sus cuerpos estaban tan cerca, sus bocas casi podían tocarse.

Juliana sentía el aliento de él en la mejilla, tan cálido, tan suave. Y de repente se dio cuenta de que no hubiera preferido estar en ningún otro lugar del mundo.

Esperaba el beso.

Esperaba que la besara como lo había hecho la primera vez.

Sus bocas se acercaron un poco más, Juliana respiraba con dificultad, y vio los ojos de Nicolas oscuros por el deseo.

El sentía lo mismo que ella, sentía esas ganas urgentes de besarla, de besarla allí mismo; pero sabía que si comenzaba no podría parar.

Deseaba a Juliana. Deseaba a esa muchacha extraña que había aparecido en su vida de manera tan dramática, más de lo que había deseado nunca a ninguna otra mujer. La deseaba con el cuerpo, pero también la deseaba más profundamente.

Se acercó un poco más, y le frotó los brazos, sintiéndola suave a su contacto, dispuesta a recibir lo que él quisiera darle. Vio confianza en sus ojos, y de nuevo lo inundó esa sensación de protección que lo había embargado antes.

Saliendo del ensimismamiento en el que se encontraban, escucharon pasos que se acercaban por el pasillo. Con un movimiento brusco, Nicolás se apartó de ella, se dirigió a la puerta, y salió de la habitación sin mirar atrás; dejándola sola y con la sensación de desamparo que sentía antes de que el hubiera ido esa mañana a hablar con ella, calmando su angustia.

Se quedó allí, sentada, observando la puerta con la mirada perdida sin poder moverse, sin poder reaccionar.

CAPITULO VIII:

Por esa misma puerta entró Emma, que puso una expresión de terror cuando la vio y corrió a su lado.

—¡Oh niña! ¿Qué te sucede? Parece que hubieras visto un fantasma. Estas pálida, quizás no hubieras debido levantarte todavía, aun sigues muy débil. Déjame que te ayude a recostarte. Puedes dormir una siesta hasta la hora del almuerzo, luego comerás algo para seguir recuperándote.

Se dejó arrastrar hasta la cama por Emma. Ésta le quitó la bata, le puso un camisón limpio, y la arropó bajo las mantas. Luego abandonó la habitación.

Juliana estaba acostada con los ojos muy abiertos, sin ningún tipo de reacción en su rostro, pensando. Y luego, simplemente, lloró.

Lloró amargamente por su destino. Lloró por no saber quien era, por no poder recordar nada de su vida; por no poder recordar ni siquiera algún detalle importante que le diera alguna pista sobre su origen.

Pero sobre todo lloró por la historia que acababa de escuchar. Lloró por esos padres amorosos y enamorados que habían sido asesinados tan cruelmente, por esa hija que había tenido un destino aún peor.

Y lloró por Nicolas, porque al fin y al cabo, él era el que seguía sufriendo por todo lo pasado, y lo llevaría en su mente para siempre, y lo sufriría hasta su muerte.

Y por último lloró por ese beso que nunca llegó. Por ese beso que parecía estar dispuesto a hacerla olvidar sus temores, y que no recibió.

¿Por qué no la había besado? Si parecía tan dispuesto a hacerlo... ¿Por qué habría cambiado de opinión? No lo sabía...

Y cuando el sueño venció al llanto, se quedó profundamente dormida, con los ojos aun húmedos.

Nicolas no sabía que le pasaba, se maldijo mil veces por lo que estuvo a punto de hacer, y se maldijo mil veces más por lo que había hecho.

Él no podía permitirse esas libertades, no podía permitirse besar a una extraña que había entrado a su vida por una tragedia. Una extraña que no recordaba nada de si misma, que no sabía siquiera su propio nombre.

Se apoyó con las dos manos en su escritorio, y con todas sus fuerzas descargó un puñetazo sobre él. La madera crujió, y Nicolás haciendo eso no

logró deshacerse, como había pensado, de la furia que sentía bullir en su interior.

Con el seño fruncido, se dirigió a la ventana, y a lo lejos miró el mar. Ese mismo mar le había traído a la muchacha que estaba en la otra habitación, a tan solo dos puertas de la de él. Una muchacha fresca, con cabellos dorados, y ojos del color del mar tormentoso. Una muchacha que con solo escuchar su historia le había derrumbado todas sus barreras. Y se había dejado llevar. La había besado.

Pero ese beso fue un error.

El había amado a sus padres, y los había perdido. Luego había amado a su hermana más que a nadie en el mundo, y la había perdido de la peor forma.

No. No podía permitirse sentir nada parecido al amor, nunca más. La sola idea de perder a otra persona querida, le producía un dolor lacerante en el corazón.

Con determinación, cruzó la habitación y salió a hacer lo que mejor sabía: trabajar con sus magníficos caballos.

Juliana despertó despacio. Miro hacia las ventanas, el sol estaba cayendo. Había dormido el resto del día, ya llegaba el crepúsculo. Observando las ventanas, la cabeza le empezó a doler, la luz se fue haciendo cada vez más blanca; hasta que la cegó completamente, y la imagen apareció borrosa ante ella.

Se veía a si misma acostada en una gran cama, con un hermoso vestido azul de fiesta aún puesto, los pies adoloridos; y sostenía en sus manos la cadena que llevaba su nombre.

Acostada en esa hermosa habitación decorada de violeta, observaba por la ventana, en ese caso, un amanecer. Una sonrisa adornaba su rostro, y un suave olor a lavanda llenaba el ambiente.

La escena se fue disolviendo poco a poco, pausadamente. Primero desapareció todo lo que la rodeaba y solo quedó ella en la gran cama. Luego la cama se fue esfumando lentamente, y solo quedó ella, flotando en una gran nube de humo. Luego la nube también desapareció, y ya nada quedó.

Se encontró de nuevo en el cuarto de la mansión de Duncan, con sus cortinas color durazno y su mullida alfombra. Sintió una sensación de vacío. Se levantó y caminó hacia la mesita al frente de la chimenea, y vio una bandeja con unas lonchas de carne, huevos, y algunos vegetales; en una copa un poco de vino con un fuerte olor a especias. Se sentó en el sillón y comenzó a comer, su mirada azul perdida en el fuego de la chimenea.

Su primer pensamiento fue Nicolás; ¿Qué estaría haciendo a estas horas?
¿Dónde estaría? ¿Ya habría comido?

¿Por qué no la había besado?

Esa última pregunta la sorprendió. ¿Seguía realmente pensando en aquel beso? Hace apenas un día que se encontraba en el castillo, y no podía dejar de pensar en su dueño. Decidió que eso no podía seguir así, y con pesar lo apartó de sus pensamientos.

Pero muy en el fondo, Nicolas Duncan seguía en su mente.

CAPITULO IX:

Nicolas cenaba solo en el grandísimo comedor. La luz de las velas le daba un toque misterioso a la estancia, y el calor del fuego que ardía en la chimenea llenaba la habitación con su exquisito calor. Afuera soplaba un viento gélido, y las ventanas de todo el castillo habían sido cerradas para no dejarle paso. De la cocina le llegaban aromas de pan recién horneado y carne asada, la misma que él estaba comiendo en ese momento. Saboreó un instante la exquisita ternera, y pensó que en ningún otro lado había probado otra que igualara el sabor de sus incomparables animales.

Terminó la cena y caminó hasta la chimenea con una copa de vino en la mano. Removió el fuego para avivar las llamas, y luego se repatingó en su sofá preferido, con la vista clavada en la ventana. El tiempo se ponía cada vez peor, casi estaban en invierno, y pensó que no faltaría mucho para que cayera la primera nevada.

El vino y el calor de las llamas lo fueron envolviendo en un delicioso estupor, al que se arrastraba sin resistencia alguna.

Adormilado, con las piernas estiradas, sentía como la calidez de la estancia lo acariciaba; y sin que se diera cuenta, la copa ya vacía resbaló de su mano, y cayó al suelo, haciendo un ruido estrepitoso.

El ruido a cristal roto lo sobresaltó, y lo arrancó bruscamente de su estado de éxtasis. Maldijo por lo bajo, y se agachó cansinamente a recoger los vidrios desparramados por el suelo. Dejó todo en la mesa y se dirigió con paso lento a su habitación.

El fuego le iluminaba la rubia cabellera, que refulgía con un tono dorado propio de los dioses del Olimpo. La cascada de ondas le llegaba hasta la cintura, y el cepillo bajaba desde la coronilla hasta las puntas una y otra vez.

Nicolas se quedó pasmado ante aquella imagen.

La puerta de la habitación estaba entreabierta, no mucho, pero lo suficiente como para que él tuviera una visión de aquella criatura celestial. Una toalla envolvía su cuerpo por debajo de las axilas, y a su lado la bañera tenía restos de agua jabonosa ya fría.

El fuego acariciaba su cabello, su espalda, sus hombros; la línea de su perfil estaba perfectamente marcada por la tenue luz, y Juliana se movía grácilmente, de manera elegante y delicada.

Siguió mirando un poco más, ella no se había percatado de que la puerta no estaba cerrada. Probablemente Emma la había cerrado mal al salir, y él daba las gracias por eso en silencio a aquella decorosa mujer.

Juliana se levantó del banquito donde estaba sentada, dejando el cepillo en el tocador, y el movimiento hizo que la toalla resbalara por su cuerpo y fuera a caer en sus tobillos.

Nicolás tenía los ojos como platos, estaba hipnotizado, incapaz de cerrarlos por un segundo, por temor de que aquella ninfa fuera a desaparecer de su vista; incapaz de respirar para evitar hacer el mínimo ruido que fuera a alertarla.

Juliana se extendía en toda su gloriosa desnudez, ahí, justo frente a él; tan cerca y a la vez tan lejos. Su cuerpo era delgado, y tenía curvaturas perfectas; unas nalgas bien marcadas, y pechos llenos en su momento de plenitud como mujer.

El cabello le caía por la espalda y sobre los pechos, como un manto de hilos de oro, adornando su cuerpo como el más exquisito chal que él hubiera visto jamás.

De pronto ella miró la toalla desparramada en el suelo, y, sin el menor atisbo de vergüenza, sonrió.

Claro, ella pensaba que estaba sola.

Caminó hasta la chimenea y se quedó un momento parada allí, mirando el fuego y absorbiendo su calor. Parecía no tener la menor intención de vestirse. Luego fue hasta la ventana y se apoyó en el marco, mirando hacia el exterior, donde la negrura de la noche impedía ver mas allá de donde ella se encontraba. Se quedó allí unos segundos, y luego giró.

Nicolás casi dio un salto al pensar que ella lo había visto, fue como si clavase sus ojos azules en la mirada gris llena de deseo de él. Pero solo fue un fugaz momento.

Juliana caminó hasta la cama, y tomó el camisón blanco de seda que había sobre ella, para alzar los brazos y pasárselo con gracia felina sobre la cabeza. La seda le acarició cada rincón de su cuerpo, y se pegó a sus curvas con atrevido descaro, dejando que se transparentaran los rosados pezones, y el vello del pubis a la luz de las llamas.

Con un movimiento sensual, se agachó apenas, y de un soplido apagó la vela que descansaba en la mesilla de noche, dejando la estancia iluminada solo por la tenue luz que proyectaba el fuego de la chimenea. Juliana se

acostó, exhaló un suspiro, y relajó su cuerpo para terminar durmiéndose minutos después.

Él se quedó allí un momento, sin respiración, jadeando suavemente.

¡Maldición! No podía sentir tanto deseo por esa criatura desconocida; pero al diablo con todo lo que pensaba, la muchacha era endemoniadamente linda, y al verla desnuda, su cuerpo tan exquisito...

Nicolás no pudo apartar esa imagen de su mente.

Su miembro latía turgente dentro de sus pantalones, con ansia de ser liberado. Con solo observar a Juliana moviéndose desnuda por la habitación, se había excitado más que en cualquiera de sus relaciones sexuales.

Caminó hacia su habitación donde planeaba darse un baño para calmar su fuego, y pidió a Dios que se apiadara de él, y pudiera mantenerlo lejos de Juliana.

Porque bien sabía él que no podría controlarse si le pusiera un dedo encima.

CAPITULO X:

Su primera reacción fue de sorpresa. Lo descubrió parado allí, espiándola por la puerta apenas entreabierta, cuando su imagen se reflejó en el espejo del tocador ante el cual se encontraba sentada.

No supo si girarse y correr a cerrar la puerta, gritarle que se largara, o cubrirse con la bata que se encontraba al alcance de su mano.

En lugar de todo eso, su mano siguió moviéndose automáticamente sobre su cabello, sin cambiar la postura de su cuerpo y sin alterarse lo mas mínimo. Pensó que podía divertirse un rato atormentando a ese hombre que la admiraba a cierta distancia.

Se levantó y dejó el cepillo, y con un imperceptible movimiento se deshizo de la toalla, que cayó acariciando su cuerpo, pareciendo que se había caído sin querer.

Miró hacia el suelo con una sonrisa maliciosa, y caminó hacia la chimenea, completamente desnuda. Un tibio calor bullía en su interior, una sensación que, estaba segura, no había experimentado jamás. ¿Por qué disfrutaba dando semejante espectáculo a ese hombre?

No lo sabía, pero sentía un enorme placer, al pensar que Nicolas estaba deleitándose con su cuerpo desnudo y sus movimientos sensuales.

Se quedó un momento allí, sabiendo que las llamas de la chimenea proyectarían en ella luces doradas, y sombras que le darían cierto aura de misterio. Luego caminó despacio hacia la ventana, donde perezosamente se estiró y se apoyó con un movimiento atrevido en el marco, fingiendo mirar hacia fuera; pero mirando en realidad en el vidrio, el reflejo de los ojos grises cargados de pasión que la observaban desde la puerta.

El calor crecía dentro de ella, como olas de fuego que la lamían de la cabeza a los pies. ¡Se estaba excitando ella, cuando su intención era excitar a Nicolas! Esa sensación la hizo volverse mas atrevida.

Hasta ese momento Nicolas solo había podido verla de espaldas, pero entonces ella giró; y sin poder contenerse lo miró a los ojos.

Por un momento sus miradas se encontraron, y notó como él se tensaba al pensar que había sido descubierto; así que desvió la mirada e hizo como si no lo hubiera visto, pues el juego que ella había comenzado, terminaría cuando ella así lo decidiera.

Dejando a la vista todo el esplendor de su cuerpo, se deslizó con movimientos felinos, sabiendo que aquello volvería loco a aquel hombre. Sentía los pechos hinchados por la excitación, los pezones duros; y una sensación de cosquilleo en la entrepierna que clamaba por ser calmada.

Caminó hasta la cama, y tomó el camisón que Emma había elegido para ella. Noto que era de una suave seda blanca apenas transparente, como si hubiera sido elegido especialmente para su propósito. Alzó los brazos, haciendo que sus pechos se mecieran, y paso el camisón por su cabeza, dejando que se deslizara a lo largo de todo su cuerpo.

La suavidad de la tela la acarició por todos lados, atormentando sus pezones erectos, sin que ella pudiera hacer nada. Los pliegues se metieron entre sus piernas, rozando apenas los rizos dorados de su pubis, y eso le provoco un cosquilleo enloquecedor en el estómago.

Sin poder resistir más el tormento al que ella sola se estaba sometiendo, se agachó provocativamente, apagó la vela, y se hundió en el mar de sábanas y cobijas; esperando que Nicolas pensara que se había dormido.

Cuando sintió que él cerró la puerta, y oyó sus pisadas a lo largo del pasillo, Juliana se incorporó un poco en la cama con la mirada perdida en la oscuridad, pensando totalmente en otra cosa.

Con el ceño fruncido trató de recordar, hizo fuerza para que alguna imagen aflorara en su mente, alguna pequeña señal que le revelara lo que se estaba preguntando en aquel momento.

No se atrevía a hacerlo, pero decidió que era el único modo de averiguarlo. Así que deslizó su mano por el abdomen, encontrándose con los rizos de su monte de Venus. Incapaz de ir más allá, dejó la mano inmóvil donde estaba, tomando valor para avanzar. Continuó bajando despacio su mano temblorosa, para descubrir una cálida humedad justo allí donde tenía que descubrir su secreto.

Presionó un dedo en la ajustada hendidura, y sintió como se tensaba todo su cuerpo y un agudo dolor la recorría. Lo retiró rápidamente, y se acurrucó de costado sobre la cama, tapada hasta el mentón con las cobijas.

Justo como lo había pensado, aunque no podía recordarlo, justo como lo había intuido.

Juliana, era virgen.

CAPITULO XI:

Los rayos del sol iluminaban la habitación, dándole un aspecto cálido, aunque el día era en realidad más bien helado. Emma cruzó la puerta de la habitación y comenzó a descorrer las cortinas de las ventanas.

Juliana se dedicó a observarla mientras lo hacía. La mujer era bastante baja, su regordeta figura ataviada con un vestido grueso de lana gris para no dejarle paso al frío, y sobre los hombros llevaba un chal azul tejido.

El cabello entrecano iba peinado en un rodete alto, del que escapaban algunos mechones blancos en forma descuidada. Su rostro estaba cubierto por miles de arruguitas que le daban un aspecto simpático, y sus ojos del color de la miel encerraban infinita ternura.

Emma giró y descubrió a Juliana observándola.

—¡Ah! Ya veo que estás despierta niña. Pues menos mal, me has ahorrado el trabajo de levantarte —dijo entre risas—. Te he traído algo para que te pongas, creo que será de tu medida, igual podemos adaptarlo si no es así.

Se fue hasta los sillones que estaban frente a la chimenea, y trajo algo que había depositado antes allí.

—Este vestido era de la señorita Georgina, la hermana de Nicolas, que en paz descance —hizo la señal de la cruz y miró al cielo—, pruébate, y veremos si hay que hacer algunos ajustes.

—Está bien —logró decir Juliana, mirando el vestido con reticencia.

Era igualmente abrigado que el de Emma, pero el corte era más fino, más delicado; la lana de mayor calidad, y era de un hermoso color violeta. Tenía cuello alto, adornado con botones color lila, al igual que las mangas y la espalda. Era un vestido sencillo para llevar por las mañanas, pero igual era muy elegante.

—¿No crees que Nicolas... que el señor Duncan se enojará, si me ve llevando el vestido de su hermana? —Preguntó tímidamente.

—No lo creo Juliana, eso pasó hace ya algún tiempo, y estos vestidos van a terminar comidos por las ratas si no se les da un buen uso —le dijo en medio de risas, esa mañana se la notaba de muy buen humor—, y no creo que a mi me queden ¿no?

Juliana rió con ganas, y se levantó de la cama sonrojándose al recordar el camisón que llevaba puesto. Rápidamente se puso la enagua y unas medias gruesas que Emma le había alcanzado.

El frío le calaba los huesos, así que corrió hasta la chimenea para calentarse primero de un lado, y luego del otro. Se pasó el vestido por la cabeza, y le calzó a la perfección, salvo por el largo. Ella parecía ser bastante más baja que la hermana de Nicolás.

Pero eso no fue un problema, media hora más tarde, Emma le daba la última puntada al ruedo del vestido, dejándolo del largo perfecto. Le trajo también unas botas, justo de su tamaño, que vaya a saber de donde las había conseguido.

—Emma, ¿de donde sacaste estas botas? ¿Y como sabes que son justo de mi tamaño? —preguntó confusa.

—Ah niña, pues es fácil —dijo cruzándose de brazos—. El tamaño lo he sabido por las botas que llevabas puestas el día que el señor te encontró, solo que las tuyas estaban inservibles, por el agua que había absorbido el cuero —hizo una pausa para toser y aclararse la garganta—. ¿Y de donde las hemos sacado? Pues la madre de Nicolás era pequeña y delicada como tu. Su marido le decía que tenía pies de princesa, por ser tan pequeñitos.

Juliana esbozó una sonrisa y se calzó las botas. Se sentía mucho más fuerte que el día anterior, y tenía un apetito voraz.

Se miró en el espejo, y le gustó como el color violeta del vestido resaltaba el rubio de su cabello y el azul de sus ojos.

Emma la guió hasta el tocador, donde la hizo sentarse para proceder a arreglarle el cabello. Los rizos estaban bastante enmarañados, ya que no los había trenzado antes de dormir, pero Emma trabajó con gran destreza, cepillándose con tranquila suavidad.

Al cabo de quince minutos Juliana bajaba las escaleras con su cabello elegantemente peinado en un moño alto, y la postura de una reina.

Nicolás la miró cruzar la puerta del comedor desde su lugar en la mesa. Estaba exquisita. El violeta le daba un aspecto sofisticado, y sus cabellos de ángel adquirirían su tono dorado más encantador.

Los ojos le chisporroteaban con diversión, y el azul tormentoso de su mirada, era ahora reemplazado por un azul más calmo, pero igual de avasallante. La lana se pagaba a su figura, y el cuello alto del vestido remarcaba sus pechos de una manera sensual.

Se levantó cuando ella entró en el comedor, y le retiró la silla para que se sentara.

—Buenos días Juliana, ¿has dormido bien?

—Buenos días, si gracias, he descansado y hoy me siento totalmente recuperada.

Al mirarlo se ruborizó intensamente, al recordar su atrevimiento de la noche anterior, y sintió aún mas vergüenza al darse cuenta de que él estaría, en ese momento, pensando exactamente en lo mismo.

—Gracias —dijo tímidamente, cuando él le acercaba la silla. Miró hacia la ventana—. El día está esplendido, el cielo es tan azul... No puedo entender como con un día tan hermoso el tiempo puede ser tan frío —dijo frunciendo el ceño.

Nicolas sonrió.

—Es porque el invierno esta a tan solo unos días, pronto comenzará a nevar y las montañas serán tapadas por un manto blanco. Es algo increíble.

La miraba fijamente, y sus ojos grises parecían encontrarse en una batalla interior, una batalla de la que solo él conocía la causa.

Juliana tomó una tostada y le untó mantequilla, y con delicadeza comenzó a comer los huevos que había servido una muchacha de manera silenciosa en su plato. Su mirada se perdió mas allá de la ventana, mas a lo lejos, mientras tomaba pequeños sorbos de te; y no se percató de que Nicolás observaba todos sus movimientos.

CAPITULO XII:

— ¿Te gustaría recorrer la propiedad?

La pregunta sobresaltó a Juliana, que estaba absorta en sus pensamientos. Se giró hacia el hombre que le hablaba desde el otro lado de la mesa, y le dedicó una sonrisa.

—Me encantaría —dijo sin más.

—Es muy extensa, pero podemos recorrer los jardines a pie, y puedo mostrarte el resto de la casa. Cuando estés completamente recuperada podemos dar paseos a caballo.

—Me siento totalmente recuperada —dijo con ilusión.

—Ya lo creo que te sientes así, pero es mejor prevenir que curar —dijo con una ladeada sonrisa dibujada en su rostro moreno.

—Está bien, después de terminar el desayuno podemos irnos —y dicho esto, comenzó a tragarse con avidez las tostadas y el te que le quedaban.

Terminaron de comer en silencio. Ella con sus pensamientos volando por los aires, y él observándola cada tanto, pues le era imposible no hacerlo.

Después de recoger una capa abrigada que Emma le había dejado en su habitación, Juliana bajaba las escaleras con paso apurado. Temía que si tardaba demasiado, Nicolás no la esperaría para mostrarle el terreno.

Pero él la esperaba en la puerta, con una sonrisa en el rostro, y una cesta en las manos.

—Vamos a almorzar en el campo, al aire libre, ya que el día lo permite, ¿te parece bien? —preguntó él con esa sonrisa tan encantadora.

—Supongo que si, después de andar un rato creo que este frío se hará mas soportable. —y dicho esto, le dirigió una sonrisa igual de tierna, pero cargada con un leve rubor en las mejillas.

Afuera, el sol brillaba en su máximo esplendor, pero el frío cortaba el aliento y helaba la sangre. A ellos no les importó. Comenzaron su caminata por los jardines aledaños a la casa, inspeccionando cada recoveco y admirando los árboles sin hojas, que dibujaban un paisaje perfecto.

Juliana escuchaba con expectación las historias que Nicolas le contaba, esperando con ansias la próxima; ya que para cada lugar había algo que contar, aunque sea un recuerdo o una anécdota de su niñez.

Entraron a un patio decorado totalmente al estilo inglés. Los senderos perfectamente cuidados, estaban bordeados por flores de invierno, por la época en que se encontraban. Había bancos trabajosamente tallados, situados debajo de faroles que le daban al lugar el toque perfecto. Justo en medio del jardín, donde se juntaban todos los senderos, había una fuente; una fuente hermosa, donde diosas desnudas vertían agua de grandes cántaros sobre sus cuerpos. El agua bullía salpicando el césped, y su suave murmullo era relajante.

Juliana caminó hacia la fuente, mirándola fijamente, y mojó apenas sus dedos. Una luz cegadora la invadió con la potencia de un rayo, y de repente ya no se encontraba en ese jardín, y tampoco se encontraba en la casa de Duncan.

Estaba en un jardín más amplio, más fastuoso. La fuente, con la misma figura de las diosas con el cántaro, doblaba en tamaño a la anterior, y el agua caía en forma de cascada. Juliana se veía a sí misma sentada en uno de los bancos, masajeándose los pies, con sus zapatos en el suelo, un poco escondida entre las sombras. Podía sentir el calor del momento, el ardor en las mejillas.

El vestido que llevaba puesto, era el mismo que había tenido en su visión anterior. Delicado, de un azul exquisito.

De un lugar un poco alejado, le llegaba el sonido de risas y aplausos, y de una orquesta que tocaba alegres melodías. Supo que en ese momento se sentía feliz. Una voz masculina de repente la asustó:

—Debes volver a entrar Juliana —dijo la voz, un poco rasposa, la gente reclama tu presencia.

Y cuando Juliana se giró para mirar de donde provenía aquella voz, la imagen se desvaneció y volvió a encontrarse en el jardín de la casa de Nicolas.

Al percatarse de donde se hallaba, tuvo una ligera sensación de vacío, y volvió a sentir el aire gélido de la mañana. Una mano en su hombro la sacó de sus pensamientos, y cuando volteó, encontró a Nicolás mirándola con seño y ojos preocupados.

—Juliana, ¿te sientes bien?

—Yo...si, estoy bien...

—Por un momento te has quedado de piedra, y no oías cuando te llamaba. No sabía que te pasaba, me has preocupado.

En su mirada gris se reflejaba verdadera preocupación, y Juliana no se atrevió a contarle de sus visiones; por lo menos hasta saber si eran parte de su alocada imaginación, o si tan solo maravillosamente estaba recordando retazos de su vida pasada. Con gesto despreocupado le apoyó la mano en la mejilla, y mirándolo a los ojos le dijo:

—Tranquilo, no pasa nada. Tan solo me he quedado mirando la fuente, es tan hermosa... y el murmullo del agua me ha hechizado, es por eso que no te oía. ¡Estaba perdida en mi propio mundo! —dijo riendo con verdadera alegría, pues estaba comenzando a recuperar la esperanza de algún día poder recordar.

—Está bien, si tú lo dices —dijo él aclarándose la garganta, al mismo tiempo que se ajustaba la bufanda que llevaba en ese momento—. Pues la verdad que este lugar es algo mágico; me gusta venir en verano, por las noches, y quedarme sentado hasta altas horas tomando una copa, y tan solo mirando el cielo y oyendo el sonido del agua y la naturaleza. Es algo realmente... ¿como podría decirlo? Liberador. Me hace olvidar por al menos un momento del mundo y sus problemas.

—Ya lo creo —dijo Juliana sacándolo de sus ensoñaciones—. ¿Tienes una historia también para este sitio?

Sus ojos brillaban como los de una chiquilla, que esperaba que le contaran un cuento para poder irse a dormir. Nicolas rió, y meneó la morena cabeza recordando.

—Si, hay una historia.

—¡Cuéntamela! —estalló ella.

—Claro que si. Por si no te has dado cuenta, o tal vez no lo recuerdas o simplemente no lo sabes, este es un jardín al estilo ingles. Mi madre era inglesa, como ya te lo he dicho una vez, y estando aquí echaba terriblemente de menos los jardines de su mansión de Inglaterra. Mi padre no soportaba verla con aquella melancolía, así que para su primer aniversario, hizo construir este jardín especialmente para ella —Nicolás esbozaba una sonrisa sin darse cuenta, lo hacía cada vez que hablaba cariñosamente de su familia—. Fue una sorpresa, no se como lo logró, pero mi madre no se enteró de nada hasta el mismo día de su aniversario. Esa noche la condujo hasta aquí, donde había hecho preparar una exquisita cena a la luz de las velas, y pasaron el mas perfecto primer aniversario que hubieran podido imaginar; tan solo con su mutua compañía.

Su mirada perdida hasta ese momento a lo lejos, volvió ahora hacia el rostro de Juliana, y la encontró con los ojos empañados, al borde de las lágrimas.

—Me parece que tendré que dejar de contarte estas historias, te afectan demasiado —dijo con un gruñido, al mismo tiempo que secaba una lágrima que resbalaba por la sedosa mejilla de ella.

—Oh no, estas historias son maravillosas, no puedo evitar emocionarme, por favor no dejes de contármelas —dijo con tono suplicante.

—Está bien. ¿Seguimos nuestro recorrido? Va siendo hora de buscar un lugar para almorzar, y se de un sitio que es perfecto para eso.

Y con su sonrisa mas ancha, tomó a Juliana de la mano y empezó a andar a grandes zancadas, con ella medio corriendo por detrás, y su exultante risa flotando en el aire.

CAPITULO XIII:

Después de caminar por un bosquecito, llegaron a un pequeño claro, en el que se divisaba un lago azul; rodeado por árboles que aún conservaban sus hojas, pues eran árboles de la región, acostumbrados al clima.

—¡Este lugar es hermoso!

Juliana estaba radiante. La caminata apurada la había agitado un poco, y su pecho subía y bajaba rápidamente para llenar sus pulmones de aire. Tenía las mejillas arreboladas, los labios colorados por el frío, y el exquisito peinado que Emma le había hecho al despertar, ahora era una maraña de rizos que colgaban mal prendidos por su espalda. Estaba más hermosa que nunca.

Corrió como una niña hasta la orilla del lago, y con la punta de la bota tocó apenas el agua; luego giró hacia donde estaba Nicolás y le hizo señas de que se acercara.

Él la miraba desde la distancia. Estaba avasallador.

Sus ojos grises brillaban de orgullo por su querida tierra, y su cuerpo musculoso, ataviado con cuero, lucía magnífico. Parecía un guerrero salido de alguna historia fantástica, con despeinados mechones de cabello oscuro cayéndole sobre los ojos.

Juliana lo vio acercarse lentamente, y su corazón dio un salto. ¡No podía ser tan endiabladamente hermoso! ¡Tan endemoniadamente masculino! Todo él exhumaba potencia, virilidad, y Juliana sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral.

—¿De verdad te gusta tanto todo esto? Deberías ver tu aspecto —le dijo entre risas—. Pareces una niña a la que le han regalado algo hermoso.

—Es que el paisaje es tan maravilloso. ¡Mira el agua Nicolás! Es el azul mas azul que he visto jamás.

Ambos rieron por la ocurrencia, hasta que Nicolás cortó las risas con otra frase.

—Tus ojos son aún mas azules, Juliana —dijo poniéndose serio, mirando en las profundidades de esos ojos que tanto lo atormentaban—. Claro que hoy, pueden compararse con el azul del lago.

Dijo lo último con una sonrisa, para relajar la situación, y Juliana le dedicó una mirada cargada de ternura.

—Gracias, aunque mi cabello debe ser un desastre. He traído un cepillo, me arreglaré un poco y luego podemos comer.

Y dicho esto comenzó a caminar hacia donde habían dejado la canasta con todas sus cosas.

Sacó el cepillo de la pequeña bolsa que había preparado, y comenzó a desenredarse el cabello, mientras Nicolas disponía todo para almorzar.

Vio que él estiraba un mantel en el césped, y luego distribuía varias bandejas que contenían carne fría, queso, pan fresco y frutas. Notó como la miraba disimuladamente, alzando la vista de a ratos para observar como cuidaba su cabello. Luego sacó una botella de vino y dos copas, lo que le dio un toque fino a esa situación tan rústica.

—¡La mesa está servida! —le gritó, y ella se dirigió hasta allí para acomodarse a su lado, con la rubia melena cayéndole sobre los hombros.

—Me muero de hambre, hemos caminado bastante.

—Ya lo creo que lo hemos hecho hermosa, y me alegra que hayamos venido hasta aquí, este lugar era mi favorito cuando era niño.

Juliana se sonrojó por el apelativo con que la había llamado, y le dedicó una sonrisa; pero en el fondo le gustó que la llamara de esa manera.

Comieron en silencio, admirando el paisaje, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Al terminar juntaron todo, y dejaron tan solo las frutas y el vino.

Se sentaron uno al lado del otro, y mientras Nicolás daba un sorbo de vino, Juliana mordía un durazno maduro, haciendo correr el zumo por su mentón. Nicolás rió divertido, y se acercó para limpiarle la cara.

Juliana se puso seria, y quedándose muy quieta lo miró fijamente con sus grandes ojos azules. Él, embrujado por la situación, en lugar de limpiarle la comisura de la boca con la servilleta, se acercó lentamente para lamer esa gota tentadora que lo invitaba a pecar.

Juliana cerró los ojos, y sintió la textura de esa lengua contra la piel. Su contacto no la repugnó, al contrario, le hizo sentir cosquillas en el estómago, y un tibio calor se apoderó de su cuerpo.

Cuando Nicolas se apartó, la encontró con los ojos cerrados, disfrutando de su contacto. Entonces, sin poder resistirse un segundo más, la besó. Pero no la besó como aquella primera vez, la besó con ansias, con pasión.

Su boca trazaba figuras maravillosas, y Juliana sentía que flotaba. El la buscó con la lengua, haciendo el beso mas profundo, y ella respondió a su llamada, imitándolo, saboreándolo.

La tumbó sobre el mantel, y le acarició el rostro, mirándola a los ojos.

—Eres tan hermosa Juliana, eres una tentación que no puedo evitar —y buscó sus labios una vez más, sus besos cada vez mas ardorosos.

Ella respondía con la misma ferocidad, sin miedo, dejándose llevar por las placenteras sensaciones que nacían en su interior, y eran nuevas para ella.

Él se detuvo una vez mas, acariciándole el cabello.

—Tu cabello parece oro fundido.

—No pares de besarme Nicolás, ¿puedes sentir lo que yo siento?

—Si... claro que puedo hermosa, toda tú invitás al pecado.

Juliana enlazó sus brazos al musculoso cuello de él, sintiéndose segura aferrada a ese cuerpo escultural.

Siguieron besándose, las manos febriles de Nicolas acariciando las curvas de Juliana, sin demasiado atrevimiento para no asustarla, pero con la pasión suficiente para encenderla.

Juliana se pegaba a su cuerpo en ardorosa invitación, pero sin siquiera saberlo. Ese tormento debía terminar, antes de que hicieran algo de lo que pudieran arrepentirse. Y Nicolas no creía poder seguir aguantándolo mucho tiempo más; por lo que con su férrea fuerza de voluntad, se apartó de ella un poco y logró decir unas palabras.

—Debemos irnos princesa, aquí en Escocia oscurece temprano, y no queremos que nos agarre la noche en el bosque ¿verdad?

—No...no queremos eso, debemos volver... —dijo recuperando la compostura, con los labios hinchados por los besos, y sus ojos oscurecidos por la pasión.

Nicolas la ayudó a incorporarse, y juntos terminaron de juntar todas las cosas. Juliana se arregló el pelo, para no llegar tan desaliñada ante la mirada escrutadora de Emma, e iniciaron la larga caminata de regreso.

Recorrieron un largo trecho en silencio, y sin decir una palabra, Nicolas se acercó a ella y le cruzó un brazo sobre los hombros, infundiéndole calor; y Juliana agradeció en silencio ese gesto.

CAPITULO XIV:

El agua de la bañera estaba casi fría, pero ella no se había dado cuenta, tan absorta en sus pensamientos como estaba. Recordaba cada detalle, cada gesto, cada mirada; todas y cada una de sus palabras.

Le había dicho que era hermosa, la había besado con fervorosa pasión. Le había hecho sentir cosas que estaba segura no había sentido jamás.

La sensación de cosquilleo aun permanecía horas después de lo ocurrido, y Juliana se sentía exultante. Había estado pensativa el resto de la tarde, recluida en su habitación, tan solo recordando y recordando.

Nicolas era un hombre magnífico. Pensó que sería muy fácil enamorarse de él; pero ella no tenía identidad, no era nadie, no podía darse el lujo de enamorarse de alguien tan importante.

Exhalando un largo y sonoro suspiro, un escalofrío recorrió su cuerpo, y tomó conciencia de que si no salía pronto de esa bañera podría pescarse un resfriado, y no era el momento justo para eso.

Se secó con la mullida toalla, se puso la bata y se dirigió a la chimenea, donde procedería a desenredarse el cabello al calor de las llamas. Estaba melancólica, y algo cansada. La caminata que habían dado había sido bastante larga, y ella recién estaba recuperándose, debía descansar.

Emma asomó su cabeza por la puerta y le dirigió una sonrisa.

—Hola cariño, ¿la pasaste bien hoy? —sus ojillos hechos dos pequeñas ranuras la observaban con curiosidad.

—Si Emma —dijo bajando la vista y ruborizándose levemente—, esta tierra es tan hermosa, es mágica. Fuimos hasta el lago, y conocí el jardín inglés... —y con renovado ánimo comenzó a contarle todos los lugares que había conocido—. Quedé enamorada del lugar —“por no decir del dueño” pensó irónicamente. Y una vez más volvió a rememorar el momento pasado junto al lago.

—Si niña, lo sé. Tiene algo mágico esta tierra, que cuando uno viene, no quiere irse jamás, eso es lo que le paso a mi señora Rebecca, que en paz descansa —y diciendo esto hizo la señal de la cruz, como lo había hecho al nombrar a Georgina en otra ocasión.

—¿Qué me pondré para bajar a cenar Emma? Nicolás ya debe estar esperando, y sería descortés...

—No niña —la cortó Emma—, Nicolás avisó que no bajaría a cenar. Tiene mucho trabajo en su oficina, y lo tiene que terminar, así que dijo que tomaría una cena ligera allí; y ordenó que te trajeran una bandeja a tu habitación. Además alegó que estarías demasiado cansada.

—Oh, está bien —dijo Juliana, tratando de esconder su decepción—. Supongo que en realidad si estoy bastante cansada.

—Bueno mi niña, enseguida una muchacha te traerá una bandeja, y luego podrás descansar. Voy a supervisar la cocina y las chimeneas, esta noche hará mucho frío, y hay que mantener caliente la casa, y...

Siguió hablando al salir de la habitación, por lo que Juliana ya no pudo oír lo que decía. Pero se quedó pensando en que cenaría sola. ¿Acaso sería que Nicolás no deseaba verla después de lo sucedido entre ellos? ¿Tal vez no habría sentido lo mismo que ella? ¿O es que quizás, ella fuera demasiado inexperta?

Demasiadas preguntas daban vueltas en su cabeza, y su mirada se había perdido en las doradas llamas que lanzaba el fuego, cuando un golpe en la puerta la sacó de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo.

—Permiso señorita Juliana, vengo a traerle su cena.

Una muchacha esbelta, y tal vez demasiado alta entró en la habitación, llevando una bandeja muy cargada. Su piel era pálida, y unos grandes ojos verdes adornaban su no muy agraciado rostro.

No era bonita, pero tampoco era fea. Tan solo su cabello era digno de envidiar, largo y abundante, de un hermoso tono rojizo y lleno de ondas salvajes. Juliana observó como la luz del fuego le daba una tonalidad cobriza, y por un momento deseó tener un cabello como aquel.

—Gracias —le dijo—. Puedes poner la bandeja en la mesita. ¿Cómo te llamas?

—Aurora, señorita.

—Gracias Aurora. Tienes el cabello mas hermoso que vi en toda mi vida —dijo sinceramente, esbozando una sonrisa—, bueno, al menos en la vida que recuerdo.

La muchacha se ruborizó de una manera demasiado intensa, sus mejillas se encendieron hasta casi adquirir el color de las llamas; seguramente no estaría acostumbrada a los elogios.

—Gracias señorita —dijo de manera tímida—. La dejaré sola para que pueda comer y descansar, si necesita algo solo llámeme. Vendré a retirar la

bandeja un poco mas tarde.

Y dicho eso, salió de la habitación dejando nuevamente a Juliana sola con sus agotadores pensamientos.

Nicolas se paseaba de un extremo a otro de su despacho. Su cabeza volvía una y otra vez a lo acontecido aquella tarde. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Se había dejado llevar por una chiquilla, que seguramente era inocente.

El sabor de su boca había sido tan dulce, y su respuesta tan intensa e inexperta, que lo habían excitado hasta la locura, más de lo que ninguna mujer había logrado hacerlo jamás.

Recordaba sus curvas perfectas, su sinuosidad, amoldándose perfectamente a la dureza de su cuerpo. Recordó la sedosidad de esos cabellos, las pestañas largas rozándole las mejillas, y los ojos empañados de inocente pasión.

Recordó como las manos de Juliana jugaron con el cabello de su nuca, tironeándose, sujetándose de manera ardorosa.

Y también recordó, que no debía haber hecho lo que hizo. El no podía darse ese lujo. Además Juliana luchaba contra un pasado desconocido. Luchaba contra la duda de su propia identidad.

Era una muchacha perdida y desamparada, y él solo deseaba protegerla, hacerla sentir segura a su lado.

Reconoció que lo de aquella tarde había sido un terrible error, pero después de todo ¿No tenía derecho él también a ser feliz? ¿No debía arriesgarse? ¿Pero arriesgarse para, quien sabe, en un futuro, volver a perder a alguien querido?

Era demasiado peligroso, pero estaba dispuesto a correr todos los riesgos; porque también reconoció, que ahora que había probado ese manjar tan exquisito, no podría volver el tiempo atrás.

Y no podría volver a acercarse a Juliana y no estrecharla entre sus brazos.

CAPITULO XV:

El día amaneció teñido de nubarrones grises. Nicolas se había pasado la mañana controlando las manadas de caballos que debían ser enviadas a Londres, y revisando los establos para ver si todo estaba en perfecto orden. Su gente hacía el trabajo que se le encargaba como si fuera que de eso dependieran sus vidas, y Nicolas agradecía esto profundamente, pues así no tenía de que preocuparse.

También había leído un puñado de cartas que habían llegado el día anterior, y las había apartado para llevar a pasear a Juliana. Las cartas pertenecían a diferentes miembros de la aristocracia, algunos clientes ya conocidos pidiéndole alguna que otra cosilla; y otros eran gente nueva que querían entrevistarse con él.

Se dedicó a contestar todas y cada una de las cartas, y luego mandó a su secretario para que las despachara. Y de repente vino a su cabeza la imagen de una jovencita rubia.

Juliana.

¿Qué estaría haciendo en ese momento? Probablemente ya habría despertado, y estaría aburrída por el día gris que les había tocado. Se dirigió a la casa con paso cansado, sucio por las correrías del día, y un poco hambriento.

Subió las escaleras hasta su habitación, y tras pedir que le prepararan un baño caliente, sumergió su musculoso cuerpo en la bañera y se dejó relajar un rato por el agua.

Juliana se levantó melancólica. El día estaba como para entristecer a cualquiera. Se desperezó, y se puso un vestido que le había dejado Emma, de un color tan gris como el cielo de aquella mañana.

Trenzó su cabello en un peinado sencillo, y bajó las escaleras dirigiéndose al gran comedor, para encontrarse con que tendría que desayunar sola. Claro, era media mañana, había dormido bastante, y seguramente Nicolas había despertado temprano.

Comenzó a comer despacio, pensando tan solo en ella. No quería pensar en su pasado, pues le angustiaba no poder recordar, y trató de concentrarse en su futuro.

No podía pasar el resto de su vida dependiendo de un hombre desconocido, que solo la había cobijado porque la encontró herida; algún día tendría que irse de esa casa. Y ese día llegaría, y Juliana estaba aterrada, pues no tenía idea de hacia donde partiría.

Podía pedirle ayuda a Nicolás, sabía que él se la daría. De repente su cabeza comenzó a funcionar con total rapidez, y comenzó a tramar un plan.

Le pediría que la llevara a Londres, él tenía mucha gente conocida allí, pues la mitad de los habitantes eran sus clientes. Seguramente le podría conseguir trabajo con alguna de esas familias, tal vez de dama de compañía de alguna damisela joven, o algo parecido. En las circunstancias en las que se encontraba Juliana, se conformaba con muy poca cosa.

Siguió pensando un rato más en qué le depararía el destino, y cayó en la cuenta de que su futuro, era tan incierto como su pasado.

Unas pisadas en las escaleras la sacaron de su ensimismamiento.

Nicolás bajaba con paso tranquilo, de manera majestuosa. Tenía el cabello exquisitamente mojado, lo que le daba un aire muy seductor, y su barba recién afeitada dejaba al descubierto la dureza de su rostro. Su mandíbula cuadrada, fuertemente marcada, evidenciaban su descendencia escocesa; pero su ropa era definitivamente inglesa.

No usaba los kilt que había visto llevar allí a otros hombres, y que Emma le había explicado que eran la vestimenta tradicional de los hombres de esa región. Seguramente su madre, que había sido inglesa, le había inculcado la costumbre de llevar siempre pantalones.

Nicolás pasó por detrás de la silla de ella, y le apretó el hombro en un gesto de saludo.

—Buenos días preciosa, ¿has descansado?

Su tono era totalmente despreocupado, y Juliana alejó todos los temores de la noche anterior.

—Hola, si he descansado muy bien, gracias —lo miró con el seño fruncido—. ¿Me he levantado muy temprano, que tu recién bajas?

La risa de Nicolás resonó en toda la estancia, mientras se dedicaba a servirse café.

—No, yo estoy despierto desde el alba. La verdad que has dormido mucho hoy, pensé que no te levantarías hasta la tarde —volvió a reír, para que Juliana se diera cuenta de su broma—. Estuve trabajando, atendiendo asuntos de negocios. Y ya que el día ha amanecido tan feo, no pedí que te levantaran para salir a seguir recorriendo la propiedad.

—El día es espantoso, no se que haré para no aburrirme, supongo que puedo ayudar a Emma con algunas tareas de la casa. De esa forma estaría ayudando a pagar mi estadía aquí...

Nicolás la miraba con asombro. Apenas unos días atrás había naufragado y perdido su identidad, y ya estaba pensando en como pagarle su generosidad. Era realmente asombroso.

—Juliana, tú no tienes que pagarme nada. Y no vas a andar trabajando por ahí, eres mi invitada y puedes hacer lo que te plazca, todo menos trabajar, claro está —dijo con un guiño.

—Está bien, ¿y que me propones que haga en un día como hoy?

—Será un honor para mí poder acompañarte a la biblioteca cuando termines tu desayuno —y terminó la frase con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

Juliana se tragó rápidamente la comida que le quedaba, y diez minutos después, era escoltada por Nicolás hacia la biblioteca de la casa.

CAPITULO XVI:

La habitación era espaciosa, y las paredes estaban cubiertas de libros. En el medio de la sala, había una mesa enorme, con doce sillas de respaldos altos y rectos alrededor.

En un rincón de la estancia, una chimenea calentaba el lugar, y mullidos sillones descansaban ante ella; para el placer de quien quisiera disfrutar de un buen libro frente al calor de las llamas.

Por una escalera en caracol, se subía a un altillo un poco escondido, donde más estantes llenos de libros se erguían, dándole al lugar un toque misterioso.

El aire allí adentro olía a papel añejo, a tinta, y a madera; y Juliana aspiró con avidez, dejando que el almizcle inundara todos sus sentidos.

—En esta parte de aquí, —dijo Nicolas de repente, señalando la parte baja de la biblioteca— se encuentran los libros de ciencias, atlas, manuales, enciclopedias y todas las cosas relacionadas al estudio. Allí arriba —dijo señalando esta vez el altillo— encontrarás novelas, libros de cuentos, y lo que se te ocurra para entretenimiento.

Sin pensárselo dos veces, Juliana se dirigió hacia la escalera, y se dejó arrastrar por sus pies hasta ese mundillo mágico, donde seguramente haría volar su imaginación hacia universos inimaginables.

Entró despacio, admirando todo, absorbiendo cada detalle. Los libros eran de diferentes tamaños, y cada uno de ellos prometía ser maravilloso. Caminó por entre los estantes, y acarició los lomos de cuero, leyendo algunos títulos.

En un rincón mas apartado, descubrió un sofá grande y cómodo, al lado de una ventana para que le diera la luz.

—Shakespeare... —leyó, sopesando un libro gordo en las manos—. Definitivamente, lograré divertirme aquí.

—Puedes leer lo que gustes, puedes llevarlos a tu habitación si así lo prefieres, donde estarás mas cómoda.

—Gracias Nicolas. Gracias por todo —dijo esbozando una sonrisa triste.

—No hay de que preciosa. Quiero que te diviertas.

Ella giró y caminó hasta la ventana, para ver el paisaje exterior. Afuera seguía sombrío, así que decidió que pasaría el resto del día encerrada allí, rodeada de esos maravillosos amigos inanimados.

No escuchó que Nicolas se acercó hasta ella; sólo sintió sus fuertes manos que se deslizaban sobre sus hombros, y descendían hasta sus muñecas. Sus manos, que ahora rodeaban su cintura y acariciaban su abdomen, su boca que le besaba la nuca descubierta, su cuerpo duro como el acero que se pegaba al de ella.

Sintió flaquear las rodillas, y no se creía capaz de mantenerse en pie, pero esas manos de hierro, y ese cuerpo pétreo la sostuvieron como si no pesara más que una pluma. Lentamente la giró hacia él, y sus bocas se encontraron a escasos centímetros de distancia. Sin poder soportarlo mas, alzó sus brazos y le rodeó el cuello, sintiendo las manos de él deslizarse por su espalda y bajar cada vez mas.

La besó con fervor, con ansias; con un fuego que la quemaba e inundaba todo su ser, haciéndola sentir mujer.

Haciéndola sentir la mujer más deseable.

Y es que para él, Juliana era la fruta prohibida, la tentación del diablo. Quería saborearla entera, sentir su cuerpo desnudo sobre el de él. Quería conocer sus rincones secretos, y recorrerla toda, dejando a su paso una estela de besos húmedos.

Bajó sus manos un poco más, sintiendo el silencioso permiso de ella. Palpó las nalgas perfectas a través de la tela del vestido, que era un estorbo para sus caricias. Deslizó su boca por la mandíbula, y besó la piel sedosa de su cuello, para terminar con su lengua en el lóbulo de la oreja, y susurrarle suavemente:

—Juliana, eres tan hermosa, que no puedo resistirme a tu contacto. Deseo tenerte conmigo, y quiero hacerte descubrir el placer...

—Oh... Nicolas... —logró jadear ella con la respiración entrecortada.

—Shhh... ven conmigo.

Se dejó conducir hasta el sillón, donde cayó rendida ante ese hombre. Nicolas se ubicó sobre ella, volviendo a besarla con pasión, y comenzó a acariciar sus tobillos por debajo del vestido. Recorrió la línea de las medias, para toparse mas arriba con un ligero, y su imaginación se encendió al rojo vivo frente a la imagen que aparecía en su mente.

Le acarició los muslos con manos cálidas, y masajéó sus nalgas, sintiendo a Juliana retorcerse debajo de él.

Acercó su mano hacia el triángulo que formaba su pubis, y enredó los dedos en los rizos rubios, sintiendo la creciente humedad de la excitación.

Juliana respondía fieramente, tironeándole el cabello, y besándolo con pasión descontrolada. Nicolas tanteó la entrada, y con sumo cuidado introdujo un dedo en la estrecha abertura, comprobando sus sospechas acerca de la virginidad de ella.

Su interior era seda ardiente, un pasadizo apretado destinado a dar y recibir placer. Movi6 un poco el dedo, y con el pulgar acarici6 el bot6n oculto entre los rizos.

Juliana se arque6 violentamente, tratando de acercarse m6s su cuerpo hacia la mano de aquel hombre. No sentía dolor, solo una creciente necesidad. Necesidad que no podía comprender. Quería llegar a alg6n lado, pero no sabía a donde, solamente quería liberarse de aquella sensaci6n. La mano de Nicolas comenz6 a moverse m6s de prisa, trazando c6rculos con el pulgar, en ese lugar que la enloquecía, y Juliana se lanz6 a una carrera acalorada para llegar a la cima.

Sentía el cuerpo contraído de placer, y su respiraci6n era cada vez mas violenta. Nicolas le desprendió el corpiño, y ahora besaba un pecho descubierto. Primero de manera suave, luego presionando un poco m6s; para terminar succionando el pez6n con avidez.

El cuerpo entero se le tens6, y en un espasmo violento sintió la liberaci6n que tanto buscaba. Las sensaciones la recorrieron de los pies a la cabeza, convulsionándola, para dejarla caer al final, rendida, sobre el sofá; con Nicolas acurrucándola contra su pecho.

CAPITULO XVII:

Juliana pasó el resto de la tarde en la biblioteca, leyendo diversos libros, y sumida en su propio mundo de fantasías.

Se sonrojaba cada vez que recordaba el contacto tan íntimo que había tenido con Nicolas, pensando en como podía haber sido tan desvergonzada. Se había dejado llevar por esas manos que lograban hacerla enloquecer, y nada le había importado en ese momento.

Y nada le importaba ahora.

Confiaba en aquel hombre moreno, y se sentía segura a su lado.

Las últimas luces de la tarde habían desaparecido hace rato, y Juliana, acurrucada en el sillón a la luz de una vela, se durmió profundamente.

Nicolas la buscó por toda la casa, no pensó que se hubiera pasado el resto del día donde la había dejado. Pero al entrar a la biblioteca, comprobó que ella no se había movido.

La encontró hecha un ovillo en el sofá al lado de la ventana, con una vela consumida a su lado, y la estancia casi en penumbras.

Se acercó a ella y la observó un momento.

Se veía encantadora. Los músculos de su cara estaban relajados por el sueño, tenía las mejillas ligeramente sonrosadas por el frío, y las pestañas barrían sus mejillas.

Un mechón de cabello caía sobre sus ojos, haciendo cosquillas en su nariz respingona. Esbozó una sonrisa ante aquella imagen, pues parecía una niña pequeña así dormida como estaba.

Le tocó suavemente en el brazo, y ella abrió apenas los ojos y le dedicó una sonrisa soñolienta.

—Me he dormido...

—Ya lo veo, te llevaré a tu habitación.

—Mmm... está bien —fue todo lo que logró decir en su estupor.

No opuso resistencia cuando el cuerpo fuerte de Nicolas la levantó y la acunó contra su pecho. Apoyó un brazo en su musculoso tórax, sintiéndose protegida, y enterró el rostro en su cuello; aspirando su aroma.

Nicolas caminó con ella en brazos hasta la habitación que le había preparado Emma días atrás. Abrió la puerta suavemente, pues los criados se

habían acostado apenas unos minutos antes, y la volvió cerrar con el mismo cuidado.

La depositó en la cama, y Juliana logró despertarse apenas.

Se agachó frente a ella y le quitó los zapatos. Desató los lazos del corsé, y comenzó a bajar el vestido por sus hombros.

—Creo que deberíamos llamar a Emma —dijo ella, con las mejillas coloradas.

—Emma se acostó hace un buen rato. Deja que yo te ayude.

Y ella se dejó llevar.

Se paró lentamente, y el vestido cayó; yendo a parar alrededor de sus tobillos. Su ropa interior era blanca, y su cabello alborotado le daba el aspecto de una ninfa encantada.

Nicolas la observó con admiración, conteniendo su apetito por ella. Le alcanzó un camisón que encontró en un cajón del ropero, y se lo pasó por la cabeza con sumo cuidado.

La metió en la cama, la arropó hasta el cuello, y le dio un casto beso en los labios.

—Que duermas bien cariño. Mañana si el tiempo lo permite, podremos pasear.

—Buenas noches Nicolas... —y eso fue todo lo que logró decir, pues el sueño le había ganado una vez más.

Se despertó al alba, la casa estaba sumida en un profundo silencio. Se quedó acostada unos minutos más, pero volver a dormirse le resultaba imposible, ya que el día anterior se había dormido bastante temprano.

Un hambre voraz atenazó su estómago, provocando un sonoro ruido de tripas, nada propio de una dama. Se levantó y caminó hasta la ventana. Aun no había amanecido del todo, y en el cielo podían apreciarse algunas sombras de la noche pasada.

Escudriñó el firmamento, y decidió que el día sería mejor que el de ayer.

Buscó en el ropero algo para ponerse, pues Emma ya había acertado todos los vestidos, y encontró un traje de montar de terciopelo verde.

Se puso la exquisita prenda con dificultad, pues Emma no se encontraba para ayudarla. Se calzó las botas, y peinó su cabello en una gruesa trenza que le llegaba hasta la cintura. Estudió su imagen en el espejo, y vio que el color verde intenso del vestido, resaltaba el dorado de sus cabellos, y la tersura de su piel.

Bajó las escaleras sin hacer ningún ruido, y se dirigió a la cocina, que todavía se hallaba sin la presencia de la cocinera.

Tomó unos trozos de pan, y un poco de queso, y bebió tan solo agua; pues se encontraba demasiado excitada para preparar algo más elaborado.

Tragó todo rápidamente, se cubrió con la capa que completaba el atuendo, y salió al exterior, dirigiendo sus pasos apurados hacia el establo.

CAPITULO XVIII:

El viento era helado, se arropó mas con la capa, subiéndose la capucha, y corrió para llegar pronto a su destino.

Dentro del establo, un mozo cepillaba el lomo de un negro semental, y silbaba una tonada con aire distraído. Al parecer era el único que se encontraba allí a esas horas.

Se sobresaltó al ver a esa figura extraña toda vestida de verde, pero Juliana habló con voz suave, para no alarmarlo.

—Hola, me llamo Juliana. Estoy buscando un caballo —dijo con una sonrisa encantadora.

—Me ha asustado señorita, mi nombre es Jhon, soy uno de los mozos que se encarga de los caballos. ¿Para que quiere usted uno?

Jhon tenía la apariencia de un jovencito, con su cabello rojizo, y su cara llena de pecas. En su mirada, Juliana veía desconfianza; pues claro, ella era una desconocida que había ido a pedir un caballo.

—Quiero un caballo para dar un pequeño paseo. Estoy viviendo en la casa...

—Si, algo me he enterado —la cortó él, bruscamente.

—Como le decía —continuó ella—, estoy viviendo en la casa, y me he levantado primera que todos, y estoy mortalmente aburrida. Pensé que un paseo me vendría bien. Creo que el día va a ser estupendo hoy, y quiero aprovecharlo.

—No se confíe del clima aquí en Escocia señorita, uno nunca sabe qué puede pasar. ¿El señor sabe que usted va a salir? ¿Le permitió que tomara un caballo?

—¡Oh, si! —mintió ella—. El no sabe que voy a salir ahora, pero me dijo que tomara un caballo cuando quisiera; que no había problemas. Estoy segura que tu después puedes avisarle que salí, cuando él se levante.

—Yo no lo se señorita, no quiero tener problemas con el patrón...

—Pero no estarías en problemas. Si él se enoja, la culpa será solo mía. Por favor —le dijo, con ojos suplicantes y haciendo un mohín—, prepárame un caballo.

—Está bien —dijo el chico al fin, cediendo al encanto de la joven—, en unos minutos tendrá su caballo.

Y tras decir esto, desapareció entre las cuadras, buscando un caballo acorde al tamaño de Juliana.

Unos minutos después, Jhon aparecía con una yegua blanca de exquisito pelaje. Juliana se acercó, dejando que el animal oliera su mano y se acostumbrara a ella. Le acarició el morro, y la yegua relinchó, como dándole su aprobación; entonces Juliana sacó una manzana que llevaba escondida en el bolsillo de la capa y se la dio.

—Toma hermosa —le dijo—, creo que seremos muy buenas amigas. ¿Cómo se llama? —preguntó a Jhon, que las observaba en silencio.

—Jazmín. Se llama Jazmín por su color, que se asemeja al color de esas flores.

—Bueno Jazmín —dijo, dirigiéndose a la yegua—, creo que daremos un hermoso paseo.

Esperó impaciente mientras Jhon ajustaba la montura al animal, y una vez que estuvo lista, no esperó para treparse a su lomo y salir a recorrer el lugar con paso lento.

Anduvo por los jardines más cercanos, bajo la atenta mirada de Jhon, pero una vez que se alejó un poco y lo perdió de vista, apuró el paso y emprendió un trote suave.

Cuando se encontró ya en el campo, cerca del lago donde habían almorzado hacía unos días, dejó a la yegua que se liberase y corriera con el viento.

Sintió la brisa helada en la cara, la acariciaba como una mano invisible, le revoloteaba los cabellos y le subía la falda. En ese momento se olvidó del frío, se olvidó de que no sabía quien era, se olvidó hasta del paisaje.

Se olvidó de todo.

Y nada le importó, mas que le sensación de sentirse libre sobre el lomo del animal. Atravesaron prados verdes, sembradíos, algunas cabañas perdidas entre la montaña; pero no se detuvo a mirar nada con detenimiento. Estaba lanzada a una carrera alocada hacia la liberación de su alma. Deseaba sentir felicidad, en ese momento de profunda tristeza por el que atravesaba, sin saber nada de sí misma.

Bajó el cuerpo hacia delante, para susurrar palabras cariñosas al oído de la yegua, y ésta respondía aumentando la velocidad, cortando el aire helado con su paso.

En medio del ruido de los cascos del caballo, y la velocidad de la carrera, la luz comenzó a hacerse mas blanca, mas potente. Juliana sintió que se

transportaba, que su cuerpo vagaba hacia otro lugar, y ya no podía sentir nada de lo que sucedía en ese momento.

Cuando todo se normalizó, ya no veía las colinas escocesas, ni las montañas nevadas alrededor. Tampoco veía el lago, ni nada de lo que estaba viendo momentos antes.

Se encontraba en un lugar totalmente diferente.

CAPITULO XIX

Nicolas atravesó el pasillo sin hacer el menor ruido, pues no quería despertar a Juliana a esas horas tan tempranas. Bajó al comedor, y tomó un suntuoso desayuno, se sentía con un hambre excepcional esa mañana.

Luego se dirigió a su despacho, donde encontró una carta proveniente de Inglaterra. Nicolas rompió el lacre con su navaja, y procedió a leerla.

Señor Duncan:

Me dirijo a usted, por la creciente fama que adquirió en Inglaterra. He tenido el agrado de apreciar, y probar algunos de sus caballos, y a decir verdad; nunca en mi vida había sentido el placer de montar una bestia de tremenda envergadura.

Sería un honor para mí, recibirlo en mi casa para hablar sobre el tema. Mi propósito es adquirir una manada de sus magníficos animales, pero como ya verá, soy bastante desconfiado, y necesito conocerlo en persona.

Espero le interese la propuesta. Tómelo como una oportunidad de visitar Inglaterra nuevamente, estoy seguro de que le encanta.

A espera de una respuesta favorable, lo saluda atentamente.

George Bennington, VI Duque de Hazzard.

Nicolas se quedó mirando la carta, era breve, pero una oportunidad que no estaba dispuesto a desaprovechar.

El duque de Hazzard era uno de los más poderosos de Inglaterra, y estaba seguro que la manada que deseaba adquirir sería la más numerosa que había vendido hasta ahora, pues se lo conocía por no escatimar en gastos cuando de complacer sus gustos se trataba.

Tomó una hoja y una pluma del cajón de su escritorio, y comenzó a redactar la carta que enviaría al duque. Aceptó su propuesta, y le dijo que dentro de un mes estaría visitando sus propiedades para hablar del negocio.

Satisfecho por la transacción que iba a realizar dentro de poco tiempo, decidió que era hora de bajar a revisar el establo.

Caminó lentamente hasta allí, estudiando el cielo con mirada conocedora. Estaba seguro de que llovería, las nubes empezaban a tapar los rayos del sol, y en el horizonte el cielo estaba volviéndose cada vez más negro. Pensó con tristeza que otra vez no podría llevar a pasear a Juliana, y se imaginó la decepción que eso le causaría a la muchacha.

Silbando una tonada, cruzó las grandes puertas del establo. Ya era mediodía, y una intensa actividad reinaba allí dentro, con una docena de mozos atendiendo a los caballos, cepillando sus magníficos pelajes, y acomodando la avena para luego darles de comer.

Nicolas recorrió la estancia, observando a cada uno de los animales, y notó que faltaba la presencia de una yegua.

—¿Dónde esta Jazmín? —le preguntó a un mozo extremadamente rubio, de cabellos casi blancos, que rastrillaba el piso a escasa distancia de él.

—No lo se señor, no la he visto esta mañana.

Jhon escuchó las palabras desde el lugar donde se encontraba, y se acercó para saludar a su patrón y arreglar el malentendido.

—Buenos días patrón —dijo dirigiéndose a Nicolas—, la señorita Juliana se ha llevado a Jazmín esta mañana muy temprano, casi no había amanecido aun.

El semblante de Nicolas se oscureció, y la preocupación surcó su rostro. Malditos estúpidos, ¿Cómo se les había ocurrido darle un caballo a la mujer, sin tener su permiso? Se tragó la maldición que afloraba a sus labios, y trató de mantenerse calmado.

—¿Qué se la llevó Juliana, dices?

—Si señor eso he dicho, esta mañana muy temprano —Jhon comenzaba a ponerse nervioso, pues la expresión de su patrón había cambiado considerablemente.

—¿Y como es que, le das un caballo a la muchacha, sin siquiera tener mi permiso para hacerlo?

Jhon tragó saliva con dificultad, y tironeó del cuello de su camisa, nervioso.

—Eso es lo que yo le dije, patrón, que no tenía su permiso para darle un caballo. Pero ella me dijo que usted le había dicho que podía tomar un caballo cuando quisiera, que no habría problemas.

—Maldita embustera, yo nunca le dije una cosa así. Le prometí un paseo a caballo, pero acompañada por mí, por supuesto. Ella no conoce estas tierras, son muy extensas y podría perderse. Ya debería haber vuelto, si salió al alba —dijo con sincera preocupación—, y el tiempo anuncia tormenta, el cielo está cada vez más oscuro.

—Yo estoy seguro que debe estar por volver señor, me dijo que solo deseaba dar un corto paseo por los alrededores, porque estaba aburrida.

—Muy bien —dijo Nicolas, con voz fuerte—, la esperaremos una hora más. Si para entonces no vuelve, saldremos a buscarla —y dicho esto, giró sobre sus talones y regresó a la casa.

Una llanura verde se extendía a su alrededor. No montaba sobre Jazmín, sino sobre una yegua de brillante pelo negro.

A lo lejos se recortaba una enorme mansión, decorada con decenas de jardines exquisitamente cuidados. El campo rebosaba de flores silvestres, y no soplaba el viento escocés que le helaba la sangre, sino una agradable brisa primaveral, acompañada del agradable perfume de las campánulas que adornaban el césped.

Juliana sentía una enorme dicha, y a lo lejos veía una cantidad considerable de personas que paseaban por los jardines, o descansaban sentados bajo el sol.

Llevaba puesto un elegante traje de montar blanco, estampado con pequeñísimas flores violetas y rosas. Unos guantes blancos, exquisitamente bordados, cubrían sus manos; y un pequeño sombrero con plumas blancas adornada su cabeza.

A su alrededor, unas cuantas damas ataviadas con trajes similarmente elegantes la acompañaban. Todas iban a paso lento en sus caballos, hablando y riendo entre ellas. Juliana las miraba con atención, pero no podía reconocer a ninguna.

De repente, un sonoro trueno retumbó, y la luz cegadora de un rayo surcó el cielo. Volvía a encontrarse en Escocia, y el tiempo había cambiado. El aire era cada vez más gélido, y el cielo se encontraba oscurecido por la tormenta inminente.

La lluvia comenzó a caer, estrepitosa, cegando a Juliana, y calándola hasta los huesos.

La yegua se encabritó, asustada, y comenzó a dar saltos y patadas, sin obedecer a los intentos frustrados de Juliana por calmarla.

—Tranquila Jazmín —le murmuraba—, es solo una pequeña tormenta — aunque sabía que la tormenta no tendría nada de pequeña.

Otro rayo iluminó el cielo, y el estruendo del trueno que lo siguió fue más fuerte que el anterior. Jazmín, presa del pánico, se paró sobre sus dos patas traseras con brutalidad, tirando con fuerza a Juliana sobre la tierra mojada. Su cabeza pegó con fiereza sobre el suelo, dejándola inconsciente.

Y se quedó allí tirada, en medio de la lluvia, cubierta por el barro que se estaba formando, y aplastada bajo el peso de la ropa mojada.

La yegua, viéndose libre del peso de ella, comenzó a correr desesperadamente, y pronto desapareció de la vista, encaminándose sola hacia su hogar.

CAPITULO XX

La alfombra del vestíbulo estaba gastándose, de tanto que caminaba sin cesar Nicolas sobre ella. La preocupación que sentía en su interior se hacía cada vez más grande, y una terrible furia amenazaba con salir a la superficie.

—Maldita inconsciente —murmuraba—, como se le pudo haber ocurrido...

—¡No hay rastros de ella por los alrededores señor! —Lo interrumpió Jhon— Y tampoco ha regresado.

—Esto ha ido demasiado lejos, la tormenta es cada vez mas violenta, no podemos permitir que siga sola Dios sabe donde —con aire decidido, continuó—. Llama a todos mis hombres, saldremos a buscarla.

Siguió paseándose por la habitación, impaciente, sintiendo con cada trueno crecer el nudo que se había formado en su estómago.

Cuando los hombres fueron entrando, y se apiñaron a su alrededor, Nicolas hizo un ademán para pedir silencio, y habló con tono fuerte y autoritario.

—Vamos a separarnos en grupos de a dos. Cada uno buscará en un sector distinto. Jhon, tu vienes conmigo —le dijo al muchacho—. Si alguien la encuentra, la trae inmediatamente aquí. Ahora si ¡salgamos!

Los hombres se apresuraron en ensillar los caballos, y salieron al galope. Una lluvia violenta cegaba sus visiones, y la inminente oscuridad del atardecer tormentoso se cernía sobre ellos.

Nicolas corrió a la cocina, donde tomó pan, queso, y vino; y los guardó en las alforjas de su caballo. No sabía en que situación podría encontrarla, y quería asegurarse de estar preparado.

Sin esperar un segundo más, se puso la capa y emprendió la marcha al lado de Jhon. El agua helada le mojaba el rostro, y le impedía ver con claridad. Los rayos impactaban sobre la tierra, con una fuerza de mil demonios, surcando el cielo con su cegadora luz.

Miraba con atención hacia todas las direcciones, y escudriñaba con detenimiento todos los recovecos. De repente algo a la distancia captó su atención.

Un bulto blanco se acercaba cada vez más hacia el. Sin poder distinguir lo que era, debido a la lluvia y la niebla, fue dirigiéndose despacio hacia su

objetivo, con el corazón en la boca. Sus sospechas fueron confirmadas, y el miedo lo atenazó de los pies a la cabeza; lamiéndolo con su lengua de fuego.

Jazmín se acercaba al galope, con la montura desacomodada, y asustada por la tormenta. Pero no llevaba a su jinete.

Nicolas hizo ademán de tomar las riendas de la yegua, pero ésta se encabritó, soltándose, y siguió su camino a gran velocidad.

—No se preocupe patrón, la yegua va al establo —le dijo Jhon—, conoce el camino. Concéntrese en la señorita, que en este momento es lo más importante.

Con un asentimiento de cabeza, siguió su recorrido, encaminándose a la dirección desde donde había venido la yegua, con la esperanza de que Juliana se encontrara cerca.

Un dolor lacerante atravesó su cabeza, pero nada podía compararse al frío que sentía en ese momento.

El agua había convertido a la tierra en un fango pegajoso, que empapaba a Juliana por completo. La lluvia caía violenta, sin dar tregua a la mujer que se hallaba tirada y perdida en el medio de la nada.

“Que idiota fui”, pensaba para sí misma, no podía creer como había sido capaz de llegar tan lejos, en una tierra que no conocía, y bajo las advertencias del mozo de que no confiara en el clima escocés.

Trató de incorporarse, pero el peso del vestido la tiró nuevamente contra la tierra mojada. El dolor en la cabeza aumentaba considerablemente con cada gota helada, que la golpeaban sin piedad, haciéndole sentir que mil agujitas se le clavaban en el cráneo.

Miró alrededor, buscando refugio. A unos cuantos metros de donde se encontraba divisó un árbol. Trató de pararse para caminar hasta él, pero al apoyar el pie derecho, sintió que su tobillo se doblaba de dolor, y la hacía caer nuevamente.

Frustrada ante su nuevo intento fallido por erguirse, palpó su tobillo, y lo sintió hinchado. Soltó en voz baja una maldición nada adecuada en una dama, y sintió unas irremediables ganas de llorar.

Se levantó sobre las rodillas, y comenzó a gatear lentamente hasta el árbol, asqueada por la consistencia viscosa del lodo.

Una vez bajo sus ramas, se sentó con la espalda apoyada sobre el gran tronco, tiritando de frío, y sacudiéndose en violentos espasmos. Pensó en su hermoso traje de montar, ahora absolutamente arruinado, y las lágrimas corrieron sin poderse contener por las heladas mejillas.

Evocó su lucha contra el mar, cuando también había estado empapada e indefensa, aunque esa vez no había sentido el frío que la atravesaba en este momento.

El cuerpo empezó a adormecersele, y abrazó sus rodillas buscando un calor que no encontraría.

Y allí, calada hasta los huesos, comenzó a rezar en silencio por la salvación de su alma.

CAPITULO XXI

Con cada paso que daba el caballo, y mientras más avanzaban, las esperanzas de Nicolas comenzaban a flaquear. Se habían alejado mucho de la propiedad, y aunque seguían en sus tierras, no creía que Juliana hubiera podido llegar tan lejos.

La lluvia había amainado, pero el frío era cada vez más cortante, y la temperatura había descendido considerablemente. En el estado en que se encontraban, absolutamente mojados, el viento helado podría ser fatal. Pero no se preocupaba por él. Él era fuerte, aguantaría lo que fuera necesario.

Se preocupaba por un cuerpo pequeño y delicado. Un cuerpo de mujer, que no encontraría las fuerzas suficientes para luchar contra eso. La furia que lo recorrió lo impulsó a seguir un poco más. El terreno estaba fangoso, y unas finas capas de hielo se formaban sobre los charcos que la lluvia había dejado. Ahora una fina llovizna se cernía sobre ellos, y la niebla era tan espesa, que sólo dejaba un corto campo de visión en el camino que seguían.

Tenía el cuerpo endurecido, todos sus sentidos alertas a la espera de encontrar una señal, cuando de repente oyó el sonido que le devolvió la fe.

A cierta distancia, sintió un llanto ahogado, cargado de frustración y desesperación. Miró a lo lejos el árbol que se alzaba, imperioso, delante de él; y un bulto oscuro, hecho un ovillo atrajo toda su atención.

Con un nudo en la garganta, se lanzó a una carrera alocada para llegar a su meta. Una vez a su lado desmontó rápidamente y se acuclilló con sumo cuidado.

—¡Juliana! Casi me matas del susto mocosa irresponsable. ¿Cómo se te ocurre salir así, sin avisarme, sabiendo que no conoces nada de lo que te rodea?

El sentido de la frase era de regaño, pero se cuidó de que el tono de su voz sonara dulce.

Al mirarla con más detenimiento, vio que estaba completamente mojada, con los labios azulados por el frío, y casi en estado de inconsciencia. Su corazón dio un salto, y lo embargó una profunda preocupación; un miedo que amenazaba con triturarle las entrañas.

—Juliana mírame, háblame, dime algo ¡por favor!

—Nicolas... —logró pronunciar ella, con voz débil.

Esa fue la única palabra que él necesitó. Con actitud decidida, la levantó contra su cuerpo, y la abrigó entre sus brazos.

Girando sobre sus talones, miró a Jhon, y con su preciosa carga apretada contra su pecho le dijo:

—Vuelve a la casa e informa que la hemos encontrado. Da una señal, para que los demás hombres que están buscándola sepan que ya la tenemos.

—¿Y usted señor? ¿Cabalgará con ella? —preguntó el mozo, con el semblante surcado de preocupación, al ver que Juliana no se movía; pues en parte se sentía culpable por haberle administrado la yegua esa mañana.

—Cerca de aquí hay una cabaña de refugio, la llevaré allí. Está demasiado helada, no podría aguantar todo el camino hasta el castillo con el viento azotándola. Cuando se haga de día, y esté seca, regresaremos.

—Está bien, que Dios los acompañe mi señor —dijo el muchacho, y sin dudar, pegó media vuelta y se lanzó a un galope furioso hacia el castillo.

Una alterada Emma se paseaba por el comedor, estrujándose las manos con nerviosismo incontenible. Se había encariñado con aquella muchacha, y la preocupación por ella la estaba matando, no podía serenarse.

Una chica joven se acercó a ella, con una taza de te en sus manos, y se la ofreció a la regordeta mujer.

—Gracias Adela, pero necesito algo mas fuerte que un te para calmar mis nervios. Quizá un poco de whisky me siente mejor.

Adela se dirigió al aparador, que contenía una cantidad innumerable de botellas de licor, y sirvió en un vaso una medida de la bebida color ámbar.

—Aquí está —le dijo a Emma—, por favor, tranquilícese, todo va a resultar bien.

Emma apuró de un trago la fuerte bebida, y sintió como el líquido le quemaba la garganta, y bajaba hacia su estómago infundiéndole calor.

—Eso espero chiquilla, eso espero...

Jhon apareció en ese momento en la puerta, mojado y temblando de frío. Se sacó rápidamente la chaqueta mojada que llevaba, y recorrió la habitación, buscando algo desesperadamente.

—La hemos encontrado —decía a su paso—. El señor la llevó hacia una cabaña de refugio, para atenderla hasta mañana. Estaba apenas consciente, y casi hecha un cubo de hielo.

Emma ahogó un sollozo, y apeló a toda su fuerza de voluntad para hablar pausadamente.

—¿Pero ella va a estar bien, no es cierto?

—Eso dijo el señor, por eso no la trajo hasta aquí, era muy riesgoso seguir exponiéndola al frío —con expresión alterada, seguía rebuscando entre las cosas de la habitación—. ¿Dónde está el maldito cuerno de caza? —preguntó.

—Está guardado en la despensa, junto con las otras cosas que usan para salir a cazar —le dijo Adela, sin comprender.

—¡Pues tráemelo mujer! —Le gritó Jhon— Hay que dar aviso a los demás hombres para que vuelvan, y no se me ocurre otra manera.

Adela corrió hacia la despensa, y puso en las manos de Jhon el cuerno de caza. Éste salió al patio, y lo hizo sonar fuertemente unas cuantas veces. Dejó que pasaran unos minutos, y volvió a repetir la operación, sabiendo que los hombres entenderían.

Siguió haciendo eso por media hora, y al cabo de cuarenta y cinco minutos, los demás empezaron a llegar, igualmente helados y mojados.

A medida que llegaban iban siendo informados de que Juliana había sido encontrada, y se precipitaban al interior del castillo, en busca de refugio y calor.

Emma los atendía ayudada por Adela y otras dos muchachas, ofreciéndoles whisky, caldo caliente, y un lugar junto a la chimenea.

Cuando todos se hubieron cambiado de ropa, y estuvieron secos y abrigados, Emma miró hacia afuera con preocupación, y murmuró:

—Ahora lo único que pido, es que mi niña se encuentre la mitad de bien de lo que se encuentran estos hombres. Espero que Dios, y Nicolas Duncan puedan ayudarla.

Y en silencio, elevó una fervorosa plegaria.

CAPITULO XXII

Nicolas cabalgaba a paso moderado, porque el terreno estaba mojado y resbaloso, y llevaba a Juliana arropada bajo su capa, protegiéndola con su abrazo.

La llovizna había parado completamente, y el aire se había vuelto densamente helado, apenas respirable. A lo lejos se recortaba entre la niebla una pequeña cabaña, medio oculta entre los árboles, con un establo algo destartalado.

Nicolas llegó allí y desmontó al lado de la puerta de entrada, la abrió con una patada, y evaluó la situación.

La cabaña tenía una sola habitación, con una gran cama, una pequeña mesa y dos sillas frente a la chimenea, y estantes donde había cuencos, ollas, y otros artículos de cocina.

Entró con Juliana en brazos, y lo primero que llamó su atención fue la leña que había acumulada en un rincón de la estancia. La necesitarían, si querían sobrevivir a esa noche tan helada.

Juliana estaba conciente, y miraba a su alrededor algo confundida. Sentía el cuerpo acalambreado por el frío, y apenas podía moverse. El cabello empapado se le pegaba a la cara, y tenía la garganta reseca.

Se dio cuenta de que Nicolas la llevaba en brazos, y deseó alargar la mano para poder acariciar ese rostro moreno, que le pertenecía al hombre que por segunda vez, le salvaba la vida.

—Nicolas... gracias —musitó, en voz apenas audible.

—Cariño, estás despierta —le dijo Nicolas, el rostro iluminado por una sonrisa de alivio.

—Si, ¿Dónde estamos?

—Estamos en una cabaña de refugio, hay unas cuantas en todo el terreno, para situaciones como ésta; o para cuando salimos de caza. No me parecía prudente cabalgar contigo hasta el castillo. ¿Te sientes mejor?

—Tengo mucho frío, me estoy congelado. Fui una estúpida Nicolas, perdóname —susurró, bajando las pestañas.

—Shhh... No te sigas culpando Juliana, eso ya pasó. Lo importante es que estás sana y salva. ¿Puedes mantenerte sentada sola un momento? Para poder encender el fuego.

—Creo que si —dijo, insegura.

Nicolas la depositó en una de las sillas que allí habían, y se quedó un momento a su lado, como asegurándose de que ella podía sostenerse con su propia fuerza.

Se acercó a la chimenea, y en un instante un fuego estrepitoso ardía en ella, alzando sus llamas rojas con ferocidad.

—Siéntate frente al fuego, para que puedas calentarte. Yo iré hasta el establo a guardar a Zeus —dijo, refiriéndose a su caballo—. No puedo dejarlo que pase esta noche helada a la intemperie.

—Está bien —dijo ella, de repente recordando a la yegua que se había llevado consigo esa mañana, y que había desaparecido cuando salió de su inconciencia—. Yo me llevé una yegua esta mañana Nicolas, no se que ha sido de ella.

Él vio el dolor reflejado en el semblante de Juliana, y sintió que se le helaba la sangre al verla sufrir. Un temblor le recorrió todo el cuerpo, y se le tensó un músculo en la mejilla.

—Jazmín está bien. Se dirigía al castillo cuando te buscábamos, estaba muy asustada pero seguramente pudo llegar sola.

—¡Gracias a Dios! Si algo le pasara, jamás podría perdonármelo.

—Tranquila, nada va a pasarle. Ahora me voy a hacer lo que te dije, creo que mas entrada la noche, el frío puede llegar a aumentar.

Salió de la cabaña, dejando entrar una ráfaga de viento helado al abrir la puerta. Juliana miró el fuego, tratando de calentarse con el calor de las llamas, pero parecía imposible.

“Debería tirarme dentro”, pensó, “así seguro me calentaría”.

Nicolas caminó hacia su caballo, que respiraba dejando en el aire helado el vaho de su aliento. Lo condujo hasta el estrecho establo, y lo metió en una de las cuadras. En un rincón encontró avena, paja, y unas mantas; para atender a los animales que pudieran refugiarse con sus dueños en noches como aquella.

Esparció un poco de paja sobre el suelo helado, y le dio de comer una gran cantidad de avena. Luego lo cubrió con la manta, acariciándole el hocico con infinita ternura.

—Hoy no estas en tu casa ¿he campeón? Pero deberás conformarte, mañana podremos volver.

Fue recompensado con un sonoro relincho, y dándole una palmada en el lomo, salió al exterior, asegurándose de que la puerta quedara bien cerrada

para que no se abriera con el viento.

Miró hacia el cielo, estaba absolutamente gris, y el frío iba en aumento.

Entró a la cabaña, y vio a Juliana frente a la chimenea, casi encima del fuego. Temblaba aún por el frío que había tomado, y sus ropas todavía se encontraban mojadas, al igual que las de él.

—Juliana, debes sacarte esas ropas mojadas, no te harán nada bien.

Un potente rubor cubrió las mejillas de la joven, que tartamudeó:

—Pero yo... yo no... no tengo nada más que ponerme...

—Tranquila, puedes envolverte en esa manta —dijo, señalando una manta que había sobre la cama—, es lo suficientemente grande para cubrirte completa. Mientras prepararé algo para comer.

—Está bien —dijo ella, algo dubitativa—, gírate y no me mires mientras me cambio.

—Como usted diga, señorita —dijo Nicolas, soltando una risotada y haciendo una reverencia, para luego girarse de cara a la chimenea y comenzar a acercar cosas para preparar la comida.

Juliana se sacó la ropa mojada, y sintió un alivio inmenso al verse libre de esas prendas heladas que se le pegoteaban al cuerpo y la hacían estremecer.

Se envolvió con la manta de lana desde el cuello hasta los pies, y colgó su ropa mojada por el respaldo de las sillas, frente a la chimenea para que pudieran secarse.

—¿Tu vas a quedarte con esa ropa mojada?

La pregunta lo sobresaltó, no pensó siquiera que ella se daría cuenta de que sus ropas también estaban mojadas. Pero lo hizo. Y eso le causó un secreto placer, pues supo que ella se preocupaba por él.

—No. Yo también voy a cambiarme —dijo con una sonrisa—, pero tu puedes mirar si quieres, no es necesario que te gires —terminó, haciéndole un guiño.

Las mejillas de Juliana volvieron a encenderse, y se giró hacia el fuego, para recibir su calor.

A su espalda, Nicolas comenzaba a desvestirse. El ruido que causaban sus ropas mojadas pegando contra el suelo le llamó la atención, y se giró un poco para observar.

Él se encontraba de espaldas, completamente desnudo, buscando en la cama una manta para cubrirse.

Su espalda era de una anchura formidable, llena de músculos esculpidos en granito. Sus hombros rectos, seguros; y la nuca cubierta de sedoso cabello

negro. Su cintura y su cadera eran estrechos, y sus piernas fuertes como las de un semental.

Juliana agradeció haberlo visto solo de espaldas, pues se imaginaba que de frente sería todavía más impresionante.

Avergonzada, volvió su cara hacia el fuego, y se quedó con la mirada clavada en las llamas.

CAPITULO XXIII

Nicolas se envolvió desde la cintura con una frazada gruesa, y colgó sus ropas en los respaldos de las sillas, junto a las de Juliana.

Luego caminó hacia ella, y le tocó la frente suavemente.

—¿Qué haces? —preguntó ella, cerrando los ojos, sintiendo su tacto cálido en toda la cara.

—Quiero asegurarme de que no tengas fiebre. Pero estás bien, ahora que el fuego te ha calentado.

—Gracias de nuevo Nicolas, no se que hubiera sido de mi si no tu no llegabas, probablemente hubiera muerto congelada. Me has salvado la vida, otra vez. Y no se como podré pagarte todo lo que haces por mi.

—Tú no tienes que pagarme nada, ya te lo he dicho. Me gusta ir por ahí, salvando la vida de muchachitas rubias, jóvenes y testarudas —bromeó.

Juliana rió por la broma, y se arrebujó más con la manta. La habitación había empezado a caldearse, pero un extraño escalofrío seguía recorriendo su cuerpo.

Nicolas dispuso una pequeña olla sobre el fuego, y metió dentro el trozo de queso que había llevado con el.

En la mesita dejó el pan, y en unas tazas que encontró en la cabaña sirvió el vino.

—Espero que no te moleste tener que prescindir de copas preciosa. Pero esta noche te atenderé como pueda.

—Está bien Nicolas, no me importa. Tengo demasiada hambre para fijarme de donde voy a comer —dijo en medio de risas.

—Me alegro. Brindemos por esta noche, y porque estás viva.

—También brindemos por ti, mi ángel salvador —bromeó, pero dedicándole una sonrisa tierna.

Ambos chocaron sus tazas, y al beber no dejaron de mirarse a los ojos. La situación se volvió intensa, y el aire pesaba sobre ellos, obligándolos a acercarse un poco más.

Nicolas dio unos pasos, y se ubicó a su lado. Dejó la taza en la mesita y le acarició los brazos, pasándole su fuerza.

Allí, a la luz del hogar, sus ojos azules parecían hondos estanques de agua clara donde le gustaría sumergirse; y su cabellera dorada caía en cascadas

salvajes sobre sus hombros. Estaba más hermosa que nunca.

Se inclinó hacia ella, y le dio un profundo beso en los labios, haciéndola tambalearse, y despertando todos sus sentidos. Con pesar, se alejó un poco de ella y procedió a hablar:

—Vamos a comer —fue lo único que dijo.

El queso se había derretido dentro de la olla, y cortando trozos de pan, los iban mojando dentro, para luego comer con las manos.

Era la cena más sencilla de su vida, pero comerla junto a Juliana, a medio vestir, a la luz del fuego; la convertía en un potente afrodisíaco.

Alargó sus brazos para atraerla hacia él, y la sentó sobre sus rodillas. Mojó un trozo de pan en el queso derretido, y lo acercó a sus labios.

Juliana abrió la boca y tomó el pan, luego chupó los dedos del hombre, limpiando el queso que había quedado en ellos. Pasó a imitarlo, y mojando un trozo de pan en el queso se lo ofreció, mirándolo directamente a los ojos.

El aceptó el pan, y luego de comérselo, comenzó a lamer delicadamente los dedos de Juliana, primero uno, luego el otro. Su exquisito sabor le inundaba el paladar, y no terminaba de tener suficiente de ella.

Le besó el interior de la muñeca, y siguió subiendo sus labios por el brazo, que había escapado de su escondite bajo la manta.

Besó su cuello con adoración, lamió el contorno de su mandíbula, y luego se encontró con sus labios. Los besó suavemente, luego con más pasión. Hundió su lengua dentro de esa boca fresca, y Juliana se rindió a la acometida ardorosa de esa lengua que la hacía enloquecer.

Alzó sus brazos enroscándolos en ese cuello macizo, olvidando por completo la manta que ahora se encontraba hecha un bollo en el suelo. Sentía la excitación de Nicolas en sus nalgas, dura, palpitante; y pensó que iba a enloquecer de deseo.

El bajó su mano por la espalda de ella, para llevarla luego hacia sus pechos desnudos, y acariciarlos con reverencia, como si estuviera tocando a una diosa sagrada.

Se inclinó hacia delante y comenzó a besar esas frutas del paraíso, hechas para pecar, primero con suavidad; luego chupando con más potencia las puntas maduras, y Juliana se sintió desfallecer.

—Nicolas... —jadeó—. Quiero que me hagas el amor.

El la miró, sus ojos estaban empañados de deseo, y tenía la boca entreabierta, agitada la respiración. Acercó sus labios una vez más, y le dio un beso largo, sensual. Y sin decir nada más, la llevó hacia la gran cama.

La acostó allí, y siguió adorando su cuerpo. Besó sus pantorrillas, subiendo por sus piernas perfectamente torneadas; y pasó su lengua caliente por al lado de los rizos de su pubis, excitándola, incitándola.

Ella se arqueó, y alargó sus brazos hacia ese cabello negro, tirando de él para acercarlo a su boca. Se besaron apasionadamente, sus cuerpos pegados de la cabeza a los pies; y él comenzó a acariciarla allí, donde se escondían sus sensaciones mas placenteras.

Acarició el capullo escondido entre los rizos, e introdujo un dedo en su cálida humedad, comprobando que Juliana estaba lista para entregarse.

—Nicolas, ya no quiero esperar mas... —murmuró ella, consumida por la pasión que los abrazaba.

—Eres tan hermosa... tan hermosa... —susurró el, en su oído.

Hizo un movimiento y se colocó encima de ella, instándola a que separara las piernas. Ella se abrió gustosa para él, sintiendo el duro miembro de Nicolas entre sus muslos.

Con un rápido movimiento introdujo su sexo dentro de la suave hendidura de Juliana, temiendo haberla lastimado, pero ella apenas sintió dolor. Arqueó su cuerpo hacia arriba, invitando a Nicolas a hundirse más profundamente; quería llenarse de el.

El comenzó a moverse, y el ritmo de las embestidas fue haciéndose cada vez mas acelerado. Juliana se aferraba a su espalda, clavándole las uñas, instándolo a que la llevara a la cima.

Se lanzaron a una carrera alocada hacia el éxtasis, y cuando llegó, ambos fueron consumidos por el fuego que habían provocado, golpeándolos con la fuerza de mil demonios, y haciéndolos gritar de placer.

Afuera la nieve había comenzado a caer copiosamente, pintando el paisaje escocés de un immaculado blanco.

CAPITULO XXIV

Nicolas rodó hacia un lado de la cama llevando a Juliana consigo, y depositándola entre sus brazos. Le dio un tierno beso en la frente, y con dedos trémulos le acarició la mejilla.

—Creo que me estoy enamorando de ti, extraña —le confesó.

Ella lo miró a la cara con adoración, acercándose un poco mas, aforrándose a ese cuerpo macizo que era su ancla.

—Yo también Nicolas —le susurró.

Su mirada vagó por la habitación, y fue a parar a la ventana, donde la blancura de la nieve empezaba a dejar rastros.

—¡Mira! ¡Ha comenzado a nevar!

—Es que esta es una noche perfecta, no podía faltar el toque de gracia —dijo él, haciéndole un guiño.

Ella rió, feliz por el destino que le había tocado en suerte.

Ambos se envolvieron en la manta y se acercaron a la ventana, a observar en silencio la maravilla de la naturaleza. Nicolas enlazó sus brazos en la cintura de Juliana desde atrás, besando los rizos que adornaban sus sienes.

—¿Cómo haremos para volver mañana, con toda esta nieve? —preguntó ella, preocupada.

—Te olvidas que soy escocés chiquita, y que estas son mis tierras. Estoy acostumbrado al clima de aquí, puedo andar en cualquier situación; y claro, Zeus también.

Ella giró y lo besó en los labios, demostrándole que confiaba en él ciegamente. Caminaron hasta la cama, y durmieron abrazados, dándose calor, el resto de la noche.

El día amaneció gris. La nieve había dejado de caer, pero por la noche cubrió valles y colinas, caminos y ríos; pintando un cuadro digno del mejor artista.

Juliana despertó y se sintió confundida, no recordaba donde se encontraba; pero al mirar al hombre que dormía a su lado, sin dejar de abrazarla, pudo recordar todo.

La noche había sido perfecta, y ella se sentía la mujer más feliz del mundo. Se estaba enamorando de ese hombre, y ni siquiera el hecho de no poder recordar su pasado le preocupaba en ese momento.

El interior de la cabaña estaba cálido, pero el fuego casi se había consumido. Se levantó, y se dirigió hasta las sillas donde colgaban sus ropas, y las tanteó para ver si se habían secado. Cogió la camisa de Nicolas y se la puso. Le llegaba hasta los muslos, y las mangas cubrían hasta más allá de sus manos. Sonrió por la diferencia de tamaño entre ellos, y echó un poco más de leña al fuego, atizándolo para reavivar las llamas.

—¿Tan pronto me abandonas?

La voz de Nicolas la sobresaltó, y se giró a mirarlo con una sonrisa en los labios.

—¿No quieres morirte de frío verdad? Alguien debía reavivar el fuego, y como parecía que tú ibas a dormir todo el día, lo he hecho yo.

El lanzó un gruñido, y se acercó a ella, desnudo.

—Veo que mi camisa te queda muy bien, me gustaría verte siempre así —dijo, besándola.

—Yo creo que me queda un poco grande —dijo ella, moviendo las manos para demostrar la verdad que había en sus palabras—. Las ropas se han secado, y están deliciosamente tibias por el calor del fuego. Creo que ya debe ser mediodía, deberíamos volver.

—Y yo quisiera quedarme atrapado aquí contigo unos días más —dijo él, besándola nuevamente.

—Yo también Nicolas, pero en la casa se preocuparán por nosotros si no regresamos.

—Está bien —gruñó él, no muy convencido—, pero tu serás mía y solamente mía de ahora en adelante.

—Siempre tuya —susurró Juliana, y se paró de puntillas para besarlo.

Se cambiaron en silencio, y ordenaron todo para abandonar la cabaña. Afuera, el viento gélido los golpeó con violencia, instándolos a ajustarse capas y subirse las capuchas.

Caminaron rápidamente hasta el pequeño establo, donde prepararon a Zeus para la partida. Nicolas montó con destreza, y levantó a Juliana sobre el lomo del animal, colocándola frente a él en su regazo. Ella amoldó su cuerpo al de él, recostando la cabeza sobre su hombro, y así emprendieron la marcha.

El paisaje cubierto de nieve era aun más impresionante. Las montañas se alzaban imponentes en el horizonte, y los valles estaban absolutamente tapados por el manto blanco. Los árboles, casi sin hojas, tenían sus ramas desnudas adornadas por níveos copos.

Juliana observaba todo lo que la rodeaba, amodorrada entre los fuertes brazos de Nicolas, y deseó que el paseo no terminara jamás.

Una hora más tarde, la impresionante figura de la mansión Duncan se perfilaba ante ellos, como un gigante de piedra que dominaba todo el escenario.

Entraron al patio, y unos segundos después, todo era un alboroto de gente que iba y venía, vociferando que el señor había vuelto, y preguntando como se encontraba la muchacha.

Juliana desmontó con ayuda de Nicolas, y una llorosa Emma la envolvió en un fuerte abrazo, apretándola contra su generoso pecho.

—¡Oh mi niña! No sabes lo preocupada que me tenías, ¿es que quieres que a esta pobre vieja se le pare el corazón? —Decía, dramáticamente— Vamos adentro, este frío nos congela la sangre. Voy a prepararte una comida caliente, y vas a tomar un baño y ponerte ropa limpia.

Nicolas observó como las dos contrastantes figuras se perdían en el interior de la casa, y meneó la cabeza esbozando una sonrisa. Luego su mirada se dirigió a los mozos de cuadra que estaban a su alrededor, y con el semblante frío como la nieve de ese día, les dijo:

—Al establo, todos.

Los muchachos se miraron entre sí, y con resignación, comenzaron a andar hacia el establo.

CAPITULO XXV

—De ahora en adelante, quiero que todo lo consulten conmigo. No importa lo que le digan los demás, no pueden hacer nada sin mi consentimiento. Nada —subrayó, mirando a Jhon—. Que esta experiencia les sirva como lección, y que no se vuelva a repetir.

—Si patrón —dijeron todos al unísono.

—Le pido disculpas humildemente —agregó Jhon—, nada de esto hubiera pasado si yo no le daba el caballo. Fue mi culpa, pero le prometo que no volverá a pasar.

—Eso espero. Sigán trabajando —y tras decir aquello, pegó media vuelta y se marchó.

—Emma, estoy bien —decía Juliana, tratando de tranquilizar a la mujer que seguía hecha un manojo de nervios—. De verdad, Nicolas cuidó de mí, y ya ves que estoy intacta.

—Bueno perdóname niña, es que me preocupé tanto. Mira, come esto —le dijo, señalándole la bandeja—, mientras pediré que te preparen el baño.

Un humeante cuenco de sopa esperaba en la bandeja a ser devorado, y Juliana no pudo resistirse. Luego, siguió con las chuletas de cerdo con patatas asadas, y para terminar, un delicioso flan preparado por la cocinera especialmente para ella.

Tres muchachos pelirrojos entraban con cubos de agua caliente, y llenaban la bañera que estaba junto a la chimenea.

Emma dejó las toallas sobre los sillones, y acercó un jabón con aroma a rosas hasta las manos de Juliana.

—Toma muchacha, esto te revitalizará, y te encantará su aroma. Los preparo yo misma —dijo con un guiño.

—¿De verdad? —Preguntó ella— Tienes que enseñarme a hacerlo.

—Mmm... quizás algún día. Es un secreto —dijo, llevándose un dedo a los labios.

Juliana rió, divertida por las ocurrencias de la mujer.

—Bueno, ahora métete en la bañera, yo voy a dejar esta bandeja en la cocina y enseguida vuelvo.

—Está bien, no veo la hora de tomar un baño caliente.

Emma salió de la habitación con la bandeja en las manos, y en el pasillo se encontró con Nicolas.

—¿A dónde vas Emma? —preguntó el.

—Voy a dejar esto en la cocina, la muchacha se ha comido todo.

—¿Y Juliana?

—Está tomando un baño, enseguida vuelvo con ella.

—¡Oh, no volverás! Deja que yo ayude a Juliana —dijo, sonriendo maliciosamente.

—¡Nicolas! Que conducta tan escandalosa.

—Te alegrará saber que Juliana y yo estamos enamorados, así que vete tranquila, que yo me ocuparé de la situación —y la acompañó hasta la escalera, donde la instó a bajar apresuradamente.

Nicolas entró justo en el momento en que el vestido resbalaba por el cuerpo de Juliana, e iba a parar alrededor de sus tobillos, formando un charco de terciopelo verde.

Ella se giró al sentir la puerta que se cerraba, cubriendo sus pechos con las manos.

—Nicolas, ¿Qué haces aquí?

—Me enteré de que una señorita rubia estaba por darse un baño, y se me ocurrió que yo también necesitaba uno. ¿Crees que quepamos los dos en esa bañera?

—¡Oh Nicolas! ¿Me lo estas diciendo en serio? —dijo ella, sintiendo que el rubor subía a sus mejillas.

—Yo siempre hablo en serio.

En un minuto estuvo completamente desnudo, y se metió en la bañera, acomodando a Juliana entre sus piernas. Vertió agua por la suavidad de su espalda desnuda, acariciando cada centímetro de su cuerpo. Con infinita ternura volvió a hacerle el amor, aspirando su aroma, sintiendo la sedosidad de su melena.

Cuando el agua comenzaba a enfriarse, salieron de la bañera, y se secaron al calor de las llamas, amándose una vez más.

Nicolas abandonó la habitación, y Juliana se metió en la cama, con una sonrisa satisfecha en el rostro.

Pasaron el resto del mes perdidos en su propio mundo, entregándose sin reservas el uno al otro. A ninguno le importaba nada más, y la identidad de Juliana había pasado a ser un problema menor.

Una mañana, mientras tomaban el desayuno en la cama, Nicolas se aclaró la garganta y dijo:

—Debo ir a Londres.

La expresión de ella se volvió triste, sintiendo que perdería una parte de su alma si ese hombre la dejaba sola.

—¿Cuándo? —preguntó.

—En tres días —respondió él—. Quiero que vengas conmigo.

—¡Oh Nicolas! —exclamó ella, enlazando sus brazos en el cuello del hombre— Pensé que ibas a dejarme aquí sola.

—Nunca te dejaría mi amor. Siempre serás mía ¿lo recuerdas?

—Siempre tuya Nicolas —susurró ella, dándole un suave beso en los labios.

La habitación de Juliana era un caos, llena de muchachas preparando baúles para el viaje, mientras Emma gritaba instrucciones a los cuatro vientos.

—Debes doblar el vestido mas delicadamente —le decía a una chica regordeta, de mejillas coloradas—, sino luego sería imposible de usar por las arrugas que tendría.

Juliana desbordaba de felicidad, estaba locamente enamorada, y su amor era más que correspondido. Nicolas la llenaba de mimos, y estaba pendiente de cada una de sus necesidades. Había dormido con ella cada noche, llenándola de besos y haciéndole apasionadamente el amor.

Cuando se acercaba el momento de su partida, pensó que no podía dejarla sola, entonces decidió llevarla con él.

La mañana de la partida, Nicolas esperaba en la puerta a que terminaran de acomodar el equipaje. También esperaba a Juliana, que aun no se había dignado bajar.

La esperó media hora más, y cuando su paciencia estaba llegando al límite decidió que iría a buscarla.

Cuando se disponía a subir las escaleras, ella apareció al fin, exquisitamente ataviada con un vestido de viaje azul, bordado con cuentas negras. Sus rubios cabellos iban peinados en un elegante moño, seguramente una creación de Emma, y un gracioso sombrero adornaba su cabeza. Guantes de seda negros cubrían sus manos, y de su muñeca colgaba un manguito a juego con el vestido.

Se veía realmente exquisita, y Nicolas tuvo que contener sus ganas de correr hacia ella para estrecharla entre sus brazos y besarla apasionadamente.

En lugar de ello, esperó al final de la escalera a que bajara, y besó su mano cubierta por la seda.

—Estás hermosa —le dijo en un susurro, para que las personas que por ahí andaban no pudieran escucharlo.

—Gracias —le dijo ella, ligeramente ruborizada.

—¿Nos vamos, por fin? —preguntó el, a modo de broma.

—No he tardado tanto, debía vestirme acorde a la situación.

—Pues a mi sin ropa, y con el cabello revuelto, me resultas más irresistible —le dijo al oído.

Juliana se sintió acalorada, y comenzó a caminar hacia la puerta para evitar sonrojarse al frente de todos.

Emma la esperaba en la entrada, con una expresión de tristeza en el rostro, y sus ojos al borde de las lágrimas.

—Te voy a echar tanto de menos mi pequeña —le dijo—. Espero que disfrutes del viaje, y cuando vuelvas me cuentes todo con lujo de detalles.

—Por supuesto que si Emma, yo también te voy a extrañar —dijo Juliana, dándole un sincero abrazo.

—Y tú Nicolas, cuídala, sino esta vieja se encargara de hacerte pagar las consecuencias.

Nicolas rió y estrechó también a la mujer en un abrazo, y ofreciéndole el brazo a Juliana, caminaron hasta el exterior, para perderse ambos en el interior del carruaje.

CAPITULO XXVI

Tres carruajes en total partieron de la mansión Duncan. En uno viajaban Juliana y Nicolas, en otro el secretario de él y dos criadas; y en el tercero el equipaje de ambos.

—¿Tienes frío? —preguntó Nicolas, atrayendo a Juliana más cerca de él.

—Un poco, pero estoy bien —contestó ella.

Él la acercó un poco más y la estrechó entre sus brazos. Ambos se arrebujaron bajo una manta, y Juliana pronto se quedó dormida.

El día estaba gris, y el aire helaba la sangre. Ya habían hecho la mitad del camino, pero debían parar a cambiar los caballos y a estirar un poco las piernas.

El carruaje se detuvo, y Juliana lentamente salió de su estupor.

—¿Qué ha sucedido?

—Pararemos una hora en esta posada, para cambiar los caballos y comer algo caliente.

Juliana sintió todos sus músculos acalambrados, y agradeció el poder bajar a descansar un poco del ajetreado viaje.

Nicolas se apeó del carruaje, y ayudó a bajar a Juliana, reteniéndola un momento en sus brazos al verla tambalearse.

—¿Qué te sucede? ¿Te sientes bien?

—Solo estoy un poco cansada, y las piernas me han fallado —dijo ella, una vez pasado el temblor—. Ya me siento mejor, y muero por comer algo que me caliente el cuerpo.

Se dirigieron a la posada, donde se sentaron en una mesa frente al fuego, y bebieron un poco de sopa. Luego se sirvieron cordero asado acompañado por vino, y sintieron que sus fuerzas renacían.

—Ya falta poco, hicimos la mitad del camino.

—Pero este camino es horrible, lleno de pozos como está —replicó ella.

—Ya llegaremos y podremos estar en mi cómoda casa de Londres. Te gustará —aseguró él.

—No veo la hora de llegar —dijo Juliana cansinamente.

—Ni yo —le contestó Nicolas, tocándole la pierna bajo la mesa, y haciéndole un guiño.

Juliana rió, y mirando alrededor para cerciorarse de que nadie los estaba mirando, apartó la mano de él.

—Eres terrible.

Volvieron a instalarse en el interior del carruaje, y colocaron un ladrillo caliente envuelto en unas mantas para mantener los pies caldeados.

Juliana volvió a acurrucarse pegada a Nicolas, le encantaba sentir su cuerpo musculoso junto al de ella, tan pequeño y frágil; la hacía sentir segura.

—Te amo Nicolas —le dijo, en medio de un bostezo.

—Yo también pequeña —contestó él, besándole la coronilla.

Y continuaron así por el resto del viaje, dormidos contra el cuerpo del otro, dándose calor.

La noche ya había caído cuando entraron en Londres, y la ciudad estaba tranquila. Anduvieron por callejuelas oscuras más de media hora, hasta que entraron a un barrio fino. Al final de una calle se alzaba una casa blanca, imponente, de tres pisos. Un hermoso jardín adornaba la entrada, con un sendero bordeado de flores.

El carruaje se detuvo ante la entrada, y Juliana se desperezó y abrió los ojos para admirar la construcción.

—¿Ésta es tu casa?

—Sí, mi pequeña casa. ¿Te gusta?

—Es muy bonita por fuera. Ya veremos por dentro —bromeó ella.

Bajaron del carruaje, y el viento frío los atravesó sin previo aviso.

Juliana se quedó allí parada, en la calzada, sintiendo el viento sobre su piel. De repente la oscuridad se convirtió en una potente luz blanca, que eliminó todas las figuras que la rodeaban, dejándola sola en la escena. Sintió que se transportaba hacia otro lugar, y por primera vez supo que estaba empezando a recordar.

Se vio bajando una noche de un carruaje, acompañada de una muchacha menuda, y un hombre que la llevaba del brazo.

No pudo reconocer a ninguno, ni tampoco verles la cara, pero una sensación de terror la invadió sin saber porque.

El hombre la escoltó hasta la puerta, y arrancando una flor del jardín donde se hallaban, se la entregó a ella. Parecía algo mayor, tal vez unos quince años más que ella. La muchacha menuda que los acompañaba carraspeó, y abrió la puerta de la casa, instándola a entrar.

El caballero besó su mano enguantada, y se despidió, alejándose en el carruaje. Juliana entró al interior de la casa, con una sensación de desasosiego

y una mirada triste en el rostro.

Cuando comenzó a subir las escaleras, sintió que todo a su alrededor se iba disolviendo, y la luz blanca volvía a aparecer.

Se cubrió la cara con las manos, tratando de impedir que la escena escapara de su mente nuevamente, pero la luz se apagó, y Nicolas se hallaba frente a ella.

La sostenía por los brazos, y la miraba con clara preocupación. Juliana abrió sus grandes ojos, al borde de las lágrimas, y lo miró.

Él sintió que se le rompía el corazón ¿Qué podría haberle sucedido? ¿Por qué estaba a punto de llorar? No tenía idea de lo que pasaba, pero la preocupación lo estaba atenazando.

—¿Qué te sucede cariño? —le preguntó dulcemente.

—Yo... Creo que estoy recordando algunas cosas Nicolas.

Él se quedó pasmado, y una luz de esperanza brilló en sus ojos. Quería que recordara, necesitaba que recordara quien era ella.

Deseaba hacerla su mujer, casarse con ella y tenerla siempre a su lado, y para eso necesitaba, además de un nombre, un apellido.

—Esta bien, tranquila —trató de serenarla—. Estás muy cansada ahora, mañana podrás contarme que recordaste.

Cruzó un brazo por su cintura, dándole fuerzas, y la ayudó a entrar.

El interior de la casa estaba lujosamente amueblado, y la sala principal estaba íntegramente decorada en negro y dorado, dándole un toque soberbio.

Nicolas la condujo directamente a las escaleras, dando órdenes a su paso a los criados que allí se encontraban.

—Quiero que suban agua caliente, y que preparen una cena rápida. Estamos cansados del viaje y solo deseamos dormir. Estaremos en mi habitación, golpeen la puerta cuando suban el agua, luego de bañarnos cenaremos.

Los criados iban y venían atropelladamente, ansiosos por cumplir las órdenes del señor. Subieron las escaleras abrazados, y entraron a una habitación decorada de azul.

Una gran cama dominaba la estancia, y en la chimenea ya ardía un agradable fuego que envolvía todo en su calor.

Por una puerta, se pasaba a una habitación contigua, que estaba convertida en un saloncito. Un cómodo juego de sillones de color azul descansaba sobre una mullida alfombra, al frente de otra chimenea. Juliana caminó hasta ellos, y se dejó caer, rendida.

—Esperare aquí el agua caliente, estoy agotada.

—Yo te avisaré cuando todo esté listo. Ahora necesito ir a ocuparme de unas cosas, en un minuto estoy de vuelta querida —y tras decir aquello, le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

CAPITULO XXVII

Varios criados comenzaron a llegar con cubos de agua humeante, que iban vertiendo en la gran bañera que descansaba frente a Juliana. Cuando todos se hubieron marchado, ella se desnudó, y cubrió la parte delantera de su cuerpo con una mantilla transparente.

Se paró frente al fuego y se soltó el cabello, dejándolo caer libremente por la espalda. El fuego la inundó de un agradable calor, y su mirada se perdió en las profundidades de las llamas.

Nicolas entró en silencio a la habitación, para no hacer ruido si Juliana se encontraba dormida; pero la encontró frente al fuego, convertida en una criatura mágica.

De atrás su cuerpo estaba desnudo, sólo cubierto por la melena de rizos dorados, pero al girarse, vio que sostenía una tela medio transparente sobre su pecho.

Los pezones se erguían más oscuros bajo la sedosidad de la tela, y los rizos de su pubis lo invitaban a acercarse.

Juliana lo miró, y dejó caer la tela, descubriendo completamente su desnudez. Alzó las manos por los costados de su cuerpo, acariciándose, y las bajó tocando sus pechos, deslizándolas por su vientre, y yendo a parar mas abajo.

Nicolas la miraba perplejo, ella estaba haciendo todo eso para él, pues sabía que lo excitaría. Su miembro latía dentro del pantalón, buscando que lo liberaran. Pero él aguantó un poco más, y siguió mirando a la mujer que tenía frente a él.

—Eres una atrevida —le dijo en un susurro, con una sonrisa maliciosa.

—Necesito que me hagas el amor Nicolas —jadeó ella, excitada por su propia danza—. Ven aquí —lo invitó.

El se acercó, y tomó las níveas nalgas en sus grandes manos. Ella se restregó contra el, buscando su cinturón. El hizo volar sus ropas rápidamente, y la giró de cara al fuego, acariciándole la espalda, y besándole la nuca.

—Te deseo más que nunca Juliana.

La hizo inclinarse un poco hacia delante, y ella sintió su miembro entre las piernas, encabritado. La asombró la posición en la que se encontraba e intentó girarse para recostarse sobre el sofá; pero él la mantuvo firme donde

se encontraba. La hizo inclinarse un poco más, apoyando las manos sobre el brazo del sillón, y lentamente la penetró desde atrás.

Juliana gimió por las nuevas sensaciones que crecían dentro de ella, asombrada por la intensidad de la penetración, sintiéndolo mas adentro que nunca. Él se inclinó sobre la espalda de Juliana, besándola y acariciando sus pechos.

Aumentó el ritmo de las acometidas, sabiendo que ninguno de los dos podría aguantar mucho más, y llegaron juntos al orgasmo. Luces de colores bailaron frente a sus ojos ante tremenda explosión, y cayeron rendidos sobre la alfombra.

—Vamos a la bañera —dijo Nicolas, con la respiración agitada.

Entraron ambos en la bañera, donde se relajaron en el agua caliente, abrazados, reviviendo las sensaciones de los instantes pasados.

—No sabía que se podía hacer así.

—Hay muchas formas de hacerlo que no conoces, y yo estaré encantado de enseñarte todas —le contestó el, sentándola a horcajadas sobre su cuerpo, y presionándola sobre su nueva erección.

Tras salir de la bañera se envolvieron en sus respectivas batas, y esperaron la comida. Tomaron una cena ligera, y se metieron en la cama, exhaustos.

—Mañana iré a visitar a un posible cliente —avisó el—. Quiero que tu salgas con Roselyn —una de las muchachas que habían llevado—, y recorras las tiendas. Compra todo lo que te guste, y no escatimes en gastos. Quiero mimarte.

—Mmm... está bien —aceptó ella—. Pero las facturas serán extensas —bromeó.

—Todo para ti mi amor.

Se durmieron a los pocos minutos, con los cuerpos enlazados, satisfechos.

Al despertar, Juliana se encontró sola en la gran cama, y buscó a Nicolas con la mirada. Lo descubrió en el otro extremo de la habitación, vistiéndose.

Se sentó en el lecho, cubriéndose con la sábana, y el cabello revuelto. Nicolas la miró y rió, acercándose a ella.

—¿Ya te has levantado? Puedes dormir un poco más hermosa.

—No quiero dormir más —le dijo ella—. ¿Ya te vas? ¿No podemos desayunar juntos?

—Voy a un desayuno de negocios, pero Mary, la cocinera, está preparando un desayuno especial para ti.

—Está bien. Luego saldré a gastarme todo tu dinero —dijo riendo.

—Así me gusta —dijo sonriendo, mientras le daba un beso en los labios —. Nos vemos esta tarde preciosa, cuídate.

—Adiós Nicolas, ¡extrañame! —le gritó, cuando él ya hubo salido de la habitación.

El día estaba algo nublado, pero eso no sirvió para amedrentar el ánimo que Juliana. Eligió un vestido rosa pálido entre todos los que había llevado, con cuello alto y pequeñas rosas blancas bordadas. Unos guantes blancos de satén, y un pequeño sombrero completaban el conjunto.

Roselyn peinó las rubias guedejas en un intrincado moño, dándole un aspecto sobrio, y colocó el gracioso sombrero de forma coqueta. Juliana evaluó su aspecto en el espejo ovalado que había en la habitación, y tras darse el visto bueno, bajó a desayunar.

Ana, la cocinera, la esperaba en el comedor. Era una mujer alta y delgada, con el cabello castaño que comenzaba a desteñirse por la edad. Su rostro mostraba facciones hoscas, que no inspiraban confianza; pero sus ojos ambarinos brillaban de curiosidad y picardía.

—Buenos días señorita, he preparado esto especialmente para usted —le dijo, señalando el desayuno que se encontraba sobre la mesa.

—Muchas gracias —contestó Juliana—, ¿Cómo es su nombre?

—Soy la vieja Ana, trabajo para el señor Duncan desde hace años, cuando Nicolas era apenas un bultito de carne —dijo riendo.

Juliana pronto descubrió que el carácter de la mujer no tenía nada que ver con lo que ella se había imaginado. A primera vista la había creído fría y distante, poco conversadora; pero ahora que comenzaba a conocerla se dio cuenta de que era muy afable y charlatana. Era una persona agradable de tratar, y muy entretenida para pasar el rato.

—Siéntese conmigo —la invitó Juliana.

—Oh no señorita, mi lugar está en la cocina, nunca me siento a la mesa —respondió con un leve color en sus pálidas mejillas.

—Eso no importa, yo se lo estoy pidiendo, además Nicolas no está. Seamos amigas, y por favor llámeme Juliana.

Ana dudaba, y tras un momento de vacilación optó por tomar asiento.

—¡Bah! —Refunfuño—, por una vez que lo haga nadie va a morir ¿no? Usted es la primera mujer que el señor Nicolas trae a la casa, si me permite decírselo, nunca antes habíamos conocido a ninguna de sus aventuras, era

muy reservado en ese aspecto, aunque nosotros sabíamos que nunca se hallaba solo...

La mujer había empezado a hablar sin parar, y Juliana la escuchaba divertida, pasando por alto el hecho de que se había dirigido a ella sin querer, como una aventura más de Nicolas; mientras saboreaba el delicioso desayuno que habían preparado especialmente en su honor.

—Londres es muy bonito, ¿sabe? —Seguía parlotando Ana, cambiando abruptamente de tema cada dos segundos—, aunque el tiempo a veces suele ser un poco malo. ¡Pero que le digo del tiempo! Usted a estado en Escocia, sabe lo que es el tiempo malo. Pero aquí tenemos tiendas ¿sabe? Es el entretenimiento de las damas, comprar y comprar y despilfarrar el dinero de sus maridos, cuando ellos no lo están despilfarrando en el juego y la bebida...

A Juliana le costaba seguir el hilo de la conversación, y respondía con un “Ahh”, un “Mjm”, o un movimiento de cabeza cada vez que la graciosa mujer se detenía a retomar aire para seguir hablando. Se había quedado en el tema de que Londres era bonito, y luego no había podido seguirla con coherencia, debido a la rapidez de su habla.

—Los paseos en carruaje —continuaba— son muy populares, la gente sale a pasear por las calles de Londres como si eso les conllevara la vida, pero hay cosas mas importantes ¿sabe? Yo estoy horneando pan, debería aprender a hacerlo, uno nunca sabe cuando lo puede necesitar. Las cosas en el mercado cada vez suben más de precio, cada día le doy las gracias a Dios por encontrarme trabajando en esta casa, donde nunca nos falta nada.

“Tengo una amiga que trabaja para un conde, y el pobre es tan tacaño que cuando sale de viaje apenas les deja dinero a los criados para suministrarse de provisiones y poder sobrevivir ¡Que indignación! ¡Tener tanto y dar tan poco!”

Juliana ya había dejado de comer, pues no podía concentrarse para hacer las dos cosas al mismo tiempo, y tan solo miraba a Ana y trataba de seguir cada una de sus palabras.

De pronto ella reparó en la mirada confusa de la joven y se detuvo en seco, un poco avergonzada.

—¡Oh disculpe! ¿La he aturdido? Perdóneme, suelo hablar demasiado y muy rápido sin darme cuenta, hasta que saco a la gente de sus casillas y tienden a pararme con un grito. Por favor, la próxima vez tan solo hágame un gesto con la mano y callaré. Es que no me doy cuenta ¿sabe? Me paso el día

en la cocina con las muchachas que me ayudan, y no son muy dadas a hablar, así que la mayor parte del tiempo las entretengo yo con mis historias...

—Está bien —la cortó Juliana—, no me ha aturdido, solo que no estoy acostumbrada y me ha costado seguirle. Pero le aseguro que nos entenderemos, y podrá enseñarme a hornear pan —le dijo, dándole un golpecito en el brazo—. Ahora si me disculpa, saldré de compras.

—Por supuesto, no hay problema. Pediré que le preparen el carruaje, con permiso.

Juliana observó como la larga figura de Ana desaparecía hacia la cocina, y se sintió aliviada de encontrarse sola de nuevo.

CAPITULO XXVIII

Las calles de Londres estaban atestadas de gente que iba y venía. Elegantes damas exhibían sus hermosos vestidos pavoneándose en la calzada adoquinada, acompañadas por sus criadas. Vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías, pregonando cánticos para cada cosa. Niños vestidos con harapos pedían monedas o comida, y unas cuantas gitanas leían la suerte.

Juliana devoraba todo con la mirada, sintiendo en su interior una sensación de familiaridad con todo aquello.

Llegaron a la tienda de la modista mas conocida de la ciudad, madame Dominique Leblanc, y se perdieron en su interior sin dudarle un instante. El escaparate mostraba suntuosos vestidos de fiesta, bordados con brillantes cuentas, y exquisitamente elaborados.

Al entrar, una muchachita pequeña se acercó a ellas. Era mucho más baja que Juliana, pero su porte era majestuoso, y el vestido que llevaba era de calidad. Movi6 sus bucles azabaches en una graciosa reverencia, y en la palidez de su piel sus mejillas se encendieron en un profundo sonrojo.

—Bienvenue, señoritas —les dijo, con un marcado acento francés—. Soy la señorita Evangeline, la hija de madame Leblanc.

—Buenos días —dijo Juliana—, estamos buscando a su madre. ¿Será que podrá recibirnos?

—Oui, oui. Tomen asiento por favor, ellas las atenderá en une minute. ¿Me dice su nombre, por favor?

Al ver que Juliana dudaba, Evangeline se apresuró a aclarar.

—Es solo para avisarle a ma mère —(mi madre).

—Si por supuesto —dijo Juliana, algo abatida, pues solo sabía su nombre. Ni apellido ni nada más—. Solo dígame que me llamo Juliana.

—Oui, oui. Excuse moi, s'il vous plaît.

La muchacha desapareció entre docenas de vestidos, dejando a Juliana y a Roselyn sentadas en los acolchados sillones, tratando de entender sus últimas palabras.

Al cabo de quince minutos, apareció por donde se había ido Evangeline, una mujer un poco más alta, pero muy parecida a la anterior. Llevaba un elaborado vestido mañanero, con detalles de encaje blanco en el escote y puños. El color verde realzaba la palidez de su tez; y su cabello, de un tono

mas claro que el de su hija, estaba recortado cuidadosamente sobre los hombros.

Sus cejas altas le daban una expresión burlona, y los pómulos marcados, combinando perfectamente con la boca carnosa, daban como resultado una mujer hermosa. Un poco mayor, pero hermosa al fin.

Se paró frente a Juliana, y tomó sus manos entre las de ellas.

—Hola Juliana —le dijo—, es un plaisir tenerte aquí. ¿Qué andas buscando petit?

Le hablaba de una manera muy familiar, y Juliana se sentía confundida tanto por eso, como por su forma de mezclar los dos idiomas. Le estaba costando entenderla.

—Buenos días madame Leblanc, gracias por recibirme —comenzó—. Quiero renovar mi guardarropa, así que necesito varios vestidos, zapatos, ropa interior, pañuelos, capas...

—¡Oh! Por supuesto chéri. Pasa a mi étude —(estudio)—, diseñaremos algunas prendas exquisitas que combinen con tu belleza. ¡Suivre! —(sígueme) les dijo, haciendo un gesto con la mano para que caminaran tras ella.

Entraron en una habitación abarrotada de telas de diferentes colores y texturas. Metros de cintas, encajes, puntillas y lazos, estaban diseminados sobre las mesas que llenaban la estancia. Cajas con botones y cuentas llenaban los estantes que trataban de mantener el orden, y sobre un escritorio que había en un rincón, descansaba un cuaderno de dibujos con carboncillos a su alrededor.

La mujer caminó hasta allí, y tomó asiento frente al escritorio. Con el carboncillo en la mano comenzó a trazar líneas, que pronto se transformaron en un vestido.

—Mira, este es un diseño elaborado, o como decimos en Francia: très compliqué. Te servirá para una fiesta, y sé que lo lucirás como nadie —de nuevo, estaba hablándole como si la conociera—. Las muchachas optan por el rosa, el celeste, los colores pastel; pero ¡merde!, se ven todas tan sosas —miró a Juliana, que llevaba puesto un vestido rosa esa mañana—. Tú lo llevas bien querida, te hace ver femelle —(femenina)—, pero para un baile, para una fiesta; debes destacar entre las demás ¿comprende?

—Si, lo entiendo —dijo ella, pensando que le empezaba a gustar aquella mujer con sus extrañas costumbres.

—Muy bien —prosiguió la otra—, la seda negra contrastaría magníficamente con tu cabello rubio y tus ojos azules.

—Y podríamos adornarlo con cuentas plateadas —propuso ella.

—¡Touchè chéri! Sería el toque perfecto. El escote será muy bajo, para que puedas mostrar la belleza de tus atributos juveniles. El corsé marcará tu pequeña cintura, y la falda abombada crujirá deliciosamente. Como hace frío, las mangas cubrirán tus brazos complètement, pero se adherirán a ellos de manera sensual.

Pasaron en total tres horas en esa habitación, inmersas en el diseño de magníficos vestidos; uno más ornamentado que el otro. Al salir de allí, el aire frío revolvió el cabello de Juliana, despeinándola, y ella alzó su rostro para recibir la caricia aterciopelada de la brisa.

Caminaron bajo el sol por la calle adoquinada unos cuantos metros, hasta donde las esperaba el carruaje. Era pasado el mediodía, y la mañana había resultado perfecta.

Juliana bullía de emoción ante la perspectiva de lucir los hermosos trajes que le confeccionarían, pero sobre todo ansiaba exhibir ante Nicolas la sensual ropa interior que madame Leblanc haría especialmente para ella.

El trayecto de vuelta a la casa lo hicieron en silencio. Juliana sumida en sus pensamientos, y Roselyn respetando sus cavilaciones sin decir palabra.

Al llegar, Juliana cruzó el jardín alegremente, tarareando una melodía. El mayordomo les abrió la puerta, y ella lo saludó con una sonrisa.

En el interior la aguardaba Nicolas, con una copa de vino en la mano, y una expresión satisfecha en el rostro.

—Por fin has vuelto, pensé que ibas a tomarte en serio lo de gastar todo mi dinero —bromeó, caminando hacia ella para depositar un beso en su mejilla.

—Mmm... solo un poco —le contestó.

—¿Encontraste algo que te guste?

—¡Encontré de todo! Madame Leblanc va a confeccionarme los vestidos, y unas cuantas cosas más —le dijo, alzando una ceja con mirada seductora.

—Me muero por verlas —susurró el.

—¿Y como ha ido tu día? Pareces de muy buen humor.

—Lo estoy. Acabo de cerrar un negocio estupendo, así que puedes seguir gastando querida; tendremos dinero para rato. Vamos a brindar —propuso, llenando una copa de vino para ella.

—Por nosotros —dijo Juliana, mirándolo a los ojos—. Y por nuestra felicidad.

—Y porque serás siempre mía.

CAPITULO XXIX

El resto de la semana la pasaron de manera bastante tranquila. Decenas de invitaciones a bailes y eventos sociales llegaban para Nicolas, pero el rechazaba todas gentilmente, pues lo único que deseaba era quedarse con su adorada Juliana.

Una cantidad de paquetes comenzaron a llegar de parte de madame Leblanc, con todas las cosas encargadas por Juliana. Porqué se había apurado tanto en terminarlas, era algo que ella ignoraba.

Una noche había sorprendido a Nicolas con un transparente camisón de color rojo vivo, que se adhería a sus curvas atrevidamente. El se había puesto como loco, y habían hecho el amor salvajemente en la alfombra.

Casi cada día la sorprendía con algún regalo; joyas, perfumes, velas aromáticas, y cualquier cosa que le pareciera que a ella le podría gustar.

Y ella era cada día más feliz.

Le parecía que estaba soñando. No conocerse a si misma, y sin embargo ser tan feliz le parecía una locura. ¿Qué había hecho para merecer todo aquello? ¿Qué había hecho para tener a su lado a ese hombre tan maravilloso? No lo sabía, pero seguramente en su otra vida habría sido una santa.

Solo les quedaban dos días para disfrutar en Londres, Nicolas ya había cerrado sus negocios con el duque de Hazzard, y nada los retenía en la ciudad. Todo el encargo de Juliana a madame Leblanc había sido entregado, y se había asombrado de lo bonitos que habían quedado los vestidos y los accesorios.

Una tarde en la que el sol se había dignado aparecer, Juliana se encontraba sentada en el jardín tomando un agradable te, observando a dos pajaritos que revoloteaban sobre las migajas que ella les había tirado.

Al oír un sonido a su espalda, se giró un poco para encontrarse con Nicolas que venía hacia ella. Le dio un beso en la coronilla, y se sentó en el silloncito que había frente a ella.

—Mañana por la noche he sido invitado a una cena que no puedo rechazar. La organiza el duque con el que vine a negociar, y me dijo que no aceptaría un no como respuesta.

Los ojos de Juliana se iluminaron por la ilusión, y a Nicolas le dio una punzada de culpabilidad por no haberla llevado a pasear por Londres antes; pero maldición, él no quería compartirla.

—¿Entonces vas a ir, verdad? —preguntó ella, esperanzada.

—Sí, vamos a ir, así que prepara tu mejor vestido, que quiero ser el hombre más envidiado de la noche —le dijo, haciéndole un guiño.

Ella le lanzó los brazos al cuello, y le depositó un dulce beso en los labios.

—No te arrepentirás cariño —le susurró.

Subió las escaleras a toda velocidad, en su interior bullía una emoción sin límites. Se dirigió a su guardarropa y comenzó a revisar los vestidos. Sería una tarea difícil, pues uno era más bonito que el otro. Los repasó a todos una y otra vez, pensando cual le sentaría mejor, sin poder decidirse, hasta que en el fondo del guardarropa vislumbró al indicado.

Un resplandor de seda negra captó toda su atención, y un destello de cuentas plateadas atrajo su mirada hacia el lugar irremediamente. Casi tapado en su totalidad por los demás vestidos, se encontraba el vestido de seda negra, aquel primero que diseñara con madame Leblanc, colgando de su percha majestuosamente.

Lo tomó con manos reverentes, y lo observó largo rato. Ese vestido era el indicado. Con él podría deslumbrar a los demás invitados, e impresionar al anfitrión; pero sobre todo dejaría pasmado a Nicolas.

—¡Roselyn! —gritó, llamando a la muchacha.

Al cabo de unos minutos, ella asomó su cabeza por el marco de la puerta, con una enagua de Juliana en las manos.

—¿Me llamó señorita Juliana?

—Si Roselyn, necesito que prepares este vestido para mañana en la noche —le dijo—. Que no tenga ni una sola arruga. Prepara también el manguito plateado, y los guantes que combinan con él.

—Si señorita —le contestó, disponiéndose a girar para salir de la habitación.

—¡Espera! —La paró Juliana—. Una cosa más. Prepara también el conjunto de collar y pendientes de diamantes; los que me regaló Nicolas la semana pasada —tras pensar unos segundos, agregó—. Creo que eso es todo, gracias.

—Muy bien señorita, en cuanto termine con lo que estoy haciendo comienzo a preparar todo. Con permiso —dijo, y luego abandonó la

habitación.

Juliana se dejó caer en la cama, rendida, pero feliz ante la expectativa de concurrir a la cena. Ya hace un tiempo que estaba viviendo con Nicolas, y él nunca había hablado de matrimonio, pero a ella no le importaba.

No era tan ambiciosa como para exigir un compromiso sin siquiera saber su identidad. Le alcanzaba con el amor que él le brindaba, porque sabía que él la amaba, se encargaba de repetírselo varias veces al día, y de demostrárselo varias veces por noche.

Ese hombre le había salvado la vida en dos oportunidades, y ella no estaba en posición de reclamarle nada, y era feliz con su vida tal y como estaba. No deseaba ninguna clase de cambio.

Siguió pensando en su suerte allí tumbada en la cama, con su mirada fija en algún punto del infinito, mirando sin mirar. Poco a poco los párpados comenzaron a pesarle, y se sumió en un dulce sueño en el que bailaba un vals con Nicolas que la tomaba de la cintura, y se durmió con una sonrisa feliz en los labios.

Nicolas caminaba de un extremo al otro de su oficina, pensando en lo mismo una y otra vez.

Deseaba casarse con Juliana, pero no podía a menos que supiera su apellido. Estaba locamente enamorado de esa mujer, y él sabía que sería siempre suya, pero necesitaba sellar ese pacto con los documentos maritales.

De eso se encargaría al día siguiente al del baile, antes de partir. Contrataría al mejor investigador privado de Londres para que llevara a cabo una averiguación exhaustiva acerca de Juliana. Sabía que allí en Londres encontraría algo sobre ella, su sangre y crianza inglesas se notaban a la distancia.

Pero eso podía esperar un día más. Por el momento debía concentrarse en la cena que tenían por delante, y sabía que muy en el fondo de su guardarropa guardaba un smoking fino y elegante, muy apropiado para la ocasión. No era su ropa preferida, pero las circunstancias lo ameritaban.

Con paso cansado se dirigió a la cocina, donde sabía que encontraría a su ayudante, para encargarle que pusiera el traje en órbita.

CAPITULO XXX

Juliana se movía impaciente en la butaca frente al tocador, mientras Roselyn peinaba su cabello con manos ágiles.

—Solo unas cuantas horquillas más señorita, y quedará terminado —decía la muchacha, claramente nerviosa ante la impaciencia de Juliana.

—Es que estoy nerviosa Roselyn. No conozco a esta gente, tengo que dar una buena impresión...

—Pues no la va a dar si llega a la cena con el cabello revuelto y despeinado —la interrumpió Roselyn.

—Ya, está bien. Tú ganas, me quedaré quieta, pero por favor apúrate.

Unos minutos después, Roselyn le daba el último toque al peinado, y giraba a Juliana de cara al espejo para que observara su obra maestra.

Juliana se miró con detenimiento, pensando que bien había valido la pena todo el tiempo de espera, pues Roselyn había hecho un trabajo maravilloso.

Una gran masa de bucles entrecruzados adornaba su cabeza, sostenidos por pequeñas trenzas adornadas con cuentas plateadas que combinarían con las del vestido. Unas cuantas ondas sedosas caían por su nuca y sienes, dándole un toque sensual a tan altivo peinado.

—¡Oh Roselyn! Ha quedado estupendo, gracias —le dijo—. Ahora por favor ayúdame a vestirme.

Tras ponerse la delicada ropa interior de encajes color turquesa, pidió a Roselyn que le ajustara el corsé. Prendiéndose de uno de los postes de la cama, la instó a tirar de las cuerdas para afinar aún más sus cincuenta y ocho centímetros de cintura.

Cuando hubo terminado de ponerse el vestido, estudió su figura en el espejo ovalado que había en la habitación. Estaba esplendorosa.

El apretado corsé levantaba sus pechos generosamente, haciéndolos sobresalir sobre el pronunciado escote del vestido. Las mangas largas de seda se ceñían a sus brazos como la caricia de un amante, y la falda abultada no hacía más que resaltar la estrechez de su cintura.

Se sacó la cadena que siempre llevaba colgada al cuello, la que tenía grabado Juliana en el medallón, y la depositó sobre el tocador. La reemplazó por el collar de diamantes, que descansó apaciblemente sobre el valle

acolchonado de sus pechos. Colocó en los lóbulos de sus orejas los delicados pendientes, y se sintió poderosa llevando esas joyas tan caras.

Por último, cubrió sus manos con guantes de una delicada y extraña tela plateada, y se colgó el manguito que combinaba con ellos de la muñeca. Dentro llevaba un pequeño peine, unas cuantas horquillas por si había que acomodar el peinado, y un pañuelo.

Más que satisfecha con su apariencia, se dispuso a bajar hacia el salón, donde sabía que Nicolas la estaría esperando.

Parado en el salón, con una mano en el bolsillo de su pantalón, y una copa de vino en la otra, Nicolas esperaba a que Juliana bajara de la habitación. Había querido entrar una hora antes a ver que vestido usaría ella, pero habían cerrado la puerta de la alcoba con llave, y no lo habían dejado entrar.

Se había puesto furioso por un momento, pero luego pensó que sería lo mejor ver a Juliana lista, y llevarse la sorpresa que se llevaba cada vez que la veía con una prenda nueva.

Era siempre tan exquisita.

Era el bocado que él deseaba devorar en todo momento, el manjar más delicioso para su paladar. Y nunca tenía suficiente de ella, siempre deseaba más; siempre necesitaba más.

Oyó la llave girar en la cerradura de la puerta de la habitación, y supo que ella bajaría pronto las escaleras. Con gran expectación miró hacia arriba, esperando vislumbrar algún vestido rosa, o blanco.

Para su sorpresa, ninguno de esos colores apareció ante su vista.

Una visión de seda negra bajaba las escaleras. Pequeñísimas cuentas plateadas lanzaban destellos a la luz de las velas, adornando el vestido, como así también el cabello. La diminuta cintura estaba estrechamente marcada, y sus pechos se elevaban turgentes, apetecibles sobre el escote. Sobre la suavidad de esa porción de piel exquisitamente pálida, descansaban los diamantes que él le había regalado, haciendo honor a la belleza de su Juliana.

Se quedó por un momento sin respiración, mirando la divinidad que se acercaba hacia él. Su cabello dorado estaba peinado en un delicado entramado de bucles y trenzas en lo alto de su cabeza, dándole un marco perfecto a su rostro, realzando los pómulos y las cejas.

Ella terminó de bajar y le dedicó una sonrisa tierna, esperando que él dijera algo, mirándolo con esos magníficos ojos azules.

Al ver que él se quedaba callado, la sonrisa se borró de su rostro, siendo reemplazada por una palidez mortal.

—Nicolas... ¿No te gusta? —le preguntó, suavemente.

—Te dije que quería ser la envidia de todos los hombres —le susurró—, no que quería que te vistieras para que me dieran ganas de hacerte el amor sobre la maldita alfombra —terminó.

Ella rió, largando un sonoro suspiro de alivio.

—Entonces, ¿quieres que me cambie? —preguntó, divertida.

—Diablos, no. Estás tan malditamente perfecta. No quiero que te separes de mi lado esta noche, los hombres pueden ser peligrosos contigo al lado.

—Está bien, mi señor —le contestó ella—. Soy solo suya.

—Claro que eres mía, y para siempre.

El también se había esmerado bastante en su vestimenta. Ella estaba acostumbrada a verlo en trajes no demasiado elegantes, pues siempre estaba trabajando con sus propias manos, y era absolutamente irresistible con esas ropas.

Pero hoy llevaba un frac negro, con pechera blanca perfectamente almidonada, que resaltaba su musculoso cuerpo de una manera especial. El cabello negro estaba peinado hacia atrás, dándole una apariencia sensual, dejando su rostro de facciones marcadas al descubierto. Su sonrisa lobuna dejaba al desnudo unos dientes impecablemente blancos, y se había afeitado al ras la barba que solía llevar a veces en Escocia.

Podía dejar desmayada a cualquier mujer que se propusiera.

—¿Estas lista entonces, mi amor? —le dijo, sacándola de sus pensamientos mientras la tomaba de la cintura.

—¿Para ir a la cena? ¿O para hacer el amor? —bromeó ella.

—Mmm... me encantaría poder hacerte aquí y ahora el amor, liberando tu cuerpo de cada retazo de tela, rasgando la ropa interior atrevida que seguro llevas bajo ese vestido, besando cada centímetro de tu delicada piel —le susurraba al oído.

—Oh Nicolas... —jadeó ella.

—Pero no podemos querida —dijo de repente, en tono práctico—. Podemos hacerlo al volver, ahora no hay tiempo. Así que ¿vamos? —la travesura de sus palabras brillaba en su mirada.

—Eres terrible Nicolas. Vamos antes de que me arrepienta.

—Te sigo querida —le dijo, comenzando a caminar atrás de ella.

CAPITULO XXXI

Había sido una tarea difícil mantener alejando a Nicolas dentro del carruaje, pues una vez que habían subido, el se había lanzado sobre ella para besarla y tocarla apasionadamente, sin poder contenerse por más tiempo.

Había metido su mano bajo el vestido de Juliana, para tocarla de manera atrevida, haciéndola sonrojar salvajemente, llenándola de oleadas de calor que la sofocaban.

—El vestido va a arrugarse Nicolas —lo regañaba ella, mientras involuntariamente levantaba sus caderas hacia esa mano que le procuraba placer.

—Nadie lo va a notar, te necesito ahora Juliana.

Con movimientos rápidos la había sentado a horcajadas sobre él, acomodando el vestido alrededor lo mejor posible para librarlo de las arrugas, y había introducido su miembro totalmente erecto en la cálida hendidura.

Ella comenzó a cabalgarlo lentamente, temerosa de que el cochero pudiera escucharlos desde el exterior. Pero pronto su autocontrol se vio derrumbado al sentir las manos de Nicolas apretando sus nalgas, instándola a moverse con fiereza. El vaivén pronto se convirtió en una cabalgata violenta, donde las sensaciones crecían cada vez más, haciéndolos vibrar de placer. Al llegar a la cumbre, ambos explotaron en un orgasmo poderoso, que los hizo oscilar al borde del abismo, desplomándolos sobre el asiento del coche.

El calor se había vuelto sofocante dentro del pequeño carruaje, y Nicolas abrió una ventanilla, dejando que el aire frío de la noche refrescara sus emociones.

—Será tu culpa si llego con el vestido arrugado, la cara colorada, y el cabello revuelto —dijo Juliana—, y si la gente se pregunta que me ha pasado. Parece que estuve en un terremoto —terminó, con una sonrisa, mientras se acomodaba el peinado con manos temblorosas.

—Has pasado por mi terremoto querida, te dije que estabas irresistible, debiste haberme escuchado —contestó él, haciéndole un guiño.

—Recuérdame, que nunca más suba a un carruaje a solas contigo antes de ir a un evento social.

Nicolas rió, arreglando su camisa dentro del pantalón.

—Estás más preciosa que antes. Tu rostro ha adquirido un hermoso sonrojo, y tus ojos brillan de felicidad y pasión. Y el vestido no se ha arrugado mucho, lo prometo, solo lo que se podría arrugar sentada en un carruaje. Y tu cabello estaba tan perfectamente peinado que ni siquiera se ha movido —terminó, riendo su ocurrencia.

—Eso espero. Confío en ti mi amor.

—Enseguida llegaremos, así que trata de parecer relajada.

—Lo intentaré.

Una enorme mansión se elevaba imponente ante ellos. Las paredes inmaculadamente blancas resaltaban en la oscuridad de la noche, y los jardines rebosaban de flores de invierno de diferentes colores, cuidadas con esmero. Las ventanas mostraban tras sus vidrios el resplandor de las luces del interior, y una agradable música llegaba hasta ellos.

Juliana observaba todo a través de la ventanilla del carruaje, esperando a que el cochero diera la vuelta por el camino de entrada, para poder aparcar frente a la monumental puerta doble.

Su corazón latía descompasado dentro de su pecho. Una ligera sensación de miedo la inundaba, nublando sus sentidos, haciéndola sentir temblores.

Todo le parecía extrañamente familiar, parecía que a cada instante la cegaría la luz blanca y comenzaría a recordar alguna etapa de su vida; pero la luz blanca no llegaba, y ella comenzaba a sentirse aterrorizada.

Tratando de mantener la calma, bajó del carruaje, ayudada por Nicolas, sintiendo que la opresión en el pecho se intensificaba. A su lado, un criado de librea azul cerraba la puerta del carruaje, observándola con una interrogante mirada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Nicolas, al ver la inminente palidez que inundaba su rostro.

—Yo... si, me encuentro bien —trató de tranquilizarlo, sintiendo que el vértigo crecía cada vez más.

—Pero estás mortalmente pálida Juliana.

—Supongo que estoy algo nerviosa, ya se me pasará, tranquilo.

Pero sabía que no se le pasaría, era una sensación extremadamente fuerte, no se borraría de un momento para el otro. Trató de respirar pausadamente, tomando pequeñas bocanadas de aire para que calmaran sus agitados pulmones.

Subió las escaleras del pórtico tomada del brazo de Nicolas, usándolo como ancla en aquella tempestad interior por la que estaba atravesando. Las

columnas de mármol le eran conocidas, no sabía de donde, pero un recuerdo golpeaba en su mente desesperado por salir, sin encontrar liberación.

Nicolas tocó la puerta, haciendo sonar la aldaba, y unos segundos más tarde, ésta fue abierta de par en par.

Una figura alta, vestida de uniforme negro les había abierto. El mayordomo los escudriñaba con sus pequeños ojillos, y llevaba el cabello blanco perfectamente peinado.

Su mirada pasó de Nicolas a Juliana, donde se posó por unos instantes, y luego se quedó como asombrado, con los ojos muy abiertos.

—Señorita Juliana... —pronunció, en poco más que un murmullo.

Ella se sentía cada vez peor, intentaba calmar sus emociones para poder pensar con tranquilidad, pero no podía, había algo que se agitaba violentamente en su interior.

—Charles, has pasar a nuestros invitados —dijo un hombre rechoncho al mayordomo, mientras caminaba hacia la puerta, con la vista fija en su abultado abdomen, sacudiendo unas migajas de su chaqueta.

—Bienvenidos —dijo alzando la vista, pero de repente sus facciones cambiaron considerablemente, y el asombro inundó su rostro—. ¡Juliana! —exclamó.

Los recuerdos explotaron violentamente en su interior, recordando cada detalle de su niñez, cada detalle de toda su vida.

Sintió que las piernas le temblaban, y deseó agarrarse fuertemente de Nicolas, pero él se hallaba ahora un poco más lejos de ella, observando la escena.

De pronto lo recordó todo.

—Padre... —balbució, sintiendo que la vista comenzaba a nublársele.

El mundo a su alrededor comenzó a girar, llenándose de recuerdos que la golpeaban sin cesar, como si no hubiera lugar en su mente para todo lo que la llenaba.

Recordó quien era; Juliana Bennington, heredera del duque de Hazzard. Recordó a su padre, el hombre regordete que la observaba con lágrimas en los ojos. Recordó a su madre muerta, y a su hermano.

Recordó todo, mientras iba desvaneciéndose. Unos fuertes brazos la rodearon e impidieron que ella cayera. Nicolas la acunaba contra su pecho, con la preocupación oscureciéndole el rostro.

Y allí, desmayada en los brazos de Nicolas, con la última brizna de conciencia que le quedaba, recordó también que estaba comprometida con

otro hombre.

CAPITULO XXXII

Despertó en una habitación fastuosa, decorada en lila y beige. Los muebles eran ostentosos, todo un derroche de lujo equilibrado, sin llegar a la vulgaridad.

La cama era enorme, y ella se encontraba desplomada en el medio, hundida en el mullido colchón. Un olor acre llenaba sus fosas nasales, y al abrir los ojos vio que sostenían un paño empapado en alcohol frente a su nariz, para ayudarla a recuperar la conciencia.

Recorrió la vista por la habitación. Su padre se encontraba junto a la puerta, hablando en voz baja con un criado; Nicolas caminaba preocupado de un extremo al otro de la habitación, como solía hacerlo cuando se ponía nervioso. La mujer que sostenía el paño frente a su cara era María, la nodriza que la había criado y cuidado desde el día de su nacimiento; era como una madre para ella.

Su madre había muerto al darla a luz, por lo que ella nunca la había conocido, solo por los retratos que se encontraban en la casa. Había descubierto que eran muy parecidas, con el cabello rubio y los ojos azules, y por eso ella era un recordatorio constante para su padre, que aun sufría la muerte de su difunta mujer.

Su hermano mayor, en cambio, tenía el mismo cabello castaño del duque, y los mismos ojos verdes cariñosos. Era diez años mayor que ella, y heredaría el ducado a la muerte de su padre. Se había casado siete años atrás, con una amiga de su infancia, de la que había estado enamorado desde siempre. Y ahora era muy feliz.

Podía recordarlo todo, era fantástico.

María descubrió sus ojos apenas abiertos, y soltó una exclamación de alegría.

—¡Oh, mi niña! —Dijo entre sollozos— Por fin has vuelto a casa mi cielo, me tenías tan preocupada... cuando nos enteramos del naufragio... cuando pensamos que tú... Ohhh... —las frases le salían inconclusas, y rompió a llorar de forma desconsolada.

—Estoy bien María, tranquila —le susurró—. Ya estoy en casa.

Nicolas escuchó su voz y corrió al lado de la cama. En su mirada se veía miedo, mezclado con alivio y preocupación.

—¿Cómo estás mi amor? —le dijo en un susurro apenas audible, solo para que ella pudiera escucharlo.

—Puedo recordarlo todo Nicolas, cada detalle de mi vida. Ya se quien soy y de donde vengo —le dijo, con una sonrisa.

Su padre se acercaba ahora a la cama, con pasos cansados, y los ojos aun húmedos por las lágrimas.

—Mi pequeña, gracias a Dios que estás a salvo. Estábamos todos tan preocupados por ti. Nos dijeron que todos murieron en el naufragio, y que no había ninguna esperanza de encontrarte. Nos rompieron el corazón —dijo, afectado—. Pero estás aquí mi muñeca, gracias a este hombre...

—Perdón por arruinarles la cena —dijo ella tímidamente.

—Bahh... la cena es lo de menos, despedí a todos los demás invitados. Lo importante es que estas aquí, a salvo. Vamos a dejarte descansar. Venga a mi despacho señor Duncan —dijo, dirigiéndose a Nicolas—, tenemos que hablar.

—Está bien. ¿Me permite cruzar unas palabras con Juliana antes, en privado? —preguntó.

—Por supuesto, que más da.

Todos abandonaron la habitación, y Nicolas tomó asiento al lado de Juliana en la cama. Sus ojos expresaban amor, y la tomó de las manos en gesto cariñoso.

—Ahora voy a hablar con tu padre. No voy a decirle nada acerca de nosotros Juliana. Mañana partiré hacia Escocia, no puedo demorar el viaje. Pero volveré a buscarte en dos semanas, en ese tiempo podrás hablar con él y explicarle todo —se aclaró la garganta y continuó—. Te lo prometo.

—Pero Nicolas...

—Shhh... shh... es lo mejor preciosa, para los dos.

Ella quiso decirle que estaba comprometida, quiso aclararlo todo, pero no lo hizo. Ya podría aclararlo con su padre y cancelar ese compromiso, y así podría casarse con Nicolas.

—Está bien Nicolas. No olvides que te amo.

—Yo también te amo mi amor, por siempre.

Se inclinó hacia ella, y le dio un profundo beso, sabiendo que sería el último en bastante tiempo. Volcó todo su amor en ese gesto, y con ese beso le prometió hasta la luna.

Se levantó y caminó en silencio hasta la puerta, desapareciendo tras ella con el suave clic de la cerradura.

El duque de Bennington lo esperaba en su despacho, parado frente a la chimenea, con una copa de brandy en la mano y la mirada clavada en las llamas.

Se volvió ante el suave golpe en la puerta, dando la orden de que podían pasar.

—Con permiso su Excelencia —dijo Nicolas, asomando por la puerta.

—Pasa muchacho. Ven siéntate y toma una copa conmigo —dijo señalando la licorera para que se sirviera él mismo, mientras iba a sentarse en un acolchonado sillón.

Nicolas se sirvió un poco de brandy, que bien lo necesitaba, y se dirigió al otro sillón.

—Cuéntame que ha pasado aquí, porque no entiendo nada Nicolas —le dijo, tratándolo con tono amistoso y poco formal—. ¿Acaso no sabías que Juliana era mi hija? ¿O la estabas escondiendo de mí?

—Por supuesto que no —dijo, ofendido—. Jamás haría una cosa parecida.

—Entonces empieza por el principio, y aclaremos esto de una buena vez.

—Juliana no podía recordar nada de su pasado, no sabía quien era. La encontré un día tirada en la playa, inconsciente...

Relató la historia tal y como había pasado, salteando la parte en la que se habían convertido en amantes y estaban enamorados. Se cuidó de no mencionar eso, pues al duque podría molestarle. Ya se encargaría luego de volver y cortejar a Juliana como era debido, para poder hacerla su esposa.

—Increíble —murmuró el duque, apurando la bebida que le quedaba de un solo trago.

—Si me permite hacerle una pregunta, ¿a que iba Juliana a Escocia?

—Iba a visitar a su hermano. Él se casó hace algunos años, y ahora su mujer está embarazada, le faltan unos meses para dar a luz. Juliana iba para estar en el momento del parto, pues es muy amiga de su cuñada, y no quería quedar fuera del acontecimiento. Al ver que no llegaba, Christopher me ha escrito, preguntando que pasaba. Hicimos las averiguaciones pertinentes y nos enteramos del naufragio. Fue un golpe muy duro para nosotros, y la pobre Elena, mi nuera, casi pierde su embarazo por la conmoción de la noticia. Fue algo muy doloroso para ella, pero al final pudo salir ilesa.

—Ya entiendo —dijo Nicolas—. ¿Viajaba con alguien Juliana?

—Con una dama de compañía, ya sabes la reputación y todas esas cosas —dijo, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Estoy muy feliz de que

esté viva, ella es mi luz.

Nicolas podía entenderlo, Juliana también era la luz de su vida.

CAPITULO XXXIII

Juliana durmió toda la noche profundamente, en paz con su alma por haber hallado al fin su identidad.

Despertó oyendo el canto de un pájaro en su ventana, y vio que María entraba a la habitación con una enorme bandeja llena de manjares.

—Buenos días mi niña, ¿has descansado bien?

—Si María, como no lo había hecho en mucho tiempo.

Lo único que había echado en falta al despertar, era el cuerpo de Nicolas a su lado, rodeándola con sus brazos. Pero se guardó de comentarlo, era algo demasiado íntimo hasta para contárselo a su nodriza.

—Te traje todas las cosas que más te gustan. Molly está feliz con tu regreso, cocinó casi toda la noche para que tuvieras todas estas exquisiteces listas apenas te levantas.

Molly era la cocinera de la mansión desde que Juliana tenía memoria, y desde niña siempre la había malcriado con tortas y dulces, consintiendo todos sus caprichos. Era, al igual que María, como la madre que nunca pudo tener. Y ella la adoraba.

—Apenas termine todo esto tengo que ir a verla. No sabes por lo que he pasado Mary —le dijo, utilizando el apelativo cariñoso que había usado con ella desde pequeña—. No podía recordar nada ni a nadie. Era horrible, tenía una gran sensación de vacío.

—Si mi niña me lo imagino, pero ya estás aquí —le dijo, con una sonrisa, tratando de apartar la tristeza de su pequeña—. Ahora todo volverá a la normalidad.

—¿Sabes si ha partido Nicolas hacia Escocia? —preguntó, mientras mordisqueaba una deliciosa galleta cubierta con chocolate.

—Si mi cielo, ha partido esta mañana muy temprano. Peo antes pasó por aquí para dejar tus cosas. ¿De donde has sacado tantos vestidos y cosas nuevas Juliana? —le preguntó, mirándola curiosamente.

—Él me las regaló. Fui a madame Leblanc y encargué todo lo que me apetecía. Ahora entiendo porque la francesa me miraba de esa manera y me trataba de forma tan familiar —dijo, riendo—. Antes ya me había confeccionado vestidos.

—Si, lo había hecho, pero ninguno tan bonito como éstos últimos. Y la ropa interior... es tan atrevida...

Juliana se ruborizó intensamente, y tomó un sorbo de chocolate, tratando inútilmente de ocultar su sonrojo dentro de la taza.

—Dime Juliana, ¿ha pasado algo entre ese señor Duncan y tu? —preguntó al fin María.

Ella soltó un largo suspiro, y dejando la taza en la bandeja y aflojando el cuerpo, respondió:

—Estamos enamorados Mary. El volverá por mí, me lo ha dicho. Me ama.

—¿Y que pasa con tu compromiso con el conde de Hamilton? —preguntó María, confusa.

—Ya hablaré con papá, y solucionaré todo este dilema.

—Me alegro por ti mi niña. Espero que todo salga como lo deseas —le dijo, algo escéptica.

—Así será Mary, así será.

Eligió llevar uno de sus antiguos vestidos esa mañana, uno de color celeste, con cintas y lazos entrecruzados, más inocente de los que había estado luciendo últimamente.

Dejó que su cabellera colgara libre sobre su espalda, atando solo unas pequeñas trenzas sobre la nuca con una cinta también celeste.

Salió de la habitación, y se dedicó a recorrer su casa; aquella casa en la que había sido tan feliz, y de la que en el último tiempo no había podido recordar nada.

Caminó por el pasillo, deteniéndose ante el gran retrato de su madre. Se hallaba sentada regia sobre la hierba del jardín, el cabello dorado algo alborotado por el viento, y los ojos luminosos de felicidad.

Pasó la mano sobre la pintura, como una suave caricia, y continuó su camino.

Llegó hasta un jardín interior, donde se topó con una fuente igual a la que había en el castillo de Duncan, la de las diosas desnudas vertiendo agua de sus cántaros; solo que ésta la triplicaba en tamaño.

Este jardín era el que había recordado ese día, y la noche que había recordado era la de su cumpleaños.

Su padre había ofrecido un opulento festejo de dos días de duración en honor a sus diecinueve años, y esa noche ella había salido al jardín a descansar. Los pies le dolían considerablemente por haber bailado sin parar

durante toda la noche, y el calor del interior la había sofocado, así que había salido al jardín en busca de un poco de paz.

Cuando por fin había logrado sacarse los zapatos sin que nadie la viera, y había comenzado a masajearse los pies, su padre había asomado la cabeza, diciéndole que su presencia era nuevamente requerida en el interior.

Se había calzado nuevamente, y entrado con su mejor sonrisa, a seguir festejando. Había sido una noche mágica, y la diversión había durado hasta el amanecer. Cuando todos se hubieron retirado a dormir, ella había subido a su habitación, agotada, y se había acostado con el vestido puesto, a mirar el amanecer por la ventana.

Eso era lo que le había venido a la mente cuando se encontraba tumbada en la cama de la mansión de Duncan, observando el crepúsculo.

Ahora todas las piezas encajaban en el rompecabezas, y ya no habían recuerdos sueltos que atormentaran su mente.

Caminó hacia la cocina, donde se encontró con una pila de enseres desparramados por todos lados, y a Molly corriendo de un lugar a otro.

Cuando la mujer la vio, soltó los cubiertos de plata que tenía en las manos, dejándolos caer con un estruendoso ruido a metal. Corrió hacia ella, y la estrechó fuertemente en sus brazos, como si no pudiera creer que ella estuviera allí.

—¡Mi niña, mi pequeña hermosa! ¡Como te he echado de menos mi dulzura! Nadie irrumpía en mi cocina pidiéndome dulces, nadie había para hacerme reír, mis días se volvieron tan tristes sin tu presencia, mi criatura —decía, besándole la cara, acariciándole los rizos con infinito amor maternal.

—Yo también te he extrañado tanto —mintió Juliana, pues ni siquiera había podido acordarse de ella—. Pero estoy nuevamente aquí para complicarte la vida —le dijo, riendo.

—Si mi amor, ¿Cómo estas? ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que nunca. Y creo que en estos momentos me hace muchísima falta una de esas galletas de mazapán que solo tú sabes hacer.

—Por supuesto, por supuesto mi pequeña. Déjame que recoja todo este lío que he hecho aquí —dijo, agachándose a recoger los cubiertos que había desparramado por el suelo—, y me pondré en la tarea de preparar las mejores galletas de mazapán que hayas probado en tu vida.

—Gracias Molly, que sería de mi vida sin ti —le contestó, dramáticamente.

Se dirigió luego hacia el exterior, donde se extendía una llanura verde perfectamente cuidada. Allí era donde se había visto cabalgando el día de la tormenta en tierras de Duncan. El día que había recordado era el posterior al de su fiesta de cumpleaños; habían organizado un día de campo, aprovechando para cabalgar un poco y practicar distintos entretenimientos al aire libre.

Una de las mujeres que cabalgaba a su lado era su amiga Charlotte, su confidente. Solo ella sabía que Juliana no deseaba el matrimonio con lord Hamilton, y la apoyaba; y cuando se enterara de lo de Nicolas, la apoyaría aún más.

Una brisa fría la hizo estremecer, echaba muchísimo de menos a Nicolas, pero tendría que ser fuerte, el volvería por ella.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la casa nuevamente, reticente a volver a entrar. Pero no podía darle mas vueltas al asunto, tarde o temprano tendría que ir a hablar con su padre; y era mejor ahora que nunca.

CAPITULO XXXIV

Con mano temblorosa golpeó la puerta del despacho, abriéndola ante el grito de “pase” de su padre. Él levantó la vista de los documentos que estaba hojeando, y sus ojos se iluminaron de felicidad.

En el tiempo que Juliana había estado desaparecida, había envejecido como diez años. Su piel se había vuelto pálida, y bolsas moradas colgaban bajo sus ojos. Se encontraba encorvado, y su cabello entrecano ahora estaba casi totalmente blanco; ya no poseía la lozanía que hubiera tenido una vez.

La preocupación y la tristeza por la pérdida de su hija le habían dejado marcas imborrables a su cuerpo, pero eso no importaba, porque su corazón había vuelto a la vida en el mismo instante en que divisó a Juliana en el umbral de la puerta.

—Pasa mi niña, tenía tantas ganas de hablar contigo.

—Yo también —le dijo Juliana, porque a pesar de los nervios que tenía por el tema a tratar, de verdad deseaba poder charlar con ese hombre que siempre le había brindado felicidad en sus momentos de tristeza. Sabía que él podría entenderla.

—Ven, siéntate —le dijo él, señalando el sillón frente a la chimenea—. ¿Quieres que pida te?

—Ya lo hice papá, en un minuto nos traerán la bandeja.

—Mi pequeña, siempre tan previsora, planeando todo antes que este pobre viejo —le dijo con una sonrisa; sus ojos reflejaban amor.

Se vieron interrumpidos por la criada de uniforme azul que entraba con la bandeja. La depositó sobre la mesita, y silenciosa como un ratón, abandonó la estancia.

—Acabo de mandar una carta para avisarle a tu hermano que estás viva, será un gran alivio para el y Elena saberlo. La pobre estuvo muy mal con la noticia, casi perdió su embarazo.

—Oh que terrible —dijo Juliana, llevándose una mano a la boca—, yo sin quererlo, he causado tanta desdicha.

—No es tu culpa mi niña, nadie podía saber que el maldito barco se iba a hundir. Gracias a Dios que estás bien. No podemos decir lo mismo de la pobre Christine, supongo que descansa en paz —dijo, refiriéndose a la dama de compañía que había llevado Juliana en su viaje.

—Créeme que siento profundamente su pérdida, padre.

—Si no fuera por el señor Duncan, hubieras muerto en la orilla del mar. Le debo tu vida, estaré eternamente agradecido con el.

El sector de Escocia hacia donde se dirigía Juliana en su viaje quedaba mucho más lejos de Inglaterra que el castillo de Duncan, por eso había decidido hacer el trayecto en barco; un viaje en carruaje se le hubiera hecho interminable. Sin embargo el barco había naufragado muchos kilómetros antes de su destino, cerca de las costas cercanas a Duncan, y eso había sido una tremenda suerte.

—Justamente he venido a hablarte de Nicolas padre —dijo Juliana, estrujando nerviosa la tela de su falda.

—Si, si Juliana, ya me encargaré de pagarle a ese hombre como se lo merece. Por el momento he adquirido una gran manada de sus magníficos caballos, lo he dejado con un buen fardo de dinero en los bolsillos.

—No papá, no es eso de lo que quiero hablarte —lo interrumpió ella.

—¿De que se trata, entonces? —le preguntó, levantando una ceja inquisitivamente.

—Nicolas y yo estamos enamorados padre. Me dijo que en dos semanas volvería por mí —expresó, mientras sentía que una enorme sonrisa le adornaba la cara.

Su padre la miró con los ojos entrecerrados unos segundos, pensando.

—Que raro, el no me ha dicho nada.

—Porque quedamos en que lo haría yo.

—Juliana, tú estas comprometida con el conde de Hamilton, no puedes romper ese compromiso. Eres la hija de un duque, debes casarte con alguien de sangre similar. Además sabes que sus tierras y las mías son colindantes, este matrimonio está totalmente arreglado en todos los sentidos.

—Ya lo se padre, y créeme que nunca quise que esto pasara. Tu sabes que nunca estuve enamorada de Benjamín Williams, por favor tienes que romper este compromiso —le rogó.

—¿El señor Duncan te ha pedido matrimonio? —le preguntó el.

—Aun no lo ha hecho, pero se que lo hará cuando regrese.

—No lo se Juliana, es un asunto complicado hay muchas cosas en juego. ¿En cuanto tiempo dijiste que volvería Duncan?

—Dos semanas.

—Pues tienes entonces dos semanas, como máximo tres para esperar. Pero no diremos nada todavía a Benjamín. Si Duncan vuelve por ti como ha

prometido, cancelaré el compromiso, y que Dios me ampare.

—¡Gracias papá! —Le dijo, lanzándole los brazos al cuello y dándole un sonoro beso en la mejilla—. Ya verás, Nicolas volverá por mí en dos semanas, como ha dicho; él nunca me mentiría.

Terminaron el te charlando alegremente, hablando sobre la experiencia de Juliana vivida en Escocia. Ella le contaba como le había gustado esa tierra, tan llena de secretos y magia. Le hablaba de las personas que allí había conocido, y que le habían abierto los brazos a su familia sin dudarle un instante.

Le contó de los recuerdos fugaces que habían atravesado su mente, confundiéndola, y cómo había encajado todo aquí, una vez que ella pudo recordar.

Ambos hablaron de la noche de su cumpleaños, recordando la maravillosa velada que habían pasado; hasta que ella notó el cansancio en el semblante de su padre, y decidió que era mejor seguir en otro momento.

Recogiendo ella misma las cosas del te, bajó con la bandeja en sus manos, dirigiéndose a la cocina. El aroma a galletas de mazapán invadió sus fosas nasales, atrayéndola como una mano invisible hacia la estancia llena de vapores y almizcles que inundaban los sentidos.

Depositó la bandeja en la gran mesa de madera que dominaba la estancia, y caminó hasta colocarse detrás de Molly, que en ese momento sacaba del horno una bandeja atiborrada de galletas con diversas formas.

—El aroma me ha hipnotizado y traído hasta aquí —bromeó—. Soy esclava de tus galletas Molly.

—Ya ves que me han salido mejor que nunca, pero deberás esperar a que se enfríen un poco. Justo ahora que has vuelto no me gustaría verte con dolor de barriga por mi culpa —le dijo la mujer.

—Mientras se enfrían, ¿podrías prepararme esa leche caliente con canela que solo tu sabes hacer?

—¡Ay niña, niña! Vas a terminar rolliza como María si sigues comiendo así —le dijo, mirando el puchero que comenzaba a hacer Juliana—. Pero no importa, cualquier cosa con tal de verte sonreír.

—¡Gracias! Comeré aquí en la cocina, entonces podemos charlar. Además, aquí me siento mejor que en cualquier otro sitio de la casa.

Y sentándose en la enorme mesa, esbozó una sincera sonrisa, pensando que su destino estaba arreglado a su antojo.

Y por primera vez desde que volvió, se sintió en su hogar.

CAPITULO XXXV

Nicolas había decidido hacer el camino de regreso a Escocia a lomos de su caballo. Ya no tenía porqué viajar en carruaje, Juliana no estaba con él.

Durante el trayecto iba reflexionando, pensando en todo lo acontecido durante la velada de la noche anterior. Su problema se había solucionado, ahora podría casarse con Juliana sin ningún impedimento, pues ya sabían quien era. Tenía un apellido para poder hacerla su esposa, y eso lo hacía tremendamente feliz.

Iba encabezando la marcha, a un trote no demasiado rápido, para no dejar muy atrás a los carruajes con el equipaje y las personas que lo acompañaban.

Perdido en sus cavilaciones, escuchó que unas ramas crujían a su derecha, pero no le dio importancia, seguramente se trataría de algún animal.

Siguió su camino, pensando en todo lo que le esperaba por delante, cuando de repente siete jinetes armados hasta los dientes rodearon su comitiva completamente. Instintivamente se llevó la mano a la cintura, donde tenía escondida una daga, dispuesto a sacarla para luchar.

—Tranquilo señor —le dijo el líder de los malhechores, mostrando unos dientes renegridos de mascar tabaco, y dando un escupitajo luego a su lado—. Deje la daga y nada le va a pasar a usted ni a sus hombres. Solo queremos todo lo que llevan en estas bonitas carretas.

Nicolas evaluó la situación. En total, contándose a él, eran cinco para pelear contra esos siete; pero claro, también estaban Roselyn y la otra muchacha que habían llevado para ayudarlos dentro de un carruaje, y debía cuidar que nada les pasara. Pero pensó que valía la pena intentarlo, así que se aventuró.

—Antes muerto —les contestó, su semblante oscurecido por la ira.

Los tres hombres que conducían cada uno de sus carruajes ya habían bajado de sus pescantes, y se encontraban ahora parados al lado de Nicolas, con brillantes cuchillos en las manos. Su secretario bajaba en ese momento del carruaje que ocupaba con las mujeres, dispuesto a pelear con uñas y dientes.

Las muchachas en el interior sollozaban de miedo, abrazadas entre si para darse valor. Otro de los maleantes adelantó un poco su caballo, ante la muestra de valor de Nicolas. Era medio regordete, y tenía el cabello mojado

de sudor, a pesar del frío que hacía. Su cuerpo exudaba un fuerte olor a alcohol, y su mano grasienta sostenía una pistola.

—Creo que el señorito no valora su vida Carl, deberíamos matarlo ahora —dijo, apuntándolo con su pistola.

—No, Fred —le contestó Carl, el que había hablado primero—. Solo creo que quiere jugar un poco.

Nicolas había desmontado, y los bandidos estaban haciendo lo mismo. Ahora se encontraba cara a cara con el líder del grupo, con los ojos chispeantes de furia.

—Entonces juguemos —dijo Nicolas, abalanzándose sobre el ladrón.

Ambos rodaron por el suelo, en un entrevero de brazos y piernas que lanzaban piñas y patadas al aire. Blandían sus cuchillos ambos con gran destreza, y la pelea estaba muy reñida. Nicolas era corpulento, mucho más que el bandido; pero el otro estaba entrenado en el arte de pelear, seguramente había pasado por cientos de vulgares peleas.

Los demás hombres, tanto los de Duncan como los maleantes, estaban enzarzados también en sus propias peleas. El ayudante de Nicolas tenía la camisa rasgada en un amplio tajo, y su brazo sangraba profusamente.

Un hombre calvo y robusto, de aspecto muy desaliñado, se había abalanzado sobre uno de los hombres que manejaba un carruaje, capturándole las manos por detrás de la espalda, dejándolo sin posibilidades de moverse. Otro de los ladrones le pegaba ahora profusamente, desfigurándole la cara.

La sangre corría a borbotones, tiñendo la tierra de color escarlata, inundando el aire con su olor metálico.

Los chillidos de las mujeres se oían lejanos en medio de los gruñidos de los hombres; y el polvo del camino, que estaba siendo removido, se elevaba ahora envolviéndolos a todos en una gran nube que los cegaba, haciéndoles arder la vista.

Carl y Nicolas seguían en su lucha cuerpo a cuerpo, evitando ágilmente las afiladas hojas del cuchillo del otro. En un momento Carl le propinó un puñetazo excesivamente fuerte a Nicolas en el puente de la nariz, haciéndolo tambalear, mareado por la conmoción. En el desconcierto de él, el bandido aprovechó para clavar la daga en el pecho de Duncan, abriéndole una horrenda herida, haciéndolo desplomarse de espaldas, sin ninguna posibilidad de defenderse; inconsciente.

Los demás hombres de Nicolas rodaban también por el suelo, con heridas menos graves, pero vencidos por el enemigo.

—¡Estos no pueden más jefe! —Gritó uno— ¿Le ayudamos con el suyo?

—Ya me he encargado del señorito. Déjenlos, ya no valen la pena. Tomen los carruajes y nos iremos de prisa.

Todos comenzaron a revisar los carruajes, renqueantes y con algunas heridas leves. Un sujeto bajo, que tenía una herida sobre la ceja que sangraba considerablemente, encontró a las mujeres escondidas dentro de su carruaje, muertas de miedo.

—Vaya, vaya —dijo— ¿pero que tenemos aquí? —una mirada lasciva se había dibujado en su rostro—. ¡Jefe! Aquí tenemos a dos caramelitos. Creo que podemos disfrutar de ellas antes de irnos.

Las muchachas sollozaban ruidosamente, abrazándose con fuerza, pensando que haciendo eso se salvarían.

—Deja a las fulanas Tito —dijo el jefe—. Vamos a llevarnos las cosas de valor, y esta noche podrás disfrutar de unas buenas mozas en algún burdel.

Tito revisó los baúles que había en el carruaje donde viajaban las mujeres, y encontró solo pertenencias de ellas, y alguna que otra ropa de Nicolas.

—Aquí hay todo ropa de señora, no nos sirve para nada —informó.

—Deja ese carruaje, que se lo queden las pobres que tendrán que llegar solas a su casa —dijo Carl, largando una sonora carcajada—. Nosotros nos llevamos estos otros dos. ¡Apúrense!

En un instante, dos hombres subieron a los pescantes de los carruajes, y sus caballos fueron atados atrás. Con exclamaciones victoriosas emprendieron la marcha, dejando un regadío de sangre y hombres heridos.

Carl, montado en su caballo, se giró antes de irse, y exclamó, dirigiéndose a las muchachas:

—¡Suerte, señoras! La van a necesitar para salir de aquí solas —y con una estruendosa risa, se alejó al galope.

CAPITULO XXXVI

Roselyn, muerta de miedo, bajó del carruaje, horrorizada ante la imagen que se encontró. Los hombres yacían en el suelo, heridos y ensangrentados, maldiciendo a viva voz.

—Venga mujer —le dijo uno—. Ayúdenos un poco.

—¡Clarissa! —gritó Roselyn, llamando a la otra muchacha.

Clarissa asomó su cara pálida por la puerta del carruaje, aun sollozando.

—Ven aquí que necesito ayuda —continuó Roselyn—. Corta camisas en tiras, para improvisar algunos vendajes. Trae las botas de agua para lavar las heridas, sino se infectarán. Date prisa.

Clarissa, sin decir palabra, desapareció dentro del carruaje, para comenzar a revolver los baúles y rasgar camisas y enaguas formando largas tiras.

—¿Dónde está Nicolas? —preguntó Jhos, su secretario.

Todos escudriñaron el terreno con la vista, buscando a su señor. Roselyn, que podía moverse con facilidad, caminó unos pasos, para encontrarse con un Nicolas inconsciente, con una gran herida en el pecho.

—¡Oh Dios mío, Dios mío! —exclamó, llevándose una mano a la boca para ahogar su sollozo.

Jhos caminó hasta allí, sujetándose el brazo herido, con una mueca de dolor en el rostro. Al ver a Nicolas desplomado en el suelo, con la palidez de la muerte, se acuclilló enseguida a su lado.

Acercó su oído a la nariz de Nicolas, para ver si respiraba, y posó sus dedos en el cuello de él, para ver si tenía pulso.

—Su pulso es muy débil —dijo—. Debes vendarlo a el antes que a nosotros. Esa herida es muy grave y ya ha perdido mucha sangre, si no lo curamos pronto morirá.

Roselyn corrió al carruaje, para traer agua y vendas, y con manos ágiles lavó la herida y la vendó como pudo.

Luego se encargaron de los demás hombres, que a pesar de encontrarse algunos gravemente heridos, aun podían mantenerse en pie.

Jhos, junto con otros dos hombres, llevaron a Nicolas al interior del carruaje, acomodándolo suavemente para que la herida no se agravara. La sangre manchaba la tela de la venda de un vivo color rojo; y Roselyn debió cambiarla nuevamente.

Ataron su caballo detrás del carruaje, y Roselyn se acomodó en el interior, velando por la vida de su patrón.

—Yo puedo conducir el carruaje —dijo Clarissa, ante la mirada asombrada de los hombres—. Mi padre me ha enseñado por si alguna vez me encontraba en una emergencia, y creo que esta es una. Ustedes están muy débiles, tumbense en sus caballos y déjenlos que ellos los lleven a paso lento, seguirán el carruaje. No se muevan mucho, pues sus heridas podrían volver a abrirse. Todo saldrá bien.

Los hombres asintieron, estupefactos ante la imperiosa voz de Clarissa, que fue como si de repente hubiera sacado valor de algún lugar escondido de su cuerpo.

La muchacha se acomodó en el pescante, y encabezó la comitiva, avanzando a paso lento.

Al anoecer llegaron al castillo de Duncan, y una gran multitud se apiñó en el patio, lanzando exclamaciones al ver el aspecto de los hombres, y abalanzándose para ayudar.

Emma salió corriendo del interior de la casa, hecha un manojo de nervios, pues le habían informado la noticia.

—¿Dónde está Nicolas? ¿Dónde está mi niño?

Emma lo había cuidado desde pequeño, y aunque Nicolas se había convertido en un hombre adulto y fornido, ella lo seguía considerando, en secreto, como su dulce niño.

—Está aquí Emma —dijo Roselyn, bajando del carruaje—. Necesita de tus cuidados, y que le cambien la venda por una limpia. No se si podrá resistir.

—¡Oh, mi Nicolas! ¡Que le han hecho esos malditos, deberían morir envenenados! Tráiganlo a sus aposentos, yo me encargaré de él.

Los hombres llevaron a Nicolas hasta su habitación, tratándolo con sumo cuidado, y lo depositaron en la gran cama.

Su cuerpo estaba laxo, ningún mínimo movimiento se apreciaba en él. La suciedad le cubría la cara, formándole una máscara de mugre. La sangre seca se pegaba a su piel, dándole un aspecto más mortuorio del que debería tener.

Con manos dulces, Emma limpió su rostro con un paño mojado, tirándole el cabello hacia atrás, para despejar su cara completamente.

Con sabia determinación, luego limpió la herida, y le colocó una compresa de hierbas que la ayudaría a cicatrizar.

Le rompía el corazón ver así a su muchacho, pero él debería ser fuerte; él sería fuerte. Tenía toda la vida por delante, y Juliana estaría en ella.

No la había visto bajar del carruaje, y en ese momento, con todo el alboroto no se había percatado de eso. Ahora la preocupación le corroía las entrañas, debía enterarse del paradero de su niña.

Cuando terminó con Nicolas, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina, donde Roselyn tomaba un humeante caldo.

—Roselyn —le dijo—, no he visto a Juliana.

—No, la señorita Juliana pudo recordar Emma —le contestó, luego tomó otro sorbo—. Resultó ser que ella era la hija de ese duque al que el patrón le fue a vender los caballos. Se ha quedado en su casa, fueron muchas cosas juntas para ella.

—¡Pero que bueno! —Exclamó Emma— Mi niña al fin pudo recordar, y mira nada más, hija de un duque. ¿Pero volverá, no es cierto?

Roselyn la miró con la duda pintada en la cara, y alzando los hombros ligeramente, expresó:

—Ah, pues eso yo no puedo saberlo.

CAPITULO XXXVII

Juliana se dirigía impaciente a la casa de Charlotte. Su amiga había llegado de viaje el día anterior, y no había tardado nada en mandar un mensaje a Juliana para que la visitara inmediatamente.

El carruaje recorría las callejuelas de Londres a un paso tan lento, que a Juliana le parecía paso de tortuga. Mirando por la ventanilla, se alisó distraídamente una arruga de su vestido mañanero.

El frío había comenzado a amainar con la llegada de la primavera, y en los árboles y plantas se veían pequeños brotes, dándole la bienvenida a una estación llena de colores. La gente paseaba por la calle con sus parasoles, el sol brillaba en el cielo, y los niños jugaban alegres en los parques junto a sus nodrizas.

La casa de Charlotte se alzaba al final de la calle; un edificio de piedra gris de dos plantas, que ocupaba una gran extensión de terreno. El carruaje se internó en el caminito de entrada, y el corazón de Juliana latió violento, ante la mezcla de emociones que sentía.

Hacía tres meses que no veía a su amiga, y en ese tiempo habían pasado tantas cosas, que no creía que le alcanzara el tiempo para contarle todo.

Una semana completa había pasado desde la marcha de Nicolas a Escocia, y se le hacía muy difícil, casi imposible estar sin él. Contaba las horas que faltaban para su regreso, y para que pudieran al fin estar juntos por siempre.

En ese tiempo se había vuelto despistada, siempre soñando despierta; cual princesa sueña con que su príncipe azul venga a rescatarla de la torre que custodia el dragón. Si Nicolas no volvía pronto, iba a volverse loca.

El coche giró a la derecha, y unos segundos después se detuvo frente a las puertas de la mansión. Un criado se acercó a abrir las portezuelas del coche, y ayudó a bajar a Juliana.

Una mujer de abundante cabello castaño y hermosos ojos verdes atravesó corriendo las puertas, con los brazos abiertos. Envuelta en un exquisito vestido amarillo, estaba tan radiante como el sol de esa mañana, y el color contrastaba perfectamente con el color chocolate de su cabello.

Ambas muchachas se abrazaron, y Charlotte rompió a llorar, contenida por el abrazo de su amiga.

—¡Ay Juliana! ¡No sabes lo que he sufrido por ti! —Sollozaba— Mi madre me ha mandado una carta contándome del naufragio de tu barco y de las pocas probabilidades de encontrarte viva. La pena casi ahogó mi corazón.

Charlotte había estado de viaje en Francia, visitando a unos parientes, y tomando clases de pintura y música. Desde el momento en que partió, Juliana se sintió completamente sola, y cada día que pasaba extrañaba más a su amiga.

—Ya ves que estoy bien Charlotte, lamento haberles causado a todos tanta preocupación.

—Oh, pero no fue tu culpa querida. Fue culpa del estúpido barco, que ha tenido la absurda idea de hundirse justo cuando tú ibas en él.

Ambas muchachas rieron la broma, y se encaminaron al interior de la casa tomadas del brazo.

Entraron a un saloncito decorado en rosa y blanco; el que usaba Charlotte para recibir a sus visitas. Ambas tomaron asiento en mullidos sillones, y esperaron en silencio que la criada les sirviera el te, mordiéndose las lenguas para no soltar de golpe todo lo que tenían que contarse.

Cuando la criada abandonó la habitación, ambas comenzaron a hablar al mismo tiempo, sin poder entender ninguna palabra de lo que decía la otra. Estallaron en sonoras carcajadas por su alboroto, y decidieron serenarse para poder hablar con coherencia.

—Bien —dijo Charlotte—, quiero que me cuentes todo. Donde has estado todo este tiempo, que te ha sucedido. Todo Juliana, no dejes escapar ningún detalle.

—Está bien —dijo ella, comenzando a relatar su historia.

Le contó todo tal y como había sucedido, salteándose lo que había pasado entre ella y Nicolas; dejaría lo mejor para el final.

Charlotte la miraba boquiabierta, estupefacta por tan maravillosa historia.

—Entonces —le dijo— ¿No podías recordar nada de nada? Y este señor Duncan ¿tampoco sabía quien eras? —preguntó.

—No podía recordar nada, y el señor Duncan no tenía ni la menor idea de quien era yo. Nosotros... —titubeo un instante antes de continuar— nosotros nos enamoramos —terminó, con una tímida sonrisa.

—¡Oh Juliana! —exclamó Charlotte, abrazando a su amiga— Eso es maravilloso, pero tu estas comprometida ¿recuerdas?

—Antes no podía recordarlo. Solo lo recordé cuando pisé la casa de mi padre y la memoria volvió a acomodarse, y entonces ya era demasiado

tarde para volver el tiempo atrás.

—Tú y el señor Duncan ¿Cómo dijiste que se llamaba? —Preguntó, contestándose luego ella sola— Ah, sí; Nicolas. Tú y Nicolas ¿tuvieron intimidad? —preguntó en un susurro.

Juliana asintió tímidamente, sintiendo que el rubor manchaba sus mejillas.

—¡Que fantástico! —Exclamó Charlotte, aplaudiendo entusiasmada— Cuéntame como es. ¿De verdad es tan horrible como quieren hacernos creer? ¿De verdad duele tanto? —le preguntó, inclinándose hacia ella.

—En lo absoluto —contestó Juliana, rememorando las horas que había pasado con Nicolas haciendo el amor—. Es algo mágico. ¿Te cuento un secreto? —le preguntó, en tono de confidencia— Es mejor que el chocolate.

Ambas rieron nuevamente, felices por su reencuentro, y por el tiempo que pasarían juntas de ahora en adelante.

—Si estás enamorada —continuó Juliana—, como nosotros lo estábamos, es algo hermoso. Casi no hubo dolor la primera vez, Nicolas solo procuró darme placer —dijo, con las mejillas arreboladas—. Claro que, pienso que si tienes que hacerlo con una persona a la que no amas, sería totalmente todo lo contrario.

Charlotte la miraba con la cabeza ladeada, tratando de asimilar todas sus palabras, absorbiendo todo lo que Juliana decía como una esponja. Sus ojos verdes brillaban de felicidad por su amiga, y ahora se daba cuenta de cuanto la había echado de menos.

—¿Y que vas a hacer con tu compromiso con lord Hamilton? —preguntó al fin, sacando de su interior la interrogante que le molestaba desde el principio de la historia.

—Pues tengo todo arreglado —dijo Juliana con una sonrisa—. Nicolas me prometió que volvería por mi en dos semanas. Ya ha pasado una, así que la semana que viene, él estará aquí. Mi padre me dio un lapso de tiempo de tres semanas para que Nicolas vuelva y arreglemos lo de nuestro matrimonio. Si eso sucede, cancelará el compromiso con lord Hamilton. Por ahora no dirá nada, en el caso de que Nicolas no volviera —dijo, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto—. Pero él va a volver, se que lo hará.

—¿Nicolas te ha pedido que te cases con él? —preguntó su amiga, dubitativa.

—No lo ha hecho aún, pero se que lo hará. Me ha dicho que me ama.

Charlotte la miró pensativa, pero extremadamente contenta por su amiga.
—Estoy tan feliz por ti Juliana, de veras. Te mereces eso y mucho más.
Bien sabes que no me gustaba para nada ese conde de Hamilton.
Ambas rieron, fundiéndose en un fuerte y cariñoso abrazo.

CAPITULO XXXVIII

Había pasado una semana entera, y Nicolas no había podido recuperarse. La herida era muy profunda, y su cuerpo luchaba contra ella salvajemente. La fiebre lo atacaba todas las noches, haciéndolo murmurar incoherencias, y revolverse nervioso entre las mantas.

Emma cuidaba de él noche y día, como una fiel guardiana. No podía dejar que la vida de Nicolas se le escurriera como agua entre los dedos, él debía vivir.

Su cuerpo había cambiado considerablemente; la delgadez extrema lo hacía irreconocible, y la fea herida seguía estropeando su pecho otrora tan orgulloso. Una corta barba oscurecía su mentón, haciéndolo parecer más viejo de lo que era, y en medio de sus delirios llamaba a Juliana una y otra vez.

El doctor lo visitaba todos los días. Le curaba la herida con ungüentos, y le daba infusiones para bajar la fiebre y calmar el dolor.

Pero nada ayudaba.

Jhos entraba ahora en la habitación, encontrándose con Emma medio dormida en una silla al lado de la cama. Oscuras ojeras descansaban sobre sus mejillas, dándole un aspecto fantasmagórico. El cansancio la había superado, y a Jhos se le partió el corazón al ver a la mujer tan demacrada.

—Emma, debería ir a descansar. Deje que yo me ocupe de Nicolas.

—Nadie puede ocuparse de mi niño, salvo yo —rezongó la mujer, testaruda.

—No le hace nada bien estar así, y piense que a Nicolas no le gustaría verla en este estado. Vaya a descansar hasta mañana. Yo lo bañaré y cuidaré de él hasta entonces —le dijo el muchacho, ayudándola a levantarse de la silla, y conduciéndola hasta la puerta.

—No lo se, no lo se —dudaba ella—. Si él llegara a despertarse...

—Si él llegara a despertarse, yo me ocuparé de atenderlo, lo he hecho por muchos años, y sé como hacerlo.

—Pero deberías llamarme...

—Solo la llamaré si Nicolas pregunta por usted. Vaya y coma algo que le devuelva las fuerzas. Luego tome un baño y métase en la cama. Duerma hasta

que no tenga más sueño, y luego podrá volver aquí —le ordenó Jhos, un poco alterado ante la testarudez de la mujer.

—Está bien. Pero cualquier cosa, cualquier problema... solo llámame niño, quiero estar con él.

—Lo haré Emma. Ahora vaya y haga lo que le dije —exigió, empujándola suavemente fuera de la habitación, y cerrando la puerta tras de sí.

Jhos caminó lentamente hasta la cama. El hombre que estaba hundido en ella no se parecía en nada a Nicolas. La fuerza y el vigor habían desaparecido, dejándole paso a un cuerpo débil y enfermo.

Antes de subir había pedido que subieran agua fría a la habitación, y ahora los criados entraban silenciosos a llenar la bañera.

Nicolas tenía la frente perlada de sudor, la fiebre había comenzado a atacar de nuevo. Susurraba frases inconclusas, sin sentido.

—Juliana... debo ir a Inglaterra... Juliana está...

Con la ayuda de un criado, lo cargaron hasta la bañera, donde lo metieron en el agua fría para tratar de bajar la fiebre. Tenía los ojos entrecerrados, como si le costara mucho esfuerzo abrirlos completamente.

Dentro de su delirio podía recordar a Juliana, y también podía recordar su promesa de volver por ella.

El agua fría le acarició la abrasadora piel, y una sensación de bienestar lo recorrió por unos instantes. Se dejó llevar por el efecto calmante del agua, y recostó pesadamente la cabeza en el borde de la bañera.

Sentía a lo lejos que alguien le hablaba, pero no podía entender completamente lo que le decían; parecía que la voz le hablaba a cientos de kilómetros de distancia.

Jhos lo bañó como pudo, y le afeitó la barba que cubría su cara desde hacía ya varios días. Luego, nuevamente con la ayuda del criado, lo vistieron y lo volvieron a acomodar en la cama.

La herida había comenzado a sangrar un poco por el movimiento al que había sido sometido el cuerpo, así que con sumo cuidado, Jhos se encargó de limpiarla y vendarla nuevamente.

Roselyn subió un cuenco con caldo y unas rodajas de pan, debían intentar que comiera algo.

—Señor —dijo Jhos—, tiene que intentar comer algo.

—Llama a Emma para eso... —murmuró Nicolas, enfurruñado.

—Prometí que no la molestaría...

—Te dije que llames a Emma —pronunció Nicolas, con los labios apretados, soportando con valentía el dolor.

—Está bien.

Tras decir esto, salió de la habitación, para llamar a la pobre anciana e interrumpir sus pobres horas de sueño.

Quince minutos después, Emma entraba en la habitación. Se la veía un tanto recuperada, no lo suficiente, pero para ella estaba bien.

—Bien, vamos a comer algo Nicolas. Y no quiero un no por respuesta —le dijo, práctica.

Emma sabía que Nicolas detestaba que le tuvieran lástima o compasión, y en este momento era justamente eso lo que todos sentían por él. Así que ella trataba de manejarse prácticamente. Le hablaba igual que si se encontrara en su mejor estado, y lo cuidaba con amor, pero sin hacerle notar su preocupación.

Tomó asiento en una silla al lado de la cama de él, y comenzó a darle el caldo en silencio.

—Ya no hace tanto frío —dijo al rato, como un comentario sin importancia—. Los árboles están teniendo brotes nuevos; pronto comenzará la temporada de alumbramientos. La primavera traerá muchas cosas buenas.

—Juliana —murmuró Nicolas, con la cara contraída por el dolor—. Le prometí que volvería por ella en dos semanas.

—¡Ay Nicolas! —Dijo riendo— Eso puede esperar. Primero te recuperas, y luego vuelves a Inglaterra. Esa niña no se te escapará, te va a esperar el tiempo que sea necesario.

—Emma, dame esa infusión para el dolor, ya no lo aguanto.

—Está bien. Has comido casi todo el caldo, es un avance —dijo, mientras rebuscaba la medicina entre los numerosos frascos que había en la cómoda—. Ahora vas a tomar esto, y vas a dormir como un bebé.

Le acercó la cuchara a los labios, y Nicolas tomó sin respirar. El sabor amargo del medicamento le inundó el paladar, provocándole una mueca involuntaria de desagrado.

Se recostó sobre la almohada, sintiendo como la pócima comenzaba a surtir efecto, relajándole el cuerpo.

Se sintió flotar en una nube de estupor, y cayó rendido ante el sueño.

CAPITULO XXXIX

Juliana se encontraba sentada en el enorme patio que poseía la mansión. Tenía un libro en las manos, pero no leía; más bien tenía la vista perdida en el horizonte, sin ninguna expresión en el rostro.

La primavera había llegado en su máximo esplendor, pintando el paisaje inglés de vivos colores. Los árboles pronto tendrían frondosas copas, donde albergarían a las aves entre sus hojas. Las flores manchaban el césped de lila y amarillo, y todo lucía muy alegre bajo la luz del sol.

Juliana se había alejado de la casa esa mañana, quería escapar de la mirada de todos. Con un libro bajo el brazo, caminó un largo trecho, hasta llegar a un viejo roble en el que había pasado incontables horas de juego cuando era niña. Se acomodó usando el tronco de respaldo, y se dedicó tan solo a pensar.

Su ligero vestido de muselina, combinaba a la perfección con la naturaleza. Su color verde agua se mezclaba con el verde oscuro de la hierba, creando un contraste maravilloso.

A lo lejos, la mansión se recortaba contra el límpido cielo, recordándole a ella una y otra vez quien era.

Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla, y la dejó correr libre por su rostro, hasta llegar a sus labios, y perderse dentro de su boca. La situación la estaba superando, y tan solo quería estar sola.

Tres semanas habían pasado desde la partida de Nicolas. Tres largas semanas en las que no tuvo noticias de él. Y justamente habían sido tres semanas el plazo que su padre le había dado para arreglar lo de ellos.

Quizás no había podido venir por alguna situación de fuerza mayor, o tal vez tan solo se había retrasado. Pero no. Él le prometió que vendría a buscarla en dos semanas, y Nicolas nunca rompía una promesa.

Se sentía abandonada. Se pasaba el día malhumorada, sin querer hablar con nadie. Daba largos paseos a caballo durante las mañanas; y por las tardes vagaba sin rumbo por su casa o por el patio.

Sólo conversaba raras veces con María o con Molly, pues eran las únicas que aceptaban su estado de ánimo sin hacer comentarios; y la mimaban y consentían sin límites para tratar de aliviar su dolor.

Cansinamente se levantó del lugar donde había estado sentada más de tres horas, y caminó hacia la casa con paso lento.

Cuando estaba atravesando el salón, para dirigirse a las escaleras, se cruzó con su padre. Éste la miró ceñudo, y le hizo un gesto con la mano.

—Ven Juliana —le dijo, señalando el camino hacia su despacho—. Necesito hablar contigo.

Ella ya sabía sobre que trataría esa charla, pero estaba dispuesta a dar batalla; no podía renunciar a su sueño tan fácilmente. Con resignación, asintió con la cabeza, y echó a andar hacia la oficina de su padre.

—Dime padre —le dijo, una vez que estuvieron dentro.

—Creo que ya sabes de que quiero hablarte Juliana —dijo su padre, pasándose una mano por el níveo cabello—. Esto ha superado el plazo de tiempo que te he dado, ya no podemos esperar más. Debes abandonar esa idea absurda, y continuar con tu compromiso con lord Hamilton.

—Pero papá —le dijo, tratando de esbozar una sonrisa, aparentando una calma que no sentía—, Nicolas va a venir. Seguramente se ha retrasado por su trabajo, tú sabes como es. Pero ya va a venir, estoy segura.

—Mira Juliana, yo no puedo detener todo por una tonta espera. Te doy una semana más. Veremos que pasa, sino ya sabes; te casarás con el conde.

—Está bien. Te fe, él va a venir.

Dándole un suave beso en la mejilla, abandonó la estancia, un poco aliviada sabiendo que contaba con una semana más.

Entró a su habitación, y luego de quitarse los zapatos se recostó en la cama. La preocupación la estaba matando, no quería pensar lo peor.

Nicolas no podía arrepentirse, él la amaba. Tarde o temprano volvería por ella. Pero ¡por Dios!, más vale que fuera pronto, sino los grilletes del matrimonio la atarían de por vida a lord Hamilton.

La imagen de Benjamín cruzó su mente. Se conocían desde hace mucho, el padre de él había sido un amigo íntimo de su padre. Siempre la había mirado de una forma peculiar, como queriendo obtener algo de ella algún día.

Y ella sabía qué era ese algo.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, y continuó con sus cavilaciones.

Benjamín le llevaría diez años, tal vez más, pues cuando ella era apenas una niña, él ya era un muchacho hecho y derecho. Era rubio, no muy alto, y tenía los ojos celestes más claros que Juliana hubiera conocido. A pesar de su

estatura era bastante corpulento, y a Juliana le repelía la idea de ser tomada en sus brazos.

Su padre, el antiguo conde de Hamilton, había muerto tres años atrás, y hasta ese entonces Benjamín no había tenido interés alguno en contraer matrimonio, pero ahora su posición se lo exigía.

Hacía más o menos un año, había comenzado a cortejar a Juliana, y aunque a ella no le agradaba demasiado la idea de casarse con él, lo había aceptado.

Lo había hecho más que nada por su padre, que le metió en la cabeza la idea de que sería un matrimonio fantástico, pues sus tierras eran colindantes, y eran la familia más rica después de ellos.

Después del viaje que ella tenía que hacer a Escocia, para asistir al nacimiento de su sobrino, se casarían.

Estaba todo arreglado.

Iban a celebrar una opulenta fiesta, llena de música y alegría. La boda entre el conde, y la hija del duque, iba a ser el acontecimiento más importante de la temporada.

Luego ella llevaría una vida tranquila como condesa de Hamilton, disfrutando de los lujos que su marido podría brindarle, y por supuesto, dándole un hijo y heredero más adelante.

Ahora nada de eso podía pasar por su cabeza. No podía imaginarse con otro que no fuera Nicolas. No podía imaginar las manos de otro hombre tocando su cuerpo, acariciando su piel; otros labios besando los suyos, recorriendo sus curvas.

Era totalmente impensable.

A él le habían dicho que Juliana aún estaba conmocionada por todo lo que le había pasado, y que necesitaba un poco de tiempo para reponerse.

Su padre lo mantenía a la sombra de la realidad, aguardando el desenlace de la historia entre su hija y el señor Duncan.

Ahora, Juliana no deseaba casarse con nadie que no fuera Nicolas.

Cambiaba toda la riqueza y los títulos del mundo con tal de estar al lado de él, con tal de amarlo y ser amada nada más que por él, por siempre.

En su tonta fantasía adolescente, había pensado que Benjamín llegaría a ser un marido aceptable. Ahora que estaba enamorada de Nicolas, ningún otro hombre se le hacía aceptable.

CAPITULO XL

La herida comenzaba a sanar lentamente. Demasiado lentamente para el gusto de Nicolas.

Debía haber ido a Londres hacía una semana, y todavía se encontraba postrado en esa maldita cama, sin poder siquiera moverse.

—¡Maldita sea! —Gritaba, mientras hablaba con Jhos—. Ya debería estar casado con Juliana, o al menos debería habérselo propuesto. Debe pensar que la abandoné. ¡Demonios hombre, debo hacer algo!

—Puede enviarle una nota —le dijo su secretario, práctico.

Él lo miró con atención, y por un momento fugaz, su mirada se iluminó.

Esa era la solución. Una nota arreglaría las cosas, y le explicaría la razón de su demora.

—Eso es —dijo—, una nota. Pásame papel, la escribiré ahora mismo. Luego puedes mandar a alguien a llevársela.

Jhos caminó hasta el escritorio que había en el otro extremo de la habitación, y de un cajón sacó una hoja y una pluma.

De un estante de la pequeña biblioteca que allí había, tomó un libro de tapa dura, para que Nicolas pudiera usarlo de apoyo; y acercó todo a la cama.

—Dame todo aquí, y déjame solo para poder escribir —le dijo a Jhos, impaciente.

—Está bien, pero debe tener cuidado con su herida. Aun no ha sanado, y apenas si lo está haciendo, y una recaída podría matarlo.

—Si, si; tendré cuidado. Pero dame la maldita hoja y déjame escribir en paz.

Jhos acomodó todo pacientemente, cuidando de no mover mucho a Nicolas, para que la herida no comenzara a sangrar nuevamente.

Una vez que tuvo la pluma en la mano, y se encontró solo con sus pensamientos, trató de comenzar a escribir.

¿Qué debería decir? ¿Que sentía no haber ido en el tiempo que prometió?
¿Debería contarle todo lo que había pasado?

No. Seguramente eso la preocuparía mucho.

Trataría de ser breve.

La mano le temblaba, y sentía el brazo débil, debido a la falta de ejercicio de las últimas semanas.

En su pecho punzaba un agudo dolor, tendría esa cicatriz toda su vida grabada allí.

Trató de ignorar todo lo que le pasaba, y comenzó a escribir.

Mí querida Juliana:

Lamento mucho no poder haber ido en el tiempo que prometí. Las circunstancias no me lo permitieron, fue un caso de fuerza mayor.

No pienses en ningún momento que te abandoné; pues esa nunca fue mi intención.

Sabes que te amo con todo el corazón, y que eres la luz de mi vida, la que le da sentido a cada uno de mis días.

Te prometo que apenas pueda, iré a tu casa a buscarte, y por fin te convertiré en mi esposa, como Dios manda.

Te extraño con locura, anhelo tenerte a mi lado. Por favor sé paciente, y te contaré el motivo de mi retraso.

Te amo. Recuerda, siempre serás mía.

Con amor, Nicolas.

Se quedó mirando el papel, era todo lo que podía expresar en una nota. El resto se lo diría personalmente.

Apenas se hallara un poco mejor, partiría hacia Inglaterra, y nadie podría detenerlo.

Dobló el papel por la mitad, e hizo el libro a un lado, pues su peso se le hacía exagerado.

Se recostó un poco más en las almohadas, retomando aliento. La herida había comenzado a dolerle terriblemente, sumado a un dolor de cabeza igual de terrible.

Odiaba aquella situación. Él siempre había sido un hombre muy activo. No podía simplemente quedarse en cama sin hacer nada, pero no había opción.

Soltó un resoplido de frustración, y cerró los ojos con pesar, esperando a que Jhos volviera a entrar por la puerta.

Tras diez minutos de espera, Jhos asomó su cabeza, y Nicolas abrió los ojos apenas para mirarlo, sintiendo que el dolor de cabeza aumentaba.

—¿Ha terminado? —preguntó Jhos.

—Sí. Por favor ponla en un sobre, y envíala con algún criado. Escribe bien la dirección, y dile al que mandes, que la entregue lo más rápido posible.

—Así lo haré —dijo, tomando el papel y disponiéndose a salir de la habitación, cuando la voz de Nicolas lo frenó nuevamente.

—Espera. Antes de irte, dame la medicina para el dolor —le dijo, haciendo una mueca de asco—. Es horrible, pero mi maldita cabeza me esta matando.

Jhos le alcanzó el frasco, y cargando una dosis en una cuchara, como la vio hacerlo a Emma, se la entregó a Nicolas.

Él tragó el líquido rápidamente, sintiendo como el sabor amargo inundaba su paladar. Se había acostumbrado a la medicina, pero cada vez el sabor se le hacía más fuerte, menos soportable.

Tras dar un sorbo de agua del vaso que había en la mesita al lado de la cama, se acostó nuevamente, cerrando los ojos. Sintió que los músculos de su cuerpo comenzaban a relajarse, y que el dolor de cabeza se hacía cada vez menor, esfumándose.

La medicina actuaba rápidamente, y eso era algo que su cuerpo magullado agradecía.

—Maldita —susurró, refiriéndose a la medicina, perdido en el sopor del sueño y la droga—. Si no tuvieras tan mal sabor, te tomaría cada día.

Y con una sonrisa en los labios, volvió a dormirse; que era lo único que podía hacer esos días.

CAPITULO XLI

La mansión Bennington se encontraba inmersa en una incesante actividad. Filas de carruajes colmados a rebosar de bultos, cofres y baúles llenaban el patio delantero, y los criados corrían de aquí para allá acatando órdenes de algún superior, tratando de mantener la calma.

Isabella, condesa de Hertford, bajaba majestuosamente de su carruaje, fresca como una lechuga. Su pomposo vestido de viaje gris, bordado con hilos de plata, no mostraba la más mínima arruguita, y cada cabello estaba perfectamente colocado en su elaborado peinado.

Para haber sido un viaje de más de tres duros y largos días, parecía como si ella no hubiera pasado más de cinco minutos dentro del carruaje. Su porte seguía siendo elegante como el de una reina, y su rostro no mostraba la menor señal de cansancio.

Al ver al duque, una ancha sonrisa le iluminó cada delicada facción, y sus brazos se abrieron para estrecharlo en un caluroso abrazo.

—Isabella —dijo el duque—, estás tan hermosa como siempre querida mía.

—Y tú estás tal y como te recuerdo hermano, salvo por el cabello. No era tan níveo la última vez que vine —le dijo sonriendo.

—Es que han pasando tantas cosas, que hasta te hubieran hecho envejecer a ti si tuvieras que haberlas vivido.

—Mmm... —dudó ella— No lo creo, olvidas que soy inmortal —le contestó, haciendo un gesto dramático con la mano.

—Ya lo creo, no envejeces nunca pequeña desgraciada —le dijo, apretándole el hombro cariñosamente—. Ya veremos que dices cuando te cuente todo. Y ahora dime ¿dónde están esos pequeños diablillos?

—Ay esos niños, tuve que separarlos en dos carruajes, son algo imposible. Vienen con sus nodrizas, yo sola jamás podría con todo. Ahora pasemos por favor, necesito una buena taza de te.

—Te sigo Bella —le dijo, empleando el diminutivo cariñoso que le había puesto cuando apenas eran unos niños.

Entraron a un saloncito decorado en blanco y celeste, donde un cómodo juego de sillones y divanes esperaban a ser ocupados por las visitas a la hora del te.

Isabella entró majestuosamente, quitándose los delicados guantes a medida que caminaba, y luego desprendiendo el diminuto sombrerito que reposaba sobre su cabeza, para deshacerse también de él.

Se acomodó con elegancia en uno de los sillones, y esperó a que su hermano hiciera lo mismo.

—Este viaje ha sido tan largo —comenzó a decir—. Creo que deberé reformularme esto de visitarte tan seguido.

—¿Pero cómo tan seguido? Si con suerte vienes cada año —refutó el duque, poniendo seño.

—Y eso es mucho querido, sobre todo teniendo en cuenta que debo viajar con mis pequeños monstruos.

Ambos rieron, y al apagarse el sonido de sus risas cantarinas, oyeron ruido de pisadas y gritos en el corredor. El sonido era cada vez más fuerte, e indudablemente se acercaba cada vez más a donde ellos se encontraban.

—Creo que tu prole de demonios ha decidido hacer al fin su aparición —comentó el duque, mirando hacia la puerta, esperando la invasión.

La puerta finalmente se abrió con un ruido estruendoso, y seis pequeños niños entraron corriendo alborotados.

Sin detenerse un instante, caminaron hacia el duque, para tirárseles los seis encima, y llenarlo de besos y abrazos.

El más grande, Marck, de diez años de edad, fue el primero en hablar.

—¡Tío! —Exclamó— Te hemos echado de menos, no veíamos la hora de venir. ¡Es que aquí es todo tan divertido!

—¡Si muy divertido! —Coreó la pequeña Elizabeth, de tres años de edad — Queremos pasear en tus baballos.

—Se dice caballos Elizabeth. Ca—ba—llos —la corrigió su madre.

—Si en eso. Queremos pasear en tus ca—ba—llos —repitió la niña, imitando a su madre, y haciendo estallar la carcajada de todos.

Elizabeth era la más pequeña del grupo. Una hermosa niña de rizos del color del sol, y ojos verdes como los de su padre. Era la mimada de todos sus hermanos, y ella disfrutaba grandemente de ser el centro de atención.

A ella le seguían los mellizos Clara y Anthony, de cinco años. Esos niños eran inseparables. Donde iba uno, iba el otro. Así que todos ya sabían, que cuando había que encontrar a alguno de los dos, solo bastaba con encontrar a su hermano para saber que allí estarían ambos.

Gertrude los seguía después, siendo apenas un año mayor que los mellizos. Su inteligencia era aguda, y siempre estaba intentando averiguar el

porqué de las cosas. Era la pequeña genio de la familia.

Luego estaba Carl, de ocho años, que había heredado la belleza de su madre, y la majestuosidad de su padre. Él sería un matador cuando fuera mayor, dejando a su paso miles de corazones rotos.

Y por último, el mayor de todos era Marck. Se tomaba muy en serio su papel de hermano mayor, y siempre andaba tratando de proteger a todo su grupo de hermanos, alegando que él ya era mayor, y que debía cuidar a “sus niños”.

—¡Pero cuanto han crecido todos ustedes! —exclamó el duque, mirándolos uno por uno.

—¿Dónde está la tía Juli? —preguntó Gertrude, que nunca se le escapaba nada.

Se habían acostumbrado a llamarla tía, cuando en realidad eran primos, por la diferencia de edad que había entre ellos. Para los pequeños niños, una muchachita tan mayor no podía ser más que una tía, y Juliana había aceptado su papel con alegría.

—La tía Juliana está cabalgando, pronto regresará y todos ustedes le darán una gran sorpresa.

Anthony se acercó a su madre, refregándose los ojos con su pequeño puño, en señal de que había sido recientemente levantado de su sueño.

—Tengo hambre mamá —le dijo al oído, para que su tío no pudiera oír.

—¿Mi niño tiene hambre? ¿Y ahora que vamos a hacer? —bromeó la condesa.

—Creo que Molly estuvo horneando unas deliciosas galletas de jengibre —dijo el duque— ¿Por qué no corren a la cocina, y le piden que les convide algunas?

Seis pares de brillantes ojillos se iluminaron con la mención de las galletas, y salieron disparados al instante hacia la cocina, tropezándose entre ellos para ver quien llegaba primero.

Al encontrarse solos nuevamente, los hermanos se miraron cariñosamente, y retomaron la conversación. En medio de un suspiro, el duque tomó la mano de su hermana, y le dijo con ternura:

—Están hermosos Bella, te felicito por tener unos hijos tan maravillosos.

—Dios me ha bendecido con una hermosa familia. Es difícil a veces, al ser tantos y todos tan pequeños, pero ellos son mi alegría.

El duque asintió con la cabeza, entendiendo perfectamente lo que su hermana quería decir, pues sus hijos también habían sido siempre su alegría.

Y tras ese gesto, siguieron tomando el te en silencio.

CAPITULO XLII

Un mensajero vestido con ropas oscuras y aspecto cansado llamó a la puerta de la mansión Bennington. El mayordomo lo atendió con expresión adusta, visiblemente molesto por el alboroto que tenía lugar dentro de la casa.

—Traigo una nota para la señorita Juliana Bennington —dijo el mensajero, tratando de espiar que causaba tanto bullicio dentro de la mansión.

—Muy bien —dijo el mayordomo, sin perder su expresión malhumorada—. Yo se la entregaré. Gracias.

Tras tomar el sobre de manos del mensajero, le cerró la puerta en las narices, sin darle tiempo a contestar nada.

Las pequeñas sabandijas terminarían destrozando la casa, ensuciando cada rincón, desordenando todo; y luego el sería el encargado de poner todo en su lugar, y de organizar un batallón para volver a dejar la mansión en su condición habitual.

Claro que eso pasaba cada vez que la condesa venía de visita, y el no era nadie para poner cara larga por algo que no le concernía.

Tras un largo suspiro, se acomodó la chaqueta, y fue en busca de alguna criada para que pudiera entregarle la nota a Juliana.

—Stella, ¿podrías hacerme un favor? —dijo, dirigiéndose a una menuda criada que se encontraba lustrando la platería con ahínco.

La muchacha se volvió sobresaltada, y una fuente resbaló de sus manos, yendo a parar al suelo con un estrepitoso ruido.

Se hallaba tan concentrada en la tarea de lustrar esas hermosas fuentes, que se había olvidado por completo de la realidad. Era una chica soñadora, siempre dispuesta a ayudar, pero despistada y olvidadiza.

—Claro señor —respondió—. ¿Para que soy buena?

—Necesito que le entregues esto a la señorita Juliana. Llegó hace un instante para ella.

—Pero la señorita Juliana no se encuentra en este momento.

—Se la entregas cuando vuelva, entonces —le dijo el mayordomo, ya un poco molesto.

—Está bien. Se la dejaré en su habitación, y cuando regrese le avisaré que suba a buscarla.

—Muy bien, sigue con tu trabajo —le dijo, y girando sobre sus talones, desapareció hacia el salón.

Stella tomó la nota, y con curiosidad levantó el sobre contra la luz que entraba por la ventana de la cocina, para ver si podía espiar algo de su contenido.

Fue en vano, la hoja del interior estaba doblada, y no podía distinguirse ningún tipo de escritura. Puso el sobre en el bolsillo del delantal, y tarareando una melodía subió las escaleras hacia la habitación de Juliana, mientras iba pasando el plumero por aquí y por allá.

Al entrar en la habitación, pulcramente ordenada, se puso a estudiarla, para ver cual sería el mejor sitio para dejar la nota. Decidió que dejarla en la almohada de la cama sería una buena idea, y tras depositar el sobre en su lugar, salió de la habitación; ya totalmente olvidada de ese asunto.

Carl estaba mirando por la ventana, cuando vio que Juliana se acercaba cabalgando por el jardín.

—¡Ha llegado la tía Juli! —exclamó, dirigiéndose a sus hermanos.

Todos corrieron hacia la ventana, con los rostros encendidos por la alegría. Elizabeth saltaba y trataba de alcanzar a ver algo, pero su escasa altura se lo impedía. Tirando del pantalón de Marck, y al borde de las lágrimas dijo:

—No puedo ver, soy muy pequeña.

Su hermano, conmovido por la declaración, la tomó en brazos y la alzó hasta la ventana, para que su hermanita no se perdiera de nada.

El duque se paró tras ellos para ver a su hija que se acercaba a lomos de su yegua. Tenía el cabello despeinado, y las mejillas arreboladas, seguramente había galopado por los prados, para alejar sus tristezas por un instante.

—Tengo una idea —dijo el duque—, ¿porque no van todos ustedes hasta la habitación de Juliana, y la esperan allí? ¡Se llevará una tremenda sorpresa!

Los niños gritaron entusiasmados, y salieron corriendo alborotadamente hacia la habitación de su querida tía.

Con una palmadita en el lomo, Juliana dejó su yegua en el establo, y caminó con paso lento hacia la casa. La cabalgata la había refrescado por un momento, y hasta había llegado a sentirse feliz por un instante.

Pero solo fue un pequeño instante, que se esfumó al dejar el caballo en el establo. Ahora todas sus penas volvían a recaer sobre ella, y tan solo quería dormir un rato.

Las oscuras ojeras que enmarcaban sus en otra época vivaces ojos, ahora le daban una apariencia cansada y triste; y así venía siendo desde hacía varias semanas.

Cansinamente, entró a la mansión y optó por dirigirse directamente a su habitación.

Al pasar por el salón se cruzó con Stella, quien estaba quitando el polvo de unas hermosas estatuillas de bronce. La saludó con un gesto de la cabeza, y siguió caminando lentamente.

La criada la saludó jovialmente, y volvió a su trabajo, totalmente olvidada de avisarle sobre la nota que había dejado en su habitación.

Juliana subió pesadamente las escaleras, y caminó por el pasillo hasta su dormitorio.

Al abrir la puerta, seis pequeños niños se abalanzaron sobre ella, tirándola al suelo y cubriéndola de besos y abrazos. Ella supo que no podía tratarse de nadie más que de sus primos, y rió divertida ante la sorpresa.

Cuando al fin pudo levantarse, los observó a todos con mirada evaluadora, notando cuanto habían crecido en el último tiempo, y les hizo señas de que entraran a la habitación. Los niños mas pequeños corrieron hacia la cama, saltando y riendo, y Marck y Carl la tomaron de las manos para dirigirla también hacia allí. Se sentó con todos alrededor y comenzaron a charlar cariñosamente, logrando así que Juliana pudiera olvidar por un rato sus problemas.

En medio del alboroto nadie se había percatado de la nota que había sobre la almohada, y cuando los niños comenzaron a saltar, el sobre se deslizó silenciosamente hacia el suelo, yendo a parar bajo la cama, sin que nadie supiera de su existencia.

CAPITULO XLIII

Los días pasaban de largo, rápidos, convirtiéndose en semanas. Las semanas se sucedían unas a otras, y se convertían en meses.

Dos largos meses habían pasado ya, desde aquel día de la marcha de Nicolas. Dos meses en los que solo había encontrado llanto y desolación.

¿Por qué no había vuelto por ella como había prometido? ¿Por qué la había abandonado así?

Parecía que realmente la amaba, pero ahora Juliana se daba cuenta de que solo había sido una ilusión; el amor no existía para Nicolas Duncan. Ella solo había sido una diversión más en su vida, una amante mas a la que podía desechar cuando se aburriera de ella.

Y así lo había hecho apenas tuvo oportunidad.

Juliana había estado evitando a su padre las últimas semanas, por temor de que insistiera en el tema de la boda con lord Hamilton. Pero su padre veía el sufrimiento por el que atravesaba su pequeña, y se había limitado a cerrar la boca, atrasando todos los asuntos que se les venían encima.

La tarde siguiente a la llegada de su tía y sus primos, Juliana yacía en su cama, completamente despierta, con la mirada clavada en el dosel. María entró con una pequeña bandeja, para insistirle nuevamente que comiera algo.

Esa era una cosa que se repetía mucho últimamente. La escena de Juliana tirada en su habitación, sin querer hacer nada, sin poder probar bocado; y María y Molly rogándole que picoteara al menos algunas migajas, pero no caer enferma.

Y todo se repetía cada día. Y cada día era exactamente igual al anterior.

Eso debía cambiar, y María la haría entrar en razón. Si no era con dulces palabras como había sido casi siempre desde que era una niña, debería acudir a propinarle algunos cachetes, eso seguro le devolvería el juicio.

Tras entrar en la habitación, cerró la puerta detrás de sí, y dejó la bandeja en una mesita. La estancia estaba cerrada herméticamente, con las gruesas cortinas impidiendo entrar la luz del sol.

María caminó bufando hasta las ventanas, corriendo los pesados cortinajes, y abriéndolas de par en par. La luz se filtró en la habitación, dándole un aspecto mas alegre, a lo que hacía apenas unos minutos parecía una mazmorra.

Juliana se sentó en la cama, achicando los ojos por el encandilamiento, con gesto enfurruñado.

Se veía mortalmente desaliñada. Su cabello colgaba despeinado y anudado sobre su espalda; el vestido estaba arrugado, y no llevaba corsé.

—¡Cierra la ventana! —le gritó a María, haciéndole ver su enojo.

—No voy a cerrar ninguna ventana señorita. Esta situación absurda va a terminarse. ¡Ahora! —la regañó.

—No me vengas con esto ahora por favor María. Cierra las malditas ventanas y déjame en paz.

—¡Pero si serás cabezota! ¡Muchacha estúpida! —Le gritó, totalmente sacada de quicio— A la primera derrota que tienes en tu vida, te derrumbas como si el mundo se fuera a terminar. Ven aquí, levántate y ven que quiero mostrarte algo.

Juliana se levantó pesadamente, y arrastrando los pies caminó hacia María, que la guió frente al espejo.

—Mírate —le dijo, parándose detrás de ella—. Esta no es la muchacha alegre y hermosa que yo conocía. Este estropajo que ves aquí, es la nueva Juliana en la que te has convertido.

Juliana observó su figura en el espejo.

El vestido caía sin gracia por su diminuto cuerpo, quedándole un poco grande debido a su delgadez. Su cabello, otrora tan hermoso, parecía ahora un nido de pájaros, totalmente exento del brillo y la sedosidad de antaño.

Oscuras ojeras colgaban bajo sus ojos, y tenía la piel pálida como la de un muerto.

Pero lo que mas la impresionó, fueron sus ojos.

Esos ojos azules, tan llenos de picardía, de luminosidad, de pasión por la vida; se encontraban apagados, carentes de sentimiento y emoción.

Una débil lágrima resbaló por su mejilla, y giró hacia María, hundiendo la cara en su hombro, y rompiendo a llorar ruidosamente.

La mujer la tomó entre sus brazos, dándole todo el amor y la contención que en ese momento ella necesitaba.

—Tranquila mi niña —le susurraba—. Todo va a pasar, vas a ver como vas a estar bien.

—El dijo que me amaba... el me prometió volver... ¿Por qué... por que?

—Shh... primero vas a calmarte, y luego podremos hablar.

La condujo hasta un sillón, y la acomodó allí, ofreciéndole te para que calmara sus nervios. Una vez que el llanto hubo terminado, decidió comenzar

a hablarle.

—Dime Juliana —le dijo con tacto—, ¿Nicolas te dijo que se casaría contigo? ¿Te pidió matrimonio alguna vez?

—Él no... no exactamente —balbució—. Pero nos amábamos Mary, y él dijo que volvería por mí. Yo supuse que sería para que nos casáramos.

—Mi pequeña, los hombres son muy engañosos. Nunca puedes estar segura, hasta que tienes un anillo de compromiso en el dedo —le dijo—. ¡Y ni así! No puedes estar segura hasta pasar por el altar. Incluso después de casados, la mayoría de los hombres hacen lo que les viene en gana, no debería extrañarte. Claro que —prosiguió—, hay casos especiales, como lo fueron tus padres. Se juraron amor por siempre, y así fue, sin existir nunca un tercero, hasta que tu madre se fue —dijo, haciendo la señal de la cruz.

—Entonces dices, ¿que Nicolas no pensaba volver? —le preguntó, sintiendo que su ira comenzaba a crecer.

—Eso no puedo saberlo pequeña. Ni yo ni nadie, solo él. Pero tu vida debe continuar. Dos meses de abandono han alcanzado para apagar tu luz, pero no dejes que un hombre te quite las ganas de vivir. No lo merece.

Hecha una fiera, Juliana se levantó del sillón, con las manos apretadas fuertemente en dos puños.

—¡No dejaré que el maldito de Nicolas me arruine la vida! —Gritó— ¡Ya le demostraré como puedo seguir adelante sin él! ¡Bastardo! ¡Idiota! ¡Imbécil!

—Voy a pedir que te traigan agua caliente para que tomes un baño —dijo María, sabiendo que la furia de Juliana por fin se había desatado, y que prefería no estar presente hasta que terminara.

CAPITULO XLIV

—Estoy lista para casarme —anunció Juliana, entrando al despacho de su padre sin haber golpeado antes.

El hombre levantó la vista de los papeles que estaba revisando, y la miró.

Le dio un vuelco el corazón nada mas ver a su hija. Estaba exquisitamente ataviada, elegante igual que siempre, pero él notaba que no era la misma.

—¿Ha vuelto Nicolas mi amor? —le preguntó, con mirada triste.

—No quiero hablar del señor Duncan. Ni ahora ni nunca —dijo, haciendo énfasis en la última palabra—. Voy a casarme con el conde de Hamilton. Puedes retomar los preparativos, y decirle que venga a visitarme. No debemos atrasar más la cuestión.

El duque la miró asombrado. Pensó que ella vendría a rogarle que no la obligara a casarse, y él estaba dispuesto a cancelar todo con tal de no causarle más sufrimiento.

—Pero Juliana —le dijo su padre— ¿Estás segura? ¿Estás segura de que eso te hará feliz?

Juliana llevaba un bonito vestido color lila, bordado con diminutas flores violetas. La rubia cabellera estaba trenzada en lo alto de su cabeza, una obra maestra de María, dándole un aspecto un poco mas elegante del que tenía hacía apenas unas cuantas horas atrás.

Se había bañado y arreglado nuevamente. Nunca volvería a derrumbarse así otra vez, Nicolas no lo merecía. Y para sus adentros, se juró que nunca derramaría una lágrima más por ese hombre.

Su aspecto era agradable nuevamente, pero sus ojos seguían vacíos y sin vida, eso solo podría remediarse con el tiempo, y con el cariño de todos sus seres amados dándole contención.

—Nunca podré estar segura de que me dará o no felicidad padre, pero voy a casarme con lord Hamilton, y es mi última palabra —le dijo, mostrando una fría determinación—. Espero le comuniqués mis deseos, y le digas que quiero verlo mañana.

Su padre la miraba consternado. No soportaba ver sufrir a su pequeña, a la luz de sus ojos; pero cuando Juliana se metía algo en la cabeza, lo mejor era seguirle la corriente.

Había esperado seis largas semanas para volver a tratar el tema del matrimonio, pero cada vez que se disponía a enfrentarla, una punzada en el corazón le decía que no podía obligarla. Sencillamente, no podía.

Pero ahora aquí estaba ella, entregándose sola a su destino. Poniendo su vida en sus manos, y luego en manos de un hombre que apenas conocía. Se arriesgaba valientemente a tener una vida segura, para no volver a sufrir más.

Quizás con el tiempo, ella y Benjamín llegarían a quererse, por lo menos a tenerse cariño, y la convivencia se haría soportable.

Ella tendría un título, tierras, riqueza, y una familia.

Una familia.

Eso lograría hacerla feliz, y el viejo duque rogó con todo su corazón que su niña pudiera encontrar nuevamente esa paz y esa alegría de vivir que tenía tanto tiempo atrás.

—Está bien —dijo al final—. Mañana mismo haré lo que me pides. Espero que puedas encontrar la felicidad mi niña. Eso es todo lo que pido.

Juliana quedó con la mirada fija en el rostro de su padre, mirándolo sin mirar.

Felicidad.

Esa era una palabra que había quedado muy remota para ella. Quería volver a ser feliz, lo deseaba con todo su corazón. Pero Nicolas había tocado muy profundo dentro de ella, y esa parte en su interior no sanaría jamás.

Ella no era una mujer que pudiera amar sin más. Ella amaría una sola vez, profundamente, entregando su alma y su corazón a un único hombre.

Y ese hombre se lo había arrebatado todo de golpe, dejándola vacía, sin nada más para dar.

Pero al ver la tristeza en los ojos de su padre, comprendió que no todo giraba a su alrededor. Había mucha gente que de verdad la apreciaba, y querían verla feliz.

No podía solo pensar en si misma, sin importarle el resto del mundo. Debía seguir adelante, aunque no fuera por ella, al menos por su familia.

Y trataría de volver a encontrar la felicidad que había tenido alguna vez.

—Gracias.

Tras decir esa única palabra, dio media vuelta y salió de la habitación con la cabeza en alto, mostrando su característico porte orgulloso.

Tratando de dejar atrás sus temores y sus tristezas, para poder emprender su nuevo camino.

CAPITULO XLV

Dos semanas después, la capilla que estaba a un kilómetro de la mansión Bennington, se encontraba rebosante de flores blancas que adornaban cada rincón. Toda la alta sociedad londinense ocupaba los asientos de la capilla, llenándola de murmullos y discretas risitas.

Se respiraba una atmósfera de fiesta, y el día no podría haber sido mejor. El sol brillaba en lo alto del cielo, y la temperatura primaveral era absolutamente agradable.

Lejos de allí, en su habitación de la mansión, Juliana terminaba de vestirse y prepararse para la ocasión.

El día había llegado. Hoy se casaría.

El inmenso vestido era inmaculadamente blanco, bordado con diminutas piedritas transparentes y perlas que adornaban el escote. Tenía una cola de dos metros, que se arrastraría majestuosamente por la alfombra de la capilla; y el ramo de flores que llevaba le llegaba también casi hasta el suelo.

Su tía estaba terminando de darle los últimos retoques, y por último colocó el velo sobre la cabeza de Juliana.

Mirándola con amor, le acarició la mejilla suavemente.

—Me gustaría que tu madre estuviera aquí, y pudiera ver lo hermosa que estás. Nosotras éramos grandes amigas, y estoy segura que desde donde se encuentre, se siente muy orgullosa de ti.

—Gracias —logró decir Juliana con un nudo en la garganta, esbozando una sonrisa triste—. Me alegra que justo hayan venido en esta fecha, y puedan compartir este día conmigo.

—A mi también me alegra pequeña —le respondió, depositando un suave beso en su mejilla—. Y ahora por favor cambia la cara, que es el día de tu boda, y debemos estar felices —le dijo, al ver la tristeza que reflejaba la mirada de su sobrina.

Sabía la historia de Duncan, pues su hermano se la había contado; pero no le había dicho a Juliana que lo sabía. Si ella hubiera querido que su tía lo supiera, se lo habría contado ella misma, así que optó por hacerse la que no sabía nada.

—Por supuesto —le contestó Juliana, tratando de mostrar su mejor sonrisa.

Un carruaje blanco las estaba esperando en la entrada de la mansión, exquisitamente adornado con rosas rojas. Se perdieron en su interior, dispuestas a recorrer el kilómetro que separaba a la capilla de la mansión.

En la entrada de la capilla la esperaba su padre, junto a los seis inquietos niños. Los varones vestían idénticos trajes azul oscuro, con un pequeño pimpollo blanco en el ojal. Las niñas llevaban preciosos vestidos de un rosa pálido, adornados con pequeñas rositas blancas bordadas, también idénticos.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la capilla, el duque caminó hacia el para ayudar a bajar a su hija.

Estaba tan hermosa. Le recordaba a su adorada esposa, con su cabello dorado y sus ojos azules. La tomó de las manos y depositó un beso en cada mejilla.

Isabella se acercó a la entrada de la capilla e hizo unas señas, y comenzó a organizar a los niños en parejas.

Cada niña llevaba una canasta con pétalos de rosas, y sus hermanos las llevaban tomadas del brazo.

La marcha nupcial comenzó a sonar, y Elizabeth y Carl encabezaron la marcha, desparramando pétalos sobre el pasillo de la capilla.

Los siguieron luego sus otros hermanos haciendo lo mismo, y luego era el turno de que entrara Juliana con su padre.

—¿Estás segura de que esto te hará feliz? —preguntó el duque a su hija.

—No estoy segura, pero es lo que deseo.

—Espero que seas muy feliz mi princesa.

Con manos temblorosas, el viejo duque bajó el velo sobre el rostro de su hija, y ofreciéndole el brazo, entraron juntos a la iglesia.

La marcha nupcial seguía sonando, y los invitados se habían levantado al entrar la novia, mirándola todos con emoción.

Al final del pasillo, junto al párroco, se encontraba Benjamín, ataviado con un elegante traje negro, y el cabello peinado pulcramente.

Al llegar donde se encontraba él, el duque entregó la mano de su hija a su futuro yerno, y tras depositarle un beso en la mejilla a Juliana, se sentó en el lugar que habían reservado para él en la primera fila.

El cura comenzó a hablar sobre la santidad del matrimonio y otros temas que Juliana ni siquiera escuchó. Su mente se encontraba lejos de allí, vagando por una tierra de campos verdes. Su mente se encontraba pensando en otro hombre, preguntándose porque la había abandonado.

No supo cuanto tiempo estuvo ausente, pero se percató de que la capilla estaba en silencio cuando el párroco carraspeó suavemente. Ella lo miró confusa, y el cura volvió a decir:

—Juliana Bennington, ¿aceptas por esposo a Benjamín Williams, conde de Hamilton, para amarlo, obedecerlo y respetarlo, en la riqueza y en la pobreza, en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe? —el cura terminó la frase mirando inquisitivamente a Juliana.

Benjamín ya había aceptado, y Juliana ni siquiera se había percatado de eso.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Si, acepto.

La tensión que había en la capilla minutos antes por la falta de respuesta de Juliana se había esfumado ahora, y todos mostraban su aprobación.

—Entonces los declaro marido y mujer —terminó diciendo el párroco—. Que lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. Puede besar a la novia.

Benjamin levantó suavemente el velo que cubría el rostro de Juliana, y depositó un casto beso en sus labios.

Ella cerró los ojos esperando sentir algo, pero los labios de aquel hombre eran fríos y estaban tensos, y no despertaron las emociones que podía despertar Nicolas en ella, con tan solo el más leve roce de sus labios.

CAPITULO XLVI

Estaba hecho.

Ya no había vuelta atrás, estaba casada con Benjamin, ahora era la condesa de Hamilton.

En medio de aplausos y felicitaciones, salieron caminaron apresuradamente por el pasillo de la capilla, para llegar al carruaje que los esperaba afuera.

Se dirigirían a la mansión Bennington, donde se ofrecería una recepción a los recién casados; claro que dicha recepción sería por supuesto una gran fiesta que duraría hasta el amanecer.

Entraron al carruaje, y distraídamente Juliana comenzó a acomodar la larga cola de su vestido sobre el asiento. Al emprender la marcha, se quedó mirando melancólicamente al gentío que se apiñaba fuera de la iglesia, y que minutos después estarían rodeándola nuevamente y deseándoles sus enhorabuenas.

Con un largo suspiro, alisó una arruguita imaginaria de su falda, y se quitó el velo de la cabeza, pues se sentía sofocada.

—¿Estás feliz? —la voz de Benjamin la sacó de sus cavilaciones, casi había olvidado por completo que su marido viajaba a su lado ¿y eso no era bueno, no?

Tratando de mostrarse feliz, le tomó una mano y le sonrió, después de todo, él no tenía la culpa de nada de lo que a ella le había pasado; es más, él ni siquiera tenía la más mínima idea de todo lo que ella había sufrido.

—Sí, lo estoy —le respondió—. Solo un poco cansada por los preparativos de estas semanas, supongo que no tuve tiempo de descansar —mintió, ya que los preparativos para la boda habían estado completamente a cargo de su tía.

—Solo debes aguantar un poco más, después de esta noche todo volverá a la normalidad —dijo él, tratando de tranquilizarla.

Ella pensó que ya nada volvería a la normalidad. Estaba casada con un hombre al que no amaba, estando enamorada de otro; después de la ceremonia dejaría su casa, para irse a vivir a una totalmente desconocida, donde tendría que tomar las riendas y cumplir con su papel de duquesa.

En realidad estaba aterrada, pero no dejaría que nadie lo supiera. Se juró que nunca más se mostraría vulnerable y débil como lo había hecho por Nicolas, desde ahora sería una mujer fuerte, y afrontaría todo con la cabeza bien en alto.

Con una sonrisa que intentó fuera tierna, miró a su marido, y luego desvió la vista hacia la ventana del carruaje.

Media hora después, se detuvieron frente a la mansión. No había gente a la vista, solo unos cuantos lacayos que organizaban los últimos detalles de la recepción.

Como los invitados salieron después que ellos de la capilla, llegarían unos instantes después. Aprovecharía ese tiempo para subir a su habitación a cambiarse el pesado vestido por algo más cómodo, y a refrescarse un poco. Aunque no hacía demasiado calor, y la temperatura era agradable, ella se sentía asfixiada.

Subió las escaleras, y en su habitación se encontró con María, que la estaba esperando.

—Mi niña... —le dijo, al verla entrar— estás tan hermosa. Ven aquí — viendo que Juliana tenía los ojos al borde de las lágrimas, la llamó para que fuera a refugiarse en su abrazo.

—No ha sido tan malo Mary, creo que algún día llegaré a ser feliz — susurró, escondiendo el rostro en el hombro de María.

—Por supuesto que lo serás mi niña, te mereces toda la felicidad del mundo y mucho más. Y ahora, vamos a cambiarte, no tardarán en llegar los invitados, y todos querrán ver a la rozagante novia. ¡Y debes lucir radiante!

Riendo entre hipos, Juliana asintió y se secó las lágrimas con la mano. María sacó del guardarropa un hermoso vestido color crema bordado con cuentas doradas, y lo extendió sobre la cama.

Sacó luego de un cajón, una exquisita enagua bordada en los mismos tonos, y ropa interior de una maravillosa tela dorada.

Ayudó a Juliana a vestirse, y con manos demasiado ágiles para su edad, peinó elaboradamente los cabellos rubios de su niña.

El resultado fue hermoso. Parecía una criatura efímera, salida de un cuento de hadas.

Una criada llamó suavemente a la puerta, y les avisó que los invitados ya se encontraban en el salón esperando a que bajaran los novios. También le dijo que Benjamin la esperaba al final del pasillo.

Tomando una gran bocanada de aire para infundirse valor, se levantó de donde estaba sentada, y tras pellizcarse un poco las mejillas para darles color, se dispuso a salir de la habitación.

Benjamin la esperaba tal como dijo, al final del pasillo. Él también se había cambiado, y ahora lucía un traje gris perfectamente confeccionado, pero menos elaborado que el que llevaba durante la ceremonia en la capilla.

Caminó hacia donde él se encontraba con paso seguro, tratando de mostrarle que para ella todo estaba bien; cuando en realidad los nervios la estaban matando.

Con una sonrisa tímida, hizo una pequeña reverencia.

—Estás hermosa Juliana —dijo él, ofreciéndole el brazo—. Estoy muy orgulloso de ser tu esposo.

—Gracias, supongo que ahora debemos enfrentarnos a la jauría de lobos sedientos de chismes —dijo a modo de broma, refiriéndose a los invitados.

Benjamin rió su broma, y dándole unas palmaditas en la mano aseguró:

—No será tan malo, ya verás, todo terminará pronto.

Ella rogó que así fuera, pues la alta sociedad podía ser muy cruel cuando se lo proponía, y siempre andaban en busca de chismes frescos que repartir por todo Londres.

Con valentía, se dispusieron a cruzar el pasillo que faltaba antes de llegar a las escaleras. Allí los esperaba un criado, que al verlos, les hizo señas para que aguardaran donde estaban, donde nadie podía verlos, mientras él desaparecía por las escaleras.

Ellos aguardaron en silencio, y los minutos que estuvieron esperando parecían convertirse en horas. Abajo, el murmullo de voces era alegre, y parecía que todos la estaban pasando en grande.

Un instante después, el sonido se fue apagando poco a poco, hasta convertirse en un silencio sepulcral. Se oyó un carraspeo, y luego, una voz gruesa que anunció:

—Señoras y señores, tengo el honor de presentarles al conde y la condesa de Hamilton.

CAPITULO XLVII

La velada transcurrió de manera fluida, y no fue tan mala como Juliana se había imaginado que sería.

La gente comió, bebió en abundancia, charló, rió, y bailó hasta bien entrada la madrugada. Cerca de las cinco y media de la mañana, los últimos invitados abandonaron la mansión. Juliana se dejó caer agotada en una silla, pensando que su noche aun no terminaba.

Su padre se acercó hasta donde estaba, y la estrechó en un tierno abrazo.

—Espero que la hayas pasado bien, y que el resto de tu vida esté llena de felicidad.

—Gracias papá —le respondió, depositando un beso en su arrugada mejilla.

—El carruaje con tus cosas te espera afuera, Benjamin irá un poco después en otro, tiene que terminar de organizar unas cosas aquí.

—Está bien —fue lo único que logró decir.

Se deslizó en el interior del carruaje, y agradeció el momento de intimidad. Necesitaba estar sola, para poder pensar.

Pensar y descansar.

Se acurrucó en el asiento, dispuesta a repasar todos los detalles de la noche, pero nada más apoyar la cabeza en el almohadón que habían dispuesto para ella, el cansancio ganó la batalla y quedó profundamente dormida.

Dos horas después, el carruaje se detuvo frente a la mansión Hamilton. Juliana bostezó, y se acomodó el cabello lo mejor que pudo.

Un lacayo abrió la puerta del carruaje y la ayudó a bajar. La casa estaba silenciosa, y solo unos pocos criados andaban deambulando por allí a esas horas. Una doncella delgada la recibió en el salón, y la condujo hasta su habitación.

La estancia era enorme, una gran cama ocupaba el centro, y un delicado tocador pintado de blanco descansaba en un rincón. La alfombra era mullida y de muy buena calidad, y todo estaba decorado en blanco y verde pálido.

Detrás de una puerta, había un saloncito privado que separaba su habitación de la de su marido. Las tres estancias estaban conectadas.

Una gran chimenea ocupaba una de las paredes, y frente a ella había un cómodo juego de sillones y una pequeña mesa.

Todo estaba muy bien y era muy agradable.

Mientras ella recorría todo eso, la doncella había desarmado el pequeño equipaje para esa noche y el día siguiente; el resto de sus cosas se las mandarían mas adelante, pues se necesitaban mas carruajes para ello.

—¿Puedo ayudarla en algo señorita? —dijo suavemente la doncella.

—Si gracias. Puedes desarmarme el peinado y ayudarme a quitarme el vestido. El resto ya lo podré hacer yo.

—Este paquete venía con su equipaje, ¿quiere que lo abra?

Juliana miró el paquete. Un delicado envoltorio color blanco, decorado con lazos azules. No tenía la menor idea de lo que podía contener, por eso decidió que lo abriría cuando estuviera sola.

—No, déjalo ahí, ven a ayudarme a quitarme todo esto que me encuentro muy cansada.

La doncella, obediente, le desarmó el complicado peinado, y cepilló su cabello hasta dejarlo hecho una sedosa cascada. Luego lo trenzó prácticamente para que no se le enredara durante la noche.

La ayudó a quitarse el vestido, y cuando se hubo encontrado solo con la enagua, la despidió para seguir ella sola.

Miró con curiosidad el paquete encima de la cama, y se dirigió hacia donde estaba para abrirlo. Una nota descansaba sobre el, y Juliana leyó:

Para mi niña. Que el resto de tu vida sea maravillosa. Te amo, María.

Miró maravillada el conjunto de camisón y bata, era lo más exquisito que había visto en su vida.

El camisón blanco, totalmente transparente, tenía por mangas apenas unas delgadas tiras de tela. En la parte de los pechos, tenía delicadas hojitas bordadas con hilos de plata, que apenas taparían sus pezones. En la parte del pubis, también varias hojitas cubrirían apenas su sexo. Por lo demás, se encontraría prácticamente desnuda.

La bata era de delicada seda blanca, que cubría decorosamente el camisón, para el caso de que la vieran las doncellas o criadas.

Le parecía hermoso, pero la idea de tener que estrenarlo con su nuevo marido no se le hacía igualmente encantadora.

El rubor cubrió su rostro, y pensó que no podía ponerse una cosa así para un hombre con el que no tenía confianza, para un hombre al que apenas conocía.

Con determinación, dejó sus miedos atrás, y decidió que lo mejor sería comenzar su matrimonio valientemente. Tomó el camisón, y tras quitarse la

enagua, se lo pasó por la cabeza. Caminó hasta el espejo, y se quedó frente a él observando el efecto.

La palidez del blanco transparente le daba destellos de luz a su piel, creando un efecto celestial. Las hojitas del pecho apenas cubrían sus pezones, dejando al descubierto un atisbo de las aureolas rosadas que adornaban sus voluptuosos senos.

Las hojitas del pubis también hacían poco por ocultar sus rizos, y en otro momento le habría parecido tentador.

Se desarmó la trenza del cabello, y lo dejó caer por su espalda, como una cascada de oro líquido. Su aspecto era tal como quería, trataría de empezar su matrimonio con el pie derecho.

Se puso la bata, pensando en cuanto habría disfrutado Nicolas de ese camisón, pero al instante sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos.

Sin prenderse la bata, se dirigió a la salita, para esperar allí a su marido.

Tras esperar dos horas sentada en el sillón, medio dormida, decidió que ya había sido suficiente; igual no estaba segura de si el vendría.

Afuera ya era de día, y tras cerrar las cortinas para dejar la habitación a oscuras, se deslizó bajo las sábanas de seda que cubrían la cama, para entregarse al sueño envuelta en el delicado camisón.

Cuando estaba a punto de dormirse, sintió que la puerta de la habitación se abría, y su marido entraba sigilosamente, tambaleándose.

En la oscuridad, notó que se desnudaba, y se deslizaba en la cama junto a ella.

Juliana no hizo el menor movimiento.

El olor a alcohol inundó sus fosas nasales, y supo que Benjamin estaba totalmente borracho.

Con manos torpes, él comenzó a acariciar el cuerpo de Juliana, y buscó su boca de manera abrupta. Ella trató de hacer caso omiso de la oleada de temor que sentía, y le ofreció su boca y su cuerpo reservadamente.

Benjamin tiró de su delicado camisón, y ella optó por sacárselo antes de que se lo destrozara. Ahora él se frotaba contra su cuerpo, y chupaba rudamente sus pezones, provocándole dolor.

Con lengua de trapo, susurraba palabras incongruentes e inentendibles, y de golpe, se colocó sobre ella y la penetró bruscamente.

—Así te dolerá menos —le dijo, arrastrando las palabras—. La primera vez siempre duele muñeca, luego te acostumbras.

Juliana se mordió el labio. Quizás era lo mejor que estuviera borracho, así no se daría cuenta que ella ya no era virgen.

Tras unos cuantos movimientos pesados, el cuerpo de Benjamin se tensó, y luego cayó laxo al lado de Juliana.

Todo había terminado.

Y ella no había sentido una sola gota de satisfacción.

Benjamin suspiró, y a los dos minutos roncaba fuertemente, totalmente dormido. Juliana se deslizó hasta el otro extremo de la cama, y trató de acomodarse lo mejor que pudo. Se sentía frustrada por su noche de bodas, y en ese momento supo que nunca sería como había sido con Nicolas.

Una lágrima resbaló por su mejilla, y luego de un instante, se durmió.

CAPITULO XLVIII

Se levantó cerca del mediodía, y sintió una sensación de profundo alivio al ver que se encontraba sola en la cama. Se había dormido tan fuerte, que no se había enterado en que momento su marido había abandonado el lecho.

Sea como fuere, ahora estaba despierta, y tenía que hacer frente a todo lo que se le venía por delante.

Con movimientos lentos salió de la cama, y se dispuso a echarle una hojeada. Las sábanas estaban inmaculadamente blancas, lo que no debería ser normal para una noche de bodas, en la que se desposa a una muchacha virgen e inocente.

Tomando un cortaplumas que había sobre el tocador, se hizo un pequeño tajo en la palma de la mano, dejando escurrir unas cuantas gotas de sangre sobre la cama, y luego esparciéndolas para provocar manchas; haciendo lo mismo después con el adorable camisón que su marido ni siquiera había mirado la noche anterior.

Satisfecha con el resultado, se puso la bata de seda y comenzó a cepillarse el cabello de forma distraída. Unos suaves golpecitos en la puerta atrajeron su atención, y automáticamente llevo las manos al pecho, cerrándose aun más la bata.

—Adelante —dijo, con toda la autoridad que podía demostrar.

—Con permiso señora —dijo la doncella que la había atendido antes de acostarse, asomando la cabeza por la puerta—. Supuse que quizás estaría despierta y necesitaría ayuda. Mi nombre es Ángela, anoche no se lo dije.

—Gracias Ángela, puedes ayudarme a vestirme, y luego puedes llevarte las sábanas.

De forma eficiente, la criada sacó el vestido del armario donde lo había colocado la noche anterior, y ayudó a Juliana a vestirse, peinándola luego con un sencillo moño en la nuca.

El vestido de muselina, era de un pálido amarillo, con cintitas y puntillas en las mangas y escote. Hacía resaltar la palidez de su piel, y le daba un aspecto de parecer mayor; o quizá en su interior se sentía algo mayor, al ser una señora casada.

Bajó al comedor a tomar un desayuno rápido, sin haberse encontrado con su marido en ningún momento. Justo cuando su cabeza comenzaba a

preguntarse donde estaría, Benjamin entró por las puertas dobles como alma que lleva el diablo.

—¡Malditos granjeros! —venía gritando para si mismo, pero al ver que Juliana se encontraba en el comedor, refrenó su lengua y se obligó a serenarse—. Disculpa, no sabía que estabas aquí, ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú? —le respondió.

—Absolutamente bien también. Dentro de una hora va a venir una modista, para arreglar tu nuevo guardarropa.

—Pero tengo suficientes vestidos, no necesito un nuevo guardarropa —dijo Juliana, perpleja.

—No, no, eso no importa. Tendrás un nuevo guardarropa acorde a una duquesa. Quiero que mi mujer se vista solo con lo mejor; nada de vestidos mañaneros sencillos y cómodos, nunca se sabe cuando puede llegar una visita importante.

Juliana no daba crédito a lo que oía, de un día para otro, su nuevo marido al que apenas conocía, ya estaba intentando cambiarle la vida y las costumbres.

Alzando el mentón, y cuadrando los hombros, asintió de manera segura. No se dejaría amedrentar por él.

Si Benjamin quería una duquesa con todas las letras, una excelente duquesa es lo que tendría.

—Muy bien —le dijo—. En una hora entonces. Haré una lista de las cosas nuevas que necesitaré. Por supuesto más de una docena de vestidos, y otra docena más de vestidos de fiesta. Claro que para cada vestido su respectiva ropa interior, medias, accesorios y guantes. Y por supuesto un montón de sombreros y zapatos. ¿De las joyas vas a encargarte tu, querido? Debo tener numerosas joyas para impresionar a todos, y que correspondan a una duquesa.

Benjamin la miraba perplejo, si que se había tomado en serio su papel de duquesa; pero él podría manejarlo.

—Si, de las joyas me encargaré yo. Pide a la modista lo que necesites, y que lo ponga en mi cuenta. Ahora me voy a trabajar —le dijo, rascándose la barbilla—, que tengas un lindo día.

Y tras esas palabras frías de despedida, desapareció del comedor con paso rápido.

Juliana abarrotó a la modista con interminables listas con las cosas que necesitaría. La pobre mujer salió de la casa con una expresión de horror;

terminar ese encargo le llevaría muchísimo tiempo, y no disponía de tanto.

El día estaba sofocante, el clima se había vuelto pesado, anticipando la tormenta que se avecinaba. No soplaban un ápice de viento que refrescara el ambiente, y la lluvia se empecinaba en hacerse esperar.

Juliana caminó por el jardín, hasta la sombra de un viejo roble, apreciando su nuevo hogar. Tarde o temprano se acostumbraría.

Se sentó en las raíces que sobresalían del suelo, y apoyó la cabeza contra el enorme tronco, cerrando los ojos; tratando de encontrar paz.

Todo daba vueltas en su mente. La precipitada boda, el cambio de casa, la adaptación, la noche de bodas...

¿Qué pasaría esta noche en el dormitorio? ¿Vendría Benjamin nuevamente a ella? Esa pregunta rondaba su mente desde que se había encontrado con él aquella mañana.

La noche de boda no había sido para nada lo que ella se esperaba, pero claro que con la fiesta y la cantidad inconmensurable de champaña que corría libremente, era totalmente entendible que Benjamin hubiera llegado borracho.

No excusaba su actitud; pero trataba de entenderla.

Quizá esta noche, si él iba a hacerle el amor estando sobrio, las cosas fueran distintas.

Suspiró, y se acomodó un poco más contra el tronco del árbol.

Nunca sería como con Nicolas, de eso estaba segura. Ese hombre, con tan solo mirarla, podía provocar cosquillas en su vientre, y hacerla arder de pasión. Ese hombre, con el más leve roce de sus labios podía prometerle la luna; con el toque más suave de sus manos, podía hacerla gritar de excitación.

Un escalofrío bajó desde su nuca hasta la planta de los pies, electrizándola; e instintivamente se rodeó con los brazos.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a rodar por su rostro, frías, apagando el calor del recuerdo de Nicolas.

Abrió los ojos lentamente y se quedó tumbada allí. El cielo estaba oscuro, y la tormenta se cernía sobre ella. El clima había cambiado, y una brisa fresca agitaba ahora las hojas de los árboles.

Pero ella no se movió.

Recordó una noche de tormenta, en la hermosa tierra escocesa, siendo salvada por Nicolas, y experimentando la pasión por primera vez en una cabaña aislada del mundo.

Dejó que la lluvia la empapara, regocijándose en su frescura; y alzó el rostro hacia el cielo, recibiendo el agua como una cura para su tristeza.

La casa quedaba cerca, y con paso lento comenzó a caminar hacia ella.

CAPITULO XLIX

Nicolas desmontó de su caballo con una leve mueca de dolor, y miró su caserón londinense con aire distraído.

La última vez que había parado en él, lo había hecho con Juliana, y ese recuerdo le hizo cosquillas en el bajo vientre.

Caminó hasta la puerta y entró como el dueño y señor que era de aquel lugar. Ana salió corriendo de la cocina al escuchar el sonido de la puerta, y fue a recibir a Nicolas con una sonrisa.

—¡Señor! Pero que alegría tenerlo de nuevo por aquí... ¿Cómo va todo? ¿Cómo esta usted?

—Bien Ana gracias. ¿Cómo están las cosas por aquí? ¿Todo tranquilo? —preguntó, tratando de ocultar su impaciencia por ir en busca de Juliana.

—Todo va bien. La temporada esta en su máximo esplendor, Londres esta abarrotado de gente, y no me alcanzan los dedos de las manos para contar las fiestas que se celebran por semana, mire usted. Tantas cosas han pasado durante su ausencia, señor —había comenzado con su cháchara, y nada la detendría—. Los marqueses de Shelffold han sido padres, ¡y nada mas y nada menos que de trillizos! La gente no lo podía creer, no se como una mujer tan menudita como es Valeria haya podido guardarse en el vientre tres niños, ¡que cosas raras hay en la vida!

—Es verdad —alcanzó a decir Nicolas.

—Ya ve como esta todo aquí, señor; reluciente. He tenido que contratar a dos nuevas criadas para reemplazar a dos que perdimos. Una se casó y se fue a formar su familia al campo, que Dios los bendiga; y la otra... Yo no quiero hablar mal de la gente, y una no es nadie para andar juzgando, pero la pobre muchacha quedó embarazada y ni siquiera sabía quien era el padre de su hijo, una lástima para una muchacha tan joven la verdad...

“¡No sabe como han aumentado los precios en el mercado! Cada vez salen más caras las verduras, pienso que deberíamos tener una pequeña huerta en el patio trasero, y comenzar a cultivar nuestras propias hortalizas, eso sería muy conveniente. A uno ya no le alcanza con el dinero que tiene, siempre se necesita más.

—Arreglaremos eso luego...

—También han llegado unos hombres preguntando por usted —continuó Ana, sin percatarse siquiera de que Nicolas había hablado—. Creo que querían saber algo sobre los caballos, les di su dirección para que le escribieran, así que supongo que ya debe saberlo. ¡Ah! También hemos tenido boda, sí, claro que sí. La pequeña hija del duque de Bennington, aquel al que le vendió caballos la última vez que vino ¿recuerda?, por fin se ha casado con su prometido el conde de Hamilton. Dicen que fue una boda muy bonita, pero claro, ese compromiso venía desde hace tiempo, y era muy favorecedor para las dos familias. Era lo que tenía que ser. Ella la hija de un duque, y el, un conde que apenas está estrenando su puesto...

Las palabras de la mujer habían dejado de sonar en los oídos de Nicolas. Todo se reducía a una sola cosa.

Juliana se había casado.

No lo había esperado.

Él le había jurado amor, y ella se había casado con otro a la menor oportunidad, maldita sea. La ira comenzaba a bullir en su interior, y sentía un calor abrasante que inundaba su cuerpo.

A lo lejos, oía a Ana que seguía parlotando, pero no escuchaba ni una sola palabra de lo que la pobre cocinera decía.

Era todo irracional para él.

Tenía planes, planes para una vida junto a Juliana; planes para formar una familia con ella y que fueran felices para siempre.

Pero claro, un simple comerciante de caballos no era lo suficientemente bueno para la hija de un duque. Seguramente al recuperar la memoria se había dado cuenta de ello, y había corrido a los brazos de su antiguo amor.

Pero ella estaba enamorada de él, Nicolas no tenía dudas. Se había entregado a él sin reservas, y le había dado todo de sí con una fuerza y una pasión sin límites, no podía estar enamorada del hombre con el que estaba casada.

Sus brazos cayeron a los costados de su cuerpo, y sus manos formaron dos grandes puños apretados, que hacían resaltar las venas azules.

—...entonces yo le había preguntado que porque el vidrio no se podía cambiar con mayor rapidez, y el muy descarado me dijo que porque no tenían reservas. ¡Menudo descarado! ¿Quién se cree él para negarme un simple vidrio, cuando le estoy pagando más de lo que vale? No se...

—Ana —le dijo. Al ver que la mujer no hacía el menor gesto de detener su historia, decidió levantar un poco más la voz—. ¡Ana!

—¿Si señor? Ay perdone, seguramente he empezado a hablar demasiado, como siempre. Solamente intentaba ponerlo al tanto de todo lo que ha sucedido en su ausencia. ¿Desea algo? Quizás quiere que le prepare algo para comer, o prefiere tomar un baño, debe estar cansado del viaje...

—Solamente quiero una botella de wisky y un vaso. Voy a estar en mi habitación.

—Por supuesto señor, enseguida se la subo yo misma...

Ana siguió hablando, pero Nicolas comenzó a subir las escaleras sin prestarle atención alguna.

Su cabeza daba vueltas, y todo giraba en torno a un mismo tema.

Pensó que al venir a Londres, por fin podría terminar con esto que lo torturaba desde que se había ido hacia ya más de dos meses atrás; que por fin podría ser feliz junto a la mujer que amaba; pero todo había cambiado en cuestión de segundos.

¡Maldita! ¡Las mujeres eran todas unas malditas! No debería haberse enamorado de Juliana jamás.

Malditos también los bandidos que le habían abierto esa horrible herida, que era la causante de su tardanza. Había luchado una batalla ardua contra la muerte, y había salido vencedor, pero había llevado demasiado tiempo ganarla.

Entró a su habitación, y sacándose la camisa, la tiró hecha un bollo en un rincón. Pasó las yemas de los dedos por la cicatriz que le adornaba el pecho, y maldijo entre dientes contra los bandidos y contra sí mismo.

Se acercó a la ventana con paso lento, y vio como el atardecer teñía las calles londinenses.

Ana golpeó suavemente la puerta, y ante la ruda respuesta de Nicolas, dejó sigilosamente la bandeja que llevaba en las manos sobre la mesita que había en la habitación, y salió apurada, cerrando la puerta suavemente detrás de si.

A la mañana siguiente, la botella de wisky descansaba vacía en el suelo, en un rincón de la habitación; y Nicolas cabeceaba inconsciente sobre un sillón de cuero negro.

El wisky había logrado calmar sus penas.

¡Ese si que era un buen amigo!

CAPITULO L

La mansión de los marqueses de Shelffold estaba atestada a rebosar de elegantes invitados.

Una semana después de su llegada, Nicolas había sido invitado a numerosos eventos. Éste era el primero al que asistiría.

El duelo por Juliana había terminado, ahora estaba decidido a tratar de olvidarla. Por más que ella le hubiera roto el corazón, no lo sabría jamás. El era un hombre duro, y se armaría con una coraza impenetrable que a nadie le permitiera ver sus sentimientos.

Esta noche, vestido con sus mejores galas estaba absolutamente encantador.

El traje negro se entallaba perfectamente a su figura, haciendo resaltar sus músculos, y la blanca camisa que llevaba debajo hacía resaltar el bronceado de su piel. El cabello negro iba cuidadosamente peinado bajo su sombrero de copa, sin embargo algunos rebeldes mechones caían sobre sus ojos, atrayendo la atención hacia los grises faroles, que brillaban a la luz de las velas.

Era la masculinidad perfectamente personificada, y atraía las miradas de todas las damas presentes en el salón; por no decir que se robaba más de un sonoro suspiro.

Él charlaba despreocupadamente con los anfitriones, ajeno a los susurros y chismorreos sobre su persona.

Ninguna de las damas presentes le llamaba la atención. Todas parecían insulsas y vacías, todas iguales con sus vestidos de colores pastel; ninguna tenía la chispa y la vivacidad que habían caracterizado a Juliana desde el primer momento en que la había conocido.

La conversación que estaba teniendo tocaba temas superficiales, como el clima y por supuesto, los caballos. Nicolas estaba harto de hablar de ellos.

Excusándose educadamente se retiró hacia el otro extremo del salón, donde cogió una copa de champaña de una bandeja que llevaba un moreno criado vestido con una elegante librea. Divisó a un antiguo conocido, y se acercó para charlar con él, sabiendo que podrían tratar temas más profundos que las hermosas tardes de calor que engalanaban a la ciudad de Londres.

Estaban enzarzados en una discusión sobre si convenía mas comprar una casa en la ciudad misma, o en el campo, cuando Nicolas sintió un suave

cosquilleo en la columna vertebral.

Sabía a que se debía.

Con parcimonia, se giró hacia la entrada del salón, bebiendo de un trago el líquido ambarino y burbujeante que le quedaba en la copa.

Allí estaba ella.

Parecía un ángel caído del cielo.

El vestido color bermellón que llevaba la hacía resaltar del resto de las mujeres, haciéndolas parecer a todas vulgares. El atrevido escote dejaba al descubierto gran parte de sus pechos, y la nívea porción de piel que podía apreciarse, iba adornada con rubíes.

El cabello estaba arreglado en lo alto de la cabeza, dejando caer dorados tirabuzones en cascada, formando un moderno peinado.

Era la perfección en pinta, y Nicolas sintió un tirón en el pecho.

Nostalgia. Ira. Despecho.

Celos.

Sobre todo celos. La hermosa vista de Juliana quedó arruinada en segundos, al ver al hombre que la llevaba del brazo.

El hombre rubio y algo entrado en carnes que la acompañaba, era claramente su marido. Posaba su mano posesivamente sobre el brazo de Juliana, y la guiaba por el salón a través del tumulto.

Ella sonreía e intercambiaba palabras con la gente, irradiando luz y belleza a su alrededor.

¡Maldita fuera! ¿Por qué tenía que estar justo ahí, en el mismo lugar que él, con la misma gente con la que el estaba compartiendo, respirando el mismo aire? Era un castigo tener que soportar ver que otro hombre la tocaba, pensar que otro hombre la besaba; pensar que otro hombre la poseía todas las noches...

Tan sumido en sus pensamientos estaba, que apenas sintió la mano que le tocó el hombro para que se volviera. El hombre con el que charlaba minutos antes, señalaba ahora a la pareja felizmente casada que se había acercado a saludarlos.

—Señor Duncan, quiero presentarles al conde de Hamilton y a su flamante esposa.

—Sus excelencias —dijo Nicolas secamente, haciendo una breve reverencia.

—Un placer conocerlo señor Duncan, me han hablado de usted, tiene mucha fama aquí en Londres por sus caballos. Estoy pensando en adquirir

una tropilla de un pelo, de la mejor calidad; luego podríamos arreglarlo. Además me gustaría regalarle uno a mi esposa.

—Por supuesto —respondió Nicolas, mirando a Juliana sin expresión alguna—. ¿Tiene alguna preferencia, milady?

—Prefiero las yeguas lozanas —fue la seca respuesta de ella—. Querido, vamos a saludar a mi amiga Charlotte, luego puedes arreglar con el señor Duncan estos asuntos. Hasta luego —terminó diciendo, medio arrastrando a su esposo hacia el otro extremo del salón.

Nicolas no pudo creer lo que vio. Esa no era su Juliana. La frialdad en sus ojos azules lo desconcertaba. Eran los mismos que él conocía, pero habían perdido el brillo y la chispa, la profundidad que él tanto había amado.

Ella lo miraba sin emoción alguna, sin dar el menor indicio de amor, siquiera de cariño.

Ni siquiera dio muestras de conocerlo.

Hizo como si fuera un extraño al que se lo presentaban por primera vez, y él le había seguido el juego, maldita sea.

Juliana dio media vuelta y caminó presurosa tratando de contener las lágrimas. No podía creer que acababa de encontrarse con Nicolas, y las únicas palabras que pudieron cruzar fueron vanas y sin sentido alguno.

Su mirada había sido glacial, dejándole claro que no la amaba; que nunca lo había hecho. Había sido una tonta al entregarle su corazón a un hombre como aquel. La frialdad de Nicolas la había herido profundamente, y ahora debería aparentar alegría, y que la estaba pasando en grande en la maldita fiesta, cuando en realidad lo único que deseaba era llorar con todas sus fuerzas.

Pero se había prometido no derramar una lagrima mas por aquel hombre.

Deseaba desaparecer.

De repente se sintió asqueada y aturdida. El tumulto de gente amontonada, y el corsé ajustadísimo que llevaba, le cortaban la respiración. Imaginó que estaría pálida como la luna.

Necesitaba salir de allí.

—Benjamin, voy a salir al patio a tomar algo de aire, me siento un poco mareada.

—¿Estas bien? ¿Quieres que te acompañe? —preguntó su esposo con preocupación.

—No, no. No quiero que te pierdas la fiesta. Búscame algo fresco para beber, saldré solo un minuto.

Y desapareció por las puertas dobles que llevaban al patio inundado de flores.

CAPITULO LI

Varias parejas paseaban bajo los faroles, y ella siguió un sendero un poco mas apartado, buscando soledad.

Necesitada de aire, aspiró una gran bocanada, llenando sus pulmones agitados.

Todo lo que necesitaba olvidar, todo lo que tan mal le había hecho, lo que tanto la lastimaba, ahora volvía a estar frente a sus narices, recordándole lo desdichada que se había llegado a sentir.

Ella quería comenzar una nueva vida, lejos de todo lo que pudiera hacerle mal; lejos del recuerdo del hombre con el que soñaba todas las noches. Lejos de los recuerdos que la hacían mojarse y tocarse desvergonzadamente en la intimidad de su habitación...

Necesitaba olvidar, necesitaba estar lejos de Nicolas para poder vivir sin su recuerdo constante.

Se detuvo frente a un rosal para aspirar el perfume de las flores, y trató de encontrar tranquilidad. Enseguida debería regresar a la fiesta, y soportar con una sonrisa el resto de la velada, sintiendo la imponente presencia de Nicolas en el salón.

Unos pasos a su espalda la hicieron volverse, y la alta figura vestida de negro la miraba con una lacónica sonrisa en los labios.

Allí en las sombras de pronto parecía más grande, y Juliana se sintió insignificante. A pesar de eso, alzo el mentón y lo miró con orgullo, sin dejar traslucir su tristeza.

—Te felicito por tu boda —dijo él, irónicamente.

—Gracias.

—¿Es lo que debía ser no? Lo adecuado para la hija de un duque. De veras te felicito.

—Gracias —volvió a repetir ella.

Él la miraba intensamente, y si no fuera por la oscuridad de la noche, hubiera notado el sonrojo que cubría las mejillas de Juliana.

Se acercó un paso más, y ella se mantuvo firme donde estaba, sin amedrentarse.

El aire parecía cargado de tensión, y cada nervio del cuerpo de Juliana estaba a flor de piel. Notaba los músculos tensos bajo la camisa de Nicolas, y

veía su mandíbula fuertemente apretada.

Quería decirle tantas cosas...

Quería preguntarle porque la había abandonado. Quería gritarle a la cara que era un bastardo por haberla utilizado de aquella manera, por haberla hecho creer que la amaba.

Quería golpearle el pecho con los puños hasta caer rendida, y que él quedara destrozado. Quería arañarle su demasiado apuesto rostro, para demostrarle que ella también tenía el poder de hacer daño.

Quería que la besara.

Deseaba sentirse envuelta por sus brazos. Anhelaba respirar su aliento, sentir sus grandes manos sobre su cuerpo que clamaba por él. Quería que la acariciara como lo había hecho tanto tiempo atrás, haciéndola vibrar con cada roce, llevándola a la cima una y otra vez.

Deseaba que le hiciera el amor de manera salvaje, primitiva; y que estallaran juntos, para caer en la inconciencia del placer; para luego amarse de manera suave y sensual.

Esos pensamientos la hicieron arder, y se sintió húmeda y avergonzada. Era increíble como con la sola presencia de aquel hombre, ella podía enloquecer de esa manera estúpida.

No debía caer en la trampa de sus pensamientos, volvería a lastimarse a si misma. Tenía un marido de quien ocuparse.

Un marido que no le provocaba ni la más mínima excitación.

Alejó todo eso de su cabeza, y se obligó a pensar claramente. Debía volver al salón, Benjamin comenzaría a notar demasiado larga su ausencia.

—Debo entrar, que estés bien Nicolas —le dijo lo mas fríamente que pudo.

Comenzó a caminar por el sendero, y la risa de él la detuvo. Se giró para mirarlo, y lo vio con una mueca de desprecio en el rostro, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Es increíble como en tan poco tiempo —comenzó a decir—, pasaste de no recordar nada de tu pasado y estar enamorada de un simple comerciante, a recordar que eras la hija de un duque y por lo tanto casarte con un conde. Has subido el nivel en poco tiempo querida ¿no lo crees? Te felicito. Es lo que tenía que ser.

Ella quiso replicar, quiso decirle todo lo que se guardaba muy en el fondo, pero él se escabulló rápidamente; dejándola sola en el oscuro sendero.

El calor que sentía minutos antes, ahora había sido reemplazado por un agudo temblor.

Nicolas entró al salón con expresión salvaje, y minutos después se encontraba dentro de su carruaje, de regreso a su casa.

—¡Maldita sea Juliana Bennington! —susurró dentro del oscuro y solitario carruaje, dando un golpe con furia en el cojín.

Se sentía frustrado, enojado.

Todo lo que se había prometido no hacer si algún día se le cruzaba, lo había hecho.

Le había reprochado, maldita sea. Él no podía rebajarse a reprocharle algo a una mujer; no podía dejarle ver que le importaba.

Pero es que la había visto tan hermosa, y todo había regresado a su mente. Todos los recuerdos de Escocia, las noches que compartieron y se entregaron amor.

Recordó la noche en la cabaña, cuando por primera vez había sentido un lazo tan profundo al estar con una mujer.

Esa bruja lo había hechizado, y ahora él ardía en el infierno recordándola.

Recordaba cada curva de su cuerpo, la sedosidad de su piel, el aroma de su cabello. Recordaba como era acariciarla y encenderla; recibir su respuesta salvaje y apasionada... de solo pensarlo ya estaba duro como una piedra.

Una vez en su casa, se encerró en su habitación, y tras quedarse desnudo comenzó a caminar de un lado a otro, con su erección bailoteando al ritmo de sus pasos.

Si se la cruzaba alguna otra vez, se mostraría totalmente frío, aunque eso le costara la vida.

Había visto su mirada fría y sin rastro alguno de emoción, pero sabía que en su interior ella lo amaba; no podía ser de otra manera.

Se dejó caer pesadamente sobre la cama, y trató de borrar todos los pensamientos sobre ella. Pero algo le quedó picando en la memoria. Su marido.

Le había dicho que quería caballos. Pues bien, él le vendería caballos.

Se decidió a esperar a lo sumo una semana la llamada del conde, sino, iría a buscarlo personalmente.

CAPITULO LII

No tuvo que esperar mucho tiempo. A la mañana siguiente, le llegó una nota con un mensajero, que decía que el conde de Hamilton deseaba verlo, y lo invitaba a almorzar en su propiedad.

¿Almorzar? Eso no estaba en sus planes. ¿Tendría que compartir la mesa con Juliana y su marido? ¿O solo almorzarían ellos dos?

El tema le quedó dando vueltas en la cabeza. No quería encontrarse nuevamente con ella, era demasiado agobiante, demasiado doloroso. Pero quien no arriesga no gana, se dijo.

Acudiría al almuerzo, y si era necesario torturar a Juliana con su presencia, lo haría.

Juliana se pasó la noche entera teniendo sueños eróticos con Nicolas. En sus sueños, él la había tomado de todas las formas posibles, y luego se había levantado sudorosa y ardiente.

Y frustrada, porque solo habían sido sueños.

Su marido había ido a su cama luego del baile, pero ella lo había rechazado alegando que estaba indispuesta. Él se había retirado silenciosamente a su habitación, para dormir en su propia cama, lo que para Juliana fue un verdadero alivio.

Por la mañana se había quedado en la cama, disfrutando de su soledad y pensando, recordando.

Benjamin entró a su habitación cuando ella estaba terminando de cambiarse. Se había puesto el vestido más sencillo que encontró entre las primeras prendas de su nuevo guardarropa, un vestido color melocotón adornado con delicados encajes.

Ella lo saludó distraídamente mientras se cepillaba el cabello, y Benjamin la miró de arriba debajo de forma evaluadora.

—No quiero que te pongas ese vestido —le dijo. No era solamente una expresión, era una orden.

—¿Qué tiene de malo mi vestido?

—Vamos a tener un invitado para almorzar —le dijo, dirigiéndose al armario para mirar los demás vestidos y elegir uno él mismo—. Va a venir el hombre que vende los caballos, así que por favor necesito que estés un poco más...acorde a tu situación.

Juliana se había quedado blanca como un papel. ¿Nicolas? ¿Almorzando allí, con ellos? Debía estar teniendo una pesadilla. ¿Cómo soportaría tener que verlo durante todo el almuerzo, escuchar su voz, sentir su mirada sobre ella? Le parecía imposible.

—Está bien —dijo, demostrando un desinterés que ciertamente no sentía—. ¿Cuál escoges, entonces?

—Quiero que te pongas este —le dijo, descolgando un vestido de un intenso azul, con un escote tan profundo que dejaba a la vista gran parte de sus pechos y sus hombros—. Y llama a Ángela para que te arregle el cabello.

—¿Por qué es tan importante para ti que me vista como si fuera a ir a la mas grande de las fiestas, tan solo para un almuerzo con un hombre que vende caballos? No lo entiendo Benjamin.

—Porque eres una condesa, y eres mi esposa. Quiero que lleves las mejores cosas, y quiero exhibir tu belleza ante los demás. Ahora vístete.

Tras decir esto, tiró el vestido sobre la cama y salió de la habitación.

Juliana se sentía como un objeto que su marido quisiera exhibir. Un objeto sin valor que podía desecharse en cualquier momento. Ya le había pasado una vez ¿Por qué no podía volver a pasarle?

Ese pensamiento la hizo sentir insegura, y tras suspirar hondamente para contener el llanto, mandó a llamar a Ángela para que la ayudara a arreglarse.

—Buen día su excelencia, agradezco su invitación —dijo Nicolas, saludando a Benjamin.

—No es nada señor Duncan. Ya sabe porque lo he mandado llamar, quiero que me cuente de su negocio, y sabe que quiero los mejores caballos —contestó Benjamin, dándose aires de grandeza.

—No hay duda de que llamó a la persona adecuada, se lo aseguro.

—¿Le puedo ofrecer algo para tomar? ¿Un wisky? Mientras esperamos a que mi esposa baje.

—Por supuesto.

Ambos se sentaron con sus vasos de wisky en el sofá del salón, hablando sandeces. Nicolas miraba disimuladamente cada tanto la escalera. Se imaginaba que Juliana bajaría por ella en cualquier momento, hasta que por fin la vio.

Bajaba majestuosamente, cual reina en su palacio, con un vestido tan azul que hacía brillar sus ojos aun más. Su peinado complementaba el atuendo perfectamente, con rizos que caían hacia un lado, dejando al descubierto el largo y delicado cuello.

Un cuello digno de ser besado.

Pero lo que mas atrajo su atención fue su escote. Los opulentos pechos se asomaban tentadores por encima, balanceándose al compás de sus movimientos, pareciendo frutas frescas a las que les gustaría hincar el diente.

Sintió un tirón en la entrepierna, y se obligó a levantarse de su asiento, esperando que nadie notara la apremiante erección que comenzaba a formarse.

—Buenos días señor Duncan —saludó ella con voz inocentemente sensual, haciendo una reverencia.

—Buenos días excelencia, un placer volver a verla —le contestó, devorándola con los ojos.

La tensión sexual entre ellos comenzó a hacerse latente, y ambos padecían la situación, pero Benjamin parecía no darse cuenta.

—Bueno, pasemos al comedor. ¿Querida? —dijo, ofreciéndole el brazo a Juliana, y guiándola a través de la sala.

Durante el almuerzo, tuvo lugar una larga conversación sobre negocios y caballos, en la que Juliana casi no pronunció palabra. Tenía los nervios de punta, y se esforzaba por parecer serena y tranquila.

Nicolas no le quitaba los ojos de encima, y su marido ni siquiera se percataba, ya que prestaba toda su atención a la comida y al vino.

Copa tras copa. Una, y otra, y otra más. Sin tregua, sin descanso. Era una costumbre que Juliana estaba comenzando a detestar. Tomaba vino y licores como si en ello le fuera la vida, y se emborrachaba con demasiada frecuencia.

Ahora comenzaba a arrastrar las palabras, y se le nublaba la vista como primeros signos de la inminente embriaguez.

—Querida, podrías mostrarle al señor Duncan el jardín y los alrededores, para que vea que casa magnífica tenemos. Ya hemos hablado lo que teníamos que hablar, y yo iré a tomar una siesta —dijo mientras se levantaba, y caminaba hacia las puertas del comedor tambaleándose ligeramente—. Señor, un placer hacer negocios con usted. Ya nos veremos.

—El placer es mío —dijo Nicolas, al tiempo que Benjamin desaparecía por las puertas dobles.

Se quedaron solos en la mesa, mirándose fijamente, y ninguno atinaba a decir palabra.

CAPITULO LIII

—Supongo que prefieres irte a tu casa ¿no? —preguntó Juliana.

—Supones mal. Quiero que me muestres cada uno de tus jardines, y que presumas de tu riqueza y tu matrimonio —contestó él, sarcásticamente.

Quería burlarse de ella, hacerla sentir incómoda al pedirle esto; pero en realidad, el significado oculto de su petición, que ni él mismo quería aceptar, era poder pasar un rato en compañía de Juliana.

—Muy bien —dijo ella prácticamente, levantándose de su silla—. Si quieres hacer esto mas difícil para todos está bien. Vamos —y comenzó a caminar hacia la puerta, con Nicolas que la seguía de cerca.

Salieron al patio, y comenzaron a caminar por el jardín trasero, dirigiéndose a un pequeño lago. Juliana se mostraba distante, y caminaba admirando el paisaje, tratando de hacer caso omiso de la presencia de Nicolas.

Él en cambio, no le quitaba los ojos de encima, y le hacía correr un suave cosquilleo por todo el cuerpo con su sola mirada.

—Debería ofrecerle mi brazo su excelencia, pero dudo que lo acepte —dijo Nicolas, divertido.

—Pues ahora supone mal usted —le respondió Juliana, acercándose a él y colocando su mano suavemente sobre su brazo.

Caminaron un instante en silencio, sintiendo solamente la presencia del otro, y tratando de no sentirse nerviosos. No había nadie en los alrededores, y solo se escuchaba el trino de los pájaros en la agradable tarde de sol.

Llegaron al lago, y Juliana se soltó de su acompañante para ir a mojar sus manos en la tranquilidad del agua.

La mansión se encontraba en las afueras de Londres, por lo que contaba con demasiado espacio disponible. Estaba rodeada por extensos prados verdes, bosquecillos, y el lago.

Nicolas la miró acuclillada junto al agua, y deseó abalanzarse sobre ella como un lobo hambriento. Su cabello se fundía con la luz del sol, y lanzaba destellos dorados sobre su pálida piel. Era hermosa.

—Este lago provee de peces a la mansión, no se bien qué clase de peces, pero con el tiempo supongo que lo aprenderé.

—Entiendo —respondió Nicolas, tratando de centrar su atención en el lago.

—Vamos a seguir, mas allá hay un bosquecito de pinos realmente encantador —dijo, a medida que se levantaba y volvía al lado de Nicolas.

Siguieron caminando en cómodo silencio, sin que ninguno se sintiera mal por no tener nada que decir.

Se adentraron en el bosque de pinos, y la frescura del aroma invadió todos sus sentidos.

La proximidad con el cuerpo de Juliana se le estaba haciendo insoportable a Nicolas, y se sentía impotente al no poder hacer nada al respecto. La deseaba, pero la deseaba mas allá del deseo carnal, la deseaba en cuerpo y alma, con el corazón.

Se detuvieron al lado del tronco de un viejo pino, y Juliana se recostó sobre él, jugueteando con la corteza del tronco, ajena a todo lo que había a su alrededor.

Nicolas se acercó un paso, y ella no se movió. Le acomodó una guedeja de cabello que caía sobre su rostro, y rozó suavemente su mejilla con el torso de la mano.

—¿Eres feliz Juliana? —le preguntó, en un susurro.

Ella lo miró con sus grandes ojos azules, tratando de no dejar traslucir toda la tristeza que ese hombre le había hecho pasar, tratando de mostrarse fría y serena.

—Lo soy —respondió.

El se acercó otro paso, quedando tan cerca que casi podían rozarse.

—¿Mas feliz de lo que eras conmigo? —se acercó suavemente un poco más, para hablarle al oído— ¿Te estremeces con las caricias de tu marido? ¿Deseas que te haga el amor todas las noches, como lo deseabas conmigo? —deslizó una mano por su cuello, provocándole un estremecimiento de expectación. Comenzó a dejar besos húmedos sobre su oreja, y bajando por su cuello— ¿Puedes decirme que es realmente amor lo que sientes por el?

Juliana se sentía desfallecer. Era lo que tanto soñaba, lo que cada noche la atormentaba; lo que deseaba con toda su alma.

El cosquilleo en su vientre le indicaba que estaba excitada, y podría entregarse a Nicolas sin ningún miramiento, tan solo dejándose llevar por el momento. Lo sentía excitado a él también, bajo las capas de su vestido y el pantalón de él, podía sentir la protuberancia de su erección, y eso la hizo humedecerse aun más.

No debía caer en la tentación que ese diablo moreno suponía, sería demasiado para ella. Él volvería a jugar con sus sentimientos, dejándola abandonada una vez mas, sin remordimiento alguno, y ella quedaría destrozada.

—¿Qué quieres conseguir con esto Nicolas? —le preguntó, apartándose de él bruscamente, y tratando de levantar un muro de hielo entre ellos.

—Tan solo quiero saber si me reemplazaste bien, si encontraste a alguien que te encienda como yo.

—Soy muy feliz con mi matrimonio, tengo todo lo que siempre quise tener, y no necesito que tú vengas a preguntarme cosas que no son de tu incumbencia. Lo nuestro quedó en el pasado, y no quiero volver a hablar nunca de ello. Termina con tu jueguito por favor; véndele los caballos a Benjamin y no vuelvas a aparecer por aquí —le dijo, con voz dura y glacial, dejando salir toda la rabia que había contenido durante tanto tiempo.

Nicolas la miraba fijamente, no podía creer lo que estaba escuchando. Ella era mas fría que un témpano de hielo, y le estaba soltando en la cara el desprecio que sentía por él. Sencillamente lo había matado con simples palabras.

—Claro que tienes todo lo que siempre quisiste. Un marido con titulo nobiliario, una gran mansión, buena posición económica. ¿Qué más te falta? ¿Una docena de rubios hijos corriendo por los jardines? ¿Es ese el paso siguiente Juliana? —le preguntó con rencor.

Ella quería gritar y desaparecer de allí; pronto las lágrimas la cegarían, y ese era un espectáculo que su orgullo no le permitía que Nicolas presenciara.

—El próximo paso en mi vida no te importa, y ciertamente tu no formarás parte de el. ¡Así que por favor déjame en paz! — le gritó, antes de desaparecer corriendo hacia la mansión.

Nicolas se quedó parado mirándola, sintiendo que su corazón se partía en mil pedazos, y a punto de estallar de ira.

Con el puño fuertemente apretado, golpeó el tronco del árbol una, dos, tres veces, hasta que sus nudillos comenzaron a sangrar.

Caminó nuevamente hacia la casa, pero se dirigió directamente al establo para buscar su caballo. No quería ver a nadie más.

Al galope marchó hacia su casa, con la mano aun cubierta de sangre, y una vez allí, organizó todo para partir inmediatamente a Escocia.

CAPITULO LIV

Juliana corrió hasta la casa, y no pudo detener el llanto que la sacudía violentamente. Lloraba con el alma, con todo el dolor que sentía en su corazón. Lloraba de vergüenza, de bronca, de tristeza. Lloraba por la humillación de Nicolas, y lloraba por sentir todavía cosas por él.

Se sentía desgraciada, totalmente deshecha, frustrada. Se había prometido no derramar una sola lágrima mas por ese hombre, y ahora, con unas tontas palabras, él volvía a partir su mundo en dos, dejándola totalmente descolocada.

Lo odiaba por ello.

Entró a su habitación, y se lavó la cara con agua fresca, para calmar sus emociones. No debía dejar que su marido la viera así.

Abrió suavemente la puerta de la habitación de él y lo vio tumbado sobre la cama, roncando sonoramente. Una mueca de dolor cruzó su rostro. Ni siquiera su marido podía darle la contención y el cariño que ella necesitaba.

Volvió a su habitación, y se sentó en un sillón frente a la ventana, mirando el verdor del jardín.

Dejó que su mente vagara sin rumbo, tratando de escapar del momento pasado con Nicolas, pero todos sus pensamientos estaban dirigidos a él.

—¡Que se pudra en el infierno! —murmuró para sí misma.

Todo había sido mejor cuando no podía recordar, así se había sentido completamente feliz, mas allá de la frustración de no saber de su pasado.

Se quedó tumbada en el sillón, y se durmió con dulces recuerdos de Nicolas.

Cuando se despertó, el atardecer ya comenzaba a teñir el cielo con sombras y tonos naranjas. Soñolienta, se estiró en el sofá, asombrada por todo lo que había dormido.

Caminó de nuevo hasta el dormitorio de su marido, y frunció el seño al encontrárselo todavía profundamente dormido.

Se acercó a la cama y le tocó el hombro, moviéndolo suavemente para despertarlo.

—Benjamin despierta, ya casi es la hora de cenar.

—Mmm... —masculló él, girándose hacia ella.

—Vamos levántate, debes prepararte para la cena —volvió a repetirle, tocándole el brazo.

De repente, Benjamin tiró de ella hasta dejarla sobre la cama, y comenzó a acariciarla notablemente excitado. Juliana se mordió el labio inferior, aguantando en silencio las bruscas caricias de su marido.

—He estado soñando contigo —le susurró, todavía con la voz soñolienta —, y ahora aquí te tengo. Compláceme querida.

Le levantó la falda hasta la cintura, y comenzó a tocarle el delicado botón escondido entre sus piernas. No eran como las caricias de Nicolas, que la hacían enloquecer; estas eran caricias demasiado fuertes, sin ritmo, que en realidad no le provocaban ningún placer.

Se colocó encima de ella, y la penetró bruscamente, como había hecho todas las veces que estuvieron juntos, sin preocuparse si a ella le gustaba o le hacía daño.

Besó su rostro con labios húmedos, y el ligero olor a alcohol de su aliento asqueó a Juliana.

Le hizo el amor salvajemente, para luego caer, como siempre, rendido a su lado, incapaz de moverse. Juliana esperó a que la abrazara, o que le dijera algo. Pero nada. Tan solo se tumbó boca arriba, respirando con dificultad, hasta que se hubo calmado. Juliana hizo lo mismo, no sabía que era lo que debía hacer.

Desnudo, se levantó lentamente y caminó hacia el otro extremo de la habitación para mirar por la ventana. Se volvió hacia ella, y Juliana evitó mirar su masculinidad que colgaba inerte entre sus piernas.

—Bueno, ve a cambiarte tú también para la cena y organiza todo. Enseguida bajo.

Era claramente una orden para que se marchara. Con toda la dignidad que pudo, Juliana se acomodó la falda, y caminó hasta su habitación, cerrando la puerta detrás de sí.

Se sentía utilizada, como si fuera un objeto que a su marido le procurara un placer momentáneo, y cuando todo terminaba, se deshacía de ese objeto sin más miramientos.

Benjamin no se preocupaba por ella, por su comodidad o su bienestar. Tan solo la quería como un adorno para su casa y para las fiestas, alguien que poder mostrar y lucir ante todos como la esposa ejemplar.

Y ella se sentía sumamente desgraciada.

En su habitación, se lavó el cuerpo con una esponja humedecida en agua de rosas, y se tomó su tiempo en vestirse nuevamente.

Tan solo anduvo desnuda por la habitación, pensando, tratando de refrescar su mente y su cuerpo con la brisa fresca que entraba por la ventana.

Luego de un rato, eligió un vestido color lavanda, se vistió, y bajó al comedor. Benjamin la estaba esperando, con una expresión de enojo en el rostro.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, visiblemente irritado.

—Me estaba cambiando, ¿no fue eso lo que me dijiste que haga? —le respondió ella, alzando una ceja inquisitivamente.

—Por supuesto, pero también te dije que bajaras a organizar todo y me esperaras aquí. ¿Cuánto tardaste en cambiarte, que he bajado antes que tu? Es tu deber como esposa procurar mi comodidad, así que debías estar aquí antes que yo. Ya lo sabes para la próxima.

—¿Tu tienes que ponerte corsé, enagua, miriñaque, y un vestido con una hilera de interminables botones y cintas? ¿Tienes que peinar tu cabello en un intrincado moño para que yo me sienta orgullosa de tenerte a mi lado? —le preguntó, irritada—. No, no tienes que hacerlo Benjamin. Así que la próxima vez, demórate mas tiempo en tu cuarto si deseas que baje primero que tu, porque sabes el tiempo que lleva vestirse con todas estas ropas complicadas que insistes en que use, aunque no me vea nadie mas que tu.

Benjamin la miró con el ceño fruncido, y una expresión de furia en el rostro, pero se contuvo de replicar, y tan solo dijo:

—Vamos a cenar.

La cena transcurrió en silencio. Con cada copa que Benjamin tomaba, Juliana sentía ganas de vomitar. No era posible que una persona pudiera ingerir tal cantidad de alcohol en una sola comida.

Para el final de la cena, Benjamin cabeceaba en su silla, totalmente borracho, murmurando palabras incongruentes.

—Ayu...ayúdame a ir hasta mi hab...habitación... —decía, entre hipos, arrastrando las palabras.

Juliana se levantó, y sosteniéndolo lo mejor que pudo, lo acompañó hasta su habitación, donde lo dejó semidesnudo y acostado en la cama, totalmente inconsciente.

Nicolas le había preguntado si era realmente feliz. ¿Ella le había dicho que sí? Pues era una tremenda tonta.

CAPITULO LV

Las semanas seguían pasando una tras otra. De fiesta en fiesta, de cena en cena, con Benjamin exigiéndole vestidos cada vez más sofisticados y elaborados.

Ahora, el cumpleaños de Juliana prometía ser el evento más despampanante de la temporada.

Resultaba increíble, que casi hubiera pasado un año de su accidente. Casi un año de su aventura con Nicolas, y casi un año de su dolor.

Nicolas había desaparecido luego de su caminata por el jardín, y no se había vuelto a hablar de él en la casa, y ni siquiera en Londres.

Seguramente había encontrado una nueva amante, y eso lo mantenía lo suficientemente ocupado para no hacerse ver. O quizás había vuelto a Escocia, que era lo más probable.

Y seguramente había vuelto con una amante.

A casi un año de su amorío, Juliana aun pensaba en él constantemente. No lo veía hace unos meses, desde su último y desastroso encuentro, y pensaba que eso era lo mejor. Nicolas la perturbaba con su sola presencia, y ahora se encontraba mas serena y tranquila, pero no menos triste.

Debía alejar esos pensamientos de su cabeza. Esta noche sería su noche. La agasajarían a ella, como lo había hecho el año anterior su padre, pero este año lo haría su marido.

Le había organizado una fastuosa fiesta, por supuesto para lucirla una vez más ante la flor y nata de la sociedad.

El sol estaba entrando en el horizonte, y Juliana se paseaba por su habitación en una delicada bata de seda rosa. Ángela entró sigilosamente, y la saludó haciendo una reverencia.

—¿Está lista para que la ayude a prepararse, su excelencia? —le preguntó, con su voz aguda y juvenil, que Juliana había comenzado a apreciar.

—Si Ángela, busca el vestido, está en el armario.

Ángela sacó del armario un delicado vestido de un color verde esmeralda intenso. Las mangas llegaban hasta sus codos, y estaban adornadas al final por delicados volados de seda transparente.

El otoño había traído algo de frío, pero no lo suficiente, y esas mangas eran ideales para cubrirle los brazos sin llegar a darle calor. El escote era profundo, como tenían la mayoría de sus vestidos de fiesta, dejando asomar por encima la opulencia de sus senos.

Adornó su cuello con un hermoso collar de esmeraldas, y puso en sus orejas unos aros haciendo juego, con la delicada forma de una lagrima.

Ángela le peinó el cabello en un intrincado moño que dejaba caer cientos de rizos sobre su nuca y su espalda, y lo adornó con un broche de esmeraldas y delicadas plumas tornasoladas.

Aplicó algo de carmín en sus labios, y algo de colorete en sus mejillas para ahuyentar su palidez, y quedó conforme con su aspecto.

Bajó al salón, y se dispuso a esperar a que llegaran los invitados.

Uno a uno fueron llegando, colmando el salón de risas y parloteo, transformándolo en un ambiente festivo y feliz.

Benjamin había aprobado su atuendo, y ahora estaba a su lado para recibir a los invitados con ella. Una vez que hubieron llegado todos, se dispersaron por el salón para charlar con la gente.

El duque de Hazzard charlaba alegremente con su yerno, y Juliana se sintió feliz, por ver feliz a su padre.

Se encontraba en medio de una interesante charla con su amiga Charlotte, cuando miró hacia la puerta y lo vio.

Nicolas estaba allí.

Moreno y peligroso como siempre, irresistible. Dejó su sombrero y su capa en la entrada, y avanzó hacia el centro del salón, donde ella se encontraba.

—Su excelencia —le dijo, haciendo una reverencia—. Feliz cumpleaños, no podía perderme el festejo. Como los caballeros no tenemos memoria, las damas no tienen edad, así que no se preocupe, no le preguntaré cuantos años cumple —dijo, a modo de broma.

“Ciertamente que algunos caballeros no tienen memoria, si se ha olvidado de mi a la primera oportunidad”, pensó Juliana para sí.

—Muchas gracias señor Duncan —le contestó ella. Se giró hacia Charlotte, y se dispuso a presentarlos—. Ella es mi buena amiga, Charlotte Sheffield. Él es el señor Duncan, famoso por sus exquisitos caballos.

Charlotte la miró con los ojos entornados, y supo que estaba ante el hombre del que su amiga estaba enamorada.

Ambos hicieron una reverencia, y luego Nicolas habló.

—Encantado milady. Ahora si me disculpan, iré a hablar con su esposo. Con permiso señoras.

Tras hacer una reverencia, desapareció entre la multitud, y Juliana y Charlotte se quedaron mirando su ancha y musculosa espalda.

—Ahora entiendo porque te enamoraste de él —dijo Charlotte, con expresión soñadora.

—Estoy tratando de olvidarlo Charlotte, y ahora él vuelve; a mi casa, y justo en mi fiesta de cumpleaños; para arruinarme la velada.

—Oh querida, estoy segura de que esas no son sus intenciones. Trata de pasarla bien, y no hagas caso de su presencia.

—Lo intentaré amiga, lo intentaré.

La cena transcurrió alegremente, con comida para alimentar a un ejercito completo, y numerosas botellas de champaña de la mejor calidad.

Juliana trataba de ignorar la presencia de Nicolas, pero se le hacía imposible hacer caso omiso de él. Sentía su mirada sobre ella, ardiente, sensual. Se sentía devorada por aquellos ojos grises que la miraban sin disimulo, haciéndole sentir estremecimientos de la cabeza a los pies.

Ese hombre era su tormento.

Al terminar la cena, se dirigieron nuevamente al salón, donde se dio por iniciado el baile. Juliana y Benjamin bailaron la primera pieza en el centro del salón, con toda la gente mirando a su alrededor. Luego otras parejas se les fueron uniendo, y ella bailó con un sinfín de caballeros.

Estaba pasándola bien, y se sentía feliz, pero no estaba preparada para encontrarse a Nicolas cara a cara, invitándola a bailar el siguiente vals.

CAPITULO LVI

Juliana tuvo ganas de que se la tragara la tierra. No deseaba caer en manos de aquel demonio, pues sabía que todos los recuerdos y los sentimientos volverían de golpe a ella.

Aceptó su ofrecimiento, porque ante la mirada atenta de los demás, no le quedaba otra más que aceptar.

Nicolas la envolvió en sus brazos, y comenzó a hacerla girar por el salón. Era un excelente bailarín, y guiaba a Juliana con facilidad.

La mano de él le quemaba en la cintura, y la sintió bajar un poco más. Miró alrededor, pero nadie se había percatado de eso, cada uno se encontraba en su propio mundo.

Siguió bailando, sintiéndose fulminada por la profunda mirada de esos ojos grises que ella tanto había amado. Sintió un sinfín de emociones bullir en su interior, y deseó que Nicolas no hubiera aparecido jamás.

Él se inclinó hacia ella, para hablarle al oído, rozando disimuladamente su mejilla contra la suavidad de la de ella

—Estás hermosa —le susurró. Un susurro ronco y sensual.

Juliana se sintió flaquear, y pensó que las piernas no la sostendrían, pero Nicolas estaba allí, y no la dejaría caer.

—Nicolas, por favor... —murmuró ella, con voz apenas audible para que nadie pudiera oír su ruego.

—¿Sabes que me enloqueces verdad? —Le volvió a susurrar al oído—. Tengo tantas ganas de besarte, de acariciar tu cuerpo. ¿Recuerdas como podías enloquecer, verdad?

—Nicolas... —le suplicó ella, para que callara sus palabras, pero fue en vano.

—Te tumbaría sobre la hierba del jardín y te excitaría hasta el límite, hasta que me rogaras que me detuviera. Luego te haría el amor de manera salvaje, para saciar la lujuria que ambos llevamos dentro. Porque se que aun me deseas ¿no es verdad Juliana?

Ella no podía pronunciar palabra. Solo lo miraba con los ojos agrandados, encendida. El ambiente se había caldeado, y ahora no podía pensar en otra cosa que no fueran las palabras de Nicolas, y las imágenes que ellas suscitaban.

Se imaginó tumbada en la hierba con él, amándose como lo habían hecho tiempo atrás.

—Luego de que saciáramos nuestra pasión primitiva, te volvería a hacer el amor. Esta vez lentamente, de manera sensual, adorando cada curva de tu cuerpo. Te besaría en cada lugar secreto mi amor, donde se que a ti te gusta, donde se que te haría sollozar de placer.

—Nicolas... —volvió a decir ella, visiblemente agitada.

Tenía las mejillas encendidas, y el calor inundaba su cuerpo. Para los demás, eran tan solo dos personas que charlaban normalmente, pero nadie conocía el contenido de la ardiente historia que estaba contando Nicolas a su oído.

Tomándola fuertemente por la cintura, la apretó más contra su cuerpo, mientras giraban por el salón, yendo a parar a una esquina. Aunque la gente seguía a su alrededor, ahora no quedaba a la vista de los demás el oído en el que Nicolas le hablaba a Juliana.

—Se que me deseas Juliana. Se que en este momento debes estar excitada, tanto como lo estoy yo ¿puedes sentirlo? —le preguntó, mientras la apretaba más contra su cuerpo, para que pudiera sentir su erección.

—Si —dijo ella, acalorada, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Con una sonrisa lobuna, Nicolas se inclinó, y pasó su lengua por la oreja de Juliana, suavemente, de manera sensual.

Estaba jugando con fuego.

Juliana sintió oleadas de calor que bajaban por su vientre ante tan íntima caricia, y cayó en la cuenta de que estaban en el salón, en medio de un baile, y que no era prudente que estuvieran tan cerca.

Comenzó a mirar alrededor, nerviosa, y se percató de que nadie se había dado cuenta de eso. Nicolas tenía muy clara la cuestión.

Las últimas notas del vals estaban sonando, y Nicolas la arrastró grácilmente de nuevo hacia el centro del salón, donde terminaron el baile en medio de aplausos.

Ciertamente, había sido el baile más caliente de toda su vida.

Haciendo una reverencia, escapó hacia el otro extremo del salón, a buscar algo que la refrescara, y las relucientes copas de champaña le parecían la mejor opción.

Nicolas se quedó mirándola un momento, y luego se dirigió hacia el patio, a buscar un poco de aire fresco. Ciertamente necesitaba bajar la temperatura de su cuerpo, que se encontraba igual que una pava hirviendo.

Todavía tenía control sobre Juliana, y podía hacerla excitar con apenas simples palabras. La había tenido en sus brazos, y la necesidad de hundirse en ella se había vuelto más poderosa que él. Su cuerpo clamaba por la dulzura de Juliana, por la sedosidad de su piel, por la humedad de su interior.

Todavía la amaba, y luchaba una guerra interior entre el amor, y el desprecio que sentía porque ella lo había cambiado por otro hombre.

Pero estaba seguro que en su interior, Juliana seguía sintiendo cosas por él, seguía amándolo como el primer día.

Aun podía hacerla enloquecer, quería tenerla con él, y que el resto del mundo desapareciera.

En Escocia, había trabajado duro para mantener su mente ocupada y así evitar pensar en ella. Pero por las noches, su cuerpo lo traicionaba, y su recuerdo lo atormentaba. Así que salía a cabalgar, y a la madrugada por fin caía rendido, sin poder pensar en nada, para dormir unas pocas horas y luego volver a empezar otro nuevo día.

Había mantenido correspondencia con Benjamin, por el tema de los caballos, y así se había enterado de la fiesta en honor a Juliana. Su marido le pedía los caballos como regalo para su cumpleaños, y él aprovechó la oportunidad para venir personalmente a disfrutar de la fiesta.

Quería saber hasta donde era capaz de llegar Juliana estando bajo el hechizo de su seducción. Quería saber cuan profundo era su amor por él. Quería saber, más de lo que ya se había demostrado, que efecto causaba aun en ella.

Estaba resuelto. Lo averiguaría.

CAPITULO LVII

Caminó con paso firme hasta las puertas dobles que llevaban al patio, tomando una copa de champaña a su paso; y se quedó parado allí, tan solo observando todo detenidamente.

Varios sirvientes llevaban delicadas bandejas cubiertas de copas, y discretas criadas repartían dulces y masas finas. Observó a una muchacha que se deslizaba por el salón sigilosamente, y que a modo de saludo solo movía la cabeza.

Era perfecta para su misión.

Se acercó a ella y tomó un dulce de su bandejita, regalándole una encantadora sonrisa.

—Necesito que me hagas un pequeño favor —le dijo.

—Si señor, para servirle —le contestó la muchacha, haciendo una graciosa reverencia.

—Su excelencia anda buscando a su esposa, me ha pedido que le diga que la espera arriba en su habitación, pero yo no puedo encontrarla. ¿Podrías buscarla por favor, y decírselo?

—Si señor, enseguida. ¿En la habitación de la señora, o en la del señor? —le preguntó.

De modo que tenían habitaciones separadas, pensó Nicolas. Ciertamente alivio se apoderó de él. Quizás después de todo, no durmieran juntos todas las noches.

Tras pensárselo unos segundos, decidió que la habitación de ella sería mas segura, pues allí ella se sentiría en su lugar.

—En la de ella —le contestó.

—Muy bien, enseguida se lo comunico. Con permiso —terminó diciendo, y tras una breve reverencia, desapareció entre el gentío.

No sería difícil hacer que Juliana acudiera al llamado. Benjamin no se encontraba por ningún lado, seguramente estaba borracho en la sala de juego, gastando su fortuna. Así no existía el problema de que Juliana se lo encontrara antes de acudir a la habitación.

Si eso pasara, su plan se vería truncado, y no habría otra oportunidad como esa.

Ahora solo faltaba una cosa, un detalle muy importante. Encontrar la habitación de Juliana.

Salió al patio trasero y buscó la puerta de la cocina. Un intenso trajín tenía lugar en la estancia, y no le resultó difícil escabullirse por la escalera de servicio sin que nadie lo viera.

Una vez en el piso superior, caminó por los pasillos y corredores, dejándose guiar por su instinto, hasta detenerse frente a una puerta. La abrió suavemente, y asomó apenas la cabeza. El aroma a lavanda característico de Juliana inundó sus fosas nasales, y supo que esa habitación le pertenecía.

Entró a la estancia en penumbras, y observó las siluetas de los muebles a la luz de la luna. Todo era delicado y se encontraba en exquisita armonía.

La gran cama se encontraba perfectamente ordenada, y la mullida alfombra silenciaba sus pasos.

Pensó en prender algunas velas, pero si alguien pasara por allí y viera luz, se le haría extraño; así que decidió dejar la habitación inmersa en las sombras de la noche, y camuflarse en ellas.

Tras recorrer el aposento, descubrió que este se conectaba con un saloncito, el cual a su vez se conectaba con otra habitación; la de Benjamin. Era lógico, pensó con desilusión; él hubiera preferido que Benjamin ni siquiera tuviera acceso a su mujer.

En silencio, llaveó la puerta que comunicaba ambas habitaciones, y en la negra oscuridad, se dispuso a esperarla.

—El señor quiere verla en su habitación, su excelencia —informó la criada cuando la hubo encontrado.

—¿No sabes para que? —preguntó Juliana, confusa.

—No, solo se que allí la espera. ¿Quiere que suba y averigüe que necesita, y luego baje a decírselo a usted?

—No. Voy a subir yo, seguramente solo será cuestión de segundos.

—Muy bien señora, con permiso.

Juliana se asombró ante el mensaje de la criada, ¿para que querría Benjamin encontrarse con ella en la habitación, en medio de plena fiesta, con tanta gente que atender?

Ella no podía descuidar a sus invitados, no podía dejar su lugar de anfitriona. Pero quizás Benjamin tenía algo importante que decirle, o quizás se sentía mal.

O seguramente, y como siempre, estaba borracho como una cuba y necesitaba de su ayuda.

Sintió deseos de quedarse allí, e ignorar el mensaje de su marido, al fin y al cabo, ésta era su fiesta y no tenía porque ocuparse de nadie esta noche. A punto estuvo de hacerlo, pero luego se lo pensó mejor, y decidió que su deber como esposa era más fuerte que una fiesta, y por más que no tolerara algunas actitudes de Benjamin, ella era su mujer y debía comportarse como tal.

Con una sonrisa amable, se excusó con las personas con las que estaba hablando, diciéndoles que debía atender un pequeño asunto, y comenzó a atravesar el salón.

No veía a Benjamin desde hacía unas horas, pero no se había percatado de su ausencia hasta el momento.

Tenía la mente y los sentidos alertas en otra persona, la cual también había desaparecido un momento atrás.

¿Dónde estaría Nicolas? ¿Se habría ido sin despedirse de ella? ¿Habría encontrado una elegante viuda, a la que atrapar en sus redes, y con la que terminar enredado entre sus sábanas?

Seguramente el negro demonio ya había puesto sus ojos en alguien mas, y esos celos infundados llenaban su alma de furia.

Frunciendo el ceño, subió las escaleras tratando de no darle mas vueltas al asunto.

Se detuvo un momento en la baranda del piso superior y miró hacia abajo, a su fiesta. Todos parecían felices, divertidos; había sido todo un éxito. La gente giraba en el salón al ritmo de la música, y la algarabía llenaba la estancia.

Las parejas bailaban en perfecta sintonía, y seguro afuera, bajo las tenues luces de los faroles, más de una persona se confesaría su amor.

Sonrió soñadoramente. Lástima que para ella, aun habían cosas que no podían dejarla ser feliz del todo.

Recorrió el pasillo con paso lento, pesado.

No sabía porque, pero sentía un cosquilleo de expectación por todo el cuerpo. Sentía que algo estaba a punto de suceder, algo que no podía descifrar.

Benjamin no le causaba cosquilleos de ningún tipo ¿Qué podría ser? ¿Sería que aun podía sentir la presencia de Nicolas abajo, en el salón?

Era como un sexto sentido, que la hacía ser plenamente consciente de su presencia, y que la hacía acalorarse terriblemente.

Apoyó la mano en el picaporte de su puerta, con los vellos de la nuca erizados, y sintiendo un fuerte estremecimiento, la abrió despacio.

La habitación se hallaba a oscuras, pero aun así divisó la imponente figura envuelta en las sombras, y sin pensarlo, supo inmediatamente de quien se trataba.

CAPITULO LVIII

Con un rápido movimiento, Nicolas cerró la puerta tras ella, y ambos quedaron iluminados solo por la tenue luz de la luna.

El cabello de Juliana lanzaba destellos plateados, y junto al verde de las esmeraldas, formaba un juego de luces hipnótico.

—¿Nicolas? —dijo ella, sin entender.

—¿Te asombras de verme aquí?

—Yo... Benjamin quería verme aquí —le dijo, confundida, pero comenzando a entender todo.

—Benjamin no sabe ni donde está sentado. Yo quería verte aquí Juliana —le dijo, haciendo énfasis en la palabra YO.

Ella abrió grandemente los ojos para poder descifrar la expresión de su rostro, tratando de acomodar su vista a la falta de luz.

—¿Tu me has mandado a llamar, entonces? —le preguntó, mordiéndose luego la lengua por la obviedad de su pregunta.

—Si —fue la corta respuesta de él.

—¿Para que Nicolas? —le preguntó, con un dejo de tristeza en la voz.

Se encontraban en una habitación a oscuras, con sus cuerpos demasiado cerca. Todo a su alrededor era tentador, y el momento los invitaba a pecar.

La mirada de Nicolas estaba cargada de lujuria, de deseo; y de algo más que ella no sabía interpretar.

Suavemente, Nicolas se acercó mas a ella, acomodándole un bucle que caía sobre su sien. Recostada contra la puerta de la habitación, no tenía por donde escapar.

Ella cerró los ojos ante su contacto, estremeciéndose, sintiendo oleadas de amor y deseo recorrerla de punta a punta.

Nicolas bajó su mano acariciando su rostro, su cuello, deslizándola entre sus pechos y sobre su vientre.

—Nicolas... —se quejó, pero sin fuerzas para detenerlo.

—Shh... —la calló el— ¿No me deseas Juliana? ¿No te estás muriendo por tenerme entre tus brazos, como me estoy muriendo yo? —le dijo, a medida que comenzaba a besarle el rostro delicadamente.

Ella quería gritarle que se detuviera, que no podía, que se debía a otro hombre y había jurado fidelidad. Quería gritarle cuanto sufrió por su culpa,

los días y las noches que lloró por él; pero no pudo.

Alzó el rostro hacia él, y sus labios se encontraron en el más perfecto de los besos. Un beso suave y sensual, cargado de sentimientos, cargado de amor.

Juliana enroscó sus brazos alrededor del cuello de Nicolas, y se acercó más a él, pegándose contra su cuerpo. La pasión comenzaba a desatarse, arrastrándolos a ambos hacia el abismo.

La lengua de Nicolas jugueteaba en la boca de Juliana, saboreándola, absorbiendo su aliento que demasiado tiempo había necesitado. Con cada embestida de esa lengua que le hacía perder la razón, Juliana se abandonaba más a las caricias y al placer del momento.

Amaba a ese hombre, nada podría cambiar eso nunca. Allí envuelta entre sus brazos, podía sentirse amada por el también, aunque solo fuera por un instante.

Nicolas besó su mandíbula, y siguió el largo recorrido por su cuello, llegando hasta el prominente valle de sus pechos.

Liberó uno por encima del escote y lo besó con avidez, chupando el enhiesto pezón como si de la más dulce de las frutas se tratara. Juliana jadeaba entrecortadamente, aforrándose a él como si fuera la última cosa sobre la tierra.

Se sentía ardiente, mojada, lista para él.

Como adivinando sus pensamientos, Nicolas deslizó la mano hasta el borde del vestido, y la metió por debajo acariciando sus piernas, hasta llegar al delicioso lugar oculto. Acarició su capullo con adoración, sintiendo los espasmos que anunciaban la próxima llegada del orgasmo. Juliana estaba excitada hasta la locura, mojada, y apretada en su interior.

El tomó una mano de ella y la llevó hasta ese lugar, haciendo que ella misma se tocara.

—¿Ves como estás, sientes la lujuria que yo siento? —le preguntó, en un ronco susurro.

—Nicolas... —dijo ella ahogadamente.

Luego, con movimientos lentos, llevó esa misma mano hasta su abultada entrepierna, y ella lo acarició ávidamente.

—¿Ves como me siento mi amor? Nadie ha podido nunca hacerme sentir así.

Volvió a besarla, devorando su boca salvajemente, mordiendo sus labios, haciéndola gemir.

Se separó un poco, y ambos respiraron con dificultad, mezclando sus alientos.

—Dime que es lo que quieres Juliana. Si quieres que me detenga, aunque me cueste la vida te juro que me detendré —le dijo, mirándola a los ojos.

—Quiero que me hagas el amor —fue toda la respuesta de ella.

No necesitó más.

Con un rápido movimiento se desprendió el pantalón y se apretó contra ella. No había tiempo de nada mas, era el momento; allí y ahora.

Juliana levantó una pierna y rodeó la cadera de Nicolas, acercando su pubis a él. Con un rápido movimiento se hundió en ella, arrancando gemidos de su garganta, haciéndola vibrar.

La tomó por las nalgas y la levantó del suelo, haciendo que ella lo rodeara con ambas piernas, y allí contra la pared, emprendieron la salvaje carrera hacia la liberación.

Sus cuerpos se encontraban sedientos, separados por las capas de tela del vestido, pero unidos profundamente por algo más que la unión carnal.

Se amaron sin reservas, y sus bocas no se despegaron ni un instante. Juliana gemía y sollozaba, y Nicolas la aferraba fuertemente contra su cuerpo, deseando que el momento no se terminara jamás.

Llegaron juntos a la cumbre, y se dejaron arrastrar por el éxtasis, con los rostros perlados de gotas de sudor.

Se quedaron un momento abrazados, sin decir palabra. Ninguno sabía que decir.

Juliana se separó de él, y lo miró a los ojos un instante. Luego abrió la boca, tratando de decir algo coherente.

—Nicolas...yo... Debo regresar al salón, la gente notará mi ausencia —fue lo único que pudo decir.

Quería decirle que lo amaba, que para ella nunca había existido otro amor. Quería reclamarle su abandono, echarle a la cara tantas horas de llanto y sufrimiento. Pero contuvo su impulso, por temor de quedar como una tonta, y se calló.

Con la mandíbula apretada, Nicolas la miraba fijamente a los ojos. La desolación que había visto en los azules ojos de Juliana había desaparecido. Ahora, volvían a ser del azul tormentoso de antes, y a tener la profundidad y la chispa que él amaba.

—Claro —le contestó, sin saber que decir. Quería decirle tantas cosas, pero ella no le daba lugar.

Sin decir nada mas, salió de la habitación, dejándola sola con las sensaciones que aun recorrían su cuerpo.

CAPITULO LIX

Sola en la habitación se sintió vacía. El calor que le había dado el cuerpo de Nicolas, ahora era reemplazado por un sudor frío, que la hacía estremecer.

Se rodeó con los brazos, apretando su cuerpo para infundirse valor, para no llorar.

Le había vuelto a entregar su alma a él, y él había vuelto a partir sin mirar atrás. No debía desmoronarse, ella quiso que eso pasara, no había puesto objeciones, casi le había rogado que le hiciera el amor.

Temblando, se acercó al espejo, y se arregló lo mejor que pudo. Su vestido estaba arrugado, y el escote absolutamente desacomodado, con su pecho todavía libre sobre él.

Sus ojos estaban chispeantes, y sus mejillas sonrosadas por el momento vivido minutos atrás.

Se preguntó que pasaría ahora. ¿Volvería Nicolas a Escocia, y se olvidaría completamente de ella? ¿Dejaría de atormentarla, de hacerla desear más?

¿Dejaría de soñarlo, de sentirlo, de amarlo?

Nunca.

Le dio unos últimos toques a su desalineado peinado, y se decidió a bajar nuevamente al salón.

La fiesta debía continuar.

Bajó majestuosamente las escaleras, y se adentró en el tumulto nuevamente. Algunos invitados comenzaban a irse, y ella los despidió con toda amabilidad, cumpliendo su papel de anfitriona perfectamente.

Benjamin no aparecía por ningún lado, y ella debía encargarse de todo sola. No estaba bien que su marido la abandonara a la buena de Dios, sin decirle siquiera donde se encontraba.

Charlotte le hizo señas desde el otro extremo del salón, entonces se acercó a su amiga, sonriéndole a una señora mayor al pasar por su lado.

—¿Dónde estabas? —Le preguntó Charlotte, preocupada— Te he buscado hace unos minutos y no pude encontrarte por ningún lado.

—Yo he... —titubeó— He subido a refrescarme un poco, me sentía sofocada —mintió.

—Ah... —le respondió su amiga, poco convencida— Hace bastante calor aquí dentro. ¿Y el señor Duncan? No lo veo hace un buen rato —le dijo, observando atentamente la reacción de Juliana.

—La verdad que yo tampoco lo he visto, desde hace unas cuantas horas ya. Quizás se marchó.

Charlotte era su amiga, y estaba segura de que no juzgaría su comportamiento, que lo entendería; pero no podía confiarle su aventura ni siquiera a ella. Había sido infiel a su marido, y ahora se sentía avergonzada.

Sería un secreto que guardaría para siempre, sin contárselo a nadie jamás, y que nunca se volvería a repetir.

Lo guardaría como un dulce recuerdo de Nicolas, como un recuerdo de un interludio apasionado, en el que se había vuelto a sentir amada por él.

Guardaría el recuerdo, después de todo, como un cierre a la historia de amor vivida con él.

Como una despedida.

Tras unas palabras de disculpa, se alejó de su amiga alegando que debía encargarse del resto de los invitados. Era más fácil huir de las preguntas que enfrentarse a ellas cara a cara.

Era más fácil refugiarse entre gente frívola, que no la conocía lo suficiente, antes que mentir a su amiga, que la conocía mejor que nadie.

Nicolas se paseaba por su habitación. Tenía la cabeza revuelta, los pensamientos fuera de lugar. Había tenido a Juliana nuevamente en sus brazos, y ahora no podía pensar en nada más, ella le había robado la razón.

Su mundo estaba nuevamente patas para arriba. En Escocia había podido encontrar cierto grado de paz, cierta tranquilidad, pero ahora todo volvía a ser como antes.

Volver a sentir el fuego de ella, su pasión, había sido suficiente para traer a su mente todo lo que se había empeñado en olvidar. Ahora todo el amor estaba de vuelta dentro de él, más fuerte que nunca, haciéndolo enloquecer.

No podía quedarse de brazos cruzados, amaba a esa mujer, y estaba seguro de que ella lo amaba también.

Entonces ¿Por qué había ignorado su carta? ¿Por qué no lo había esperado, y se había casado con otro? Quizás su padre la obligó, pero no lo creía posible, el duque era un hombre razonable, y amaba demasiado a su hija como para obligarla a hacer algo en contra de su voluntad.

Debía averiguar la razón que había detrás de todo esto, sencillamente se le hacía muy extraño que Juliana se hubiera casado con otro, amándolo a él

tanto como lo amaba.

Su viaje a Londres sería breve, tan solo había hecho el largo trayecto para venir al cumpleaños de Juliana.

Por la mañana debía volver a Escocia, y terminar de preparar el encargo de Benjamin, para poder traérselo personalmente y terminar con ese asunto de una vez por todas.

No sabía que hacer. Su corazón le decía que debía buscar a Juliana y huir con ella, lejos, donde por fin pudieran ser felices. Pero su cabeza le decía que no podía hacerle eso. Su reputación y la de su familia, y la de la familia de su marido quedarían destruidas; y además, no estaba seguro de si ella aceptaría.

Si se había casado con otro hombre ¿Por qué querría huir con el? ¿Justo con él, que era a quien había reemplazado?

¿Cómo lograría recuperar a la mujer que le había robado el corazón? ¿O, en el peor de los casos, como lograría olvidarse de ella, y seguir adelante con su vida sin mirar nunca mas atrás?

No lo sabía, y pensó que quizás no lo sabría nunca.

En estos momentos, nada tenía sentido.

CAPITULO LX

Cuando el último invitado abandonó la mansión, Juliana suspiró aliviada. Le gustaban las fiestas, pero esta en particular se le había hecho muy agotadora, tanto física como emocionalmente. En cuanto a lo último, se sentía destruida.

Todos se habían marchado ¿Cómo era posible que Benjamin todavía no apareciera? El enfado comenzaba a inundarla, junto con una sensación de frustración, con la que ya estaba aprendiendo a convivir.

Los criados comenzaban a limpiar y acomodar todo, pues la casa era un caos. Había copas y servilletas desparramadas por doquier, en todas las mesas, mesitas, y estantes disponibles. Restos de dulces y masas finas también descansaban en algunas bandejas, y algunas colillas de cigarros adornaban el patio.

Todos los criados lucían agotados, habían trabajado toda la noche sin descanso, y pronto despuntaría el alba.

—Pueden limpiar todo por la mañana —les dijo, compadeciéndose—. Ahora nadie va a verlo, y ustedes necesitan descansar.

Todos se unieron en un coro de agradecimientos, y comenzaron a retirarse discretamente.

—¿Alguien ha visto a mi marido? —preguntó, antes de que todos huyeran hacia sus habitaciones.

—Su excelencia está en la sala de juego milady —le contestó un muchacho rubio y flacucho—. Creo que está dormido. ¿Necesita que lo lleve a su habitación?

—No gracias, solo necesitaba saber donde está. Yo me ocuparé.

Una cosa era ver a su marido borracho y tirado por ahí. Otra muy distinta, era tener que soportar la vergüenza de que un criado viera todo el esfuerzo que ella tenía que hacer para llevarlo a su habitación.

Benjamin no debía comportarse así. Él, como dueño y señor de su casa, como conde de Hamilton, debía hacerse respetar por los demás, no pasar semejantes papelones.

La obligaba a ella a ser un ejemplo de elegancia y distinción, a comportarse lo mas delicadamente posible, a demostrarle a la gente lo buena condesa que podía ser; y él no hacía nada de eso.

Se dirigió a la sala de juego cansinamente, y desplomado sobre una silla yacía Benjamin, con una botella de vino en la mano, y la corbata desanudada.

Le daba pena verlo así, la bebida se estaba convirtiendo en una enfermedad para él, y ella no podía hacer nada para ayudarlo.

—Benjamin —le susurró—, déjame que te ayude a ir hasta tu habitación.

—Aquí estoy bien, la silla está tan cómoda... —balbució con lengua de trapo, y Juliana apenas pudo entender sus palabras.

—Debes ir a la cama Benjamin, debes descansar.

—¡Vamos, pues! —le dijo entre hipidos, levantándose con un terrible tambaleo.

Juliana cruzó un brazo de él sobre sus hombros, y así caminaron, medio sosteniéndolo. Su peso se le hacía excesivo, pero se tragó todas las molestias, e hizo un esfuerzo inmenso para llegar hasta la habitación sin caer de rodillas.

—Llegamos —le dijo—. Ve y acuéstate en la cama.

Benjamin se dejó caer sin objeciones, y Juliana cayó en la cuenta de que nuevamente debería ocuparse de desvestirlo.

Una vez que lo dejó casi desnudo, lo tapó con la manta y salió de la habitación. Esa rutina se estaba convirtiendo en una parte de su vida que aborrecía.

Quiso ir hasta su habitación por la puerta que las comunicaba, pero descubrió que la puerta que daba al saloncito estaba cerrada con llave. Le pareció extraño, ya que ella no la había cerrado así.

Recorrió el rodeo por el pasillo y entró por allí, y fue a fijarse intrigada que era lo que sucedía.

La puerta estaba cerrada con llave desde adentro, y frunciendo el seño, comenzó a pensar en que momento pudo haberla cerrado así. Llegó a la conclusión de que no lo había hecho, y pensó que quizás Ángela hubiera sido, pero también le parecía poco probable.

Su mente se iluminó de golpe, y cayó en la cuenta de quien era el autor de esa obra. Nicolas.

El demonio había pensado en todos los detalles, hasta en eso, que a ella ni siquiera se le había pasado por la cabeza mientras él la tenía aprisionada contra la pared.

Había sido una buena idea, ya que si Benjamin hubiera llegado a entrar por ahí, hubiera sido un completo desastre.

Volvió a liberar la puerta, ya que a Benjamin se le haría raro encontrarla cerrada, y se dispuso a acostarse.

Se desvistió sola, sin molestar a Ángela para que la ayudara, y desnuda se metió en la cama. No se puso el camisón, necesitaba disfrutar de su sensualidad. Nicolas le había devuelto el deseo, y ahora se sentía hermosa.

Recordó cada momento de su encuentro con él, y se durmió profundamente con una sonrisa en los labios.

Los gritos de Benjamin la levantaron bastante temprano, podía oírlo a través de las paredes, y parecía enfadado.

—¡Pero maldita mujer, esto es espantoso! ¡Necesito algo que me saque la resaca no el aliento! —gritaba, seguramente a alguna criada.

Se levantó de un salto y se envolvió en una bata abrigada, pues el día había comenzado bastante fresco. Fue hasta la habitación de su marido para descubrir la razón de sus quejas, y lo encontró con el rostro colorado, apretándose las sienes con los dedos.

—¡Ahí estas! —Le gritó a Juliana— ¿Dónde diablos estabas? ¡Yo aquí sufriendo y tu no apareces por ningún lado!

—Estaba durmiendo Benjamin —le contestó, irritada—. Después de que te subí anoche yo sola por las escaleras y te acosté aquí, necesitaba un buen descanso.

—¡Que me importa tu descanso! ¡Necesito que me consigas algo para el dolor, mi cabeza me está matando!

—Eso es lo que pasa después de una resaca —le contestó ella secamente.

—Alcázame el wisky, solo eso puede ayudarme.

—¡No puedes tomar wisky a esta hora Benjamin, por el amor de Dios! ¡Recién te has levantado!

—Tú no vas a decirme que debo o no hacer. Vas a traerme el wisky, o lo voy a buscar yo.

—Pues vas a buscártelo tu, porque no pienso ayudarte a empeorar tu enfermedad.

—¿Enfermedad? —le pregunto él, pasmado.

—Te estás enfermando con tanta bebida, ya no sabes cuándo parar...

—Tonterías. Soy un hombre, y los hombres sabemos beber. Así que ahora desaparece de aquí, que voy a arreglármelas solo.

—Está bien Benjamin, pero recuerda que estás haciendo las cosas mal —le advirtió, viendo que él se levantaba y tomaba una licorera que había sobre un estante. Luego salió de la habitación rápidamente, sintiéndose insegura estando allí.

—Bah... —dijo él a sus espaldas— Que saben las malditas mujeres.

CAPITULO LXI

Tres semanas después del cumpleaños de Juliana, Nicolas volvía a Londres. Esta vez, desembarcaba de un gran navío aparcado en el puerto, que echaba nubes de un espeso humo negro por su chimenea.

Había hecho el viaje en barco, pues resultaba más cómodo para transportar la gran cantidad de caballos que traía consigo.

El mar le hacía acordar a Juliana; a aquella mañana en la que la había encontrado inconsciente y acariciada por las olas.

Tanto tiempo había pasado desde aquel entonces, y sin embargo a él se le hacía como si fuera ayer.

Su carruaje lo esperaba para llevarlo hasta su casa, tras previas notas que había enviado a sus criados anunciando su pronta llegada, para que tuvieran la casa preparada para él.

Viajó la distancia que separaba al puerto de su casa en silencio, cansado por el rigor del viaje, y pensando en que pronto volvería a verla.

Una vez en su casa, se dirigió directamente a su habitación para evitar que Ana lo tuviera una hora escuchando su parloteo, y allí se aseó a conciencia, y se tiró un rato en la cama para descansar. No pudo dormir, pero trató de relajar sus músculos para poder sentirse mejor.

Por la tarde iría a la casa del conde, ya estaba todo arreglado entre ellos. Pondría fin a ese asunto de una buena vez, y arreglaría su vida como mejor pudiera.

Con Juliana, o sin ella.

Era mediodía, y Juliana se paseaba por la sala nerviosamente. No veía a Benjamin desde la tarde del día anterior; no había acudido a cenar, y tampoco al desayuno de esa mañana. Se le hacía extraño, pues él nunca había desaparecido de tal modo.

Mandó a llamar a un criado, estrujando sus manos con impaciencia. El muchacho entró en la sala y se inclinó en una respetuosa reverencia.

—Su excelencia ¿Me mandó llamar?

—Si —le respondió ella inmediatamente—. Necesito que averigües donde está mi esposo. Búscales en la ciudad, en donde sea.

—¿No tiene una mínima idea de donde pudiera estar milady? —le preguntó el chico, pensando que sería una tarea demasiado difícil buscarlo

por toda la ciudad sin tener una idea previa de donde pudiera encontrarse.

—No, no tengo ni idea. Llévate a varios criados más, y búsqüenlo por todas partes. Pero una vez que lo encuentren, tan solo vengan a decirme donde se encuentra, no le digan nada.

—Muy bien señora —le dijo, dubitativo—. ¿Algo más?

—No, nada más. Dile a la cocinera que puede servir el almuerzo, voy a comer sola.

—Como diga su excelencia. Con su permiso.

Juliana quedó nuevamente sola, y su cabeza siguió dando vueltas. ¿Dónde podría estar Benjamin, para no volver a la casa durante tanto tiempo? ¿Le habría pasado algo? ¿Estaría herido? Seguramente borracho por ahí, pero aun así le preocupaba.

Era su esposa, y por más que no sintiera amor por él, le preocupaba su seguridad.

Nicolas montó su caballo, y emprendió el camino hacia la mansión del conde de Hamilton. Se sentía nervioso, y eso le parecía sumamente tonto. Parecía un chiquillo a punto de ver a la muchachita que le gusta, y él estaba bastante pasado de chiquillo.

Trató de serenarse, y siguió su marcha a un trote tranquilo, sin apresurarse.

Después de un rato de cabalgata, comenzó a divisar las líneas de la mansión a lo lejos en la campiña. Se alzaba imponente en medio de un verde prado adornado de flores y bañado por la luz del sol. Era realmente hermosa.

Una vez que llegó, desmontó en el patio delantero y dejó a su caballo en manos de un viejo mozo de cuadra. Caminó hasta la puerta de entrada, y llamó con el aldabón.

El mayordomo lo atendió a los pocos segundos, y lo hizo pasar al recibidor hasta que alguien viniera a recibirlo.

Un cuarto de hora después, apareció Juliana, envuelta en un exquisito vestido color gris perla, con pequeños botones que lo cerraban hasta debajo de su barbilla.

Tenía una expresión preocupada en el rostro, y lo miraba inquisitivamente.

—¿Nicolas? —le dijo.

—Juliana. No esperaba que me recibieras tú, en realidad vengo a ver a tu marido.

Cuando había otras personas con ellos, se trataban de manera formal, pero cuando se encontraban solos, se trataban como solían hacerlo tanto tiempo atrás. El mayordomo se había retirado, así que se sentían libres de hablar sin ataduras.

—Benjamin no está —le respondió, mirándolo a los ojos.

—¿Puedo esperarlo? Teníamos una cita arreglada.

Se sintió confundida, y se mordió el labio inferior pensando que decir.

—Vamos a mi saloncito, pediré que nos traigan te —le dijo, esperando que se le ocurriera algo.

Se dirigieron a un acogedor saloncito pintado de blanco, donde la luz era abundante, y el aroma a lavanda impregnaba el ambiente.

Nicolas aspiró profundamente apenas entró, y esbozó una sonrisa que encerraba mil recuerdos.

—Lavanda... —le dijo, soñadoramente— La lavanda siempre me hace acordar a ti.

—Es mi aroma favorito —le dijo ella, mientras tomaba asiento en un pequeño sillón.

El se sentó en otro un poco mas alejado, y la miró cariñosamente.

—¿No sabes cuanto pueda llegar a tardar tu marido?

No sabía que decirle, pero en todo caso, no tenía sentido mentirle. Era Nicolas, y podía confiarle lo que pasaba.

—Benjamin no viene a casa desde ayer. No se donde está, mandé a unos cuantos criados a buscarlo —dijo preocupada.

—Entiendo —le respondió el.

—¿Hay algo que yo pueda hacer por ti?

—Venía por el asunto de nuestro negocio. Pero puede esperar. Juliana, quizás no soy el indicado para decírtelo, pero creo que el conde tiene un problema... con la bebida.

—Ya lo se Nicolas, y no se que hacer para ayudarlo —le respondió, frustrada.

Justo cuando él estaba por abrir la boca para responder, un suave golpe en la puerta lo frenó de inmediato.

Un muchacho moreno entró al saloncito, y pidió a Juliana que hablaran a solas.

—Puedes hablar aquí —le dijo Juliana. Era el muchacho al que había mandado a buscar a su marido.

El chico titubeó, pero finalmente se decidió a hablar.

—Encontramos a su excelencia. Estaba en una cantina ubicada en un barrio bajo, totalmente inconsciente por la borrachera. Usted dijo que no le habláramos, pero con los demás decidimos traerlo, no era seguro que lo dejáramos allí.

La expresión de sorpresa de Juliana se mezcló con otra más fuerte de horror, y en sus ojos se reflejaba el dolor que sentía.

—Muy bien, hicieron lo correcto. Súbanlo a su habitación, y llamen al médico para que se encargue de él.

Ella personalmente, no deseaba verlo en esas condiciones.

CAPITULO LXII

— ¿Estás bien? —le preguntó Nicolas preocupado, acercándose a ella.

—En realidad ya no me apetece el te —le dijo, esbozando una triste y débil sonrisa.

—Me lo imaginé. Ven, vamos a dar una vuelta y a tomar un poco de aire. Te hará bien.

—Creo que debería ir a ver a Benjamin...

—No tienes por que hacerlo Juliana. Es tu marido, sí; pero no tienes la obligación de curar todas sus borracheras y de verlo en ese estado lamentable. Deja que el médico se ocupe de él, luego podrás verlo cuando se encuentre mejor.

Ella dudó unos instantes, pero luego se levantó del sillón y alzó los hombros en gesto de impotencia.

—Está bien, creo que lo mejor será salir a despejarme un rato. Gracias por acompañarme.

—Sabes que te acompañaría hasta el fin del mundo Juliana —le dijo él, seriamente—. Vamos.

Salieron al jardín, y comenzaron a caminar en dirección del lago, cada uno sumido en su propio silencio.

Una vez allí, se internaron en el bosquecillo de pinos, como lo habían hecho la vez anterior. Ninguno decía una palabra.

Repentinamente, Nicolas tomó a Juliana por el brazo y la hizo volverse de cara a él.

—¿Qué demonios estamos haciendo Juliana, por el amor de Dios? —le preguntó, mirándola con un gesto de dolor.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella confusa.

—Todo esto. Tu marido borracho, la infeliz vida que llevas con él. Hacernos los que no sucede nada entre nosotros ¿En verdad era esto lo que querías para ti?

—¿Y que querías que hiciera Nicolas? —le preguntó, sintiendo que las lágrimas comenzaban a escocerle los ojos.

—Pensé que me amabas. Me prometiste que me ibas a esperar. Yo podría haberte dado la vida que hubieras deseado. ¿Acaso no me amabas como

decías? ¿Un título estúpido significa tanto para ti, que cambiaste todo mi amor por esta basura?

Juliana sentía que la furia comenzaba a bullir en su interior. ¿Quién se creía Nicolas Duncan para abandonarla, y luego volver a reclamarle lo que no tenía derecho a reclamar?

Trató de refrenar su lengua, pero sentía que las palabras se abalanzaban solas hacia el exterior, luchando por salir. Era hora de que lo pusiera en su lugar.

—¿Crees de verdad que yo quería un título Nicolas Duncan?! —le preguntó, a los gritos— ¿Crees que no te esperé durante días y noches enteras? ¿No sabes cuánto he llorado por ti? ¡Te fuiste a Escocia y no regresaste más, mi vida se convirtió en un infierno por tu culpa!

—Juliana... —trató de calmarla, de hablarle, pero ella estaba demasiado alterada.

—¡No podía comer, no podía dormir! ¡No podía hacer nada por tu maldita culpa! ¿Para que me prometiste regresar Nicolas, si nunca lo hiciste? ¡Creí que te casarías conmigo, pero tu nunca dijiste eso, solo fui una diversión más para ti! —dijo gritando, en medio de un mar de lágrimas— ¿Piensas que no te amaba? ¿Qué no hubiera dado todo por ti? Felizmente me hubiera ido a vivir a una desvencijada cabaña con tal de que hubiera sido contigo, pero tu no quisiste que las cosas fueran así.

<Y lo mas triste Nicolas, es que aun no puedo sacarte de mi cabeza ni de mi corazón; aun sigo enamorada de ti. Y tú vuelves con tus planteos estúpidos, y vuelves a lastimarme una y otra vez ¿para que? —le preguntó, con un infinito dolor en la mirada—. Me casé con Benjamin para evitar que mi vida se fuera al infierno, pensé que así podría haber tenido algo de paz, pero la paz se me escapa...>

—¿Cómo puedes decir que no volví Juliana?

—Me dijiste que volverías en dos semanas. Te esperé más de dos meses y no apareciste Nicolas. Me rompiste el corazón.

Miles de preguntas comenzaron a dar vueltas en la cabeza de Nicolas. Ahora si que no entendía nada, todo estaba hecho un enredo.

—¿Y porque no me esperaste un poco más, como te lo pedí en la carta? —le preguntó.

Ella lo miró confundida, y negó con la cabeza, tratando de despejar su mente.

—¿Qué carta? —le preguntó.

—Te envié una carta, más bien una nota. Allí te explicaba porque no podía volver.

—Nunca recibí ninguna carta Nicolas. No trates de inventar excusas.

—No son excusas Juliana. Mandé a un criado con la nota, ¡y se la entregó a tu mayordomo en sus manos! —le dijo, comenzando a perder el control.

Esto no podía estar pasando, toda su felicidad se había visto truncada, ¿Por qué? ¿Por un simple malentendido?

Juliana se tapó los oídos con las manos, y negaba enfáticamente con la cabeza, como queriendo evitar escuchar las siguientes palabras.

—¡No puedo creerlo Nicolas! ¡No mandaste ninguna carta! —le gritaba, presa de la desesperación, ahogada por un llanto que apenas la dejaba hablar.

Nicolas se acercó a ella y la tomó fuertemente por las muñecas para calmarla, para tenerla quieta. La miró a los ojos, y vio el dolor más profundo que se hubiera podido imaginar ver en su vida.

Los hermosos ojos azules de Juliana estaban velados por lágrimas, y enrojecidos por el rigor del llanto. Ahora emprendía todo. Ahora entendía porque no lo había esperado.

—Mande la carta Juliana. Tenía un buen motivo para no volver —le dijo, tratando de sonar tranquilo—. Me atacaron en el viaje de regreso a Escocia, ¡me hirieron de muerte!

—¡No me hagas esto Nicolas, por favor! —gritaba ella, pidiendo algo que ni siquiera sabía que era.

—¿No quieres creerme? ¿No puedes creer todo esto? —le preguntó, abriendo su camisa de un tirón, haciendo volar algunos botones. La obligó a que lo mirara, y el rostro de ella adquirió un tono pálido como la muerte—. Aquí tienes la prueba. No me creas ahora si no quieres hacerlo, pero debes entender que mi plan nunca fue abandonarte, también te amo todavía.

Juliana observó la gran cicatriz que cruzaba el pecho de Nicolas, y sintió que su vida se terminaba ante esa imagen.

¿Cómo había podido desconfiar de él? ¿Por qué no le habían dado la carta? ¿Acaso su padre no quería que ella se casara con él, y por eso se la había ocultado?

Se sentía terriblemente enferma, destrozada. Con dedos temblorosos, acarició la fea cicatriz que adornaba el pecho de Nicolas, sintiendo un gran vacío interior.

—Yo no sabía... nunca recibí ninguna carta —murmuró.

—Ahora lo sabes, pero es demasiado tarde —le dijo él, cerrando los ojos ante su contacto.

Nada volvería a ser como antes.

—Escápate conmigo Juliana, vayámonos lejos, donde nadie pudiera encontrarnos —le pidió.

—Yo... no puedo... —respondió ella, rompiendo a llorar nuevamente— Hay demasiadas cosas, demasiadas preguntas sin responder... necesito saber Nicolas.

Se paró de puntillas, y lo besó suavemente en los labios. Su boca sabía a sal, por la cantidad de lágrimas derramadas, y sin embargo había sido el beso más dulce que le hubieran dado nunca.

Tras ese gesto, lo miró unos segundos a los ojos; luego pegó media vuelta y comenzó a correr a toda velocidad hacia la casa.

CAPITULO LXIII

Corrió como si fuera lo último que pudiera hacer en su vida. Sentía que sus pulmones explotarían de un momento a otro, y el llanto no la dejaba respirar.

Llegó a la casa y subió corriendo a su habitación, chocando a su paso a una criada que llevaba una pila de sábanas recién lavadas, que cayeron desparramadas por el suelo. Una vez que estuvo en la intimidad de su alcoba, cayó de rodillas, y comenzó a llorar sonoramente, sin poder contenerse.

Le parecía increíble todo lo que había escuchado. Nicolas nunca le había mentido. La amaba, lo había hecho todo el tiempo, nunca quiso abandonarla.

Estuvo al borde de la muerte, y sus pensamientos siempre fueron para ella. Se sentía feliz por esa parte de la historia, pero no podía evitar sentirse deshecha por el resto.

Estaba atada de por vida a un hombre que no amaba, condenada a una vida de infelicidad y dolor. Tenía tantas preguntas. Debía saber que pasó con la carta.

Se levantó de un salto con energías renovadas, y bajó urgente a pedir que le prepararan un coche.

Cuando estuvo listo, se metió dentro y pidió que la llevaran a toda velocidad hacia la mansión Bennington. El viaje se le hizo eterno, y llegó con la falda notoriamente arrugada de tanto estrujarla entre sus manos con nerviosismo.

Cuando llegaron, bajó del coche hecha una fiera, sin esperar la ayuda de nadie para descender. Llamó a la puerta con todas sus fuerzas, y esperó a que el mayordomo apareciera ante ella.

Cuando el hombre la vio, una expresión de sorpresa surcó su rostro.

—Señorita Juliana, buenos días... —le dijo, quedándose con la palabra en la boca cuando Juliana lo atropelló abriéndose paso al interior de la casa.

—¿Dónde está mi padre? —le preguntó, impaciente.

—Su excelencia está en su despacho, si me permite iré a informarlo de su presencia.

—No es necesario, lo informaré yo misma —le respondió, tras lo cual, comenzó a andar hacia el despacho de su padre.

Entró sin golpear, tratando de calmar la ira que bullía en su interior. Su padre levantó la vista del libro que estaba leyendo, mirándola por encima de los anteojos que descansaban sobre el puente de su nariz.

Parecía mas asombrado aun que el mayordomo, y no atinaba que decir.

—Hola cariño —la saludó, levantándose— ¿Sucede algo? —le preguntó, al ver la expresión en el rostro de Juliana.

—¿Cómo pudiste? —le preguntó ella, amargamente.

El duque la miraba con ceño, y no lograba entender a que se refería su hija.

—¿Cómo pude que Juliana, no te entiendo pequeña? ¿Sucede algo con Benjamin?

—No sucede nada con Benjamin. ¿Cómo pudiste ocultarme la carta? Si no querías que me casara con Nicolas solo tenías que decírmelo papá. Me has hecho pasar semanas de amargo dolor...

—Espera un minuto Juliana, no se de que me estás hablando. No te casaste con Nicolas porque él no regresó como había prometido. Yo no te obligué a casarte con Benjamin, bien sabes que ni siquiera quería preguntártelo cuando te veía tan desdichada. Nunca hubiera hecho nada para arruinar tu felicidad —le dijo seriamente—. ¿De que carta me estás hablando?

—De la carta que me mandó Nicolas, donde me explicaba el motivo de su retraso —le dijo, con lágrimas en los ojos.

—No se nada de ninguna carta mi amor...

—¿Entonces que pasó papá? Él me dijo que la dejaron en manos del mayordomo, no pudo esfumarse así como así.

—Vamos a preguntarle a él, estoy seguro que hay una explicación para todo esto —le dijo, tratando de sonar práctico y sereno.

La guió hasta donde se encontraba el mayordomo, y éste los miró interrogativamente, intuyendo que algo extraño sucedía.

—Charles —comenzó su padre—. ¿Hace un tiempo llegó una carta para Juliana?

—Si señor —contestó el mayordomo—. Pero era más bien una nota.

—¿Y porque no me la hiciste llegar Charles? —preguntó Juliana, ya un poco sacada de quicio.

—Señorita, por supuesto que se la hice llegar. Usted no estaba esa mañana, estaba cabalgando creo. Se la di a una criada para que se la alcanzara

cuando usted llegara. Dijo que la dejaría en su habitación, y que le avisaría a usted apenas la viera. ¿No fue así? —le pregunto.

—¿Quién era la muchacha? —preguntó el duque, comenzando a exasperarse.

—Creo que era Stella. La muchacha no trabaja mas aquí, se fue con su familia al campo...

—¡Maldita! —exclamo Juliana.

—Juliana —la reprendió su padre—. Ese no es lenguaje para una dama.

—Te asombrarías del lenguaje que aprendí en este último tiempo. ¿Qué no ves que culpa de ella he echado a perder mi felicidad? —le dijo, con el rostro contraído por el dolor—. ¿Dices que dejó la carta en mi habitación?

—Si señorita, es lo que ella dijo que haría...

Juliana salió disparada como un rayo, y comenzó a correr escaleras arriba hacia su habitación. Si habían dejado la carta allí, seguramente todavía allí se encontraba.

Comenzó a revisar mesas y repisas, los cajones de la cómoda y las mesitas de noche; dentro del armario y sobre los sillones. No había ni rastros de la carta.

Revisó la cama, entre las mantas, entre las almohadas y almohadones. Nada.

Se acuclillo frenéticamente, y comenzó a mirar debajo de la cama. Tanteó con sus manos, pero no había nada sobre la alfombra. Metió su cuerpo un poco más debajo de la cama, y allí la vio.

Aprisionado contra la pata de la cama y la pared estaba el sobre, totalmente oculto al ojo humano. A primera vista, nadie lo hubiera encontrado, pero tras su exhaustiva búsqueda, no le hubiera podido pasar desapercibido.

Lo tomó desesperadamente, raspando sus brazos contra la madera del mueble, ignorando el dolor de las heridas.

Rompió el lacre y sacó rápidamente la nota, sentándose en el suelo para poder leerla.

“Mi querida Juliana:

Lamento mucho no poder haber ido en el tiempo que prometí. Las circunstancias no me lo permitieron, fue un caso de fuerza mayor.

No pienses en ningún momento que te abandoné; pues esa nunca fue mi intención.”

Comenzó a llorar profusamente apenas leyó esa frase. Él no la había abandonado, y ella lo había culpado por eso durante todo este tiempo. Siguió leyendo:

“Sabes que te amo con todo el corazón, y que eres la luz de mi vida, la que le da sentido a cada uno de mis días.

Te prometo que apenas pueda, iré a tu casa a buscarte, y por fin te convertiré en mi esposa, como Dios manda.

Te extraño con locura, anhelo tenerte a mi lado. Por favor sé paciente, y te contaré el motivo de mi retraso.

Te amo. Recuerda, siempre serás mía.

Con amor, Nicolas.”

Ahí estaba el amor que se tenían, reducido a una simple nota olvidada bajo la cama. Se guardó la nota en el corpiño, junto a su corazón, y se quedó sentada allí; mirando el vacío.

CAPITULO LXIV

Así que ahí estaba el quid de la cuestión, pensó Nicolas con amargura una vez que Juliana se hubo marchado. Se quedó parado solo en el patio, tratando de entender todo lo ocurrido.

Le había pedido a Juliana que escapara con él, que tuvieran una vida juntos, lejos de todo lo que les hacía mal, pero ella se había negado. Su honor era más fuerte que su amor por él, y no quería condenar a su familia a eternas especulaciones sobre la conducta de ella.

Lo había intentado, al menos. Lo más importante, era que se había aclarado el malentendido, y pudieron darse cuenta que no había culpa de ninguna de las dos partes. Siempre se habían amado mutuamente, solo que hubieron demasiadas piedras en el camino.

Ahora debería seguir con su vida y dejar este asunto atrás, si le era posible, tal como haría Juliana. Pero en el fondo de sus corazones, ellos siempre se amarían.

Juliana siempre sería suya.

Fue hasta el establo y buscó su caballo. Su visita hasta la mansión Hamilton había resultado un terrible desastre. Había aclarado las cosas con Juliana, por un lado, pero también la había perdido; y por otro lado, ni siquiera pudo cerrar su trato con el conde.

Cabalgó rápidamente hasta su casa en la ciudad, y decidió que dormir un poco sería su mejor opción. No había dormido desde que llegó, y demasiadas cosas lo atormentaban como para poder concentrarse en otros negocios. Se tomaría el resto del día libre; hacer eso una vez en su vida, no mataría a nadie.

Juliana regresó a su casa con pesar. Su cabeza daba vueltas, y no podía pensar en otra cosa que no fuera la carta de Nicolas; y en él por supuesto. En su torbellino de ira, desesperación y dolor, se había marchado dejándolo solo en su casa, y ni siquiera se había percatado de ello. Recién ahora se daba cuenta, y comenzaba a preguntarse que habría hecho el.

Entró a la casa y comenzó a caminar hacia su habitación, con la idea de recostarse un rato para calmar sus emociones, pero otro asunto vino a su mente.

Se había olvidado completamente de Benjamin.

Caminó presurosamente hasta la habitación de su marido, y llamó antes de entrar. La voz de una criada le anunció que podía pasar, y se adentró en la habitación en penumbras.

El médico estaba al lado de la cama, hurgando afanosamente en su maletín, y ni siquiera la saludó cuando entró.

—Ya era hora de que apareciera milady —le dijo, a modo de reproche—. Su marido la necesita, debe estar junto a él.

—Tuve que ocuparme de asuntos urgentes en casa de mi padre —mintió ella, sintiendo rabia por la impertinencia del médico.

—¿Le sucede algo al duque?

—Él está bien —le contesto cortantemente—. ¿Qué tiene mi esposo?

—Por supuesto, una terrible borrachera, aunque me temo que es más que eso. El exceso de bebida está comenzando a dañar algunos órganos de vital importancia, como es el estómago.

—¿Y que remedio tiene para esto?

—Alejarlo del alcohol, naturalmente. El conde no puede seguir ingiriendo bebida, ya que su cuerpo seguirá deteriorándose hasta no soportar más. Es muy importante que lo ayude a superar este obstáculo milady, y haga cuanto esté en su mano para impedir que su excelencia siga bebiendo —terminó, mirándola con aire condenatorio, como si fuera culpa de ella que Benjamin bebiera de tal forma.

—Le aseguro que hago y seguiré haciendo lo posible para ayudar a mi marido señor, pero no puedo hacerme cargo de él cuando está fuera de casa; eso se escapa de mis manos. Ahora si me disculpa, yo seguiré ocupándome de él —espetó, en tono autoritario, y mostrando su porte más orgulloso.

—Muy bien. Ya sabe, nada de alcohol. Por ahora va a dormir por un buen rato, le di una dosis de láudano para que descanse.

—Muchas gracias, y buenas tardes.

—Buenas tardes milady, con su permiso —terminó, haciendo una tonta reverencia.

Cuando el médico abandonó la habitación, Juliana miró a su marido, y no pudo reconocerlo. Ya no era el hombre con el que ella se había casado, era una persona totalmente diferente.

En muy poco tiempo, meses apenas, había engordado considerablemente, y su rostro lucía colorado y rubicundo, incluso dormido. Le dio pena, y sintió verdaderas ganas de ayudarlo, aunque sabía que eso sería una tarea casi imposible.

Aprovechando que tendría un tiempo para ella mientras Benjamin dormía, decidió escabullirse a su habitación y tomar un baño.

Le prepararon una enorme tina llena de agua humeante junto a la ventana, y la esencia de lavanda que ella le había echado, despedía ahora un relajante aroma.

Se sumergió completamente, aguantando bajo el agua la respiración, y luego volvió a salir a la superficie sintiéndose renovada. La calidez del agua lograba calmar su cuerpo adolorido, pero no su mente.

Lavó con cuidado los raspones que la cama había dejado en sus brazos, y se masajeó las sienes en un vano intento por calmar el dolor de cabeza que iba en aumento.

Afuera, la tarde daba paso a la noche, y la luna reemplazaba al sol en el cielo colmado de estrellas. El día se le había pasado volando, y ahora esperaba que la noche pudiera pasársele igual.

Miró la luna por la ventana, pensando en Nicolas, sintiendo que parte de su vida estaba con él. Y así sería siempre.

En la ciudad de Londres, Nicolas miraba la misma luna por la ventana de su habitación, con una copa de brandy en la mano. Pensaba en Juliana, y en cual sería el paso a seguir.

Por el momento, aun debía cerrar su negocio con Benjamin, así que eso le dejaría varios días en la ciudad. Tendría que encontrar algún entretenimiento, sino se volvería loco.

Visitaría a sus demás clientes, con suerte, lograría sacar provecho de su estadía obligada. Luego regresaría a Escocia, para volver a su vida normal, llena de arduo trabajo que lo dejara sin fuerzas, y agotado hasta para pensar.

CAPITULO LXV

Dos semanas habían pasado ya desde el incidente de Benjamin, y el descubrimiento de la carta. Dos largas semanas, en las que Nicolas había cerrado su trato con el conde, y había hecho miles de negocios más en Londres.

Había terminado todas sus tareas, pero por alguna extraña razón se negaba a regresar a Escocia. En su estadía en la ciudad, había visitado el teatro, la ópera, y numerosas fiestas; buscando algo que pudiera distraer su mente.

Hoy era la última noche que pasaba en la ciudad, y estaba invitado a un baile invernal, organizado por los marqueses de Shelffold. Asistiría un rato, como para hacer la noche mas corta, luego descansaría unas horas y por la mañana regresaría a la tierra que lo vio nacer.

Se vistió con un elegante frac abrigado, se puso guantes de reluciente cuero negro, y marchó rumbo a la mansión de los marqueses.

El salón estaba adornado con gran número de velas dispersadas por todos los rincones, para crear un ambiente soñador, y había bocadillos acomodados en relucientes bandejas de plata sobre las mesas dispuestas para tal fin.

No sería una cena, tan solo un baile, pero los bocadillos y la bebida estaban ahí para calmar los estómagos cansados de tanto bailar. Al fin y al cabo, eran una tentación que nadie podía resistir.

Nicolas llegó solo, y pronto se adentró en el tumulto, comenzando a charlar con personas que conocía. Desde un extremo del salón, sentía que alguien le clavaba la mirada. Se giró varias veces disimuladamente, pero no lograba ver a nadie conocido, sin embargo, la sensación de ser observado aun continuaba allí.

Ya un poco exasperado, se dio la vuelta, con intención de descubrir de una vez al mirón, y desde un rincón, una voluptuosa dama de cabello negro le regaló una sonrisa y levantó su copa a modo de saludo.

Era increíblemente hermosa, con su cabello azabache en contraste con su nivea piel. El vestido negro que llevaba marcaba sus curvas perfectamente, y el valle de sus pechos quedaba al descubierto sobre el escote, que tapaba apenas sus pezones.

Si, era toda una beldad, pero no lograba atrapar a Nicolas; él solo tenía ojos para una mujer. Sin embargo, se acercó a saludarla y cruzar unas palabras con ella.

Al verlo acercarse, la mujer se agacho insinuantemente, disimulando arreglarse un zapato, dejando al descubierto su escote para que Nicolas pudiera regodearse en él.

—¿Está bien su pie milady? —preguntó Nicolas.

—Oh si señor, tan solo ajustaba mi zapato —dijo ella, ampliando la sonrisa.

—Permítame que me presente, soy Nicolas Duncan, para servirla.

—Valery Dupont, viuda del marques Enrique Dupont, para servirlo también señor —le contestó, alzando una ceja en clara insinuación.

—¿Viuda hace poco, no es verdad?

—Hace apenas tres semanas.

—Mi mas sentido pésame —le dijo, sabiendo que ella ni siquiera había sentido la muerte de su marido.

Era increíble que tres semanas después del fallecimiento de su esposo, ella ya se encontrara en un baile, aun vistiendo luto, y ya buscando un nuevo entretenimiento. Las mujeres a veces podían ser unas arpías. Ésta, ciertamente, una arpía con mucho dinero, y eso le servía seguramente en sus conquistas.

Se enzarzaron en una conversación llena de avances y retrocesos; con ella avanzando para poder llevárselo a la cama, y con Nicolas retrocediendo para poder librarse. Ciertamente, no sentía deseos de estar con ninguna otra mujer que no fuera su Juliana, al menos por el momento.

Como si la hubiera atraído con sus pensamientos, en ese momento Juliana atravesaba el salón del brazo de su marido. Se lo veía mas recuperado, pero su cintura estaba cada vez mas ancha, y su cuerpo rechoncho no combinaba para nada con la espectacular mujer esbelta que lo acompañaba.

Atravesaron el tumulto deteniéndose de vez en cuando a charlar con algunas personas; Benjamin a paso lento y un tanto dificultoso, y Juliana con su elegancia natural, cual diosa etérea flotando entre las nubes.

Tras unos minutos de andar por el salón, Juliana pudo divisar la inconfundible figura de Nicolas, lo que le hizo flaquear las rodillas. No lo veía desde ese fatídico día donde todo se había aclarado, y ahora se le hacía más poderoso, más hermoso, más oscuro que nunca.

Se le hacía que lo amaba cada vez más.

Lo volvió a mirar disimuladamente, y esta vez se dio cuenta de que no estaba solo. Una hermosa morena estaba a su lado, coqueteando abiertamente con él, y al parecer, él correspondía a su coqueteo.

Una extraña sensación inundó su cuerpo, y el dolor de estómago comenzó a crecer a pasos agigantados. El calor se hacía cada vez mas intenso a su alrededor, y sentía que no podía prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor.

Celos. Eran lisa y llanamente celos.

Trató de controlarse, y sintió que Benjamin volvía arrastrarla por el salón. Esta vez, se dirigían hacia la última pareja con la que Juliana hubiera deseado hablar; Nicolas y la mujer misteriosa.

Nicolas hablaba tranquilamente con la mujer, pero no quitaba los ojos de encima a Juliana, a medida que se acercaban. Ella hacía lo mismo, mirándolo directamente a los ojos, echando chispas.

Si alguien lo hubiera notado, se habría alejado, pues la furia en la mirada de ella bien podría asustar a cualquiera.

Todos se saludaron con educadas reverencias, y la amabilidad mal disimulada de Juliana hacia la otra mujer, pasó desapercibida para todos, excepto para Nicolas.

Comenzaron a charlar, y unos minutos después, Benjamin cogió una copa que le ofrecía un criado. Juliana lo miró de manera penetrante, y él hizo como si no pasara nada.

Nicolas miró a Juliana con preocupación, y comprendió que a partir de esa copa, comenzaría una larguísima noche para ella.

CAPITULO LXVI

— ¿Qué tal andan los caballos su excelencia? —preguntó Nicolas, tratando de amenizar la incómoda situación que comenzaba a formarse.

—Supongo que bien —le contestó Benjamin, en medio de largos tragos de vino—. La verdad es que no he tenido tiempo de probarlos, he estado ocupado últimamente. Ya habrá ocasión, la vida es larga.

—Claro que si —respondió Nicolas, pensando que si seguía a ese ritmo, su vida no sería tan larga como él pensaba—. ¿Y usted milady, ha tenido tiempo de probar alguno?

—Tampoco, pero estoy segura que son los mejores —le contestó Juliana, recordando a la yegua que había montado en Escocia.

—No lo dude.

—Nicolas, me gustaría que me enseñaras alguno uno de estos días, estoy segura de que son fascinantes —intervino la marquesa Dupont, tuteando a Nicolas sin siquiera pedirle permiso.

—Algún día, señora —contestó secamente él.

Juliana y Nicolas se miraban algo incómodamente, mientras Valery seguía parlotando, y Benjamin se terminaba hasta la última gota de su copa.

—Vamos a seguir circulando querida —dijo de pronto Benjamin—. Creo que necesito algo más de vino, ¡mi garganta está seca! —Anunció, riendo su propia broma—. Un placer encontrarlo Duncan; señora.

—El placer fue nuestro su excelencia —dijo la mujer coquetamente.

Benjamin se despidió con un movimiento de cabeza, y comenzó a caminar nuevamente, llevando a Juliana del codo.

—No deberías beber mas Benjamin, recuerda lo que dijo el médico.

—Bah, que sabe él. Los hombres necesitamos beber de vez en cuando. Una copa más no me hará ningún mal.

Esa próxima copa se transformó rápidamente en demasiadas copas. Benjamin comenzaba a arrastrar las palabras, y a caer en el estupor de la borrachera. Debían salir de la fiesta, antes de que pasaran un papelón.

—Quiero irme a casa Benjamin —mintió Juliana, sabiendo que si le pedía volver por el estado de él, comenzaría la batalla—. No me siento muy bien, tengo jaqueca.

—Pero si estamos en lo mejor de la fiesta querida —le respondió él, sin poder enfocar demasiado bien la vista.

—Por favor, otro día nos quedaremos más tiempo.

—Está bien, siempre lo que las damas digan —le dijo burlonamente, haciendo un ridícula reverencia.

Se dirigían hacia la puerta cuando Nicolas volvió a toparse con ellos. Los miró ceñudamente, cerciorándose siempre de que Juliana estuviera bien.

—¿Ya se va, su excelencia? —preguntó, mirando a Benjamin.

—Si señor, mi esposa no se siente muy bien; una de esas jaquecas milagrosas que le ocurren solo a las mujeres cuando quieren salvarse de algo, ya sabe usted —le dijo, guiñándole un ojo.

—Claro que lo se —respondió Nicolas, aunque con él, Juliana nunca había tenido ninguna jaqueca mágica—. Buenas noches entonces.

—Buenas noches señor, espero que la suya termine mejor que la mía —le contestó mientras se alejaba riendo.

Juliana estaba a punto de seguir su camino, cuando Nicolas le tocó levemente el brazo, haciéndola detenerse.

—¿Te sientes bien? ¿Quieres que los acompañe hasta tu casa? No creo que él pueda ayudarte en caso de que te sientas peor.

—No me sucede nada Nicolas, yo estoy perfectamente. Finjo una migraña para poder llevármelo de aquí antes de que pasemos un papelón, tú sabes como se pone cuando bebe. Lamentablemente, no puede parar.

—Esta bien —le respondió, preocupado—. ¿Necesitas igualmente mi ayuda? Sabes que no me molestaría...

—Gracias Nicolas —lo cortó ella—. Estaré perfectamente, solo quiero irme de aquí.

—Muy bien, si necesitas algo no dudes en llamarme.

—Gracias, buenas noches.

—Buenas noches mi amor —le susurro él suavemente, para que solo ella pudiera oírlo.

Con un leve sonrojo, caminó presurosa hacia afuera, no sin antes volver a mirarlo sobre su hombro.

Todo el trayecto hasta la casa, Benjamin se la pasó haciendo bromas y riendo solo. Estaba de buen humor, pero tenía la mente claramente enturbiada por la bebida, a juzgar por las cosas sin sentido que decía.

Juliana permaneció callada, y de vez en cuando sonreía y asentía con la cabeza, pero siempre ajena a todo lo que su marido iba diciendo. Su mente

volaba nuevamente hacia Nicolas. Hacia Nicolas y la mujer que se encontraba con él, al parecer en íntima relación.

Cuando se detuvieron ante la mansión, Juliana bajó primera ayudada por el cochero, y esperó a que su marido bajara, pero éste seguía sentado en su lugar.

—¿Benjamin?

—Yo no voy a bajar. Me voy a encontrar con unos amigos en la ciudad. No te preocupes por mí y ve a dormir.

—Sabes que no debes seguir bebiendo Benjamin, por favor. Quédate y mañana puedes salir cuando tengas la mente fresca —rogó ella.

—Pero que pesada eres mujer. Yo soy el hombre de la casa, y aquí mando yo. Si te digo que voy a salir, voy a salir, y ni siquiera tienes que preguntarme nada —le dijo, comenzando a perder el control.

—Solo... ten cuidado —le respondió ella, sabiendo que nunca podría retenerlo en la casa.

Él la miró unos instantes, y luego cerró la puerta del coche sin decir palabra. Un minuto después, Benjamin partía rumbo a la ciudad nuevamente.

—¿Supongo que no tendrá inconveniente alguno en llevarme hasta mi casa no?

La voz femenina a su espalda lo sacó de su ensimismamiento. Valery miraba a Nicolas insinuantemente, pero con cierto aire de inocencia.

—Por supuesto que no —le respondió el—. Cuando usted quiera milady.

—Por favor tutéame, llámame Valery, y espero que no te moleste que te llame Nicolas.

—Muy bien Valery, cuando lo desees.

—Lo deseo ahora —le respondió ella, alzando una ceja y mirándolo directamente a los ojos.

CAPITULO LXVII

—Es aquí —dijo Valery, señalando el gran caserón que se alzaba a la izquierda.

Nicolas miró la casa, y no se percató de que Valery se encontraba cada vez más cerca de él. Cuando giró la cabeza, los carnosos labios de la mujer besaron los suyos, y sus pechos rozaron seductoramente su brazo.

—Supongo que puedes quedarte un rato ¿verdad? —le preguntó, casi sin despegar su boca de la de él.

Nicolas la alejó un poco lo más educadamente posible, y la miró seriamente a los ojos.

—No Valery, no puedo, ni deseo quedarme —le dijo, lo mas secamente que pudo.

Ella lo miró con furia incontenible en sus gatunos ojos. El ser rechazada tan abiertamente era una ofensa a su orgullo, una herida que seguramente tardaría en cicatrizar.

Se alejó de golpe, y levantó la barbilla en gesto de superioridad. Inmediatamente se transformo de mujer sensual y persuasiva, a la misma imagen del decoro.

—¿Se cree mucho para mi señor? Entonces buenas noches.

Abrió la puerta del carruaje ella misma, y se bajó sin ninguna ayuda, y sin esperar a que él la escoltara hasta la entrada de la casa. Igualmente, él espero a que ella entrara, para cerciorarse de que estuviera sana y salva, después de todo si le pasaba algo, sería responsabilidad de el.

Una vez que Valery se hubo perdido de vista, retomó su camino rumbo a su casa. El celibato no estaba en sus planes, dado que era un hombre demasiado activamente sexual, pero por ahora no podía pensar en estar con nadie más que con Juliana.

Al menos por un tiempo.

Lo único que quería en este momento, era tirarse sobre la cama y descansar algo, pues el día siguiente sería agotador, y necesitaba reponer fuerzas.

Se levantaría al alba para partir hacia su tierra, que era lo único que deseaba hacer.

En Londres se sentía ahogado, presionado por una fuerza invisible que apenas lo dejaba respirar. Era la idea de Juliana viviendo con otro hombre lo que lo hacía sentirse así, todavía no podía acostumbrarse.

Sin embargo, aquello no cambiaría, y él debería aprender a vivir con eso. En Escocia en cambio, todo resultaba un poco más soportable. Vivía sabiendo que Juliana se encontraba lejos, lejos de su alcance.

Sabía que allí, no podía ni siquiera pensar en ir a buscarla. En Londres, vivía con la tonta idea de raptarla en medio de la noche, y llevársela lejos, sin que ella pudiera objetar.

Así que entre las dos opciones, la de Escocia parecía la mejor; al menos, era la que lo mantendría más cerca de la cordura.

Juliana entró a su casa desolada, triste ante la perspectiva de no poder ayudar a su marido. A pesar de que no lo amaba como una mujer debe amar a su esposo, le tenía cierto cariño, y le partía el corazón verlo en ese estado.

Resolvió que nada podía hacer por él, pues él mismo no se dejaba ayudar, así que decidió tan solo acostarse a dormir.

Antes de subir a su habitación, pasó por la cocina; necesitaba algo para tranquilizarse. Todos los criados dormían ya, así que a la luz tenue de una vela, comenzó a calentar agua para prepararse un te que calmara sus nervios.

Con la taza en una mano, y la vela en la otra, subió las escaleras silenciosamente, para ir a parar a su habitación. No era demasiado tarde, aun podría leer algunos minutos antes de que el sueño se apoderara de ella.

La noche se estaba volviendo terriblemente fría, y la niebla adornaba el exterior, haciendo lucir un paisaje fantasmagórico. Se desnudó rápidamente, y volvió a abrigarse con el camisón y la bata. Se cepilló el cabello a conciencia, hasta dejarlo reluciente, y se lo peinó en una trenza que le llegaba hasta la cintura; de esa forma no se enredaría durante la noche.

Leyó durante algunos minutos mientras tomaba el te. El sabor dulzón del brebaje inundaba su paladar, y pronto las hierbas comenzaron a obrar su magia, haciendo que sus ojos comenzaran a cerrarse.

Dejó el libro sobre la mesita y apagó la vela. Una vez en la oscuridad, no pudo evitar sentirse sola.

A pesar de que había pasado ya más de un año, extrañaba aun el calor del cuerpo de Nicolas durmiendo junto a ella. Extrañaba sus brazos rodeándole la cintura, y su aliento tibio sobre la nuca.

En realidad, extrañaba todo de él.

Con el dulce recuerdo de su amor, logró dormirse rápidamente, sintiendo el ruido de los árboles agitados por el viento.

Era un sonido arrullador.

Unas horas después, dormía profundamente, envuelta en una montaña de mantas que apaciguaban el frío intenso que atacaba a la noche. En medio de su sueño, comenzó a sentir un leve murmullo proveniente del piso inferior, que luego fue aumentando en volumen, y supo que algo sucedía.

Algo atontada, se levantó de la cama, estremeciéndose por el cambio chocante de temperatura. La chimenea estaba encendida, pero no llegaba a calentar completamente la habitación; parecía que el invierno se encontraba en su máximo esplendor.

Caminó presurosa hasta el sillón donde se encontraba su abrigada bata, y se la puso rápidamente, refugiándose en su calor. Se dirigió a la planta baja de forma cautelosa, ya que no sabía exactamente que era lo que sucedía.

Aun era de noche, y afuera, una fina llovizna empapaba el patio. Un revuelo de criados hablaban y exclamaban cosas inentendibles, y la señora Morrison, la cocinera; lloraba profusamente.

Juliana se adentró en el grupo con toda la autoridad que pudo imponer, mirando a unos y otros alternativamente esperando una explicación.

—¿Qué sucede? —preguntó al fin, comprendiendo que nadie iba a hablar a menos que ella preguntara algo.

Todos se miraron entre ellos, y al final, la cocinera fue quien en medio de sollozos habló.

—El duque está muerto.

CAPITULO LXVIII

Juliana abrió los ojos como platos al escuchar esas palabras. Una gran pesadumbre se apoderó de ella, tumbándola en el sillón más cercano.

¿Benjamin muerto? Hace tan solo unas horas había estado con ella ¿y ahora estaba muerto? Le parecía irracional, imposible.

—¿Cómo que está muerto? ¿Benjamin? —logró preguntar, con apenas un hilillo de voz.

—Estos muchachos lo encontraron —dijo la cocinera, señalando a dos muchachos de cabellos mojados que aguardaban parados en el salón.

—Si señora —dijo uno—. Lo encontramos en el club de caballeros Tiffany's, estaba tirado sobre la acera, con un golpe en la cabeza. La gente que deambulaba por allí nos informó que unos minutos antes hubo una terrible pelea...

—Oh Dios mío... —musitó Juliana, mortalmente pálida, con una mano en el corazón.

El muchacho era de aspecto humilde, sus ropas iban remendadas, y sus zapatos tenían uno que otro agujero. Sin embargo parecían honestos y confiables.

—Nos acercamos al hombre tirado en la acera —continuó el muchacho—, y tratamos de encontrar el pulso, pero no sentimos nada. Entre sus ropas encontramos este reloj —le dijo, mostrando un dorado reloj de bolsillo, que Benjamin siempre llevaba con él—. Tiene su nombre, por eso pudimos saber quien era el caballero.

Le extendió el reloj a Juliana, y ella se quedó mirándolo, sin poder moverse. La vida la estaba golpeando nuevamente. ¿Por qué siempre le tocaba sufrir? Aunque no amaba a Benjamin, él era su marido, lo quería, y le dolía perderlo de esa manera.

El chico, al ver que Juliana no se movía, bajó la mano, mirando a las demás personas que se encontraban en la sala inquisitivamente.

—¿Quiere que la ayude a subir hasta su habitación? —preguntó Ángela, preocupada por la palidez de Juliana.

Saliendo poco a poco de su ensimismamiento, Juliana sintió que una lágrima fría resbalaba por su mejilla. Sintiendo de repente que el ambiente se

congelaba cada vez mas, buscó refugio en el calor de su bata, sin encontrar consuelo alguno.

—No —le contestó—. ¿Dónde está ahora mi marido?

—El dueño del club entró el cuerpo, a la espera de que vayan por el —contestó uno de los muchachos.

—Manden a alguien por favor —dijo, dirigiéndose a todos en general—. Yo me encargaré de los preparativos del funeral.

—Debería tratar de dormir un poco más señora —dijo la cocinera, una agradable mujer regordeta que se encontraba profundamente afectada por la muerte de Bejamin.

—No podría pegar un ojo. Prefiero mantener mi mente ocupada.

—Mandaré una bandeja con te a su habitación. Vaya a abrigarse.

—Está bien, muchas gracias. Avísenme si hay alguna novedad.

La conmoción no la dejaba pensar claramente, y lo único que pudo hacer al llegar a su habitación, fue sentarse frente al tocador y observar su imagen en el espejo.

Se sentía triste. A tan corta edad había perdido la memoria, la había recuperado; se había enamorado y perdido a su amor, se había casado, y ahora enviudado.

Era demasiado para tan corto tiempo.

Ángela entró con el te humeante, y la ayudó a vestirse con un oscuro vestido negro. Peinó su cabello en un discreto moño sobre la nuca, y se sintió sombría.

Comenzó a escribir notas para informar de la muerte de su esposo. A su familia, al clérigo, al médico, a Charlotte, y a varios conocidos más.

Con todo el ajetreo de diversos preparativos, el alba despuntaba en el horizonte. El día comenzaba gris, con la fina llovizna que aun bañaba el paisaje. Un día triste, acorde a la situación.

La ceremonia del funeral sería en la capilla de la propiedad, y se lo enterraría en el panteón familiar, junto a sus padres.

La gente comenzó a llegar, y pronto Juliana se vio rodeada de pésames. La capilla se llenó, y su padre no tardó en estar a su lado.

Sostuvo su mano durante toda la ceremonia, y la acompañó también en el entierro, dándole su apoyo, manteniéndola de pie.

Una vez que bajaron el cajón a la fosa, ella echó el primer puñado de tierra, adornándolo luego con una rosa roja.

La llovizna caía sobre ellos, calándoles los huesos con su frialdad; el día parecía comprender el dolor que sentían.

Una breve reunión se ofrecía luego en la casa, para amenizar tanto dolor. Juliana trató de mantenerse lo más serenamente posible, pero le costaba conservar la cordura.

Cuando todos se hubieron marchado, ella quedó sola con su padre en el salón, charlando.

—No estés triste mi amor —le dijo su padre—. Este tipo de cosas suceden.

—Benjamin estaba enfermo papá, tenía un problema con la bebida, y yo no podía ayudarlo —le contestó, sintiendo que el llanto comenzaba a ahogarla.

—¿Y por que no me dijiste nunca nada?

—Era un problema mío, de mi matrimonio. Debíamos arreglarlo solos.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites pequeña.

—Ya lo se papá, gracias —le dijo, abrazándolo—. Es solo que de esto debía ocuparme sola. Y ya ves que no he podido.

—Tú no podías hacer nada mi corazón, no podías retener a Benjamin aquí. No ha sido tu culpa.

—Lo se...

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Quieres volver a casa?

—No quiero quedarme aquí, pero no es una opción volver a casa. Necesito irme lejos de Inglaterra por un tiempo, para aclarar mi mente —le dijo, apesadumbrada.

Necesitaba despejarse, y estar lejos de todo lo que aquí le era tan familiar. Necesitaba estar sola para poder pensar, y también para no pensar en nada.

Había decidido todo, su destino estaba en sus manos, y desde ahora haría tan solo cosas que la hicieran feliz. No podía soportar más sufrimiento.

Se quedo un momento pensando en sus próximos pasos a seguir. Lo tenía todo planeado.

—Esta tarde vendrán los abogados de Benjamin a leer el testamento —anunció.

—¿Y luego que mi amor? —preguntó su padre, pensando en el futuro incierto de su hija.

—Luego, me marcho a las tierras de Benjamin en Escocia.

CAPITULO LXIX

El tiempo que duró el viaje, su mente no dejó de funcionar. Viajaba sola, ya que había mandado a los criados y las doncellas que la acompañaban en otro carruaje; necesitaba soledad.

Se dedicó a evaluar su vida, desde el momento en que ésta había cambiado completamente. Ahora era una mujer más sabia, mas dura. Mas golpeada por la vida y con más sufrimiento en su corazón, pero con la madurez suficiente para sortear las piedras del camino; tropezar y levantarse otra vez.

Pensó en Nicolas, y en el recuerdo de ese amor tan grato y lejano. Seguramente ahora pasaba sus noches con la mujer que lo acompañaba durante el baile en casa de los marqueses.

Sintió celos y furia, ella no tenía derecho sobre Nicolas, y él podía hacer lo que quisiera. Rememoró su matrimonio, siempre tan desastroso, y aunque reconocía que Benjamin le había dado todo lo que una mujer pudiera necesitar, todo se limitaba a lo material, ya que ni siquiera su trato hacia ella había sido correcto.

Dejó vagar la vista por la ventanilla del carruaje, admirando el paisaje nevado, sintiendo que el frío de esa blancura la atravesaba de repente, y la hacía arrebujarse más en la manta que la envolvía.

Había sido una locura partir tan raudamente de Londres, teniendo en cuenta su estado de luto inminente y las inclemencias del clima, pero si pasaba un día mas en esa casa se volvería loca.

Poco a poco notó que el carruaje se adentraba en un largo camino bordeado de abedules, bañados ahora con el encanto mágico de la nieve. Más allá se distinguían las primeras líneas de la mansión de su esposo, que ahora le pertenecía solamente a ella.

Por fin se encontraba en Escocia, la tierra donde alguna vez había encontrado la felicidad más grande de su vida, y la cual no abandonaría en mucho tiempo. Volver a Londres estaba completamente fuera de discusión por el momento.

Cuando el carruaje entró en el patio, una veintena de hombres corrían de aquí para allá ordenando cosas, gritando órdenes, y preparando todo para la llegada de la condesa.

Una mujer alta y de aspecto solemne esperaba en el centro del patio, las manos recogidas recatadamente sobre la fina cintura, que el talle del humilde vestido gris hacia parecer diminuta.

Juliana bajó del carruaje sintiendo los músculos entumecidos, y el frío húmedo le golpeó el rostro sin piedad. Sintió que todos los presentes fijaban la vista sobre ella, pero no sintió incomodidad; era como si en esa tierra se sintiera en paz, y ya nada la molestara.

La mujer que estaba frente a ella dio un paso adelante y le hizo una reverencia.

—Bienvenida, su excelencia. Estábamos esperándola, espero sepa comprender que dado el poco tiempo con que contamos para preparar su llegada quizás no todo se halle a su gusto, pero para mañana todo estará en perfectas condiciones. Yo soy Nerys, el ama de llaves, para servirla — terminó, hablando el inglés con un marcado acento.

Se notaba que era escocesa hasta la médula de los huesos, su cabello la delataba, seguramente de un rojo vivo tiempo atrás, ahora ya un poco desteñido y pintado de canas. Los ojos verdes casi transparentes adornaban la cara pecosa, con rasgos fuertemente marcados, y una piel alabastrina que delataba con sus arrugas el paso del tiempo.

—Mujer noble —dijo Juliana a modo de saludo, a lo que Nerys respondió con una mirada confundida—. “Nerys” significa mujer noble, es un gusto conocerla.

—Oh, muchas gracias... —contestó la mujer, con un leve rubor que comenzaba a teñir sus mejillas—. Si gusta, deberíamos pasar a la casa, este frío podría enfermarla, ya que usted no está acostumbrada.

—Muchas gracias, pasemos.

—Por aquí su excelencia.

—Por favor —la interrumpió Juliana—. Solo llámeme Juliana, me hará sentir mas cómoda. Lo mismo para el resto —añadió, dirigiéndose a la cantidad de gente que se había reunido en el patio a escoltarla.

Avanzaron hacia el interior de la magnífica construcción, y entraron a una sala inmensa, amoblada exquisitamente, con obras de arte que la adornaban de manera soberbia.

Una gran chimenea ocupaba una de las paredes, y el fuego que crepitaba en ella inundaba la estancia de un agradable calor.

Ya comenzaba a sentirse mejor.

—Supongo que querrá pasar a su habitación a descansar unos minutos, debe estar agotada del viaje.

—Si Nerys, es justamente lo que necesito. Pida por favor que me alcancen chocolate caliente, me vendrá bien para relajarme e infundirle un poco de calor a mi cuerpo, pida también que preparen una tina, deseo tomar un baño.

—Muy bien, pediré lo necesario. ¿Necesita también una muchacha para que la asista?

—No, he traído a mi propia doncella, ella se encargará de todo.

—Muy bien, entonces, sígame por aquí —indicó la mujer, señalando una gran escalera de mármol que conducía al piso de arriba.

La habitación era espaciosa y confortable, y daba a un saloncito privado con acogedores sillones frente al fuego. Fijó la vista en el ventanal, y divisó el paisaje pintado de blanco que se extendía hasta el horizonte. Pensó que en primavera eso se convertiría en un campo verdísimo minado de flores, y deseó quedarse para siempre allí.

—Pida que ubiquen la bañera en el saloncito, frente a la chimenea.

Nerys asintió con la cabeza, y salió silenciosamente a cumplir las órdenes de Juliana.

Minutos después, varios hombres llenaban la bañera con agua humeante, mientras Juliana saboreaba el chocolate caliente.

Una vez sola en la habitación, se paró frente al fuego y comenzó a desvestirse con aire ausente, la mirada perdida en las llamas.

Comenzó a recordar cuanto le gustaba a Nicolas desvestirla, y el tiempo que se tomaba en adorar su cuerpo. El llanto bailó en su garganta, y luchó contra él, decidida a no dejarlo salir. Ya había derramado demasiadas lágrimas en muy poco tiempo.

Se sumergió en el agua, y dejó que su calor la inundara y le aflojara los músculos, que se encontraban hacía tanto tiempo en tensión. Dejó que la esencia de almendras la relajara, la adormeciera suavemente.

Se masajeó los brazos y las piernas doloridas suavemente, y luego quedó inmóvil en el medio del agua, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera.

Su vista vagó hacia la ventana que estaba frente a ella, y apreció el cielo nublado.

—Escocia... —susurró—. Mi querida Escocia... Nicolas... —y sin poder contenerla, una lágrima tibia resbaló por su mejilla.

CAPITULO LXX

Varios días se encontró imposibilitada de salir de la casa por la tormenta de nieve que arreciaba el exterior. Sin embargo, encontró estimulante la compañía de aquellas personas humildes, que la trataban con cortesía y sin lástima, incluyéndola en lo que para ellos era como una gran familia.

Le enseñaron algunos quehaceres debido a la insistencia que puso al pedirselos. “Una condesa nunca trabaja”, le habían replicado, a lo que ella contestaba, “pues bien, aquí verán a la primera que lo hará, no puedo permanecer ociosa”, y la cuestión se daba por terminada.

Le enseñaron a preparar algunos platos típicos escoceses, tales como el cranachan, un dulce elaborado con avena, nata y fresas, del que Juliana se había vuelto particularmente fanática; el cook a leekie, un guiso de pollo acompañado con ciruelas y puerros; y aunque habían querido enseñarle a hacer el tradicional haggis, se había negado rotundamente al conocer los ingredientes que llevaba plato tan aberrante.

Nerys le había presentado a una señora vieja de la comarca, a la que todos llamaban Beag Màthair, que en gaélico quiere decir Pequeña Madre.

Beag Màthair vivía sola y no se le conocía familia, había llegado veinte años atrás siendo ya vieja, y nadie conocía su historia, jamás hacía alusión a su pasado. Su corta estatura y su postura encorvada le daban el aspecto de una criatura pequeña, parecida a un duendecillo, y pronto se hizo famosa entre la gente de los alrededores por su cariño maternal para con todos. De allí provenía el nombre que le habían dado, Pequeña Madre, y su nombre real, nadie lo conocía.

Beag Màthair le enseñó a tejer y a bordar, y si bien ella lo hacía con destreza y en poco tiempo, a Juliana le salía pésimamente mal, y le llevaba horas acabar una línea. Se conducía de manera torpe con las agujas, y se daba por vencida al poco tiempo de haber comenzado, hasta que Beag Màthair le lanzada una mirada furibunda y la instaba a volver a empezar. No hablaba casi nada de inglés, y Juliana apenas entendía el gaélico, pero con solo mirarse y hacerse unas pocas señas, podían entenderse a la perfección.

Esa mujer, que algunos aseguraban tendría mas de cien años, se había convertido para Juliana en su compañía diaria, con quien le gustaba pasar las tardes en silencio, sin necesidad de hablar para sentirse a gusto.

Entre ambas se había desarrollado una relación de cariño y respeto mutuo, y ambas buscaban la compañía de la otra. Juliana aprendía cada día más de esa sabia mujer misteriosa, y Beag Màthair disfrutaba tener a alguien para enseñar todo lo que sabía.

Poco a poco fue ganando destreza con las agujas de tejer, y logró terminar un chal de un intenso azul marino, lleno de agujeros y fallas, pero terminado al fin, del que Beag Màthair se sentía inmensamente orgullosa. Juliana se lo había obsequiado como agradecimiento a sus lecciones, y como muestra del cariño que le profesaba, y la vieja no se había vuelto a despegar de él, lo llevaba todo el tiempo sobre sus hombros menudos, luciéndolo como si fuera una prenda de la más alta calidad.

Una vez que el tiempo hubo mejorado un poco, comenzó a realizar caminatas por la propiedad, acompañada de algún criado primero, para no perderse; y sola una vez que hubo conocido los alrededores. No se aventuraba demasiado lejos, ya que el invierno castigaba duramente, y la nieve cubría todo con su manto blanco, en algunos lugares varios metros por sobre el suelo.

Anocheía temprano, así que se encerraban todos en la sala junto a la chimenea, donde para el deleite de los pequeños hijos de los criados, Juliana contaba historias de Londres que los dejaban maravillados. Esos chiquillos le recordaban a sus pequeños primos, y los había invitado con cariño a que se le unieran en la sala, tentándolos con dulces para ganarse su confianza.

Todo transcurría de manera tranquila, y por fin el alma de Juliana encontraba la paz que tanto ansiaba, sin embargo, no pasaba un solo día en que no pensara en Nicolas. ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde se encontraría? ¿Pasaría sus noches con la tal Valery? De solo pensarlo sentía celos y tristeza. “Es una mujer fea y vulgar”, pensaba para si, queriendo engañarse, pues sabía que Valery era todo lo contrario.

Su corazón sanaba poco a poco, sin embargo había un espacio vacío en él que nunca sanaría por completo, y que no sería llenado jamás, pues ese espacio estaba reservado para Nicolas.

Por las noches lo pensaba, y su cuerpo anhelaba su contacto con intensidad, convirtiéndose en un deseo doloroso que la hacía despertar sobresaltada y sudorosa, avergonzada luego. Se reprochaba ese sentimiento, pues sabía que Nicolas jamás sería suyo, y que nunca volverían a compartir lo que habían compartido hacía tanto tiempo atrás.

Durante el día llenaba su mente con una infinidad de actividades que la distrajeran; ayudaba en la cocina, daba largas caminatas, jugaba con los niños, y practicaba el bordado y el tejido, cosas que pensó que nunca en su vida haría.

Cuando cansada de las caminatas, comunicó su deseo de cabalgar, el mozo de cuadra se encargó de prepararle el mejor caballo que poseían. Un hermoso castrado de gran estampa y porte orgulloso, de carácter noble, hasta cariñoso. Su nombre era Pímeo, y pronto entabló con Juliana una alianza que no había entablado con nadie. Solo la obedecía a ella, y cuando otro intentaba montarlo se encabritaba y piafaba enojado, reclamando a su dueña. Nadie entendía esta actitud por parte del caballo, pues siempre se había mostrado dócil con todos; ahora solo mostraba fidelidad hacia su ama, que le brindaba infinita ternura.

Así, Juliana salía con Pímeo a recorrer la propiedad, alejándose un poco más de la mansión, para adentrarse en el bosquecillo nevado y conocer nuevos lugares. Era fácil perderse por esos lares, ya que la nieve la hacía perder la orientación al dejar todos los lugares iguales, pero Pímeo siempre encontraba el camino de regreso, llevando a su dueña a salvo. Ella soltaba las riendas, y dándole unas palmaditas en el cuello le susurraba al oído un “llévame a casa”, a lo que el caballo respondía con un relincho y comenzaba su marcha hacia el hogar.

Los días transcurrían en armonía, y cuando el cielo se encapotaba y comenzaba a nevar, Juliana se quedaba en su habitación, donde ocupaba el banco acolchado del gran ventanal envuelta en una frazada, y dejaba vagar sus pensamientos, inmersa en una profunda melancolía que nadie se atrevía a interrumpir.

Su cabeza rememoraba momentos y situaciones, recordaba a su padre, lo echaba de menos. Luego su cabeza derivaba en Benjamin, pensando que todo hubiera podido ser mejor entre ellos si él no hubiera estado tan enfermo y encerrado en su propio vicio.

Así transcurrían sus pensamientos, a veces pasando de la cosa más insignificante a la más importante de todas, y siempre terminando en el mismo tema; Nicolas.

Y Juliana se odiaba por eso.

CAPITULO LXXI

Nicolas se enteró de la muerte del conde apenas sucedió. Quiso correr a casa de Juliana para envolverla en sus brazos y transmitirle su fuerza y valor, pero supo que ella no lo recibiría, y el no aguantaría la humillación.

En cambio, acudió al entierro al día siguiente, cuidándose de que nadie lo viera, solo para poder observarla un momento y solazarse en su hermosura.

El vestido negro le marcaba el talle, y recordó que sus manos rodeaban con facilidad esa cintura tan pequeña. El chal de lana exquisitamente tejido le cubría los hombros para protegerla del frío, y el rodete en la nuca le daba el aspecto de una persona mayor, como si en ese poco tiempo hubiera envejecido unos cuantos años. Su semblante delataba cansancio y horas sin dormir, surcos violáceos rodeaban sus ojos, y sus mejillas habían perdido la lozanía que tanto tiempo atrás él había admirado y amado. Su boca se fruncía en un rictus de amargura, como si la felicidad hubiera abandonado su vida hacía mucho tiempo, y él podía comprender ese sentimiento. Con todo eso, su belleza seguía intacta.

Hubiera querido sacarla de allí en brazos, raptarla y llevarla a algún lugar lejano donde ya no pudiera sentir mas pena y dolor, donde solo encontrara felicidad, donde personas aristocráticas y falsas como las que allí se encontraban no pudieran mirarla con lástima.

La observó hasta que terminó la ceremonia, y antes de que la gente comenzara a abandonar la capilla, se escabulló sigilosamente para que nadie lo viera.

No se presentaría a ofrecer sus condolencias, pues no se podría contener y la estrecharía en sus brazos, causando el escándalo de la temporada.

Dos días después, escribió una esquela breve y la mando a su casa. “Mi más sentido pésame. ¿Podrías recibirme unos minutos en tu casa? Nicolas.” Sabía que no estaba bien. Sabía que debía respetar el período de luto y no atosigarla, pero ya no podía esperar más.

Aguardó ansioso la respuesta, y al cabo de media hora, su mensajero regresó con el sobre cerrado tal y como él lo había mandado. “Ni siquiera quiso leer mi nota”, pensó.

—La condesa partió esta mañana de Inglaterra señor —informó el mensajero.

El alivio inundó el cuerpo de Nicolas, al fin y al cabo, no había pasado lo que él había supuesto. Sin embargo, la inquietud le cayó luego como un balde de agua fría ¿A dónde habría marchado?

—¿Te dijeron hacia donde se ha marchado? —preguntó, con voz ronca.

El muchacho dudó unos segundos, y luego ante la intensa mirada de Nicolas se decidió y hablo:

—Bueno... La condesa no quería que nadie se enterara de su paradero, así que los criados de la casa están obligados a guardar silencio. Sin embargo, conozco a una de las criadas, y he logrado sonsacarle información —atento a la reacción de Nicolas, prosiguió—. Dijo que se marchó a Escocia, que el marido difunto de la condesa tiene unas tierras allá, y ella se marchó allí.

—¿Te ha dicho donde quedan esas tierras?

—No señor, ella no lo sabe.

—Está bien, muchas gracias —le dijo, haciendo un gesto con la mano para despedirlo.

Juliana se había marchado. Su Juliana se había marchado sola y en silencio, sin que él pudiera impedirselo. Estaba claro que no quería que nadie la siguiera, por algo lo había hecho en secreto y pidiendo que nadie divulgue su paradero. Seguramente necesitaba soledad.

Ella necesitaba soledad, pero él la necesitaba a ella. Deseaba verla, y abrazarla y besarla y decirle que todo iría bien y curarle todas sus heridas. Esa mujer se había metido en su alma y en su corazón, una fuerza divina había actuado entre ellos, o quizás la flecha de Cupido lo había alcanzado y marcado para siempre.

—Maldito Cupido —murmuró, esbozando una sonrisa.

No dejaría que Juliana se le escapara de las manos. Lo había hecho una vez, y su vida se había convertido en un infierno desde ese entonces, no le pasaría otra vez. Ella era suya, era su vida, y la necesitaba desesperadamente.

La dejaría un tiempo sola para que aclarara sus pensamientos, para que calmara su alma, no demasiado, la paciencia no era una de sus cualidades; y luego iría por ella a reclamarla, y nunca más la separaría de su lado.

Comenzó a trazar toda clase de planes, y repantigado en el sofá de su habitación, con una copa de brandy en la mano, comenzó a imaginar una vida a su lado.

Unos asuntos pendientes lo retendrían en Londres unos cuantos días más, pero una vez finiquitados, se marcharía hacia Escocia como un rayo, y no perdería más tiempo.

Pero antes debía averiguar donde se encontraba la mansión de Benjamin. Resuelto, decidió dirigirse directamente al hombre que podría aclarar todas sus dudas; el padre de Juliana.

A la mañana siguiente se presentó en su casa sin anunciarse, y el duque lo recibió un tanto asombrado y contrariado.

—Señor Duncan... —lo saludó, sin saber que decir.

—Su excelencia, perdone la descortesía de no anunciar mi visita, pero me urge hablar con usted, si dispone de unos minutos.

—Si, si por supuesto —balbuceó el duque, claramente contrariado—. Pasemos a la biblioteca. Charles, tráenos café —pidió al mayordomo que se encontraba a unos pasos—. A menos que el señor Duncan desee algo más fuerte —dijo, mirándolo inquisitivamente.

—Café estará bien.

Pasaron a la biblioteca, donde tomaron asiento en butacas de cuero junto al fuego. El duque miró a Nicolas con incertidumbre, sin atinar a decir palabra. Éste se aclaró la garganta y se dispuso a hablar.

—Debe extrañarle mi visita, así que seré directo desde el principio. Tengo entendido que Juliana marchó a Escocia —el duque lo miró con los ojos agrandados por la sorpresa, sin embargo, lo dejó continuar—. Quiero saber donde se encuentran las tierras a la que se ha dirigido.

—Nadie sabía que Juliana ha marchado hacia Escocia, ella quería que así fuera ¿Cómo se ha enterado?

—Eso no importa.

—Uno nunca puede confiar en estos criados, siempre te apuñalarán por la espalda —se lamentó, soltando un suspiro—. En fin, es verdad. Juliana marchó a Escocia, necesitaba alejarse de Londres. Necesitaba alejarse de todo y de todos los que la rodeaban. Ahora dígame, ¿para que quiere usted saber donde quedan esas tierras? —le preguntó, entrecerrando los ojos.

—Para ir a buscarla, naturalmente —contestó Nicolas, como si eso hubiera quedado claro desde el principio.

—Mire Nicolas, Juliana ha sufrido demasiado y...

—Su excelencia —lo interrumpió—, con todo el respeto que se merece, no voy a aceptar un no como respuesta, ni evasivas a mi pregunta. Vengo a que me diga donde quedan esas tierras, para que la tarea se me haga más fácil. Sepa que encontraré a Juliana como sea, nadie me la quitará de nuevo. He aguantado demasiado tiempo, ahora no pienso perder un segundo más —terminó, firmemente.

El duque suspiró, y miró a los ojos a Nicolas, buscando algo que le dijera que no confiara en ese hombre, que él solo lastimaría a Juliana, pero no lo encontró, tan solo vio amor, y total y bruta sinceridad.

Cuadrando los hombros, al fin contestó:

—Esas tierras, señor Duncan, colindan con las tuyas en Escocia.

CAPITULO LXXII

Dos días después de su llegada a Escocia, y tras haber dejado todo en orden y en funcionamiento en su propiedad, Nicolas se dedicó a recorrer los alrededores.

El terreno estaba completamente nevado, con gruesas capas de nieve en algunos sectores, y con finas y fangosas en otros. Recorrió la totalidad de su tierra, encontrando todo en perfecto orden, pero lo que él en verdad deseaba era aproximarse a las tierras de Hamilton.

Anduvo vagando por los alrededores, temeroso de acercarse demasiado. Él, que siempre había sido valiente, que no le temía a nada, se acobardaba ahora ante una muchacha indefensa.

Le temía a su rechazo.

Y es que si Juliana lo rechazaba, él no lo soportaría. Necesitaba tenerla cerca, pero a la vez no quería que se rompiera la ilusión que giraba en torno a ella, la ilusión de por fin poder ser felices juntos, y formar la familia que tanto soñaban ambos.

Durante varios días divagó sin rumbo en los lindes de ambas propiedades, sin atreverse a ir un poco más allá. Hasta que un día tomó coraje, y se adentró en las tierras de Hamilton, bordeando la mansión para no ser visto.

El primer día solo vio algunos hombres que iban y venían cumpliendo tareas, nada importante, ningún atisbo de Juliana; lo mismo el segundo día, y el tercero y el cuarto.

Pero al quinto día la vio.

Magnífica sobre su caballo, con un traje de montar negro de terciopelo que se adhería a su figura. El cabello rubio despedía luz propia al encontrarse con los escasos rayos del sol. Cabalgaba raudamente, como a ella le gustaba hacerlo, y su cuerpo se agitaba en franca excitación.

La observó por varios días desde lejos, escondido, por el solo placer de admirarla y sentirla suya, hipnotizado con sus movimientos, incapaz de romper el hechizo que lo embujaba al verla sobre el lomo de la bestia.

Se veía radiante, repuesta desde la última vez que la había visto en el entierro de Benjamin; se la notaba sana y fuerte, sus movimientos eran seguros y certeros, ágiles y deliciosamente femeninos.

La amó más que nunca.

Y aunque se cansaba de observarla y no tenerla, una fuerza extraña lo hacía volver a casa todos los atardeceres solo y apesadumbrado, malhumorado. Debía hacer algo, pero no encontraba las fuerzas necesarias.

Por la mañana se levantaba al alba y trabajaba duramente, disfrutando de las faenas diarias, sintiéndose a gusto y en su hogar. Emma lo consentía como siempre había hecho, preparándole sus platos predilectos, haciéndolo sentir que era especial.

Añoraba ver a su Nicolas de siempre, el hombre fuerte y poderoso que no se amedrentaba con nada. Se había vuelto un hombre taciturno y callado, pensativo, huraño; que salía al alba y volvía al anochecer. Desde que había dejado a Juliana en Londres, no había vuelto a ser como era, y ella lo extrañaba. Aunque lo tenía cerca todos los días, sentía su ausencia y extrañaba a su niño.

La mañana de un martes había amanecido con un clima particularmente bueno. El sol brillaba en el cielo azul, completamente limpio de nubes, y aunque el aire helado cortaba la piel, no había humedad ni riesgos de lluvia o nieve inminente.

Aprovecho ese día en particular para hacer algo que venía deseando desde hace tiempo.

A primeras horas de la tarde, ensilló a Zeus y desapareció de la casa, llevándose unas lonjas de carne, queso y una botella de buen vino.

Cabalgó durante un largo rato, sintiendo cosas que había sentido hace mucho. Recordaba esa noche como si hubiera sido ayer, recordaba el terror que había sentido, el miedo y el desasosiego al sentir que perdería a Juliana.

Recordó la cabaña que los había amparado, en la que se habían amado por primera vez, y deseó que el tiempo no hubiera transcurrido nunca.

A paso tranquilo, divisó la desvencijada cabaña, envuelta por el paisaje blanco, tal y como había estado hacía un año atrás.

Entró con sigilo, y descubrió todo tal y como lo habían dejado esa noche; la pequeña olla sobre la chimenea, la cama desarreglada, los jarros sobre la mesa, algunos leños amontonados en un rincón, y las sillas en perfecto desorden. Quedaba claro que nadie había estado allí desde ese entonces.

Entró y se tumbó en la cama, rememorando aquella noche perfecta. “Juliana”, pensó, “¿Qué estarás haciendo amor mío? ¿Estarás pensando en mí? ¿Me echarás de menos como lo hago yo, o ya ni siquiera notarás mi ausencia?”

En lo profundo de su corazón, sabía que Juliana jamás dejaría de amarlo, sabía que un amor como el que ellos sentían, transponía los límites del tiempo y del espacio, los límites del dolor y la locura; sabía que Juliana jamás lo olvidaría.

Aun así, sentía un miedo patético de que ella lo rechazara, de que le dijera que ya no lo amaba y que entre ellos no existiría nunca más nada. Era un temor infundado, claro, lo sabía con certeza, pero igual le pesaba y lo sentía.

Puso orden en el lugar, y encendió fuego en la chimenea para que caldeara el ambiente. Comió en silencio lo que había llevado, mirando los leños que se consumían lentamente en el hogar. Pensó que esa cabaña estaba muy maltrecha, y dada su ubicación era un perfecto refugio para aquellos que salían de caza y les agarraba la noche a medio camino. Decidió que hablaría con sus hombres para que la pusieran en condiciones; además, guardaba para él un gran valor sentimental, y simplemente no podía verla venirse abajo.

Luego de la comida, se dirigió al pequeño establo para ocuparse de Zeus, y volvió a rememorar aquella noche de ventisca y tormenta, aquella en la que tanto había padecido el dolor y la angustia de creer a Juliana perdida.

Caminó un poco por los alrededores, hundiéndose en la nieve hasta los tobillos, tratando de encontrar algunos troncos o por lo menos ramas secas para amontonar dentro del recinto y que servirían para avivar el fuego.

Sin éxito en la búsqueda, regresó helado a la cabaña, y quitándose las botas empapadas se sentó junto al fuego, con un jarro de vino en la mano, y dejó que la tarde que caía y el agradable crepitar de las llamas en la chimenea, lo arrastraran a un estupor que lo hacía sentirse liviano y tranquilo.

CAPITULO LXXIII

Esa mañana en particular, Juliana amaneció de buen humor. Quizás era el día, que pintaba tan bien, con el sol que brillaba en el cielo límpido. Se levantó temprano y decidió reunir a todos para desayunar.

La gran mesa del comedor se encontró pronto repleta, llena de todos los integrantes de la casa, hasta de los criados de más baja categoría. Deseaba sentirse acompañada, y esas personas la reconfortaban con sus presencias. Algunos toscos y brutos, le arrancaban sonrisas y hasta carcajadas con sus historias contadas en un inglés mal pronunciado y hablado a medias, a veces traducido por Nerys.

Los niños le enseñaban sus juguetes, y se ufanaban por encontrarse a su lado y rodearla de elogios que la hicieran sentirse bien. Por su parte, esa gente se encontraba a gusto con esa condesa sencilla y sin desprecio hacia los de su clase. La condesa anterior, la madre de Benjamin, los había tratado siempre menospreciándolos, con sus maneras estiradas de gran miembro de la aristocracia. Se creía mejor solo por poseer un título y dinero, cosa que la envilecía y la hacía volverse mañosa y caprichosa.

Juliana en cambio trataba a todos con respeto y cariño, y permitía cosas que otra condesa no habría permitido jamás. Que se juntaran todos los criados a desayunar con ella en el comedor era una de ellas; que los niños los acompañaran también, ya que eso estaba prohibido.

Se sintió dichosa al compartir la mesa con tanta cantidad de gente que volvía el lugar cálido y hogareño, los consideraba como su gran familia, ya que la habían acogido entre ellos como hubieran acogido a cualquier criado, dejando de lado su condición superior. Necesitaba sentirse acompañada y querida, para terminar con esa infinita soledad que experimentaba su alma.

Esa casa se había convertido en su hogar, y esas gentes sencillas y sin educación en su familia. Enseñaba a los niños a leer y escribir en inglés, como también las matemáticas y un poco de historia. Les leía cuentos que ellos escuchaban con atención, y luego la colmaban de preguntas y comentarios, y al final terminaban moldeando completamente la historia al gusto de ellos.

Y Juliana comenzaba a ser feliz.

Luego del desayuno, pidió a la cocinera que le preparara una canasta con fruta y otras provisiones. Pasaría el resto del día fuera, disfrutando solamente de la compañía de Pigmeo. Debía aprovechar el día, seguramente los días grises regresarían pronto, y no volvería a ver el sol hasta la primavera.

Ensilló a Pigmeo, y le acarició el morro susurrándole palabras dulces al oído. El caballo resoplaba mostrando su complacencia y su alegría al ver a su dueña, y refregaba su hocico contra el pecho de ella.

—Hoy saldremos a pasear todo el día cariño —le decía—. Sé cuanto te gusta, de verdad la vamos a pasar bien.

Lo premió con un terrón de azúcar, que el caballo devoró gustoso, pues era conocida su glotonería y predilección por las cosas dulces, y luego se pusieron en marcha.

Anduvieron por el bosquecillo de pinos a paso lento, apreciando las aves que sobrevolaban los alrededores, y tirando migajas sobre la nieve para que los siguieran.

Llegaron a un pequeño lago congelado, y Juliana dejó libre a Pigmeo, sabiendo que no se iría, y desplegó una manta a la orilla donde se sentó con un libro sobre el regazo. Leyó durante varias horas, hasta que se dio cuenta de que sus ojos ya no seguían las líneas, y su mente no seguía la historia, sino que vagaba por Londres. ¿Cómo estaría su padre? Lo había visto avejentado, y ahora lo había dejado solo.

¿Cómo se encontraría su casa? ¿Se encargarían bien los criados de todo? ¿Estaría cumpliendo su trabajo el administrador, o estaría robándole su dinero?

De repente sus pensamientos pararon, y una carcajada trepó por su garganta. ¿Qué hacía pensando en esas cosas? Desde su llegada jamás se había detenido a pensar en nada relacionado con su casa de Londres, y aunque sí había pensado en su padre, no había experimentado culpa por dejarlo solo en la ciudad. Supuso que comenzaba a extrañarlo, y decidió que más adelante, cuando la primavera comenzara a despuntar, y el frío no atacara tan cruelmente, lo mandaría a buscar para que pasara unos días con ella.

Un rugido de su estómago la distrajo, y se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. Perdió la noción de cuanto tiempo había estado allí leyendo, pero supuso que ya era pasado el mediodía. Desplegó sobre la manta los manjares que había llevado con ella y se levantó para ofrecer una

manzana a Pigmeo, que la miraba a unos cuantos pasos de distancia. El caballo la aceptó gustoso, y Juliana le sonrió y volvió a su lugar.

Devoró la comida con fruición, con la mirada perdida en el paisaje. Ella que no era de esa tierra, la amaba con todo su corazón, como si hubiera nacido y vivido toda su vida allí. En Escocia se sentía casi completa y casi feliz. Casi, porque siempre le faltaba una única cosa.

Luego de comer, se recostó sobre la manta para descansar un rato con los ojos cerrados, oyendo los sonidos de la naturaleza a su alrededor, absorbiendo los olores, sintiendo el viento frío que le trepaba por la espalda y los rayos de sol que le acariciaban el rostro.

No duró mucho tiempo así; el día estaba demasiado lindo para quedarse tumbada, y ella estaba demasiado inquieta. Juntó todo rápidamente y comenzó a caminar llevando a Pigmeo a su lado tomado por las riendas. Caminó un largo trecho, hasta que sintió cansancio y frío en los pies, así que montó a su amigo y continuó su camino así.

Se dio cuenta de que se había alejado más de lo normal, ya que nada le parecía conocido. Siguió, confiando en que una vez que decidiera regresar, Pigmeo la llevaría de vuelta sin problemas.

Anduvo un poco más, y comenzó a vislumbrar algo a lo lejos. Parecía una tosca cabaña de madera. Le recordó a la noche que había pasado con Nicolas en la desvencijada cabaña perdida en el medio de la nada. Recordó que esa noche la había hecho su mujer, y que había sido la noche mas feliz de su vida.

Avanzó con paso firme, decidida a inspeccionarla, y a medida que se acercaba, no notó el humo que salía por la chimenea. Observó los alrededores, y la cabaña le hacía recordar cada vez más. Era muy parecida, con su pequeño establo al lado, y las maderas estropeadas. Supuso que en Escocia sería costumbre construir cabañas en el medio de la nada, y que todas serían parecidas.

Detuvo a Pigmeo a unos cuantos metros de la puerta, y desmontó decidida a entrar. Miles de sensaciones la recorrían. Sentía que volvía a estar con Nicolas en ese lugar lejano. Sentía que volvía a estar entre sus brazos y que volvía a ser completamente feliz. Sintió un cosquilleo en el vientre, y le tembló la mano al apoyarla sobre el picaporte.

Estaba siendo una tonta. Se hallaba en otro lugar, lejos de Nicolas, y sin embargo podía sentir su presencia como si él estuviera a escasos centímetros de ella. Dejando escapar un suspiro, tomó coraje y entró.

La sorpresa la dejó helada.

Nicolas se había sobresaltado con el sonido de la puerta que se abría, y se había puesto en pie de un salto, fijando la vista en la persona que tenía delante, sin poder creer lo que veían sus ojos.

Allí de pie frente a él, su querida Juliana lo miraba con esos ojos grandes y azules que el tanto amaba, con la expresión demudada por la sorpresa; con el cabello que le caía salvajemente en cascadas, y las mejillas coloradas por el frío.

—¿Nicolas? —preguntó, incrédula, con apenas un hilillo de voz, como creyendo que lo que veía era solo producto de su imaginación.

—Juliana, mi amor...

Las lágrimas comenzaron a deslizarse sobre el rostro de Juliana, y Nicolas avanzó hacia ella y la envolvió en el abrazo que había querido darle hacía tanto tiempo.

CAPITULO LXXIV

El abrazo duró largo rato, pero a ellos les pareció tan solo un segundo. Juliana lloraba en brazos de Nicolas, y éste le besaba los ojos mojados, las mejillas, la punta de la nariz, la comisura de los labios, y le susurraba palabras tiernas para calmarla.

Se miraron luego a los ojos, y todas las emociones encontradas que sentían en ese momento se mezclaban en sus miradas. Nicolas se dejó arrastrar a las profundidades de esos ojos azules, velados de lágrimas, que lo miraban con adoración.

—Mi Juliana —le dijo, acunándole el rostro entre sus manos y besándole suavemente los labios—. Cuánto te he echado de menos.

Ella alzó sus brazos y se colgó de su cuello como única respuesta. Buscó sus labios con anhelo, con ese anhelo que la había perseguido durante tanto tiempo, buscando aplacar el miedo, la angustia, y la soledad que la consumían. Por primera vez en mucho tiempo, volvía a sentirse entera.

Nicolas la besó con reverencia, de manera suave, temiendo que Juliana se esfumara si profundizaba el contacto, temiendo que se asustara si él mostraba la ferocidad que sentía al tenerla entre sus brazos. Todas sus barreras se diluyeron cuando Juliana pegó su cuerpo al de él y abrió la boca en franca invitación.

No sentía vergüenza, no tenía miedo de ese hombre y de las cosas que sentía por él. La felicidad bullía en su interior, como una bomba a punto de explotar, y todo a su alrededor desaparecía, dejándola consciente solo de la presencia de Nicolas.

Se besaron con pasión, un beso largo y mojado, con sus lenguas entrelazadas en una danza salvaje. Necesitaban descargar lo que los invadía a ambos. Tantos meses ansiando el cuerpo del otro; ahora que la tormenta se había desatado, no existía el retorno, debían dejar que pasara para que luego llegara la calma.

Las manos de Juliana aferraban la nuca de Nicolas, y sus dedos se enterraban en el cabello oscuro de él. Lo acercaba cada vez más, como si nunca pudiera tener suficiente. Él apretaba la cintura pequeña de ella con sus grandes manos, admirando la esbeltez de aquel cuerpo que le pertenecía. Le acariciaba la espalda con movimientos circulares y frenéticos.

Bajó las manos por su espalda, encontrando sus nalgas y acariciándolas primero, amasándolas con ímpetu después. Las subió por sus costados y le acarició los pechos sobre el vestido y la capa que la protegía del frío. Un gemido atravesó la garganta de ella, y Nicolas se retiró un poco para poder observarla.

Tenía el rostro colorado por la excitación, la mirada turbia de deseo y los labios entreabiertos e hinchados por el beso furioso que compartieron. De pronto la cabaña se tornó calurosa, inaguantable. Ambos jadeaban y respiraban descompasadamente, mirándose a los ojos.

Había tanto que decir, y sin embargo sobraban las palabras. En aquel momento, no había nada más que ellos y todo lo que sentían, todo lo que podían demostrarse sin necesidad de hablar.

Despojó a Juliana de su capa, y con manos diestras pegó un tirón al traje de montar, haciendo saltar los botones con su impaciencia. No había tiempo para desabrochar aquella hilera de pequeños botones que parecía interminable.

En un santiamén la dejó desnuda, y la levantó del suelo para llevarla hasta la cama. La dejó un instante para desnudarse el también, y enseguida estuvo sobre ella como un lobo hambriento.

La besó en los labios, continuando por su mandíbula, bajando por su cuello y llegando hasta sus pechos. Allí se demoró todo lo que quiso, besándolos, chupándolos, mordisqueándole los pezones, atormentándola con caricias que sabía que la volvían loca. Ella gemía y tironeaba de él, pidiéndole sin palabras que le diera eso que tanto necesitaba.

Le acarició el vientre y dejó una estela de besos a su paso, y llevó la mano hacia el lugar donde tantas veces había encontrado el paraíso. Comenzó a acariciarla allí, y la encontró mojada y palpitante, tibia, lista para recibirlo. Él se encontraba duro y a punto de explotar; si no la poseía pronto, perdería la cordura.

En un movimiento rápido se ubicó entre sus piernas, y con una sola embestida la penetró. Juliana soltó un grito de puro placer, y él emitió un gruñido que hizo temblar las tablas maltrechas de la cabaña.

La cópula empezó con movimientos salvajes y desesperados. Juliana era tan estrecha, que su vagina apretaba su miembro haciéndolo palpar, lo encerraba como un guante que le calzaba perfecto, y su suavidad aterciopelada lo envolvía, enloqueciéndolo.

Las uñas que le clavaba en la espalda le dejarían marcas para siempre; marcas de las que él se sentiría orgulloso. Con toda la fuerza con que contaba giró sobre sí, y se sentó en la cama, con Juliana a horcajadas sobre él, con sus cuerpos pegados y sus bocas muy próximas.

La besó con un ardor inusitado. Quería enterrarse mas dentro de ella, sentir que eran una sola carne, pensó que nunca podría tener suficiente. Juliana se movía hacia delante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo, en círculos, de todas las maneras posibles. La pasión los dominaba, y no podían calmar los movimientos.

Juliana jadeaba en su oído, pidiéndole mas, pidiéndole que no parara, pidiéndole por favor. Esos sonidos a él le sonaban a gloria.

Sin dejar de moverse le apartó el rostro para mirarla fijamente a los ojos, penetrándola hasta lo mas profundo, admirando sus facciones inundadas de placer.

—Te amo Juliana Bennington —le dijo, mirándola con seriedad—. Siempre te he amado, y siempre lo haré.

Ella no atinó a decir palabra, los movimientos se aceleraban volviéndose frenéticos, y sabía que el desenlace estaba muy próximo.

Se aferró a la espalda de Nicolas como si con ello se aferrara a la vida misma, y lanzó un grito ahogado cuando el orgasmo le sacudió el cuerpo como una ola violenta. Nicolas la siguió después, derramando su simiente en su interior, y dejando escapar un sonido ronco.

Ese acto traspasaba las barreras del entendimiento, era algo anormal, algo divino; algo que solo era capaz de lograr el amor que se tenían. Cayeron ambos sobre la cama, sin fuerzas para moverse. Nicolas aferró a Juliana y la envolvió entre sus brazos, incapaz de soltarla y alejarse de ella.

Ella descansó la cabeza en el cuerpo de él, sintiéndose plena y satisfecha. Se sentía feliz.

—Yo también te amo Nicolas —le susurró, sin voltearse a mirarlo, con los ojos cerrados y el cuerpo pesado.

Sus cuerpos descansaban laxos sobre esa cama tosca, en esa cabaña media derrumbada en la que volvían a ser felices. Luego de unos minutos, el frío volvió a reinar, y Nicolas se levantó para buscar la frazada. Juliana dormía plácidamente, y se quejó entre sueños cuando él se alejó un instante de ella. La acomodó con suavidad nuevamente sobre su pecho y cubrió sus cuerpos con la frazada.

El sueño lo arrastró entre sus garras, y aferrado a la mujer que amaba, se dejó dominar, y cayó por primera vez en mucho tiempo en una calma serena y feliz.

CAPITULO LXXV

Cuando despertaron la noche estaba comenzando a caer. Todo parecía un sueño hermoso y feliz, y no podían creer que estaban allí, juntos, lejos de todo mal.

Juliana se despezó entre los brazos de Nicolas, que comenzaron a acariciarla con fervor. Su mirada vagó por la habitación, para ir a terminar en la ventana, donde vislumbró las notas oscuras del anochecer. Pegó un salto, y de golpe se bajó de la cama.

—¡Dios mío! ¡Es casi de noche! —exclamó, al tiempo que corría buscando su ropa desparramada por el suelo.

—¿Y que tiene de malo? —le preguntó Nicolas, todavía medio adormilado.

—Si no llego pronto a casa, saldrán a buscarme, se preocuparán.

Haciendo acopio de fuerza, Nicolas se levantó. Lo que decía Juliana era verdad. Si él salía de su casa y volvía al otro día no había ningún problema; pero si ella desaparecía al anochecer su gente se preocuparía.

—Yo te acompañaré hasta tu casa.

—No es necesario Nicolas, puedo volver sola, además...

—No Juliana —la cortó—. Te acompañaré hasta tu casa. No ha sido una pregunta. No dejaré que andes sola de noche por ahí. Desde ahora me voy a encargar de ti, te voy a cuidar y proteger. Ya no más separación y rencor por favor.

—Está bien —terminó aceptando ella, sumisa.

Terminaron de cambiarse en silencio, y tras haber apagado el fuego de la chimenea y recogido las cosas de Nicolas, salieron al exterior. El frío los golpeó como una mano gigante, y se dieron cuenta de que pequeños copos de nieve comenzaban a caer sobre ellos.

Juliana divisó a Pigeo a unos cuantos metros, parado en medio de la nieve, con aspecto sombrío.

—¡Pigeo! —le dijo, sintiendo una culpa inmensa al ver que se había olvidado completamente de su caballo— Perdóname cariño, debes tener frío.

Nicolas soltó una carcajada, y fue recompensado con una mirada furibunda de Juliana.

—Voy a buscar a Zeus que esta en el establo, porque yo no me he olvidado de él —le dijo, a modo de broma—, y vamos a montarlo los dos.

Luego de unos minutos apareció montado en su magnifico caballo, y como si no pesara nada, levantó a Juliana con un brazo y la acomodó frente a él. Cuando se disponía a tomar las riendas de Pigmeo para llevarlo a su lado, Juliana le dijo:

—No lo hagas. Él caminara a nuestro lado sin que debas llevarlo.

Y el caballo así lo hizo. Mansamente, comenzó a caminar junto a Zeus. Cabalgaron largo rato en silencio, a un trote suave pero al mismo tiempo bastante veloz. El silencio del anochecer solo era quebrado por los cascos de los caballos que apisonaban el suelo nevado.

—¿Cómo es que estabas en esa cabaña? —preguntó luego Juliana.

—Solo fui a recordar. ¿Y tú? ¿Cómo llegaste? Queda bastante lejos de tu casa.

—Llegué sin querer, me alejé demasiado. Pero cuando la vi, se me hizo tan parecida a la cabaña de esa noche —le dijo, ruborizándose—, que no pude contenerme de llegar hasta ella. También recordé tantas cosas...

Nicolas le besó la sien, y ella se arrebujó más contra su pecho, buscando calor en ese cuerpo grande y macizo que la cobijaba.

—¿Entonces nuestras tierras quedan cerca? —le preguntó.

—Sí mi amor, nuestras tierras colindan.

—¿Tu ya lo sabías? —lo interrogó, mirándolo incrédula— ¿Por qué no fuiste a buscarme?

—Anduve por ahí, vagando por los alrededores. Mirándote cabalgar o caminar. Pero no podía acercarme, tenía miedo de que me rechazaras.

—Oh Nicolas —le dijo, embargada de ternura—. Sabes que no te rechazaría, te he echado tanto de menos.

—Igual no podía arriesgarme, hubiera sido un golpe muy duro. No quiero que nos separemos mas Juliana, quiero que seas mi mujer, que seas solamente mía, como debería haber sido siempre.

Juliana se giró y lo besó en los labios, lo miró un momento a los ojos, y luego volvió a su posición, sin responderle.

Hicieron el resto del camino sumidos en un cómodo silencio, contentos con la compañía del otro.

El tiempo iba empeorando, y la nieve caía ahora copiosamente, tiñéndolos de blanco. Se encontraban a solo unos pasos, y el trajín de la casa comenzaba a hacerse presente.

En el patio, varios grupos de hombres hablaban y hacían señas, montados a caballo. Las sirvientas merodeaban por ahí llevando mantas y otros enseres. La señora Nerys impartía órdenes a los cuatro vientos. Hasta Beag Màthair estaba allí, envuelta en su chal azul mal confeccionado, aquel que Juliana había hecho para ella, con la mirada perdida en algún punto del horizonte.

Los niños correteaban alrededor del gentío, sin hacer caso a las mujeres que los mandaban adentro. En ese punto en que se encontraban, donde todavía nadie podía verlos, Juliana abandonó el lomo de Zeus y montó a Pigmeo, que se alegró de recibirla, pues no podían llegar en esa posición a la vista de todos.

—Estás helado cariño —susurró al oído del caballo, frotándole el cuello con sus manos enguantadas.

—Vamos Juliana, apresúrate, creo que toda esa gente te está esperando —la instó Nicolas, para que apurara el paso.

Uno de los niños los vio primero, y tirando de la falda de Nerys exclamó:

—¡Nerys, Nerys, ahí viene! —en un inglés mal pronunciado.

Juliana levantó la mano, y todos comenzaron a caminar hacia ella, como si no pudiera llegar hasta donde se hallaban por sus propios medios. Pronto el grupo los rodeó, y a paso lento entraron al patio. Juliana desmontó, y los niños se arremolinaron a su alrededor.

—Señora Ju... Su excelencia —se corrigió Nerys, al ver que venía acompañada—. ¡Dios sea loado! Temíamos por usted, estos hombres estaban a punto de salir a buscarla, es que ha caído la noche, y es peligroso que usted ande sola por ahí —le decía, nerviosa.

—Les pido perdón a todos —dijo, con una trémula sonrisa—. La verdad es que me he alejado bastante y no había caído en la cuenta del paso del tiempo. Por suerte me he encontrado con un viejo conocido, el señor Duncan, que se ha ofrecido acompañarme. De verdad lo siento —terminó.

—Debo volver a mi tierra su excelencia —habló Nicolas, provocando miradas recelosas entre el grupo—. Es de noche y me queda un largo camino.

—De ninguna manera. Usted va a pasar la noche aquí, y por la mañana puede volver. No dejaré que ande a estas horas y con este clima, es usted mi invitado —le dijo, sonando seria para todos, pero encontrando en la mirada de Nicolas un dejo de diversión—. Nerys por favor, que preparen una habitación para el señor Duncan.

Aunque sabía que esa habitación no se ocuparía.

CAPITULO LXXVI

Después de cambiarse, Juliana bajó al comedor. El aroma de la cena la envolvió enseguida, un aroma exquisito que le abrió al instante el apetito. Nicolas ya estaba allí, sentado frente al fuego con el grupo de chiquillos a su alrededor. Les estaba contando una historia de piratas, y todos lo miraban embelesados, escuchando atentamente.

Al ver a Juliana, detuvo el relato y le dedicó una sonrisa, para volver a continuar enseguida luego de la queja a coro de los pequeños.

Esa noche cenarían todos juntos de nuevo, y Juliana lo prefería así. Si se hallara sola con Nicolas, no pasaría un segundo antes de que se vieran entrelazados entre los brazos del otro, y eso no era conveniente.

Juliana ocupó la cabecera, como lo hacía siempre, y los demás eligieron lugares al azar, dejando a Nicolas un lugar libre en el otro extremo de la mesa.

La comida se sirvió en abundancia, y el ambiente era relajado y amigable. Los niños llenaban de preguntas a Nicolas, y éste las contestaba pacientemente, arrancándoles sonrisas.

—¿De donde conoce a Juliana? —le preguntó uno, y por alguna extraña razón no le pareció raro que no se refirieran a Juliana como su excelencia, o como señora condesa.

—Nos conocemos hace mucho tiempo, somos amigos en Londres —mintió, y miró a Juliana, que escondía una sonrisa tras la servilleta—. Su padre me compra caballos.

—¿Caballos? —preguntó otro, con los ojos encendidos de pura emoción.

—Si, caballos. Los mejores caballos que hayas conocido, como el que traje hoy. Mañana pueden verlo.

Los niños comenzaron a hacer planes, para a la mañana siguiente estudiar el tan alabado caballo de ese señor alto y moreno que los trataba con cariño.

La cena seguía transcurriendo sin complicaciones, y ningún adulto pasaba por alto las miradas cómplices que Juliana y Nicolas se dirigían. Pero ellos no eran nadie para juzgarlos; querían que su señora fuera feliz.

Al terminar, comieron distintos dulces en el salón, mientras uno de los peones tocaba la gaita. Fue un momento agradable, y Nicolas se sintió como

en familia. Le vinieron recuerdos de su niñez, cuando sus padres y su hermana vivían, y eran los cuatros felices e inseparables.

Pero no dejaría que recuerdos tristes empañaran la felicidad del momento. Poco a poco los niños fueron llevados a dormir, y las mujeres se fueron retirando también. Luego el salón quedó vacío, y solo Juliana y Nicolas quedaban, sentados en butacas separadas, pero mirándose fijamente.

Nerys apareció en la escena, un poco turbada por interrumpir ese momento.

—Voy a acostarme, ¿necesita algo más? —le preguntó a Juliana.

—Solo pídele a algunos muchachos que llenen con agua bien caliente la bañera de mi habitación. Anduve todo el día, un buen baño antes de acostarme me sentará de maravillas.

—Muy bien, hasta mañana.

Juliana posó su mirada en el fuego, y removi6 en la copa el vino que estaba tomando. Le había entontado un poco los sentidos, pero se sentía tremendamente feliz.

—¿Por qué no te llaman “excelencia”? —preguntó Nicolas de repente.

—Porque no me gusta que me llamen así. En Londres debo soportarlo, pues es lo correcto; pero con esta gente con la que comparto mis días como si fueran mi familia, me sentiría muy fuera de lugar. Prefiero que me llamen simplemente Juliana, aunque algunos me llaman señora, y me hacen sentir vieja —terminó, riendo.

—Tu no eres vieja, eres hermosa —le susurró, sin moverse del lugar donde estaba, a unos cuantos metros de ella, llenándola de expectación.

—Voy a retirarme, estoy muy cansada —le dijo, levantándose y dejando escapar un bostezo—. Tu deberías hacer lo mismo, tu habitación ya está lista, es la que está al final del pasillo, en el otro extremo de la mía —le aclaró inocentemente.

—Muy bien, entonces no la desperdiciaré.

Con un sensual movimiento de caderas emprendió el camino a su habitación. Sabía que Nicolas la estaba mirando.

Cuando llegó, la bañera humeante ya la estaba esperando. Un cosquilleo de anticipación la recorrió de la cabeza a los pies.

Había esperado ese momento durante tanto tiempo, lo había deseado tanto, lo había anhelado tantas noches, que ahora le costaba creer que fuera verdad.

Ordenó un poco la estancia, y prendió unas cuantas velas aromáticas, que despedían un agradable aroma a vainilla, y que le daban a la estancia un toque mágico. Roció unas gotas de esencia de rosas en el agua, y enseguida el inconfundible olor de la flor le llenó las fosas nasales. La habitación era un paraíso de aromas mezclados y luces y sombras insinuantes, y Juliana estaba absolutamente satisfecha con su resultado.

Se cepilló el cabello hasta dejarlo brillante y sedoso, y se miró en el espejo de cuerpo entero admirando la imagen que se reflejaba.

La mujer del espejo era una mujer voluptuosa, femenina, segura de si misma. Nicolas provocaba eso en ella, la hacía sentirse hermosa y amada.

Se quitó el calzado, las medias, el vestido, sin dejar de mirarse en el espejo. Lo sentía cerca, podía percibir su cuerpo.

Cuando el vestido cayó alrededor de sus pies, y solo quedó con la camisola, sintió el chasquido de la puerta al abrirse.

Con una sonrisa en los labios, se quitó la camisola también, quedando completamente desnuda.

CAPITULO LXXVII

Nicolas entró sigilosamente y cerró la puerta sin hacer ruido. La casa estaba quieta y silenciosa, todos dormían. Caminó hasta Juliana, y sin miramientos la rodeó con sus brazos.

La besó fervientemente, despojándola del poco pudor que le quedaba, acariciándola con necesidad. Ella tironeaba de su ropa para liberarlo, para poder sentir la rasposidad de su piel contra la suavidad de la de ella.

Cuando ambos estuvieron desnudos, las caricias no alcanzaban, y los besos resultaban pocos. Se tumbaron en la alfombra frente al fuego de forma violenta, e iniciaron una copula salvaje y apasionada, ajenos a los ruidos que hacían y que podían despertar a los demás.

Llegaron juntos al orgasmo, a ese paraíso donde nada ni nadie importaba, como lo habían hecho tantas veces antes. Se quedaron tumbados, con los cuerpos bañados en sudor y las respiraciones agitadas. Unos minutos después, con gran esfuerzo, fueron hasta la bañera.

Nicolas entró primero, y acomodó su corpulencia, agradeciendo que la bañera fuera lo suficientemente grande. Luego ayudó a entrar a Juliana, que se acomodó entre sus piernas.

El agua caliente los relajó, y los sumió en un letargo placentero, del cual el vino, las velas, y los aromas, tenían en parte la culpa. Permanecieron largo rato en silencio, solo disfrutando del momento.

—¿Eres feliz Juliana? —le susurró al oído.

—Ahora que estás conmigo si, lo soy. Soy la mujer más feliz del mundo.

—Debemos salir, el agua está comenzando a enfriarse —le dijo, besándole la coronilla.

Se envolvieron en grandes toallas, y luego se metieron desnudos en la cama. Adoraban sentir sus cuerpos juntos, sus pieles rozándose, sus calores y aromas mezclándose.

Después de unas cuantas caricias, se volvió a encender la llama de la pasión, y volvieron a hacer el amor, esta vez lentamente, sin dejar ningún rincón del cuerpo del otro por recorrer. Se durmieron luego, Juliana entre los brazos de Nicolas, exhaustos y felices.

Volvieron a amarse varias veces más durante aquella noche. La habitación ardía en llamas a comparación de la nieve espesa que caía afuera.

Era una noche perfecta.

Al amanecer, Nicolas despertó y regresó a su habitación sin molestar a Juliana, que dormía profundamente. Debía retirarse antes de que se levantaran los criados y comenzaran a murmurar; Juliana no se merecía eso.

Incapaz de volver a dormirse, se vistió y bajó al establo para ver a Zeus. Después de atenderlo, comenzó a ver movimiento en la casa, y fue hacia la cocina para tomar un desayuno rápido, debía volver a sus tierras.

Cuando Juliana despertó no encontró a Nicolas a su lado, y la embargó una sensación de vacío. Se le pasó enseguida, al comprender que él estaría en la otra habitación.

Se vistió con esmero y bajó a desayunar. Todos andaban de un lado para el otro haciendo cosas, pero no veía a Nicolas por ningún lado. Se sentó sola a la mesa, y esperó a que le sirvieran el desayuno. Luego mandó llamar a Nerys, para preguntarle por Nicolas.

—¿Nerys has visto al señor Duncan?

—Si señora, pero esta mañana muy temprano. Tomó un desayuno ligero y se fue para sus tierras. Me pidió que le diera las gracias por su hospitalidad.

La furia la invadió como una ola de fuego. ¿Hospitalidad? ¿Quién se creía que era Nicolas Duncan, para pasar la noche en su cama y abandonarla a la mañana siguiente como si de una ramera se tratara? ¿Pensaba que podía dejarla otra vez? ¿Por qué no se había siquiera despedido?

El llanto amenazó con ahogarla, pero se mantuvo firme, y su mirada se volvió de piedra.

—Muy bien —contestó a Nerys con dureza, que la miraba con el seño fruncido—. Voy a desayunar, y luego daré un paseo con Pigeo, como siempre.

—¿Está segura señora Juliana? Mire que anoche ha nevado mucho, y puede ser peligroso. Y después del susto que nos dio ayer...

—Estoy segura —le dijo, cortante—. Por favor pídele a alguien que prepare a Pigeo.

—Bueno, si usted lo dice. Solo trate de no demorarse, ya ve lo feo que se pone al anochecer, y ayer nos tuvo con el corazón en la boca.

Juliana ablandó la expresión, después de todo Nerys no tenía la culpa de nada, y solamente se preocupaba por ella.

—Te prometo que volveré temprano —le dijo, regalándole una sonrisa.

Nerys marchó a la cocina, y dejó a Juliana sumida en sus pensamientos. ¿Sería posible que Nicolas la hubiera abandonado? No, eso no podía ser. La

noche anterior se habían amado hasta la extenuación, ella todavía estaba cansada; se habían demostrado con actos todo lo que sentían el uno por el otro.

Además Nicolas le prometió que no se separarían nunca más, que siempre la protegería. ¿Por qué se iba entonces de esa forma tan abrupta, dejándola sola y con esa sensación amarga de perderlo otra vez?

Se merecía una explicación, y Nicolas se la daría.

Volvió a su habitación y se vistió con un traje de montar bien abrigado, afuera el frío era insoportable.

Se echó encima una capa de piel de marta cibelina, que Bejamin le había regalado una vez, y dejó que su cabellera cayera libre y los tirabuzones le acariciaran la espalda.

Se sintió poderosa, y la furia la envalentonó, haciéndole pensar que lograría todo lo que alguna vez se propusiera.

Acarició a Pígameo y le habló un momento, dándole terrones de azúcar para que se sintiera contento. El animal le respondía piafando y refregando el morro contra el cuello de ella.

Juliana rió, y acarició al animal, sintiendo lástima por él, pues no sabía la corrida que le esperaba.

CAPITULO LXXVIII

Le pidió a uno de los muchachos del establo que le indicara como llegar a las tierras de Duncan, y marchó con Pigmeo de forma despreocupada a la vista de todos. Cuando hubo alcanzado una distancia desde la cual sabía que nadie la vería, azuzó al caballo y emprendió el galope rápido que tanto le gustaba.

Ella ya no era la niña que se conformaba con poco. Ahora lo quería todo, y en este momento necesitaba una buena explicación. Nicolás tendría que aprender a informarla de sus actos; si quería estar con ella debía hacerla parte de su vida.

Poco a poco comenzó a divisar la grandiosa mansión, y su pecho se inflamó de alegría. Por fin volvería a ver a aquellas personas que tanto le habían dado; a aquellas personas que la habían acogido cuando ni siquiera sabían quien era. Esas personas le habían curado las heridas, y la habían hecho feliz.

Entró al patio de la mansión, y un mozuelo corrió a atenderla. Ella lo miró desde lo alto del lomo de Pigmeo, y el muchacho se sacó la boina que llevaba y le sonrió.

—Soy la condesa de Hamilton, vengo a ver al señor Duncan —dijo, con el tono que creyó sonaba más autoritario. Debía mostrarse segura y serena ante todo.

—El señor Duncan está trabajando con los caballos, pero usted puede pasar a la casa y esperarlo, yo le avisaré que ha venido —le contestó, mirándola con atención, esa mujer se le hacía conocida.

—Muy bien, ocúpate de mi caballo.

El chico la acompañó hasta la entrada de la casa, y Emma apareció en el vestíbulo. Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas, y se llevó una mano a la boca para tapar su expresión de sorpresa.

—¿Juliana, mi niña? —preguntó, temerosa de equivocarse.

—¡Si Emma, soy yo! —le dijo, corriendo a cobijarse entre los brazos de esa mujer que tanto le había dado.

Se fundieron en un profundo abrazo, embargadas por la emoción. Emma la observada detenidamente, buscando algún cambio en ella. La encontró

igual. Era la misma niña que ella había cuidado y aprendido a querer, y hasta ese momento no se había dado cuenta de cuanto la echaba de menos.

—¿Cómo es que estás aquí mi niña? No sabes como te he extrañado, pensé que jamás volvería a verte.

—Es una historia tan larga Emma... Te la voy a resumir. Las tierras en Escocia de mi difunto marido colindan con las de Nicolas, y ya ves, aquí me tienes.

—Nicolas se pondrá tan feliz de verte.

—Él ya me ha visto. Nos encontramos ayer por la tarde por casualidad. Me acompañó hasta mi casa para que no volviera sola de noche, y como no podía permitir que volviera a esas horas pedí que le prepararan una habitación y pasó la noche allí —le dijo, ruborizándose, pues sabía que la anciana no se tragaría el cuento de que habían pasado la noche separados.

—Con que ahí ha estado mi Nicolas. Me ha tenido preocupada, sin aparecer durante toda la noche. Pero yo nada puedo decirle, él es demasiado temerario, y hace de su vida lo que quiere. Ahora que me has dicho esto me quedo mas tranquila. Llegó a la mañana muy temprano y ni siquiera vino a hablarme, solo salió a trabajar, ya sabes como es.

—¿Juliana, que haces aquí? —tronó la voz de Nicolas desde la puerta.

Juliana se giró para encontrarse con la imponente figura del hombre que tanto amaba. Estaba despeinado y sucio, con una camisa a cuadros arremangada hasta los codos; parecía que el frío poco le afectaba. Le pareció más hermoso que nunca.

—He venido a visitarte —le dijo sencillamente, pero a Nicolas no se le escapó la furia que bailaba en su mirada.

—Vamos a la biblioteca. Emma querida, pide que nos traigan algo de te y masas por favor. Vamos —indicó a Juliana, que empezó a caminar detrás de él.

Cuando se encontraron solos en la biblioteca, Nicolas se paró frente a ella y la encaró.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dejé bien en claro ayer que no quiero que andes sola por ahí, que puede ser peligroso?

—Le dijiste a Nerys que me agradecías mi hospitalidad. ¿Hospitalidad? —gritó—. ¿Eso fue para ti? ¿No te importa nada, que te vas sin siquiera despedirte, dejándome sola nuevamente?

El estallido de repentina furia de Juliana lo asombró, y luego le causó gracia. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una ronca carcajada.

—¿De que te ríes? ¿Vas a burlarte de mí? —exclamó ella, roja de vergüenza, ciega de rabia.

—Juliana mi amor —le dijo, tratando de rodearla con sus brazos.

Ella se debatía y trataba de apartarlo, pero al fin él logró dominarla, y la dejó inmóvil contra su cuerpo. Las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de Juliana, y Nicolas no pudo más que compadecerse de ella y sentirse culpable.

Le besó el rostro mojado, y le sonrió.

—No me burlo de ti cariño. Sencillamente me parece tonto lo que has pensado. ¿Cómo se te puede ocurrir que voy a dejarte? Le dije eso a Nerys, si, pero pensé que tu sabrías interpretarlo. Bien sabes que te quiero siempre conmigo, pero debía volver aquí, y tu dormías de una forma tan linda que no tuve corazón para despertarte. Pensé que lo entenderías.

—No, ya ves que no lo entendí, y cuando vi que te habías marchado, volví a sentirme como cuando pensé que me abandonaste aquella vez. Me sentí sola, y triste y miserable y humillada y rabiosa. Prométeme que no vas a dejarme otra vez Nicolas, ¡prométemelo! —le pidió—.

—Sabes que no voy a dejarte —le dijo, haciendo énfasis en la primera palabra—. Te amo Juliana, quiero que estemos siempre juntos, ¿es tan difícil de entender para ti?

—Es que me asusté tanto...

—Ya no más. No quiero verte llorar más por favor, seamos felices Juliana, seamos felices por fin, ahora que podemos.

—Si mi amor. Te amo Nicolas Duncan —le dijo, poniéndose seria—, pero como vuelvas a dejarme sin decirme a donde vas, conocerás el lado malo de Juliana Bennington.

Ambos rieron, y Emma entró con una bandeja llena de masas y el servicio del te. Nicolas la dejó con ella, y fue a su habitación a acicalarse un poco.

Luego, había algo pendiente que tenía que haber hecho hacía mucho tiempo atrás.

CAPITULO LXXIX

Cuando entró nuevamente en la biblioteca, encontró a Emma y a Juliana charlando animadamente, podía verse el cariño que sentían la una por la otra. Nicolas había sido testigo de cómo había sufrido Emma al saber que Juliana se había quedado en Inglaterra, y ahora la veía radiante y feliz, y pensó que Juliana causaba ese efecto en todas las personas que la conocían.

Se sentó con ellas y hablaron del pasado. Recordaron el momento en que Nicolas había llegado con Juliana en brazos, el revuelo que se había armado al ver a esa jovencita toda mojada, medio muerta de frío, con los labios azulados y agrietados, que Nicolas sostenía con celo contra su pecho.

Recordaron la pérdida de memoria, y las horas de tristeza que había pasado Juliana pensando que no sabía quien era. Se acordaron también de la noche que la creyeron perdida, de la preocupación que los había embargado a todos, y ahora recordaban con risas la locura que había experimentado Nicolas al enterarse de la desaparición de ella.

Recordaron muchos momentos lindos, y muchos otros tristes y feos, pero recordaron al fin.

—Voy a mandar a alguien con un mensaje a tu casa, avisando que almorzaras aquí, no quiero que se preocupen. Luego yo te acompañaré de vuelta, quiero que todos estén tranquilos, ayer se preocuparon mucho.

—Está bien —le contesto ella, mirándolo con adoración.

No le importaba lo que Emma pudiera pensar, ella era testigo del amor que se profesaban, y nunca los había juzgado.

Almorzaron solos en el comedor, disfrutando de la compañía de otro, hablando de cosas sin importancia.

—Tu padre me ha comprado más caballos.

—Yo no se que hace con tantos caballos —le dijo ella, haciendo un gesto de hastío.

—A los hombres nos gustan los caballos. Él es quien me ha dicho donde quedaban las tierras de Benjamin.

—¿Mi padre? —Se asombró Juliana—. ¿Y te lo dijo así nomás?

—Por supuesto que no. Se mostraba reacio a revelarme esa información, pero ya sabes que consigo todo lo que me propongo, así que tuvo que

decírmelo. Eso si —aclaró—, me dio a entender que si te lastimaba, me mataría con sus propias manos. Él te quiere mucho.

—Ya lo se, y yo lo echo mucho de menos. Hace unos días le mandé una carta, le pedí que venga en la primavera. Ya no falta tanto, y se que el invierno no le haría bien a su salud.

—No, no le haría bien. Pero ya el tiempo va a comenzar a mejorar, y yo mismo mandaré un carruaje para que lo traiga.

—Eres el mejor ¿lo sabías? —le preguntó.

—Por supuesto —bromeó el, haciéndola reír.

Cuando terminaron de comer, caminaron un rato por el jardín, por los caminos que los sirvientes mantenían limpios de nieve. Nicolas la abrazaba, envolviéndola en su calor, protegiéndola del viento gélido.

Observaron un rato la fuente congelada, que tantos recuerdos había traído a Juliana, luego regresaron a la casa.

Debían volver antes de que el tiempo empeorara de nuevo, pues el cielo ya comenzaba a mostrarse turbulento.

Montaron los dos a Zeus, reacios a separarse, y recorrieron el trayecto en silencio. Al pasar por la cabaña, se dirigieron miradas cómplices, y soltaron unas cuantas risas. Antes de llegar, Juliana ocupó su montura como había hecho el día anterior, y entraron al patio donde los recibieron con sonrisas.

Los niños rodearon a Nicolas, pidiéndoles todos al mismo tiempo que le dejaran montar a Zeus. Nicolas les revolvió los cabellos, y les dijo que lo harían luego. El frío atacaba con fuerza, y necesitaban entrar a calentarse.

Nerys los recibió en la entrada, y mandó a preparar chocolate caliente para la señora Juliana y su invitado. Se reunieron con Beag Màthair, que enseguida entabló una conversación con Nicolas en gaélico, de la que Juliana no entendía una palabra; pero supo que él terminó por conquistar a la vieja, pues ella le dedicó una amplia sonrisa sin varios dientes, y le palmeó el hombro en gesto amigable.

Se juntaron varias personas en el salón a compartir la tarde, tomando chocolate u otras bebidas, y comiendo cosas dulces. Los niños pululaban alrededor de Nicolas y Juliana, pidiéndoles que le contaran sobre Londres, esa ciudad tan grande y moderna, que quizás ellos no conocerían jamás. Ellos satisfacían la curiosidad de los pequeños, llenándolos de historias sobre bailes, cenas, teatros, y tantas cosas más.

Les hablaban de los caprichos de algunos nobles, de las ridiculeces de otros, arrancando carcajadas a todo el conjunto, no solo a los más chicos,

pues los mayores también se sumaban a las risas.

Juliana pensó que por fin era feliz, y que si algún día llegaran a sacarla de ese entorno y alejarla de Nicolas y de esos seres tan queridos, simplemente moriría de tristeza. Su corazón se marchitaría al punto de no sentir nada más, y ese sería su triste fin.

Pero allí con esa gente, se sentía dichosa, agradecida con la vida por todo lo que le había dado. Elevó una plegaria silenciosa al cielo, agradeciendo a Dios su infinita ternura y sabiduría, pues Él le había hecho pasar por duras pruebas, pero al final del camino le había dado solo alegría, y las penas no habían hecho nada más que hacerla madurar y crecer y aprender.

Rió dichosa el resto de la tarde, saboreando aquellos momentos que le sabían a gloria, pues sabía que en Nicolas no solo tenía al amante perfecto, al hombre que la hacía enloquecer entre sus brazos y perder el sentido por las noches, al hombre que la amaba incondicionalmente; sino que tenía también a un compañero, a alguien en quien confiar, con quien podía contar en cualquier situación, y sabía que él siempre estaría ahí para ella.

Nicolas se levantó de su asiento con pesar, y anunció:

—Debo irme, pronto caerá la noche y quiero volver mientras todavía es de día.

Juliana lo miró con cierta desilusión, tenía la esperanza de que él volviera a pasar la noche en la casa, pero debían cuidar las apariencias, y no quería quedar mal al frente de su gente.

—Pero antes debo hacer una cosa, aprovechando que están todos aquí — anunció él, acallando de repente el murmullo del salón.

Miró a Juliana a los ojos, e hincó una rodilla en el suelo, frente al sillón donde ella estaba sentada. Sacó de su bolsillo una cajita pequeña de terciopelo, y la abrió despacio, dejando a la vista de todos, un magnífico anillo con un gran rubí rodeado de pequeños diamantes.

La saliva se secó en la garganta de Juliana, y la vista se le nubló por las lágrimas que amenazaban con caer. Todos aguantaron la respiración, con los ojos fijos en la pareja.

—Debería haber hecho esto hace mucho tiempo, pero prometí no perder un segundo más. ¿Quieres ser mi esposa Juliana Bennington? ¿Y compartir el resto de tu vida conmigo? —le preguntó, mirándola con una dulzura infinita.

Ella lo miró, y supo que envejecería al lado de ese hombre que la miraba con ternura, supo que a su lado solo encontraría felicidad, y no dudó un instante en responder.

—¡Si! ¡Si quiero, Nicolas! —exclamó, colgándose de su cuello y besándolo en los labios.

Los aplausos prorrumpieron en la sala, y las felicitaciones comenzaron a caer sobre ellos con muestras de genuina felicidad.

Y por alguna extraña razón, a nadie sorprendió el tuteo repentino en el que habían caído la siempre correcta condesa de Hamilton y el oscuro y enigmático señor Duncan.

CAPITULO LXXX

Dos meses después, la primavera estaba en su máximo apogeo, adornando de flores de colores todos los rincones, tiñendo de verde las praderas y los bosques, y llenando de animales los alrededores.

A Juliana le había parecido una exageración tener que esperar dos meses para la boda, pero Nicolas la había hecho entrar en razón como siempre, de que ese era el momento perfecto.

Debían enviarse algunas invitaciones, y para eso se necesitaba tiempo. Querían que sus seres mas queridos estuvieran presentes, que nadie fuera de su círculo de familiares y amistades opacara la ceremonia, y sobre todo de que se tratara de algo sencillo, pues sabían que algo con demasiado boato alejaría a las personas que más querían, que después de todos eran sus sirvientes y sus familias, esos que los acompañaban siempre.

La capilla que se encontraba a unos metros de la mansión de Duncan fue decorada para la ocasión con una multitud infinita de flores blancas, que llenaban el ambiente de un perfume exquisito.

Debido al abandono de la capilla, pues nunca nadie la usaba, había sido limpiada con esmero, y ahora los vitrales relucientes dejaban pasar los rayos del sol, tiñendo el interior de diversos colores.

Juliana, recluida en la mansión, se restregaba las manos con infinito nerviosismo. Hace una semana no veía a Nicolas, pues él había estado ocupado en Londres arreglando detalles de último momento, y ella se había abocado completamente a la organización de la ceremonia. Ardía de deseos por el, y no veía la hora de que todo pasara para poder yacer junto a su cuerpo, desnudos en la cama, por fin como marido y mujer.

—Juliana, debes tranquilizarte —le decía Charlote, alcanzándole una taza de te, nerviosa también por ver a su amiga así.

—Si, Juliana, piensa que este será el día mas feliz de tu vida, tienes que disfrutarlo —la instaba su tía Isabella, que le trenzaba con infinita paciencia perlas en el cabello.

—Es que no puedo estar tranquila, todo esto me pone tan nerviosa. ¿Qué pasará si a Nicolas no le gusta el vestido, o el peinado? —se preocupaba, provocando la risa en las personas que la rodeaban.

—En tu boda con Benjamin no tenías estos nervios —le dijo Isabella.

—Sabes que no era lo mismo.

Después de una larga charla días atrás, Juliana se había sincerado con su tía, contándole la historia que ella ya conocía por boca de su hermano. Así y todo, se alegró de que su sobrina le confiara algo tan íntimo, y se alegró de poder escucharla y aconsejarla.

Las campanas de la capilla sonaron, anunciando que dentro de media hora se celebraría la ceremonia. Juliana se vio enfundada en el hermoso vestido blanco que le habían traído de Londres. El bordado del escote era exquisito, adornado con diminutas perlas que formaban flores, y combinaban con las que tenía en el cabello. La falda acampanada caía inmensa, marcándole la delicada cintura, haciéndola parecer más pequeña de lo que era.

Por último le colocaron el velo, que le cubrió el rostro, que mas tarde Nicolas revelaría. Le entregaron el ramo de rosas blancas, y mirándose en el espejo supo que ya no faltaba nada.

Nicolas caminaba hasta la capilla con gran expectativa. No veía la hora de convertir a Juliana en su esposa, y que nada pudiera volver a separarlos. Entró rápidamente y caminó hasta el altar, para conversar unos segundos con el cura, antes de la entrada de ella.

La gente ya estaba ubicada, y solo esperaban a la novia. En la primera fila estaban los rostros mas queridos por ambos, y todos los pequeños primos de Juliana lo miraban con devoción, pues había sabido ganárselos.

La marcha nupcial comenzó a sonar, y una niñita pelirroja vestida de blanco inició la marcha. Llevaba un pequeño ramo de flores, y causó exclamaciones de ternura de todos los presentes. A ella le siguieron varias niñas más, un poco más grandes, con ramos y vestidos idénticos. Eran las hijitas de la gente de allí, que se habían encariñado con Juliana, que siempre estaba mimándolas, por eso no dudaron un segundo en aceptar cuando ella les pidió que fueran su corte.

Cuando las niñas terminaron de entrar, Juliana apareció tomada del brazo de su padre. Se la veía radiante, la felicidad se notaba en sus ojos, que brillaban con un destello único, diferente. Aun detrás del velo translucido, podía notar sus rasgos tan amados, y la sonrisa que adornada su rostro.

El duque besó a su hija en ambas mejillas, y entregó su mano a Nicolas, que la recibió con una sonrisa. El cura comenzó su sermón, y el silencio se hizo sepulcral. Cuando el párroco hubo terminado, pidió a los novios que dijeran sus votos, que ellos mismos habían escrito. Juliana comenzó.

—Yo, Juliana Bennington, te tomo a ti como esposo, porque así lo quiere mi corazón, porque sabes que sin ti mi vida ya no tendría sentido, y aunque no prometo no pelear contigo y llevarte la contraria en algunas ocasiones, si prometo estar para ti en cualquier situación, sea buena o mala, como tu compañera, tu amiga, y tu mujer. Te prometo envejecer a tu lado, y ser tu esposa no solo hasta que la muerte nos separe, sino también más allá. Y sobre todo, te prometo amarte incondicionalmente. Siempre.

Deslizó el anillo en el dedo de Nicolas, mientras una lágrima de felicidad se deslizaba por su mejilla.

—Yo, Nicolas Duncan, te desposo a ti Juliana, porque has traído la luz a mi vida, y me has enseñado a amar. Porque contigo no cuenta nada más, y los problemas se hacen más livianos. Porque al despertar eres lo primero en lo que pienso, y al acostarme eres mi último recuerdo, porque quiero estar contigo el resto de mi vida, y quiero cuidarte y protegerte, y que seas la madre de mis hijos. Y lo más importante, te hago hoy mi esposa, porque te amo más allá del entendimiento, y no podría pasar un solo día más sin ti.

Deslizó el anillo en el dedo de Juliana, que ahora ya lloraba a moco tendido, embargada de emoción por las palabras de Nicolas, y luego entrelazaron las manos, mirando con expectación al cura.

—Ahora —dijo el párroco—, por el poder que me confiere la Iglesia, ante Dios y estas personas aquí presentes, los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Nicolas corrió el velo descubriendo el rostro de Juliana, la tumbó un poco hacia atrás, y plantó un beso suave y delicado en su boca, susurrándole que la amaba. Los invitados aplaudieron, y tiraron pétalos de rosa a los novios al atravesar el pasillo.

La mansión Duncan se llenó de fiesta, y las personas reían y bailaban con auténtica alegría. No existía el protocolo ni la seriedad, entre esas personas había confianza, y la vergüenza desaparecía a medida que la noche avanzaba. La celebración duró hasta bien entrada la madrugada, cuando el cansancio comenzó a vencer todos.

Cuando los invitados se hubieron marchado o retirado a sus habitaciones, los músicos aun seguían tocando una melodía suave, pues Nicolas y Juliana seguían bailando en el medio del salón.

Con los cuerpos pegados y los labios rozándose, solo a la luz de las velas, seguían inmersos en esa fantasía que era el baile, en actitud de completa intimidad, absortos el uno en el otro.

—Gracias por hacerme tan feliz —murmuró ella, sin apartar el rostro para hablar, con los ojos aun cerrados.

—Tu eres quien me hace feliz mi amor —le susurró el.

—Todo lo que dije en mis votos es verdad, te quiero para siempre conmigo Nicolas.

—¿Y es que acaso no te dije una vez, hace mucho tiempo, que serías siempre mía? —le preguntó.

—Si Nicolas. Siempre tuya —respondió ella, acurrucándose más entre los brazos del hombre que tanto amaba.

EPÍLOGO

Georgina comenzaba a dar sus primeros pasitos. Su cuerpito rechoncho se tambaleaba para un lado y para el otro, pero sus piernas regordetas no se dejaban vencer. Christopher tenía más práctica. Un mes antes que ella, había logrado ponerse de pie, y por ser un poco más fuerte, ahora caminaba perfectamente.

Los gemelos habían nacido una mañana de mayo, en medio de un gran alboroto. Nicolas los miraba y no podía sentir más que orgullo y profundo amor. Aun recordaba el miedo que había sentido durante aquella noche, al escuchar los gritos desgarradores de Juliana.

El parto se había complicado, y las esperanzas de que la madre o los hijos salieran con vida eran pocas. El doctor logró salvar a las criaturas, pero Juliana estaba inconsciente por la pérdida de sangre, y la hemorragia no cesaba.

Todavía podía ver su rostro macilento, perlado de sudor, casi sin vida. Podía sentir el silbido apenas audible de su respiración fatigosa; todavía podía ver la gran mancha de sangre que había en la sabana y que tanto lo había impactado.

Por tres días Juliana siguió inconsciente, y Nicolas se desmadraba por cuidarla. Aunque la hemorragia había parado, su pulso seguía siendo débil. Pensó que moriría si algo llegara a pasarle a su Juliana.

Cada tanto salía de la habitación para ir a ver a sus hijos. La emoción lo embargaba al tenerlos en brazos, no podía creer que unas criaturas tan pequeñas pudieran inspirarle sentimientos tan grandes. Podría enfrentarse a todo por ellos; era capaz de matar para protegerlos.

Cuando Juliana despertó, sintió que el alma le volvía al cuerpo, y lloró de alegría al ver sus labios que se movían apenas para preguntar por sus hijos. Los días que siguieron los enfrentaron juntos, venciendo al monstruo de la muerte, aforrándose a la vida para poder ver a sus hijos crecer.

Cuando por fin el médico le permitió a Juliana amamantar a sus hijos, ella logró sentirse una verdadera mamá. Ahora estaba unida a esas criaturitas por un vínculo estrecho, de una manera especial que nadie comprendería jamás.

Ya a un año de ese nefasto día, Nicolas no podía más que agradecer todo lo que Dios le había dado. Era feliz con la mujer que amaba, y sus hijos

crecían sanos y fuertes, en un ambiente rebosante de amor.

Era imposible no malcriarlos, pues al menor puchero de esa niña de ojos azules, el corazón de Nicolas se ablandaba y pensaba que podía darle el mundo. Con Christopher era diferente, él sabía hacer su voluntad.

Desde muy pequeño había mostrado un carácter fuerte y seguro, que para nada concordaba con sus cabellos rubios y su carita de ángel. A su corta edad de apenas un año, ya sabían que sería como su padre, independiente y gallardo, aunque se pareciera tanto a su madre en los rasgos delicados.

Juliana estaba sentada en el jardín tejiendo para sus hijos. Durante su embarazo, había mejorado la técnica, ya que Nicolas le permitía hacer poco por temor a que algo le pasara, así que Beag Màthair se había instalado en la mansión Duncan definitivamente y la instaba a que tejiera prendas para sus futuros hijos. Ahora dominaba las agujas, y llenaba los armarios de los pequeños de prendas que quizás jamás terminarían de usar.

Nicolas la observó desde su posición, y pensó que estaba más hermosa que nunca. El embarazo le había rellenado el cuerpo, dejándole curvas sensuales que él adoraba acariciar. Aunque ella se quejaba, y decía que no eran curvas sino que estaba gorda, él amaba cada detalle de ese cuerpo que le pertenecía, y volvía a hacerla sentir hermosa.

Iban poco a Londres, nada más que para visitar al viejo duque y a algunas amistades, y para que Nicolas hiciera sus negocios. Su vida estaba allí, en Escocia, donde tanto tiempo atrás habían encontrado la felicidad por casualidad, por un puro capricho del destino.

A veces dejaban a los niños al cuidado de Emma, que los amaba incondicionalmente y los malcriaba más que nadie, y se escapaban de la casa para ir hasta la playa. Caminaban largo rato por la arena mojada, y en los lugares desiertos, se tumbaban para amarse sin restricciones.

Aunque los años habían pasado, la pasión seguía encendida como el primer día, y no había momento en el día en que no se miraran con adoración y desearan el cuerpo del otro.

Nicolas seguía amándola hasta el cansancio, y ella se dejaba llevar, cada vez más desinhibida, pues con Nicolas podía sentirse libre.

El amor seguía intacto, y ellos lo alimentaban diariamente para que la llama no se apagara. Eran amantes y amigos, y las horas más felices eran las de la noche, cuando acostaban a los niños y se retiraban a su habitación. Allí se libraban de las cargas del día y se dedicaban a hablar de ellos y de su

futuro, para luego enredarse entre las sábanas al hacer el amor, y terminar dormidos, exhaustos, entre los brazos del otro.

Caminó hasta Juliana que tejía y supervisaba a los niños, y ella se giró para dedicarle una sonrisa al escuchar sus pasos. Se miraron por unos segundos, los suficientes para transmitirse sin palabras el amor que los unía.

La vida les había dado mucho, y ellos estaban agradecidos. Nicolas tomó asiento a su lado, y tras tomarle la mano miraron los dos como Christopher caminaba ligero, y Georgina trataba de seguirlo torpemente.

Rieron felices, pues sabían que el destino aun les deparaba mucho más.

FIN